

PUBLICACIONES RECIENTES

Álvaro Camacho Guizado (Editor)

Narcotráfico: Europa, Estados Unidos, América Latina.

Bogotá: Universidad de los Andes

Margarita Serje

*El revés de la nación
Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie.*

Bogotá: Universidad de los Andes

Libro ganador del Premio Anual de la Fundación Alejandro Ángel Escobar (2006)

Luis Gonzalo Jaramillo (Editor)

*Escalas menores-Escalas mayores
Una perspectiva arqueológica desde Colombia y Panamá*

Bogotá: Universidad de los Andes

**Cristóbal Gnecco
Carl Langebaek (Editores)**

*Contra la tiranía tipológica en arqueología
Una visión desde Suramérica*

Bogotá: Universidad de los Andes

 **Universidad de los Andes**
Facultad de Ciencias Sociales

ISBN 978-958-695-301-6



9 789586 953016



KENNETH GERGEN - CONSTRUCCIONISMO SOCIAL

ÁNGELA MARÍA ESTRADA MESA
SILVIA DIAZGRANADOS FERRÁNS

KENNETH GERGEN

CONSTRUCCIONISMO SOCIAL

APORTES PARA EL DEBATE Y LA PRÁCTICA

**ÁNGELA MARÍA ESTRADA MESA
SILVIA DIAZGRANADOS FERRÁNS**
Compiladoras

Uniandes - Cesó
Departamento de Psicología

Kenneth Gergen es Profesor Asociado del Departamento de Psicología en Swathmore College en los Estados Unidos y Presidente del Taos Institute; autor de más de 15 libros que han sido traducidos a varios idiomas, entre los cuales se encuentran *El yo saturado*, *Realidades y relaciones*:

Aproximaciones a la construcción social y *La terapia como construcción social*, al igual que de innumerables artículos.

Ha sido profesor visitante y residente en más de ocho países de la Unión Europea, así como Japón y China.

Angela María Estrada Mesa ha sido Profesora Asociada del Departamento de Psicología de la Universidad de Los Andes durante los últimos diez años, a lo largo de los cuales ha tenido a su cargo cursos de Psicología Social y del Ciclo Básico Universitario. En el marco del Grupo de Psicología Social Crítica, que lidera, ha desarrollado varios proyectos de investigación en los campos del conflicto armado y la organización asociativa para la productividad. Es autora de más una veintena de capítulos de libros y artículos publicados en revistas arbitradas tanto nacionales como internacionales.

Silvia Diazgranados Ferráns es psicóloga y filósofa de la Universidad de Los Andes, ha sido asistente de investigación en algunos proyectos del departamento de Psicología. Actualmente coordina el proyecto de Juegos de Paz que adelanta el Ministerio de Educación.

CONSTRUCCIONISMO SOCIAL
APORTES PARA EL DEBATE Y LA PRÁCTICA

KENNETH GERGEN

COMPILADORAS

ÁNGELA MARÍA ESTRADA MESA

SILVIA DIAZGRANADOS FERRÁNS

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - CESO
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

Gergen Kenneth J.

Construccionismo social, aportes para el debate y la práctica / Kenneth Gergen; traductoras y compiladoras, Angela María Estrada Mesa, Silvia Diazgranados Ferráns — Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Psicología, CESO, Ediciones Uniandes, 2007.

366 p. ; 17 x 24 cm.

ISBN: 978-958-695-301-6

I. Psicología social 3. Percepción social 4. Constructivismo (Filosofía) I. Diazgranados Ferráns, Silvia II. Estrada Mesa, Angela María III. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Psicología IV. Universidad de los Andes (Colombia). CESO V. Tít.

CDD 302

SBUA

Primera edición: octubre de 2007

Artículos originales de Kenneth J. Gergen: *Social Psychology as History; Experimentation in Psychology: A Reappraisal; Toward Generative Theory; Psychological Science in a Postmodern Context; Aggression as discourse; Self-Narration in Social Life; Beyond Narrative in the negotiation of the therapeutic meaning; Social Construction and Pedagogical Practice; Qualitative Inquiry: Tensions and Transformations; Cultural Consequences of Deficit Discourse; When Relationships Generate Realities: Therapeutic Communication Reconsidered; Towards a Vocabulary of Transformative Dialogue.*

©De la traducción: Angela María Estrada Mesa y Silvia Diazgranados Ferráns .

©Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Psicología, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales – CESO.

Carrera. 1ª No. 18ª- 10 Edificio Franco P. 5

Teléfono: (571) 3 394949 – 3 394999. Ext: 3330 – Directo: 3324519

Bogotá D.C., Colombia

<http://faciso.uniandes.edu.co/ceso/>

ceso@uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª. No 19-27. Edificio AU 6

Bogotá D.C., Colombia

Teléfono: (571) 3 394949- 3 394999. Ext: 2133. Fáx: Ext. 2158

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-301-6

Diseño, diagramación e impresión:

Legis S.A.

Av. Calle 26 N° 82-70

Bogotá, Colombia

Conmutador: (571) 4 255255

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

PRÓLOGO	vii
PARTE I: PROBLEMAS DE CONSTRUCCIONISMO SOCIAL	1
La psicología social como historia	3
Experimentación en psicología social: una reevaluación.....	27
Hacia una teoría generativa	59
La ciencia psicológica en el contexto posmoderno	93
PARTE II: HACIA EL DISCURSO Y LA NARRATIVA	125
La agresión como discurso	127
La autonarración en la vida social.....	153
Más allá de la narración en la negociación del significado terapéutico	189
PARTE III: SOBRE LA PRÁCTICA SOCIAL	211
El construccionismo social y la práctica pedagógica.....	213
Investigación cualitativa: tensiones y transformaciones	245
Las consecuencias culturales del discurso del déficit	281
Cuando las relaciones generan realidades: reconsideración de la comunicación terapéutica	311
Hacia un vocabulario para el diálogo transformativo	331

PRÓLOGO

Si tuviéramos que elegir una frase para caracterizar a Kenneth Gergen y su trayectoria intelectual, ésta sería: un ser humano que en forma cuidadosa y delicada ha nutrido la revolución de la segunda mitad del siglo XX en la psicología contemporánea, con la cual se consolidó una metateoría que erosiona las bases ontológicas del individualismo en esta disciplina social.

En efecto, tal metateoría, conocida como construccionismo social o socio-construccionismo, asume simultáneamente las consecuencias de los principales presupuestos del giro pragmático, el postestructuralismo, la sociología del conocimiento y la perspectiva de género, entre otros, al tiempo que aporta directamente al desarrollo de campos como el estudio sociohistórico de las emociones humanas y el metanálisis de la comunicación; en el mismo sentido, al desarrollo de las prácticas de la terapia construccionista sistémica, así como las de la pedagogía colaborativa, entre otras.

Kenneth Gergen es Gil and Frank Mustin Professor of Psychology en Swarthmore College en Pensilvania, Estados Unidos, desde 1967. Su itinerario intelectual comenzó al iniciarse la convulsionada década. Pero no fue sino hasta la siguiente cuando tomó cuerpo su crítica frente a la psicología moderna, racionalista e individualista, que ya había protagonizado la revolución cognitiva. Trabajos tales como “Social Psychology as History” (1973) y “Toward Generative Theory” (1978), aparecidos en el *Journal of Personality and Social Psychology*, son dos piezas clave del aparato crítico que Gergen planteó a la “psicología empírica” desde la Psicología Social, ámbito desde el cual desarrolló la metateoría construccionista de la psicología contemporánea. Claves en la argumentación del carácter histórico y cultural de lo psíquico y de la ciencia social que lo estudia. Claves para apuntalar el desarrollo de un movimiento psicológico interesado en

asumir críticamente el carácter de dispositivo cultural de la disciplina y su función política en la producción de ciertos modelos de sujeto y en la estigmatización y rechazo de otros.

Kenneth Gergen no estuvo solo en esta aventura de desarrollar un nuevo paradigma para la psicología y, en concreto, para la Psicología Social. Por el contrario, colegas suyos como Edward Sampson contribuyeron de manera sustantiva a la formulación de la propuesta. De hecho, la concepción de individualismo autocontenido, formulada por este último, ya para 1988, en un artículo denominado “The debate on Individualism” que fue publicado por *American Psychologist* ese año, es apropiada centralmente por Gergen en los textos que recoge esta antología que presentamos a los lectores de habla hispana.

El individualismo autocontenido constituye una categoría compleja que alude al modelo de individuo construido localmente en Estados Unidos y propuesto en la literatura científica como universal, cuyas características principales son su descentramiento moral y social del contexto y la atribución del control en el individuo más que en la interacción. Contrasta radicalmente con otros modelos contemporáneos de individuo, pero no necesariamente occidentales (como el japonés, entre otros), para los que el sentido de identidad depende de la articulación de los sujetos a la dinámica de la interacción social. Tal es el sentido general con el cual Gergen usará la noción de individualismo autocontenido en su obra.

Ya para 1980, el pensamiento de Gergen había tenido una amplia recepción en la academia inglesa dedicada al desarrollo de posturas críticas frente a la “psicología empírica”, así como en el ámbito más general de la Psicología Social europea, que desde la década de los años setenta había ganado una distintividad teórica y disciplinar. En efecto, en 1985, Gergen hacía una presentación de la metateoría socioconstruccionista a la comunidad psicológica norteamericana en “The Social Constructionist Movement in Modern Psychology”¹, publicado por *American Psychologist*. Este trabajo, tal vez uno de los más citados de la primera etapa de su itinerario intelectual, expone de manera casi esquemática los principales supuestos del socioconstruccionismo y argumenta las razones de su denominación. Diríamos que se trató de la presentación del paradigma construccionista a la comunidad académica norteamericana. Una nueva psicología que, reconociendo la existencia de otras psicologías, no tiene dentro de sus metas la unificación de esta disciplina.

1 La antología que aquí presentamos incluye el artículo que recoge las ideas presentadas en esta pieza clásica, de una forma más actualizada.

En el itinerario intelectual de Kenneth Gergen, *El yo saturado* (1991) tiene un lugar privilegiado, puesto que se trata de un riguroso trabajo sobre la historia del yo moderno occidental; este trabajo, con el cual buscó y logró conectarse con un público más amplio, así como la aplicación de un abordaje construccionista para la investigación histórica en psicología, avanzó mucho en lo que él mismo denominó, en *Realidades y relaciones* (1994), la “epifanía relacional”.

En otros libros, como *Therapy as Social Construction y Relational Responsibility*, junto con Sheilla McNamee, los autores intentan aplicar estas reflexiones construccionistas al mundo de la acción, sustituyendo al individuo autocontenido por las relaciones como centro de atención, como forma de invitar nuevas prácticas terapéuticas, educativas y organizacionales que no conduzcan al aislamiento, la alienación, la culpabilización y la agresión.

Investigadores como Edward Sampson, Rom Harré, John Shotter y Thomas Sarbin hicieron parte de una “reverberación”, no libre de diferencias y polémicas, del pensamiento construccionista en el contexto anglosajón. Con ellos, el construccionismo abrió múltiples campos de investigación en áreas académicas como la emoción, la memoria, el lenguaje, la percepción, el sujeto, el género, la sexualidad y la identidad, así como sobre abordajes para la intervención profesional de distintos tipos. Igualmente, es imposible no mencionar a investigadores/as contemporáneos/as como Celia Kitzinger, Ian Parker, Mary Gergen, Jonathan Potter, Margaret Wetherell, Tuula Gordon, Janet Holland, Valerie Walkerdine y Tomás Ibáñez. Todos ellos hacen parte de ese movimiento construccionista contemporáneo que constituye el suelo nutricional para la interpretación que configura nuestra propia voz en el proceso de teorización colectiva. Podría arriesgarse la interpretación de que el construccionismo social viene configurando un movimiento global en Psicología Social en Australia, América Latina, Asia, Europa y Estados Unidos.

Se sabe que en América Latina, también desde la década de los setenta, investigadores tan importantes para la Psicología Social adelantada en este lugar del mundo como Ignacio Martín-Baró, Maritza Montero, Carlos Martín-Beristain, Elina Dabas, Marcelo Pakman, Carlos Sluzky, Dora Schnitmann², o bien entraron en contacto tempranamente con la obra de Gergen y resonaron con la metateoría, o bien han generado espacios de recepción crítica a la teoría construccionista

2 Nombramos a éstos, seguras de que tal acción será injusta con algunos otros a quienes ruego una disculpa.

sistémica. En Argentina y Colombia, que sepamos, la misma resonancia ha animado y nutrido múltiples diálogos y aventuras intelectuales contemporáneas, tanto en la Psicología Social crítica como en campos profesionales como la terapia construccionista sistémica, la comunicación apreciativa en las organizaciones y la pedagogía colaborativa, entre otros.

En la Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia, al comienzo de los años noventa, Alfredo Gaitán Leyva llegaba de finalizar su doctorado en Psicología Social en la Universidad de Southampton, Inglaterra. Así fue como Ángela María Estrada entró en contacto con el construccionismo social y el debate crítico europeo. Fue en esos años cuando Alfredo y Ángela María soñaron una primera versión de esta aventura que ahora tiene usted en sus manos, y que hoy esta última realiza en compañía de Silvia Diazgranados, con el apoyo del Departamento de Psicología de la Universidad de los Andes. Las editoras quieren hacer un reconocimiento explícito a Alfredo por haber iniciado el sueño de este libro que hoy, casi veinte años después, por fin toma forma.

Siendo profesora asociada en el Departamento de Psicología de la Universidad de los Andes en Bogotá, Colombia, Ángela María conformó, conjuntamente con psicólogos que se formaron en pre y posgrado en su línea de investigación y en sus cursos de Psicología Social en esta Universidad, el Grupo de Psicología Social Crítica que adelanta proyectos en una línea de investigación denominada “Procesos de subjetivación y cultura política”, reconocido por Colciencias. Nuestro grupo de investigación ha venido indagando a lo largo de estos últimos siete años sobre los dispositivos de regulación y control de la subjetividad; de éstos, los últimos cuatro años han estado dedicados en forma particular a los contextos del conflicto armado interno en Colombia. Se trata de una aproximación construccionista a contextos y culturas locales que esperamos nos permita recuperar múltiples voces para adelantar una crítica cultural informada psicológicamente.

Nuestra experiencia de descubrir y leer juntos la obra construccionista ha sido, francamente, de goce intelectual. También de celebración, por el enorme privilegio de haber descubierto —seguramente en el momento oportuno, y contando con un conjunto de condiciones favorables, entre ellas, la oportunidad de la docencia en Psicología Social y, por supuesto, con la ventaja del manejo del idioma— ese universo que configuran los desarrollos construccionistas contemporáneos.

El volumen que estamos presentando constituye una apuesta por facilitar una mirada reconstructiva a las piezas intelectuales más representativas que

fueron objetivando la metateoría construccionista en la obra de Kenneth Gergen. Hemos tenido en consideración que entre nosotros, su obra no ha sido apropiada por muchos potencialmente interesados, debido, en parte, a las barreras del idioma, así que esta edición quiere abrir una oportunidad para los hispanohablantes.

La primera sección del libro contiene algunos de los artículos que desarrollan de manera más significativa los problemas del construccionismo social. En efecto, “La psicología social como historia” (publicado originalmente en el *Journal of Personality and Social Psychology*, 1973) muestra que, a pesar de que los métodos de investigación de la Psicología Social son científicos en su carácter, las teorías del comportamiento social son reflexiones de la historia contemporánea, cuya diseminación no sólo refleja sino que también modifica los patrones del comportamiento sobre los cuales se basa, para posteriormente proponer modificaciones en el alcance y los métodos de la Psicología Social.

“Experimentación en psicología social: una reevaluación” (publicado originalmente en *European Journal of Social Psychology*, 1978) es una crítica al modo indiferenciado en que la tradición psicológica investigativa, principalmente estadounidense, instalada en la década de los cincuenta para el estudio de los fenómenos sociales, emplea la experimentación controlada; al reexaminar la aceptabilidad de la experimentación a la luz de las características más importantes de la interacción social, se evidencia su inutilidad para la comprobación crítica de hipótesis acerca del comportamiento social, y la necesidad de detallar nuevos criterios para un uso productivo de los experimentos.

“Hacia una teoría generativa” (publicado originalmente en el *Journal of Personality and Social Psychology*, 1978) es una invitación a que nuestras teorías cuestionen los supuestos predominantes sobre la naturaleza de la vida social y brinden alternativas a los patrones contemporáneos de conducta. Por último, en “La ciencia psicológica en el contexto posmoderno” (publicado originalmente en *American Psychologist*, 2001) Gergen muestra los retos que el conocimiento posmoderno plantea a los supuestos fundamentales del conocimiento individual, la objetividad y la verdad, y propone hacer énfasis en la construcción comunal del conocimiento, la objetividad como un logro relacional y el lenguaje como un medio pragmático a través del cual se constituyen las verdades locales. Finalmente, señala la forma en que estos desplazamientos sugieren nuevas preguntas acerca de los potenciales de la investigación tradicional. Con ello, abre nuevos panoramas de importancia teórica, metodológica y práctica, y plantea la posibilidad de un profundo cambio en la profesión.

La segunda parte del libro está dedicada a algunos artículos de fundamental importancia sobre los temas del discurso y la narrativa. En “La agresión como discurso” (publicado en el libro *Refiguring Self and Psychology*, 1993), Gergen muestra que todo lo que se puede decir sensatamente acerca de la agresión se deriva de un desempaquetamiento del término, de acuerdo con convenciones del lenguaje, que no pueden ser corregidas o corroboradas por medio de la observación del comportamiento humano. En “La autonarración en la vida social” (publicado en el libro *Realities and Relationships. Soundings in Social Construction*, 1994), Gergen propone una visión relacional del autoconcepto, que concibe al yo no como una estructura cognitiva privada y personal sino como discursos y narraciones acerca del yo, ejecutados en los lenguajes disponibles en la esfera pública. Reemplaza el interés tradicional por las categorías conceptuales (autoconcepto, esquemas, autoestima) por el yo como una narración que se vuelve inteligible dentro de relaciones sociales en curso.

Al examinar la estructura de los relatos narrativos, y al considerar el modo en que las narraciones del yo se construyen dentro de la vida social y los usos a los que son puestas al servicio, Gergen argumenta que las narraciones del yo no son posesiones del individuo sino de las relaciones. En “Más allá de la narración en la negociación del significado terapéutico” (escrito en coautoría con John Kaye, en el libro *Therapy as Social Construction*, 1992), el autor cuestiona los supuestos de las actividades en las ciencias y profesiones afines a la salud mental que han informado el tratamiento terapéutico de las narraciones de los clientes, y desarrolla algunas dimensiones de la orientación construccionista de la terapia. En el proceso, plantea el reto de trascender la reconstrucción o reemplazo del significado en la vida de los clientes como metáfora que guía la psicoterapia, y pone el énfasis en la generación de significado por la vía del diálogo.

La tercera parte del libro explora las formas en que el construccionismo ha sido llevado al mundo práctico, en las áreas clínica, educativa, investigativa y organizacional. Así pues, en “El construccionismo social y la práctica pedagógica” (manuscrito no publicado), Gergen se pregunta por las formas en que hemos definido al conocimiento, de forma tal que ciertas prácticas educativas se favorezcan por encima de otras. Presenta retos conceptuales y metodológicos que invitan a considerar los procesos pedagógicos en una luz comunitarista muy diferente de los abordajes cognitivos e individualistas que informan, justifican y sostienen hoy nuestras prácticas educativas. Propone que los sistemas contemporáneos resultan profundamente problemáticos, en términos de sus compromisos epistemológicos e ideológicos, y delinea una alternativa a estas visiones, derivada del punto de vista socioconstruccionista, que aunque no tiene la pretensión de destruir las visiones

tradicionales, ofrece una alternativa significativa a la educación que posibilita la apertura de un nuevo rango de prácticas.

En “Investigación cualitativa: tensiones y transformaciones” (manuscrito no publicado), Kenneth y Mary Gergen presentan las corrientes actuales en la investigación cualitativa, resaltando las diferencias más notorias, para deliberar —desde una postura socioconstruccionista— acerca de posibles futuros para la investigación en Psicología Social, con el fin de aprovechar el potencial generativo de las nuevas conversaciones y evoluciones en la práctica investigativa. Para ello, encuestan a colaboradores y miembros del Handbook's International Advisory Board sobre el estado actual de las investigaciones cualitativas, al igual que sobre sus futuras posibilidades. Destacan el potencial innovador de las actuales tensiones y contradicciones del área como signos de vitalidad y oportunidades para la creatividad y la expansión.

En “Las consecuencias culturales del discurso del déficit” (publicado en el libro *Realities and Relationships. Soundings in Social Construction*, 1994), Gergen realiza una aguda crítica a la proliferación del lenguaje del déficit, al cual están contribuyendo las profesiones de la salud mental, gracias al creciente uso de categorías diagnósticas que funcionan de acuerdo con un vocabulario pictórico de la mente. No sólo cuestiona los problemas sociales, ideológicos y literarios inherentes a la visión tradicional del lenguaje y el conocimiento, sino que denuncia sus consecuencias opresivas y las prácticas de distanciamiento y degradación a las que invita, planteando, nuevamente, el reto de pensar y expandir las inteligibilidades relacionales, en la búsqueda de opciones que conduzcan al mejoramiento de la calidad de la vida humana.

En “Cuando las relaciones generan realidades: reconsideración de la comunicación terapéutica” (manuscrito no publicado), se pregunta por las formas en que la comunicación terapéutica invita a la transformación, y en qué forma podríamos ser efectivos. Para dar respuesta a estas preguntas, considera varios de los supuestos que subyacen a la mayoría de las prácticas terapéuticas desarrolladas, al tiempo que señala sus principales debilidades, para posteriormente tratar los desarrollos más recientes en la teoría y el desarrollo terapéutico, desde el ámbito socioconstruccionista. Al examinar las implicaciones de este trabajo encuentra refiguraciones significativas de los supuestos acerca de la comunicación y presenta la nueva agenda para la labor terapéutica.

Por último, en “Hacia un vocabulario para el diálogo transformativo” (manuscrito no publicado, en coautoría con Sheilla McNamee y Frank Barrett),

Gergen plantea que el mayor reto del mundo presente es pensar en formas en las que podamos responder a los conflictos, de modos que no conduzcan a la agresión, sino que nos permitan vivir juntos en un mundo cada vez más globalizado. Con el fin de buscar un vocabulario de acción relevante, explora algunos recursos que tenemos disponibles para confrontar este reto y propone la noción de diálogo transformativo, a partir de prácticas como la responsabilidad relacional, la autoexpresión, la afirmación, la coordinación, la reflexividad y la cocreación de nuevas realidades.

Confiamos en que el texto que presentamos hoy a la comunidad psicológica hispanohablante anime diálogos académicos entre profesores y estudiantes, así como grupos de reflexión de profesionales en distintos campos de la actividad psicosocial.

Ángela María Estrada Mesa

Silvia Diazgranados Ferráns

Bogotá, junio de 2007

PARTE I
PROBLEMAS DE CONSTRUCCIONISMO SOCIAL

LA PSICOLOGÍA SOCIAL COMO HISTORIA¹

RESUMEN

Un análisis de la teoría y la investigación de la psicología social revela que mientras los métodos de investigación son científicos en su carácter, las teorías del comportamiento social primariamente son reflexiones de la historia contemporánea. La diseminación del conocimiento psicológico modifica los patrones de comportamiento sobre los cuales se basa el conocimiento. Lo hace por los sesgos prescriptivos de la teorización psicológica, los efectos emancipadores del conocimiento y la resistencia basada en los valores comunes de la libertad y la individualidad. Adicionalmente, las premisas teóricas están basadas primariamente es disposiciones adquiridas. A medida que la cultura cambia, dichas disposiciones son alteradas, y las premisas frecuentemente se invalidan. Varias modificaciones en el alcance y los métodos de la psicología social se derivan del presente análisis.

La psicología se define, típicamente, como la ciencia del comportamiento humano, y la psicología social, como aquella rama de esa ciencia que trata de la interacción humana. Un propósito fundamental de la ciencia es establecer leyes generales a través de una observación sistemática. Para el psicólogo social, tales leyes generales se desarrollan con el fin de describir y explicar la interacción social.

¹ Estoy muy agradecido con las siguientes personas por su cuidadosa apreciación de varias fases de este análisis: Shel Feldman, Mary Gergen, Kenneth Hammond, Louise Kidder, George Levinger, Paul Rossenblatt, Ralph Rosnow, M. Brewster Smith, Siegfried Streufert, Lloyd Strickland, Kart Weick y Lawrence Wrightsman.

Esta visión tradicional de la ley científica se repite de una manera u otra en casi todos los tratados fundamentales de la especialidad. En su discusión de la explicación de las ciencias comportamentales, DiRenzo (1966) señaló que una “explicación completa” en las ciencias comportamentales “es aquella que ha asumido el estatus invariable de la ley” (p. 11). Krech, Crutchfield y Ballachey (1962) afirmaron que “bien sea que nos encontremos interesados en la psicología social como una ciencia básica o aplicada, es necesario un conjunto de principios científicos” (p. 3). Jones y Gerard (1967) hicieron eco a esta visión en su afirmación: “La ciencia busca comprender los factores que dan cuenta de las relaciones estables entre los eventos” (p. 42). Como lo señaló Mills (1969), “los psicólogos sociales quieren descubrir las relaciones causales para poder establecer los principios básicos que nos explicarán el fenómeno de la psicología social” (p. 412).

Esta visión de la psicología social es, por supuesto, descendiente directa del pensamiento del siglo XVIII. En ese tiempo las ciencias físicas produjeron incrementos significativos en el conocimiento, y se podía ver con gran optimismo la posibilidad de aplicar el método científico al comportamiento humano (Carr, 1963). Si se pudieran establecer los principios generales del comportamiento humano, sería posible reducir los conflictos sociales, erradicar los problemas de la enfermedad mental y crear condiciones sociales de máximo beneficio para los miembros de la sociedad. Tal y como posteriormente otros albergaron la esperanza, incluso sería posible transformar dichos principios a formas matemáticas, para desarrollar “una matemática del comportamiento humano tan precisa como las matemáticas de las máquinas” (Russell, 1956, p. 142).

El notable éxito de las ciencias naturales en el establecimiento de principios generales puede ser atribuido, en gran medida, a la estabilidad general de los eventos en el mundo de la naturaleza. La velocidad de caída de los cuerpos o la composición de los elementos químicos, por ejemplo, son eventos altamente estables a través del tiempo. Son eventos que pueden ser recreados en cualquier laboratorio, 50 años atrás o 100 años a partir de hoy. Debido a que son tan estables, pueden realizarse amplias generalizaciones con un alto grado de confiabilidad, las explicaciones pueden ser probadas empíricamente y las transformaciones matemáticas pueden desarrollarse fructíferamente. Si los eventos fueran inestables, si la velocidad de la caída de los cuerpos o la composición de las sustancias químicas tuvieran un flujo continuo, el desarrollo de las ciencias naturales se vería dramáticamente impedido. Las leyes generales no podrían emerger y la documentación de los eventos naturales se prestaría, principalmente, al análisis histórico. Si los eventos naturales fueran caprichosos, la ciencia natural sería reemplazada en gran medida por la historia natural.

El propósito de este artículo es argumentar que la psicología social es primariamente una investigación histórica. A diferencia de las ciencias naturales, trata con hechos en gran medida irrepitibles, y que fluctúan marcadamente a través del tiempo. Los principios de la interacción humana no se pueden desarrollar fácilmente con el paso del tiempo porque se basan en hechos que generalmente no permanecen estables. El conocimiento no se puede acumular en el sentido científico usual porque dicho conocimiento generalmente no trasciende los límites históricos. En la siguiente discusión se desarrollarán dos líneas centrales de argumentación para apoyar esta tesis, la primera de las cuales se centra en el impacto de la ciencia del comportamiento social, y la segunda, en el cambio histórico. Después de examinar estos argumentos, podemos centrar nuestra atención en las alteraciones sugeridas por este análisis en lo que concierne al alcance y los objetivos de la especialidad.

EL IMPACTO DE LA CIENCIA EN LA INTERACCIÓN SOCIAL

Como lo ha demostrado Back (1963), la ciencia social puede ser fructíferamente vista como un extenso sistema de comunicaciones. En la ejecución de la investigación, el científico recibe mensajes transmitidos por el sujeto. En su forma bruta, dichos mensajes sólo generan “sonido” para el científico. Las teorías científicas sirven como dispositivos decodificadores que convierten dicho sonido en información útil. A pesar de que Back ha usado este modelo en una provocativa variedad de formas, su análisis termina en el punto de la decodificación. Este modelo debe extenderse más allá del proceso de recolectar y decodificar mensajes. La tarea del científico también es la de comunicar. Si sus teorías demuestran ser dispositivos útiles de decodificación, entonces son comunicadas a la población para que también ella se beneficie de su utilidad. La ciencia y la sociedad constituyen un circuito que se retroalimenta.

Este tipo de retroalimentación del científico a la sociedad ha tenido una difusión creciente en la última década. Se han desarrollado canales de comunicación a un ritmo rápido. En el nivel de la educación superior, más de 8 millones de estudiantes se ven confrontados anualmente por ofertas de cursos en el campo de la psicología, y en los años recientes, dichas ofertas han logrado una popularidad insuperable. La educación liberal de hoy implica una familiaridad con ideas centrales de la psicología. Los medios masivos de comunicación también han dado cuenta del vasto interés público por la psicología. Los medios informativos monitorean cuidadosamente los encuentros profesionales y las revistas de la profesión. Los editores de revistas han encontrado rentable presentar la visión

de los psicólogos sobre los patrones contemporáneos de comportamiento, y las revistas especializadas dedicadas casi exclusivamente a la psicología ahora cuentan con más de 600.000 lectores. Cuando añadimos a estas tendencias la amplia expansión del mercado de libros en rústica, la creciente demanda gubernamental de un conocimiento que justifique el financiamiento público de la investigación psicológica, la proliferación de técnicas de encuentro, el establecimiento de empresas de negocios que hacen publicidad con la psicología a través de juegos y afiches, y la creciente confianza puesta por las grandes instituciones (incluidas las de negocios, gobierno, fuerzas militares y sociales) sobre el conocimiento de los científicos comportamentales en las organizaciones, uno comienza a sentir la profunda medida en que el psicólogo se encuentra en un vínculo de comunicación mutua con la cultura del entorno.

La mayoría de psicólogos abriga el deseo de que el conocimiento psicológico tenga un impacto en la sociedad. La mayoría de nosotros se siente complacida cuando dicho conocimiento puede ser utilizado en modos benéficos. De hecho, para muchos psicólogos sociales, el compromiso con el área depende en gran medida de la creencia en la utilidad social del conocimiento psicológico. Sin embargo, generalmente no se asume que dicha utilización alterará el carácter de las relaciones causales en la interacción social. Esperamos que el conocimiento de las formas funcionales se utilice para alterar el comportamiento, pero no tenemos la expectativa de que su utilización afecte el carácter posterior de las formas funcionales mismas. En este caso, nuestras expectativas pueden carecer de fundamentos. La aplicación de nuestros principios no sólo puede alterar los datos sobre los que se basan, sino que el desarrollo mismo de los principios puede invalidarlos. Tres líneas de argumentación resultan pertinentes, la primera proviene del sesgo evaluativo de la investigación psicológica; la segunda, de los efectos emancipadores del conocimiento, y la tercera, de los valores predominantes en la cultura.

Los sesgos prescriptivos de la teoría psicológica

Como científicos de la interacción humana, estamos involucrados en una dualidad peculiar. Por un lado, valoramos el comportamiento desapasionado en las cuestiones científicas. Somos muy conscientes de los efectos de sesgo que se siguen de los compromisos intensos en valores. Por el otro, como seres humanos socializados, abrigamos numerosos valores acerca de la naturaleza de las relaciones sociales. Es raro el psicólogo social cuyos valores no influyan su tema de investigación, sus métodos de observación o los términos de la descripción. Al generar conocimiento acerca de la interacción social, también comunicamos

nuestros valores personales. Se entregan así mensajes duales al receptor del conocimiento: los mensajes que *describen* desapasionadamente lo que parece ser y aquellos que sutilmente *prescriben* lo que resulta deseable.

Este argumento se ve más claramente en las investigaciones sobre las disposiciones personales. La mayoría de nosotros nos sentiríamos insultados si nos caracterizaran como de baja autoestima, con alta necesidad de aprobación, cognitivamente indiferenciados, autoritarios, analcompulsivos, campodependientes o de mente cerrada. En parte, nuestras reacciones reflejan nuestra aculturación; uno no necesita ser psicólogo para resentirse de dichos etiquetamientos. Pero, en parte, tales reacciones son creadas por los conceptos utilizados en la descripción y explicación de los fenómenos. Por ejemplo, en el prefacio de *La personalidad autoritaria* (Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford, 1950), se informa a los lectores que “en contraste con el intolerante del viejo estilo (el autoritario), parece combinar las ideas y habilidades de una sociedad altamente industrializada con creencias irracionales y antirracionales” (p. 3). Al discutir la personalidad maquiavélica, Christie y Geis (1970) anotaron: “inicialmente, nuestra imagen de quienes puntuaban alto en maquiavelismo fue negativa, asociada con manipulaciones misteriosas y desagradables. Sin embargo... nos descubrimos sintiendo una admiración perversa por su habilidad para superar a otros en situaciones experienciales” (p. 339).

En su capacidad prescriptiva, tales comunicaciones se convierten en agentes de cambio social. En un nivel elemental, el estudiante de psicología bien puede desear excluir de la observación pública los comportamientos que los académicos respetados han categorizado como autoritarios, maquiavélicos, y así sucesivamente. La comunicación del conocimiento puede crear, por tanto, homogeneidad con respecto a los indicadores comportamentales de las disposiciones subyacentes. En un nivel más complejo, el conocimiento de las correlaciones de la personalidad puede inducir comportamientos que debiliten las correlaciones. No es extraño que una gran parte de la investigación sobre las diferencias individuales ubique al psicólogo profesional en una posición altamente positiva. Por tanto, cuanto más similar sea el sujeto al profesional, en términos de educación, bagaje socioeconómico, religión, raza, sexo y valores personales, más ventajosa será su posición en relación con las pruebas psicológicas. La educación de alto nivel, por ejemplo, favorece la diferenciación cognitiva (Witkin, Dyk, Faterson, Goodenough y Karp, 1962), los bajos puntajes en el autoritarismo (Christie y Jahoda, 1954), la apertura mental (Rokeach, 1960), etcétera. Armadas con esta información, aquellas personas no favorecidas por la investigación pueden sobrecompensar para disipar el estereotipo dañino. Por ejemplo, las mujeres que

aprenden que son más persuasibles que los hombres (Cfr. Janis y Field, 1959) pueden reaccionar, y con el tiempo, invalidar o revertir la correlación.

Mientras que los sesgos evaluativos son fácilmente identificables en la investigación de la personalidad, de ninguna manera se limitan a esta área. La mayoría de los modelos generales de la interacción social también contiene juicios implícitos de valor. Por ejemplo, los tratados sobre conformidad frecuentemente tratan al conformista como un ciudadano de segunda clase, un borrego social que deja de lado las convicciones personales para entrar en acuerdo con las opiniones erróneas de los otros. Por tanto, los modelos sobre la conformidad social crean sensibilidad hacia los factores que pueden llevar a acciones sociales deplorables. En efecto, el conocimiento protege contra la eficacia futura de estos mismos factores. Las investigaciones sobre el cambio de actitud frecuentemente cargan consigo estos mismos tonos. Tener conocimiento sobre el cambio de actitud nos conduce a pensar que tiene el poder de cambiar a otros; por implicación, los otros quedan relegados al estatus de manipulables. Por tanto, las teorías del cambio de actitud pueden sensibilizarnos para sentir prevención contra los factores que potencialmente podrían influenciarnos. En la misma forma, las teorías de la agresión típicamente condenan al agresor, los modelos de negociación interpersonal desprecian la explotación, y los modelos del desarrollo moral degradan a aquellos que están en una etapa inferior a la óptima (Kohlberg, 1970). La teoría de la disonancia cognitiva (Brehm y Cohen, 1966; Festinger, 1957) puede parecer como libre de valores, pero la mayoría de estudios en esta área ha descrito la reducción de la disonancia en los términos menos halagadores. “Qué estupidez”, decimos, “que la gente deba hacer trampa, tener menores puntajes en sus evaluaciones, cambiar sus opiniones por las de otros, o comer alimentos indeseables sólo para mantener la consistencia”.

La anotación crítica subyacente a estos comentarios no pasa inadvertida. Parece desafortunado que una profesión dedicada al desarrollo de conocimiento objetivo e independiente deba usar esta posición para hacer publicidad a los desprevenidos receptores de este conocimiento. Los conceptos del campo rara vez están libres de valores, y la mayoría podría reemplazarse por otros conceptos que carguen un bagaje valorativo diferente. Brown (1965) ha señalado el interesante hecho de que la personalidad autoritaria clásica, tan rotundamente azotada en nuestra literatura, era bastante similar a la “personalidad tipo J” (Jaensch, 1938), vista por los alemanes bajo una luz muy positiva. Aquello que nuestra literatura llama rigidez fue visto por ellos como estabilidad; la flexibilidad y el individualismo en nuestra literatura eran vistos como debilidad y excentricidad. Dichos sesgos categoriales invaden nuestra literatura. Por ejemplo, la alta auto-

estima podría ser llamada egotismo; la necesidad de aprobación social podría traducirse como necesidad de integración social; la diferenciación cognitiva, como minuciosidad; la creatividad, como desviación; y el control interno, como egocentrismo. Similarmente, si nuestros valores fueran distintos, la conformidad social podría verse como comportamiento prosolidario; el cambio de actitud, como adaptación cognitiva, y el cambio riesgoso, como una conversión valiente.

Sin embargo, aunque deben lamentarse los efectos publicitarios de la terminología psicológica, también es importante rastrear sus fuentes. En parte, la carga evaluativa de los términos teóricos parece bastante intencional. El acto de hacer publicidad implica el deseo de ser oídos. Sin embargo, los términos libres de valores tienen poco interés para el lector, y la investigación libre de valores se eclipsa rápidamente. Si la obediencia fuera recategorizada como comportamiento alpha y no deplorada por sus asociaciones con Adolph Eichman, indudablemente, el interés público sería escaso. Además de captar el interés del público y la profesión, los conceptos cargados de valores también proveen una salida expresiva para el psicólogo. He hablado con innumerables estudiantes graduados que llegaron a la psicología a partir de un profundo interés humanista. Dentro de muchos vive un poeta, un filósofo o un humanista frustrado, que inmediatamente encuentra al método científico como un medio para fines expresivos y como un estorbo para la libre expresión. Se resiente el hecho aparente de que la vía para la libre expresión dentro de los medios profesionales sea una vida entera dentro del laboratorio. Muchos quisieran compartir sus valores directamente, sin las restricciones de las constantes demandas por evidencias sistemáticas. Para ellos, los conceptos cargados de valores compensan el conservatismo usualmente impartido por estas exigencias. El psicólogo más respetado puede complacerse a sí mismo más directamente. Normalmente, sin embargo, no estamos inclinados a ver nuestros sesgos personales como publicidad sino como reflejos de las “verdades básicas”.

Mientras que la comunicación de valores a través del conocimiento es hasta cierto punto intencional, no es enteramente así como sucede. Los compromisos de valor son subproductos casi inevitables de la existencia social, y como partícipes de la sociedad, difícilmente podemos dissociarnos de estos valores en la búsqueda de metas profesionales. Adicionalmente, si nos apoyamos en el lenguaje de la cultura para la comunicación científica, resulta difícil encontrar términos sobre la interacción social que no tengan valores prescriptivos. Podríamos reducir las prescripciones implícitas que se encuentran inmersas en nuestras comunicaciones si adoptamos un lenguaje completamente técnico. Sin

embargo, incluso el lenguaje técnico se vuelve evaluativo cada vez que la ciencia es usada como palanca para el cambio social. Tal vez nuestra mejor opción sea mantener la mayor sensibilidad posible hacia nuestros sesgos y comunicarlos tan abiertamente como sea posible. Puede que los compromisos de valor sean inevitables, pero podemos evitar disfrazarlos como reflejos objetivos de la verdad.

El conocimiento y la liberación comportamental

Es una práctica común de la investigación en psicología evitar la comunicación de las propias premisas teóricas al sujeto, antes o durante la investigación. La investigación de Rosenthal (1966) indica que incluso las más sutiles claves de expectativa experiencial pueden alterar el comportamiento del sujeto. Los estándares de rigor común requieren sujetos ingenuos. Las implicaciones de esta simple garantía metodológica son de considerable importancia. Si el sujeto posee conocimiento preliminar sobre las premisas teóricas, no nos será posible probar adecuadamente nuestra hipótesis. De la misma manera, si la sociedad está informada por la psicología, las teorías acerca de las cuales se encuentra informada se vuelven difíciles de evaluar sin contaminaciones. Aquí reside una diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las sociales. En las primeras, normalmente, el científico no puede comunicar su conocimiento a los sujetos de su estudio para que sus disposiciones comportamentales sean modificadas. En las ciencias sociales dicha comunicación puede tener un impacto vital sobre el comportamiento.

Un solo ejemplo será suficiente aquí. Parece que en una amplia variedad de condiciones, los grupos de toma de decisiones llegan a tomar decisiones más arriesgadas por medio de las discusiones de grupo (Cfr. Dion, Baron y Miller, 1970; Wallach, Kogan y Bem, 1964). Los investigadores de esta área tienen bastante cuidado para que los sujetos experienciales no conozcan su pensamiento sobre la materia. Si se llegara a conocer, los sujetos podrían inmunizarse ante los efectos de la discusión de grupo o responder apropiadamente para ganar el favor del experimentador. Sin embargo, si el cambio arriesgado se volviera de conocimiento común, sería imposible encontrar sujetos ingenuos. Los miembros de la cultura pueden compensar consistentemente las tendencias arriesgadas producidas por la discusión de grupo hasta que dicho comportamiento se vuelva normativo.

Como supuesto general, un conocimiento sofisticado sobre los principios psicológicos nos libera de implicaciones comportamentales. Los principios

establecidos sobre el comportamiento se vuelven *inputs* en la propia toma de decisiones. Como lo ha señalado Winch (1958), “Puesto que comprender algo implica comprender su contradicción, alguien que, con entendimiento, realiza X debe ser capaz de imaginar la posibilidad de realizar no X” (p. 89). Los principios psicológicos también crean sensibilidad sobre las influencias que actúan sobre uno y llaman la atención sobre ciertos aspectos del ambiente y uno mismo. Al hacerlo, los propios patrones del comportamiento se pueden ver fuertemente influenciados. Como lo ha declarado May (1971) más apasionadamente, “Cada uno de nosotros hereda de la sociedad una carga de tendencias que nos moldea, nos guste o no; pero nuestra capacidad de ser conscientes de este hecho nos libra de una determinación estricta” (p. 100). En esta forma, el conocimiento sobre las señales no verbales de estrés o alivio (Eckman, 1965) nos habilita para no emitir estas señales cuandoquiera que sea útil hacerlo; saber que las personas en apuros tienen menor probabilidad de recibir ayuda cuando hay un gran número de testigos (Latané y Darley, 1970) puede incrementar el propio deseo de ofrecer ayuda bajo estas condiciones; saber que la activación motivacional puede influenciar la propia interpretación de los eventos (Cfr. Jones y Gerard, 1967) puede engendrar precaución cuando esta activación es alta. En cada instancia, el conocimiento incrementa las alternativas de acción, y los patrones previos de comportamiento se modifican o disuelven.

Escape hacia la libertad

La invalidación histórica de la teoría psicológica puede rastrearse en mayor profundidad hasta los sentimientos comúnmente observados en la cultura occidental. Resulta de gran importancia el malestar general que la gente parece sentir ante la disminución de sus alternativas de respuesta. Como lo planteó Fromm (1941), el desarrollo normal incluye la adquisición de un fuerte interés hacia la autonomía. Weinstein y Platt (1969) discutieron casi el mismo sentimiento en términos del “deseo del hombre de ser libre”, y vincularon esta disposición al desarrollo de la estructura social. Brehm (1966) usó esta misma disposición como piedra angular de su teoría de la reactancia psicológica. El predominio de este valor aprendido tiene implicaciones importantes para la validez a largo plazo de la teoría de la psicología social.

Las teorías válidas acerca del comportamiento social constituyen implementos significativos para el control social. En la medida en que el comportamiento del individuo sea predecible, se ubica a sí mismo en una posición de vulnerabilidad. Otros pueden alterar las condiciones ambientales o el comportamiento de ellos

hacia él para obtener las máximas recompensas al menor costo para sí mismos. En la misma forma que un estratega militar se expone a la derrota cuando sus acciones se vuelven predecibles, los empleados pueden aprovecharse de su jefe y los maridos infieles manipular a sus esposas si los patrones de comportamiento de ellas se vuelven estables. Por consiguiente, el conocimiento se convierte en poder en manos de otros. De lo que se sigue que los principios psicológicos representan una amenaza potencial para todos aquellos con quienes se encuentran relacionados. El deseo de libertad puede, por consiguiente, potenciar un comportamiento diseñado para invalidar la teoría. Estamos satisfechos con los principios del cambio de actitud hasta que los descubrimos siendo usados en campañas de información dedicadas a cambiar nuestro comportamiento. En este punto, podemos sentir resentimiento y reaccionar recalcitrantemente. Cuanto más potente sea la teoría en la predicción del comportamiento, mayor será su diseminación pública y más corriente y contundente la reacción hacia ella. Por tanto, las teorías fuertes pueden estar sujetas a una invalidación más rápida que las débiles.

La tan común estima por la libertad personal no es el único sentimiento predominante que incide en la mortalidad de la teoría psicológica social. La cultura occidental parece haber ponderado en gran medida el valor de la singularidad o la individualidad. La amplia popularidad de Erikson (1968) y Allport (1965) se debe, en parte, al fuerte apoyo que prestaron a este valor, e investigaciones de laboratorio recientes (Fromkin, 1970, 1972) han demostrado la fuerza de este valor para alterar el comportamiento social. La teoría psicológica, en su estructura nomotética, es insensible a las ocurrencias únicas. Los individuos son tratados como ejemplos de grandes clases. Una reacción común es que la teoría psicológica es deshumanizante, y como Maslow (1968) lo ha señalado, los pacientes albergan un fuerte resentimiento cuando son etiquetados con términos clínicos convencionales. Similarmente, negros, mujeres, activistas, habitantes de suburbios, educadores y ancianos han reaccionado amargamente frente a las explicaciones sobre su comportamiento. Por tanto, podemos luchar para invalidar las teorías que nos atrapan en su estilo impersonal.

La psicología de efectos ilustradores

Hasta ahora hemos discutido tres formas en que la psicología social altera el comportamiento que busca estudiar. Antes de movernos al segundo conjunto de argumentos sobre la dependencia histórica de la teoría psicológica, debemos abordar una importante forma de combatir los efectos hasta ahora descritos. Para preservar la validez transhistórica de los principios psicológicos, la ciencia

podría sustraerse del dominio público y reservar el entendimiento científico para una selecta élite. Esta élite sería, desde luego, cooptada por el Estado, puesto que ningún gobierno podría arriesgarse a la existencia de un establecimiento privado que desarrollara herramientas para el control público. Para la mayoría de nosotros, tal perspectiva resulta repugnante, y nuestra inclinación, en cambio, es a buscar una solución científica del problema de la dependencia histórica. Tal respuesta ha sido sugerida en gran parte de lo que se ha dicho. Si las personas que están ilustradas en la psicología reaccionan frente a los principios generales para contradecirlos, conformarse a ellos, ignorarlos, etcétera, entonces debería ser posible establecer las condiciones bajo las cuales ocurre esta variedad de reacciones. Basados en las nociones de la reactancia psicológica (Brehm, 1966), las profecías autocumplidas (Merton, 1948) y los efectos de las expectativas (Gergen y Taylor, 1969) podemos construir una teoría general de las reacciones a la teoría. Una psicología de efectos ilustradores debe habilitarnos para predecir y controlar los efectos del conocimiento.

Pese a que una psicología de efectos ilustradores parece un prometedor complemento de las teorías generales, su utilidad está seriamente limitada. Tal psicología puede estar en sí misma investida con valor, incrementar nuestras alternativas comportamentales y causar resentimiento por la amenaza que supone para los sentimientos de autonomía. Por tanto, una teoría que predice las reacciones frente a la teoría también es susceptible de violación o vindicación. Un caso frecuente en las relaciones entre padres e hijos ilustra este punto. Los padres están acostumbrados a usar recompensas directas para influenciar el comportamiento de sus hijos. Con el tiempo, los niños adquieren conciencia de la premisa de los adultos según la cual la recompensa logrará los resultados deseados y se vuelven obstinados. El adulto, entonces, puede reaccionar con una psicología ingenua de efectos ilustradores y expresar desinterés en el niño cuando lleva a cabo la actividad, de nuevo, con el propósito de lograr los resultados deseados. El niño puede responder apropiadamente pero, con suficiente frecuencia, emitirá alguna variación de “sólo dices que no te importa porque realmente quieres que lo haga”. En términos de Loevinger (1959), “... un cambio en el ejercicio de ser padre/madre es contrarrestado por un cambio en el ejercicio de ser hijo” (p. 149). En el lenguaje popular, esto es llamado psicología inversa y frecuentemente causa resentimiento. Por supuesto, uno podría contraatacar con investigaciones acerca de las reacciones de los efectos ilustradores de la psicología, pero rápidamente se ve que este intercambio de acciones y reacciones podría extenderse hasta el infinito. Una psicología de efectos ilustradores está sujeta a las mismas limitaciones históricas que otras teorías de la psicología social.

TEORÍA PSICOLÓGICA Y CAMBIO CULTURAL

El argumento en contra de las leyes transhistóricas en la psicología social no se apoya únicamente en la consideración del impacto de la ciencia sobre la sociedad. Una segunda gran línea de pensamiento merece ser considerada. Si revisamos las líneas más prominentes de investigación durante la pasada década, pronto nos daremos cuenta de que las regularidades observadas y, por tanto, los mayores principios teóricos se encuentran firmemente unidos a las circunstancias históricas. La dependencia histórica de los principios psicológicos es más notable en las áreas de interés central para el público. Los psicólogos sociales han estado muy interesados, por ejemplo, en aislar los predictores del activismo político durante la pasada década (Cfr. Mankoff y Flacks, 1971; Soloman y Fishman, 1964). Sin embargo, a medida que uno revisa esta literatura a lo largo del tiempo, se encuentra con numerosas inconsistencias. Las variables que exitosamente predijeron el activismo político durante las etapas tempranas de la guerra de Vietnam son distintas a las que predijeron exitosamente el activismo en los períodos posteriores. La conclusión parece clara: los factores que motivaron el activismo cambiaron con el paso del tiempo. Por tanto, cualquier teoría sobre activismo político construida desde los primeros hallazgos será invalidada por los hallazgos posteriores. Las investigaciones futuras sobre el activismo político indudablemente encontrarán aun otros predictores más útiles.

Tales alteraciones en la relación funcional, en principio, no se encuentran limitadas a las áreas de interés público. Por ejemplo, la teoría de Festinger (1957) sobre la comparación social y la extensa línea de investigación deductiva (Cfr. Latané, 1966) se basan en el supuesto dual según el cual: a) las personas desean evaluarse a sí mismas de manera precisa, y b) para hacerlo se comparan con otros. Existen pocas razones para sospechar que dichas disposiciones están determinadas genéticamente, y fácilmente podemos imaginar personas, y ciertamente sociedades, que no acogerían estos supuestos. Muchos de nuestros comentaristas sociales critican la común tendencia a indagar las opiniones de los otros al definirse, y en el intento, cambiar la sociedad a través de la crítica. En efecto, toda la línea de investigación parece depender de un conjunto de propensiones aprendidas, las cuales podrían ser alteradas por el paso del tiempo y las circunstancias.

Del mismo modo, la teoría de la disonancia cognitiva se basa en la suposición de que las personas no pueden tolerar las cogniciones contradictorias. Las bases de dicha intolerancia no parecen genéticamente dadas. Existen ciertos individuos que tienen sentimientos bastante diferentes acerca de dichas contradicciones. Los

primeros escritores existencialistas, por ejemplo, celebraron el acto inconsistente. Nuevamente, debemos concluir que la teoría es predictiva, debido al estado de disposiciones aprendidas existente en el momento. Del mismo modo, el trabajo de Schachter (1959) sobre las afiliaciones está sujeto a los argumentos presentados en el caso de la teoría de la comparación social. El fenómeno de la obediencia de Milgram (1965) ciertamente depende de las actitudes contemporáneas hacia la autoridad. En la investigación sobre cambio de actitud, la credibilidad del comunicador es un factor potente porque hemos aprendido a confiar en las autoridades de nuestra cultura, y el mensaje comunicado, con el paso del tiempo, se disocia de su fuente (Kelman y Hovland, 1953), porque en *el presente* no nos resulta útil retener la asociación. En las investigaciones sobre conformidad, la gente se asemeja más a los amigos que a quienes no lo son (Back, 1951), en parte, porque han aprendido que los amigos castigan la desviación en la sociedad contemporánea. Las investigaciones sobre atribución causal (Cfr. Jones, Davis y Gergen, 1961; Kelley, 1971) dependen de la tendencia, culturalmente dependiente, a percibir al hombre como la fuente de sus acciones. Esta tendencia puede modificarse (Hallowell, 1958) y algunos (Skinner, 1971) argumentan que, de hecho, así debe ser.

Tal vez la primera garantía de que la psicología social nunca desaparecerá por medio de la reducción a la fisiología es que la fisiología no da cuenta de las variaciones que suceden en la conducta humana con el paso del tiempo. La gente puede preferir matices brillantes en su ropa hoy y sombríos mañana; puede valorar la autonomía en esta era y la dependencia en la siguiente. Efectivamente, la variabilidad de las respuestas al ambiente depende de las variaciones en la función fisiológica. Sin embargo, la fisiología nunca puede especificar la naturaleza de los *inputs* de los estímulos ni el contexto de respuesta al que el individuo está expuesto. Nunca puede rendir cuentas sobre los patrones continuamente cambiantes de lo que se considera bueno o deseable en la sociedad y, por tanto, tampoco del rango de fuentes primarias motivacionales para el individuo. Sin embargo, mientras que la psicología social se encuentra a salvo del reduccionismo fisiológico, sus teorías no lo están del cambio histórico.

Es posible inferir, a partir de este último conjunto de argumentos, un compromiso al menos con una teoría de validez transhistórica. Se ha argumentado que la estabilidad en los patrones de interacción sobre los cuales la mayoría de nuestras teorías se apoya depende de disposiciones aprendidas de limitada duración. Implícitamente, esto sugiere la posibilidad de una teoría de aprendizaje social que trascienda las circunstancias históricas. Sin embargo, tal conclusión no está justificada. Consideremos, por ejemplo, una teoría elemental

del reforzamiento. Pocos dudarían de que la mayoría de las personas responde ante las contingencias de los premios y los castigos en su ambiente, y resulta difícil imaginar un tiempo en el que esto no resulte cierto. Tales premisas parecen transhistóricamente válidas, y una tarea principal del psicólogo podría ser aislar las formas funcionales precisas en que los patrones de recompensa y castigo se relacionan con el comportamiento.

Esta conclusión resulta débil en dos puntos importantes. Muchos críticos de la teoría del reforzamiento han hecho la acusación de que la definición de la recompensa (y del castigo) es circular. Típicamente, la recompensa se define como aquello que incrementa la frecuencia de la respuesta; el incremento en la respuesta se define como aquello que se sigue después de la recompensa. Por tanto, la teoría parece limitarse a una interpretación *post hoc*. Sólo cuando el cambio en el comportamiento ha ocurrido puede uno especificar el reforzador. La réplica más significativa a esta crítica reside en el hecho de que una vez que las recompensas y los castigos han sido establecidos inductivamente, ganan valor predictivo. Por tanto, aislar la aprobación social como un reforzador positivo del comportamiento humano inicialmente depende de una observación *post hoc*. Sin embargo, una vez establecida como reforzador, la aprobación social demuestra ser un medio exitoso para modificar el comportamiento sobre una base predictiva (Cfr. Barron, Heckenmueller y Schultz, 1971; Gewirtz y Baer, 1958).

Sin embargo, también resulta evidente que los reforzadores no permanecen estables a través del tiempo. Por ejemplo, Reisman (1952) ha argumentado convincentemente que la aprobación social tiene mayor valor de refuerzo en la sociedad contemporánea que hace un siglo. Y mientras que el orgullo nacional pudo haber sido un potente reforzador en el comportamiento adolescente en la década de 1940, para la juventud contemporánea tal llamado posiblemente resultaría aversivo. En efecto, la circularidad esencial en la teoría del reforzamiento puede volver a promoverse en cualquier momento. A medida que el valor del reforzamiento cambia, también lo hace la validez predictiva del supuesto básico.

La teoría del reforzamiento encara limitaciones históricas adicionales cuando consideramos su especificación más precisa. De modo similar a la mayoría de las teorías sobre la interacción humana, la teoría está sujeta al uso ideológico. La noción de que el comportamiento está completamente regido por contingencias externas es vista por muchos como vulgarmente degradante. El conocimiento de la teoría también le permite a uno evitar caer atrapado por sus predicciones. Como lo saben los terapeutas conductuales, las personas que conversan con sus premisas teóricas pueden subvertir con facilidad los efectos deseados. Finalmente, puesto

que la teoría ha demostrado ser efectiva en la alteración del comportamiento de los organismos inferiores, se vuelve particularmente amenazante para los propios deseos de autonomía. De hecho, la mayoría de nosotros se resentiría del intento de otro de modelar nuestro comportamiento a través de técnicas de reforzamiento, y nos concentraríamos en confundir las expectativas del autor de la ofensa. En resumen, la elaboración de la teoría del reforzamiento no es menos vulnerable a los efectos de la ilustración que otras teorías de la interacción humana.

IMPLICACIONES PARA UNA CIENCIA HISTÓRICA DEL COMPORTAMIENTO SOCIAL

A la luz de los argumentos presentes, el continuo intento de construir leyes generales del comportamiento social parece estar mal encaminado, y la creencia asociada de que el conocimiento de la interacción social puede acumularse de una manera similar al de las ciencias naturales parece injustificada. En esencia, el estudio de la psicología social es principalmente una tarea histórica. Nos encontramos esencialmente involucrados en un recuento sistemático de los asuntos contemporáneos. Usamos la metodología científica, pero los resultados no son principios científicos en el sentido tradicional. En el futuro, los historiadores podrán mirar dichos recuentos para lograr un mejor entendimiento de la vida en la era presente. Sin embargo, los psicólogos del futuro no encontrarán gran valor en el conocimiento contemporáneo. Estos argumentos no son puramente académicos y no se limitan a una redefinición simple de la ciencia. Aquí se encuentran implícitas importantes alteraciones en la actividad de la especialidad. Cinco de estas alteraciones merecen atención.

Hacia una integración de lo puro y lo aplicado

Existe un prejuicio muy difundido en contra de la investigación aplicada entre los psicólogos académicos, prejuicio que resulta evidente en el enfoque puro de la investigación en las revistas prestigiosas y en la dependencia de la promoción y ejercicio de las contribuciones a las investigaciones puras, por oposición a las aplicadas. En parte, este prejuicio está basado en el supuesto de que la investigación aplicada tiene un valor pasajero. Aunque se limita a resolver problemas inmediatos, se considera que la investigación pura contribuye al conocimiento básico y duradero. Desde el punto de vista presente, tales fundamentos del prejuicio no son merecidos. El conocimiento que la investigación pura se concentra en establecer también es transitorio; las generalizaciones en el área de investigación pura generalmente no perduran. En la medida en que las

generalizaciones de la investigación pura tienen una gran validez transhistórica, éstas pueden estar reflejando procesos de interés o importancia secundario para el funcionamiento de la sociedad.

Los psicólogos sociales están entrenados en el uso de herramientas de análisis conceptual y metodología científica para explicar la interacción humana. Sin embargo, dada la esterilidad de perfeccionar principios generales a través del tiempo, estas herramientas parecerían más productivas si se usaran para resolver problemas de importancia inmediata para la sociedad. Lo cual no implica que tal investigación deba ser parroquial en sus alcances. Una deficiencia importante de gran parte de la investigación aplicada es que los términos usados para describir y explicar son con frecuencia relativamente concretos y específicos para el caso a la mano. Mientras que los actos comportamentales concretos estudiados por los psicólogos académicos frecuentemente son más triviales, el lenguaje explicativo es muy general y, por tanto, más heurístico. Por consiguiente, los argumentos presentes sugieren una focalización intensiva de la atención en los problemas sociales contemporáneos, basados en la aplicación de los métodos científicos y herramientas conceptuales de amplia generalidad.

De la predicción a la sensibilización

Tradicionalmente, se considera que el propósito central de la psicología son la predicción y el control del comportamiento. Desde el punto de vista presente, este propósito conduce a errores y proporciona poca justificación para la investigación. Los principios del comportamiento humano pueden tener poco valor predictivo a través del tiempo, y su mismo reconocimiento puede volverlos impotentes como herramientas de control social. Sin embargo, la predicción y el control no necesitan funcionar como piedras angulares del campo. La teoría psicológica puede cumplir un papel excesivamente importante como dispositivo de sensibilización. Puede iluminarnos acerca de un rango de factores que potencialmente influyen el comportamiento bajo varias condiciones. La investigación también puede proveer un estimativo de la importancia de estos factores en un tiempo dado. Bien sea en el dominio de las políticas públicas o de las relaciones personales, la psicología social puede agudizar nuestra sensibilidad hacia influencias sutiles y precisar los supuestos acerca del comportamiento que no han demostrado ser útiles en el pasado.

Cuando se busca consejo en el psicólogo social en relación con el comportamiento que resulta más probable en una situación concreta, la reacción típica consiste en excusarse. Debe explicarse que en el presente la especialidad no se

ha desarrollado lo suficiente como para hacer predicciones confiables. Desde el punto de vista presente, dichas disculpas resultan inapropiadas. El área rara vez puede producir principios a partir de los cuales se puedan hacer predicciones confiables. Los patrones del comportamiento están bajo modificación constante. Sin embargo, lo que el campo puede y debe proporcionar son investigaciones que informen al que indaga acerca de un número posible de ocurrencias, expandiendo así su sensibilidad y alistándolo para una adaptación más rápida al cambio ambiental. Puede proporcionar herramientas conceptuales y metodológicas con las cuales se puedan hacer juicios de mayor criterio.

Desarrollo de indicadores de las disposiciones psicosociales

Los psicólogos sociales evidencian un continuo interés por los procesos psicológicos básicos, es decir, los procesos que influyen un amplio y variado rango del comportamiento social. Tomando como modelo el interés del psicólogo experimental en los procesos básicos de la visión a color, la adquisición del lenguaje, la memoria y similares, los psicólogos sociales se han centrado en procesos como la disonancia cognitiva, el nivel aspiracional y la atribución causal. Sin embargo, existe una profunda diferencia entre los procesos típicamente estudiados en los dominios generales de lo experiencial y lo social. En el primer caso, frecuentemente los procesos quedan atrapados biológicamente en el organismo; no están sujetos a los efectos de la ilustración, y no dependen de las circunstancias culturales. Por el contrario, muchos de los procesos que caen en el dominio social dependen de disposiciones adquiridas que se encuentran sujetas a grandes modificaciones a través del tiempo.

A la luz de lo dicho, resulta un error considerar los procesos en la psicología social como básicos, en el sentido de las ciencias naturales. En cambio, en gran medida pueden considerarse como la contraparte psicológica de las normas culturales. De la misma forma en que un sociólogo se encuentra interesado en la medición de las preferencias de los partidos o los patrones de movilidad a través del tiempo, el psicólogo social puede atender a los patrones cambiantes de las disposiciones psicológicas y su relación con el comportamiento social. Si la reducción de la disonancia es un proceso importante, entonces deberíamos estar en posición de medir la prevalencia y fuerza de dicha disposición dentro de la sociedad a través del tiempo, y los modos preferenciales que se usan para reducir la disonancia en un momento dado. Si el aumento de la estima parece influenciar la interacción social, entonces los estudios extensos sobre la cultura deberían revelar el alcance de esta disposición, su fuerza en varias subculturas y

las formas de comportamiento social con las que se asocia más probablemente en un momento dado. A pesar de que los experimentos de laboratorio se ajustan bien al aislamiento de las disposiciones particulares, son indicadores pobres del rango y la importancia de los procesos en la vida social contemporánea. Se necesitan metodologías que traten la prevalencia, fuerza y forma de las disposiciones psicosociales a través del tiempo. En efecto, se requiere de una tecnología de indicadores psicológicos sensibles a lo social (Bauer, 1969).

La investigación sobre la estabilidad comportamental

Los fenómenos sociales pueden variar considerablemente en la medida en que se encuentran sujetos al cambio histórico. Ciertos fenómenos pueden estar estrechamente ligados a datos fisiológicos. La investigación de Schachter (1970) sobre los estados emocionales parece tener una fuerte base fisiológica, del mismo modo que el trabajo de Hess (1965) sobre el afecto y la constricción pupilar. A pesar de que las disposiciones aprendidas pueden superar la fuerza de las tendencias fisiológicas, dichas tendencias deberían tender a reafirmarse a sí mismas con el paso del tiempo. Aun otras propensiones fisiológicas pueden ser irreversibles. También pueden existir disposiciones adquiridas lo suficientemente poderosas como para que ni la ilustración ni el cambio histórico logren un impacto importante. Generalmente, las personas evitarán los estímulos físicos dolorosos, independientemente de su sofisticación o de las normas vigentes. Debemos pensar, entonces, en términos de un *continuo de durabilidad histórica*, con fenómenos altamente susceptibles a la influencia histórica, en un extremo, y procesos más estables, en el otro extremo.

Bajo esta luz, se requiere bastante de métodos investigativos que nos habiliten para discernir la durabilidad relativa de los fenómenos sociales. Los métodos interculturales pueden emplearse en este sentido. A pesar de que las réplicas interculturales se llevan a cabo con dificultad, la similaridad en la forma de una función dada entre culturas ampliamente divergentes sería una prueba contundente de su durabilidad a través del tiempo. Las técnicas de análisis de contenido también pueden emplearse en el examen de exposiciones de períodos históricos previos. Hasta ahora, dichas exposiciones han aportado poco, excepto citas que indican que algún gran pensador presagió una hipótesis familiar. Aun tenemos que explotar la vasta cantidad de información acerca de patrones de interacción en períodos anteriores. A pesar de que una mayor sofisticación en los patrones de comportamiento a lo largo del tiempo y el espacio suministraría intuiciones valiosas acerca de la durabilidad, se presentan problemas difíciles.

Algunos patrones de comportamiento pueden permanecer estables hasta que se inspeccionan de cerca; otros simplemente pueden volverse disfuncionales con el paso del tiempo. La confianza del hombre en el concepto de deidad tiene una larga historia y se encuentra en numerosas culturas; sin embargo, muchos son escépticos acerca del futuro de esta confianza. Las evaluaciones de durabilidad tendrían, por tanto, que dar cuenta tanto de la estabilidad potencial como actual de los fenómenos.

Aunque la investigación sobre disposiciones más duraderas es muy valiosa, no debemos concluir por ello que es más útil o deseable que estudiar los patrones pasajeros del comportamiento. La mayor porción de la varianza del comportamiento social indudablemente se debe a disposiciones dependientes de la historia, y el reto de captar dichos procesos “al vuelo” y durante períodos auspiciosos de la historia es inmenso.

Hacia una historia social integrada

Se ha sostenido que la investigación de la psicología social es primariamente el estudio sistemático de la historia contemporánea. Como tal, parece miope mantener un desapego disciplinar hacia: a) el estudio tradicional de la historia, y b) otras ciencias limítrofes con la historia (incluidas la sociología, las ciencias políticas y la economía). Las estrategias y sensibilidades investigativas particulares del historiador podrían mejorar la comprensión de la psicología social, pasada y presente. De particular utilidad podría resultar la sensibilidad del historiador hacia las secuencias causales a través del tiempo. La mayoría de investigaciones de la psicología social se centra en segmentos muy cortos de procesos en curso. Nos hemos concentrado muy poco en la función de estos segmentos dentro de su contexto histórico. Disponemos de muy poca teoría acerca de la interrelación entre eventos a lo largo de períodos extensos. De igual forma, los historiadores se podrían beneficiar de las metodologías más rigurosas que son empleadas por el psicólogo social, así como de su sensibilidad particular a las variables psicológicas. Sin embargo, el estudio de la historia, tanto pasada como presente, debería emprenderse en el marco más amplio posible. Los factores políticos, económicos e institucionales son todos *inputs* necesarios para lograr un entendimiento integral. Una concentración exclusiva en la psicología llevaría a una comprensión distorsionada de nuestra condición presente.

REFERENCIAS

Adorno, T. W., E. Frenkel-Brunswik, D. J. Levinson y R. N. Sanford (1950), *The authoritarian personality*. Nueva York: Harpers.

Allport, G. W. (1965), *Pattern and growth in personality*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Back, K. W. (1951), Influence through social communication. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 46, 9-23.

Back, K. W. (1963), The proper scope of social psychology. *Social Forces*, 41, 368-376.

Barron, R., J. Heckenmueller y S. Schultz (1971), Differences in conditionability as a function of race of subject and prior availability of a social reinforcer. *Journal of Personality*, 39, 94-111.

Bauer, R. (Ed.). (1969), *Social indicators*. Cambridge: M.I.T. Press.

Brehm, J. W. (1966), *A theory of psychological reactance*. Nueva York: Academic Press.

Brehm, J. W. y A. R. Cohen (1966), *Explorations in cognitive dissonance*. Nueva York: Wiley.

Brown, R. (1965), *Social psychology*. Glencoe: Free Press.

Carr, E. H. (1963), *What is history?* Nueva York: Knopf.

Christie, R. y M. Jahoda (Eds.). (1954), *Studies in the scope and method of "The authoritarian personality"*. Glencoe: Free Press.

Crowne, D. P. y D. Marlowe (1964), *The approval motive: Studies in evaluative dependence*. Nueva York: Wiley.

Dion, K. L., R. S. Baron y N. Miller (1970), Why do groups make riskier decisions than individuals? En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*. Vol. 5. Nueva York: Academic Press.

DiRenzo, G. (Ed.). (1966), *Concepts, theory and explanation in the behavioral sciences*. Nueva York: Random House.

Eckman, P. (1965), Communication through non-verbal behavior: A source of information about an interpersonal relationship. En S. S. Tomkins y C. Izard (Eds.), *Affect, cognition and personality*. Nueva York: Springer.

Erikson, E. (1968) Identity and identity diffusion. En C. Gordon y K. J. Gergen (Eds.), *The self in social interaction*. Vol. 1. Nueva York: Wiley.

Festinger, L. (1957), *A theory of cognitive dissonance*. Evanston: Row, Peterson.

Fromkin, H. L. (1970), Effects of experimentally aroused feelings of undistinctiveness upon valuation of scarce and novel experiences. *Journal of Personality and Social Psychology*. 16, 521-529.

Fromkin, H. L. (1972, en prensa), Feelings of interpersonal undistinctiveness: An unpleasant affective state. *Journal of Experimental Research in Personality*.

Fromm, E. (1941), *Escape from freedom*. Nueva York: Rinehart.

Gergen, K. J. y M. G. Taylor (1969), Social expectancy and self-presentation in a status hierarchy. *Journal of Experimental and Social Psychology*, 5, 79-92.

Gewirtz, J. L. y D. M. Baer (1958), Deprivation and satiation of social reinforcers as drive conditions. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 57, 165-172.

Hallowell, A. I. (1958), Ojibwa metaphysics of being and the perception of persons. En R. Tagiuri y L. Petrullo (Eds.), *Person, perception and interpersonal behavior*. Standford: Standford University Press.

Hess, E. H. (1965), Attitude and pupil size. *Scientific American*, 212, 46-54.

Jaensch, E. R. (1938), *Der Geqentypus*. Leipzig: Barth.

Janis, I. L. y P. B. Field (1959), Sex differences and personality factors related to persuasibility. En I. Janis y C. Hovland (Eds.), *Personality and persuasibility*. New Haven: Yale University Press.

Jones, E. E., K. E. Davis y K. J. Gergen (1961), Role playing variations and their informational value for person perception. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 63, 302-310.

Jones, E. E. y H. B. Gerard (1967), *Foundations of social psychology*. Nueva York: Wiley.

Kelly, H. H. (1971), *Causal schemata and the attribution process*. Morristown: General Learning Press.

Kelman, H. y Hovland, C. (1953), "Reinstatement" of the communicator in delayed measurement of opinion change. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 48, 327-335.

Kohlberg, L. (1970), Stages of moral development as a basis for moral education. En C. Beck y E. Sullivan (Eds.), *Moral education*. Toronto: University of Toronto Press.

Krech, D., R. S. Crutchfield y E. L. Ballachey (1962), *Individual in society*. Nueva York: McGraw-Hill.

Latané, B. (1966), Studies in social comparison—Introduction and overview. *Journal of Experimental Social Psychology*, 2 (Supl. 1).

Latané, B. y J. Darley (1970), *Unresponsive bystander: Why doesn't he help?* Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

Loevinger, J. (1959), Patterns of parenthood as theories of learning. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 59, 148-150.

Mankoff, M. y R. Flacks (1971), The changing social base of the American student movement. *Journal of the American Academy of Political and Social Science*, 395, 54-67.

Maslow, A. H. (1968), *Toward a psychology of being*. Nueva York: Van Nostrand-Reinhold.

May, R. (1971), Letters to the Editor. *New York Times Magazine*, April 18, p. 100.

Merton, R. K. (1948), The self-fulfilling prophecy. *Antioch Review*, 8, 193-210.

Milgram, S. (1965), Some conditions of obedience and disobedience to authority. En I. D. Steiner y M. Fishbein (Eds.), *Current studies in social psychology*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Mills, J. (1969), *Experimental social psychology*. Nueva York: Macmillan.

Reisman, D. (1952), *The lonely crowd*. New Haven: Yale University Press.

Rokeach, M. (1960), *The open and closed mind*. Nueva York: Basic Books.

Rosenthal, R. (1966), *Experimenter effects in behavioral research*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

Russell, B. (1956), *Our knowledge of the external world*. Nueva York: Menton Books.

Schachter, S. (1959), *The psychology of affiliation*. Stanford: Stanford University Press.

Schachter, S. (1970), The interaction of cognitive and physiological determinants of emotional states. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*. Vol. 1. Nueva York: Academic Press.

Skinner, B. F. (1971), *Beyond freedom and dignity*. Nueva York: Knopf.

Soloman, F. y T. R. Fishman (1964), Youth and peace: A psycho-social study of student peace demonstrators in Washington D.C. *Journal of Social Issues*, 20, 54-73.

Wallach, M. A., N. Kogan y D. J. Bem (1964), Diffusion of responsibility and level of risk taking in groups. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 68, 263-274.

Weinstein, F. y G. M. Platt (1969), *The wish to be free*. Berkeley: University of California Press.

Winch, P. (1958), *The idea of a social science and its relation to philosophy*. Nueva York: Humanities Press.

Witkin, H. A., R. B. Dyk, H. F. Faterson, D. R. Goodenough y S. A. Karp (1962), *Psychological differentiation*. Nueva York: Wiley.

EXPERIMENTACIÓN EN PSICOLOGÍA SOCIAL: UNA REVALUACIÓN

RESUMEN

La investigación psicológica de los fenómenos sociales prácticamente se ha vuelto indiferenciable de la experimentación controlada. A pesar de que las ventajas y desventajas de los experimentos psicológicos han estado sujetas a debates periódicos, se evidencia un crecimiento constante de la confianza puesta en los experimentos. El presente artículo reexamina la competencia de la experimentación a la luz de las características más importantes de la interacción social. Surgen fallas significativas en el experimento cuando se consideran las siguientes características de los eventos sociales: su arraigamiento en patrones culturales de mayor amplitud, su posición dentro de extensas secuencias, su abierta competencia con escenarios de la vida real, su dependencia de confluencias psicológicas y su compleja determinación. La consideración adicional de los fenómenos sociales dentro de un contexto histórico indica que todas las hipótesis razonables son válidas y que la comprobación crítica de las hipótesis acerca del comportamiento social es inútil. Se detallan criterios para un uso productivo de los experimentos.

INTRODUCCIÓN

Sin lugar a dudas, durante las tres pasadas décadas, la práctica de la psicología social se ha identificado inequívocamente con el método experimental. Muchos han dado la bienvenida a este desarrollo, y son grandes los esfuerzos que se han

hecho para mantener su hegemonía. A diferencia de las primeras metodologías de los psicólogos sociales, los méritos de la postura experimental se hicieron visibles de inmediato. Por medio de la experimentación uno se puede mover desde la pura especulación hasta el nivel de la teoría fundamentada empíricamente. Dejó de ser necesario apoyarse en la información nada fidedigna de un solo observador, y el científico tampoco se vio aprisionado por las técnicas correlacionales y su tambaleante comprensión de las secuencias causales. A través de la experimentación, pareció posible poner ideas a prueba frente a la realidad y acumular un depósito de conocimientos fundamentales. También se pudieron realizar avances en el control de los fenómenos sociales. Adicionalmente, la experimentación aseguró que los psicólogos sociales pudieran reclamar para sí un poco del creciente respeto del que disfrutaban los colegas de las áreas más tradicionales de la psicología (por ejemplo, sensorial, del aprendizaje y fisiológica). La psicología social finalmente logró conectarse de manera segura con la orientación lógico-positivista para la cientificación de la conducta (Koch, 1959).

Los resultados de esta línea de desarrollo son ampliamente visibles. El porcentaje de estudios experimentales que aparecen en el *Journal of Personality and Social Psychology*, la voz más prestigiosa en el área, se incrementó aproximadamente de 30% en 1949 a 83% en 1959, y después a 87% en 1969 (Higbee y Wells, 1972). El *Journal of Experimental Social Psychology* y el *European Journal of Social Psychology* comúnmente son vistos como rivales en cuanto a su nivel de respetabilidad. Sus contribuciones son experimentales casi en su totalidad. Incluso en revistas secundarias como el *Journal of Research in Personality* y el más reciente *Journal of Applied Social Psychology*, la gran mayoría de las contribuciones presentes se apoya en la experimentación. Las metodologías de simulación rara vez son empleadas en estas revistas; la investigación de encuestas se limita casi exclusivamente al área de la sociología y la ciencia política (Fried, Gumper y Allen, 1973); y en la revisión de Weick (1968) acerca de la metodología observacional en la psicología social, sólo el 15% de las 300 referencias fueron tomadas de las cuatro revistas más importantes del área, y menos de la mitad de este grupo fue tomada del período de los cinco años previos a la publicación de la revisión. La organización élite dentro del área se llama acertadamente Society for Experimental Social Psychology. Dentro de la psicología, la búsqueda de comprensión social prácticamente se ha convertido en sinónimo del método experimental.

A lo largo de los años han surgido críticas a la postura experimental. Es clásica la discusión de Orne (1962) sobre las exigencias características dentro del ambiente del laboratorio. La extensa investigación de Rosenthal (1966) sobre los sesgos del experimentador está estrechamente relacionada. Sin embargo, el

principal efecto de este trabajo ha sido incrementar el rigor experimental. Son numerosas las críticas que han llamado la atención hacia la artificialidad del ambiente de laboratorio y nuestra inhabilidad para realizar generalizaciones en los ambientes convencionales a partir de los experimentos de laboratorio (Kelman, 1972; McGuire, 1967; Tajfel, 1972; Harré y Secord, 1972; Bickman y Henchey, 1972). Tales críticas han dado lugar a una plétora de experimentos en escenarios de campo, pero como lo ha argumentado McGuire (1973), el experimento de campo ha actuado como una “evasión táctica” de problemas más básicos. Las suposiciones e implicaciones éticas de la experimentación también han sido seriamente cuestionadas (Cfr. Kelman, 1968); y Jourard y Kormann (1968), así como Harré y Secord (1972) han argumentado que la experimentación se limita al estudio superficial y altamente defensivo de las relaciones entre completos desconocidos. Hampden-Turner (1970) ha llevado aún más allá la investigación experimental para confrontar la imagen equívoca que dibuja de los motivos y la acción humana. Sin embargo, a pesar de las dudas que han surgido, la tradición experimental ha continuado incólume. Por cierto, se ha generado una mayor sensibilidad a los sesgos potenciales y las faltas éticas. Los estudiantes con dudas tal vez se han detenido de modo irregular antes de continuar con la tesis experimental que les asegurará la entrada a un nicho profesional seguro. Sin embargo, la falta de alternativas convincentes respecto a la experimentación, en combinación con una inmensa inercia institucional, ha hecho que las actividades continúen más o menos de la manera usual.

Tal vez resulta inútil alzar nuevamente los envejecidos colores de la bandera y atacar de nuevo el bastión de la tradición. Sin embargo, a la luz de la atmósfera de crisis que actualmente permea el área (Cfr. Israel y Tajfel, 1972; Armistead, 1974; Elms, 1975), éste puede ser un momento propicio para una revaluación de la empresa. Mientras que un recuento de las primeras críticas no parece de particular utilidad, se puede obtener una perspectiva renovada evaluando al paradigma experimental a partir del crisol de la vida social, tal y como la observamos comúnmente. Es decir, cuando traemos al centro de nuestra atención los rasgos primordiales de la existencia social, ¿qué incremento en la comprensión podemos anticipar en el uso del paradigma experimental? ¿Es la experimentación un medio adecuado para generar conocimiento acerca del comportamiento social en curso? Nuestra primera preocupación tendrá que ver con los distintos rasgos del método experimental, después consideraremos la experimentación dentro del rango de técnicas comúnmente usadas para probar las hipótesis acerca de la relación entre variables. En este caso, nuestro interés tendrá que ver con la utilidad de probar hipótesis dentro del contexto del cambio histórico. La sección de conclusiones del artículo desarrollará los fines específicos a los cuales la experimentación

puede servir efectivamente. La experimentación puede ser una técnica invaluable bajo ciertas condiciones. Mas la suposición continua de que la experimentación es el mejor y único medio a través del cual podemos obtener conocimiento del comportamiento social parece tanto equívoca como de consecuencias perjudiciales para el área y para aquellos que vuelven sus ojos a la profesión con el fin de mejorar la comprensión.

LA EXPERIMENTACIÓN EN EL CONTEXTO CONTEMPORÁNEO

Nuestra tarea inicial es determinar la sensibilidad del experimento respecto a las principales características de la vida social. ¿Hasta qué punto el conocimiento experimental calca fielmente los contornos de la conducta contemporánea? La pregunta asume, por supuesto, que uno ya tiene una comprensión preliminar de los principales aspectos de dicha conducta. Desafortunadamente, no es posible brindar tal certeza. Sin embargo, nuestra habilidad para sobrevivir en el mundo contemporáneo sugiere que no somos completamente ignorantes en tales cuestiones, y que como aproximación inicial no sería insensato hacer uso de una forma explicada de conocimiento común. El presente tratamiento será selectivo, y es posible que una aproximación alternativa a la vida social pueda ofrecer una evaluación más satisfactoria del conocimiento experimental. Mas si dicha explicación surgiera, se deben realizar esfuerzos especiales para desacreditar las siguientes líneas de argumentación.

Los eventos sociales enraizados culturalmente

La observación común nos dice que los eventos comportamentales normalmente están íntimamente relacionados y ocurren dentro de una red altamente compleja de contingencias. Es decir, considerados independientemente, son pocos los eventos estimulantes que tienen la capacidad de elicitar comportamientos sociales predecibles; nuestra respuesta a la mayoría de los estímulos parece depender de una gran cantidad de circunstancias acompañantes. Por ejemplo, un puño cerrado tiene poco valor inherente como estímulo. Las respuestas a un puño aislado pueden ser extremadamente variadas y difíciles de predecir. Sin embargo, a medida que adicionamos más rasgos a la situación, la variabilidad de la respuesta típicamente disminuye. Cuando sabemos la edad, el sexo, las características económicas, el estado civil, educacional y étnico de la persona del puño en cuestión, cuando sabemos qué otras personas se encuentran presentes en la situación, las características físicas de los alrededores y los eventos que precedieron el levantamiento del puño, somos capaces de predecir con mayor

precisión las respuestas al estímulo. En otras palabras, podemos decir que el estímulo “cobra” significado para los miembros de la cultura sólo al tener en cuenta el rango de circunstancias presentes. Si el puño es el de un niño de tres años, en respuesta a la admonición de su madre en la privacidad de su propio hogar, la respuesta tiene un sentido social muy distinto que el que tendría si el puño perteneciera a un puertorriqueño de treinta años en una calle del Harlem latino. En efecto, los estímulos sociales normalmente se encuentran enmarcados en circunstancias más amplias, y las reacciones al complejo de estímulos dependen en gran medida de los significados culturales que evoquen.

Fundamentalmente, el método experimental es capaz de captar los efectos de configuraciones complejas de estímulos; pero en este caso, uno debe distinguir entre el método y su marco ideológico. Mientras que el método por sí mismo puede permitir la manipulación de conjuntos complejos de eventos, la orientación ideológica que actualmente permea la disciplina favorece fuertemente al rigor por encima de la realidad. Es decir, el experimentador ideal limita sus propios intereses a variables delineadas independientemente. El experimento riguroso es aquel que “desarraiga” al estímulo de su entorno y examina sus efectos independientes sobre un comportamiento dado. Uno podría examinar los efectos del nivel de ruido sobre la conducta de ayuda, del tamaño del jurado sobre la severidad del veredicto, de la credibilidad comunicativa sobre el cambio de actitud, de la presencia de armas en la agresión, y así sucesivamente. En la medida en que un estímulo particular se puede descomponer en unidades más discretas, la investigación puede ser denigrada y organizarse más estudios en un intento de construir una declaración más precisa acerca de las condiciones necesarias y suficientes. Así, si la muchedumbre es una variable independiente, y las multitudes tienden a generar un mayor nivel de ruido y mayor calor, el experimentador riguroso intentará controlar estos factores. La muchedumbre queda, pues, descontextualizada, de modo que se puedan determinar sus efectos de manera independiente del nivel del ruido, del calor y otros factores “extrínsecos”. A pesar de que la lógica de esta práctica resulta atractiva, surgen profundas dificultades como resultado.

La dificultad inicial no es extraña para la literatura de la psicología social y no necesita ser fustigada (Cfr. Tajfel, 1972; McGuire, 1973). En el intento de aislar un estímulo dado del complejo en el que normalmente se enmarca, frecuentemente se oscurece o destruye su significado dentro del marco normativo cultural. Cuando los sujetos son expuestos a un evento por fuera de su contexto usual, pueden verse forzados a tener reacciones que son específicas de la situación y que tienen una relación mínima, o ninguna, con su comportamiento en el escenario habitual. En términos más dramáticos, Harré (1974) ha llamado a los experimentalistas

“trágicamente equivocados” y concluido que “los experimentos no tienen ningún valor, excepto como descripciones acerca de las extrañas formas en que la gente trata de dar un sentido social a los empobrecidos ambientes de los laboratorios” (p. 146).

Además de este inquietante problema, una preocupación por el carácter contextual de los eventos sociales plantea nuevos problemas de igual importancia. Dentro del actual marco ideológico, la formulación de una hipótesis concerniente a la relación entre dos o más variables aisladas (de la mano de una racionalidad explicativa) resulta suficiente para organizar una prueba empírica. Si consideramos que la credibilidad del comunicador, la conformidad forzada o las muchedumbres influyen un comportamiento dado y podemos desarrollar una racionalidad teórica para dichos efectos, inmediatamente podemos someter nuestras ideas al crisol de la prueba experimental. Sin embargo, en el empleo superficial de los experimentos para probar relaciones aisladas entre variables, rara vez se tienen en cuenta las circunstancias que de hecho rodean la manipulación del estímulo, las cuales pueden ser esenciales en sus efectos. A pesar del hecho de que la ideología experimental anima al investigador para que piense en las variables de manera aislada, el experimento mismo provee un contexto en el cual el estímulo se enmarca, el cual puede cumplir un papel integral en la determinación de sus efectos. Al evaluar los efectos de la credibilidad del comunicador, por ejemplo, uno normalmente se asegura de que el sujeto atienda al mensaje y no se enfurezca por hacerlo, que el mensaje sea relevante para el campo de interés o conocimiento del sujeto y no lo ofenda personalmente, que el sujeto no se vea amenazado de ninguna forma por la presencia (o ausencia) del comunicador, etcétera. Tales circunstancias se encuentran completamente oscurecidas en la concentración de estímulos descontextualizados, y aun así, pueden ser absolutamente esenciales para efectos de la credibilidad del comunicador. Lo que se hace pasar por conocimiento en la disciplina puede así descansar sobre un inmenso número de supuestos no declarados y condiciones oscurecidas. El conocimiento, en la forma de afirmaciones independientes sobre la relación entre las variables, puede ser completamente engañoso.

Para llevar el argumento aun más allá, en el intento de aislar variables particulares para la evaluación experimental, se invita a una agresiva insensibilidad a las condiciones límite. Cuando se considera un estímulo como si pudiera estar enmarcado en variadas circunstancias, normalmente revela que puede evocar un amplio rango de reacciones, dependiendo del carácter de esas circunstancias. Por tanto, si se fuera a realizar un análisis amplio de un gran rango de circunstancias culturales, el investigador típicamente encontraría numerosas negaciones de sus hipótesis. La localización preliminar de tales negaciones eliminaría la necesidad de examinar la hipótesis inicial. Para dar sólo un ejemplo, Brehm y sus colegas

(Cfr. Brehm, 1966; Wicklund, 1974) han llevado a cabo un extenso número de experimentos que intentan demostrar que las personas en general reaccionan negativamente a la disminución de su libertad, y bajo tales condiciones se esfuerzan para restablecer su conjunto inicial de opciones comportamentales. Al concentrarse en la pura prueba de la hipótesis simple de reactancia, no se prestó atención preliminar a los amplios patrones culturales en los cuales dichas tendencias pueden estar inmersas. Sin embargo, existen numerosas instancias en las cuales la gente ha renunciado fácilmente a su libertad y presionado para que se incrementen los controles sobre su propio comportamiento (Cfr. Müller, 1963; Weinstein y Platt, 1969). Si la investigación hubiera comenzado con una consideración cuidadosa acerca de las circunstancias culturales en las que estos sucesos se encuentran inmersos, sería poco probable que se hubieran llevado a cabo pruebas experimentales sobre la hipótesis general de la reactancia.

Se podría replicar que el éxito de la demostración experimental es base suficiente para justificar el esfuerzo. Resulta apropiado apoyarse en los resultados de estas “pruebas generales” hasta que una evidencia experimental más profunda contradiga la suposición inicial. Esta refutación tiene poco mérito. En principio, se trataría de una ciencia miope y autoengañosa que no podría admitir la evidencia recogida en lugares distintos al terreno experimental. Aun más importante, el éxito de las “pruebas generales” no se ve obstruido por circunstancias que lo refutan, porque en decisiones sutiles y no manifiestas concernientes a la escogencia del contexto experimental, el contenido de la situación y las medidas empleadas, tales disuaciones pueden oscurecerse. En este sentido, las hipótesis no son puestas a prueba, en la medida en que el experimentador busca (o es consciente) el contexto social apropiado en el cual la validez de lo que se presenta como una hipótesis general pueda ser demostrada. Como lo ha dicho McGuire (1973), hemos aprendido a “encontrar las situaciones en las que nuestras hipótesis se pueden demostrar tautológicamente como verdades” (p. 449). Si uno fuera a comenzar con una consideración de la amplitud de la cultura y la complejidad de sus patrones, las pruebas desenfrenadas de hipótesis acerca de las reacciones generales de la disonancia cognitiva, el desbalance, las presiones de grupo, la atracción social, los testigos en una emergencia, la iniquidad, la agresión, y así sucesivamente, rara vez ocurrirían.

Los eventos sociales enmarcados secuencialmente

Además de sus conexiones con el contexto social más amplio en un momento determinado, la mayoría de los eventos sociales aparecen como partes integrales de secuencias que ocurren a través del tiempo. El intercambio de sonrisas en un

primer encuentro tiene un carácter muy diferente cuando sucede después de una amarga pelea, fundamentalmente porque la secuencia en la que se enmarca el evento es de la mayor importancia para entender su significado social. En efecto, los parámetros de mayor relevancia en cualquier comportamiento dado tienden a depender de su lugar dentro de una secuencia dada. Consideremos la secuencia experimental bajo esta luz.

En la aplicación de los estándares fundamentales de rigor, los experimentales intentan asegurar que las variaciones en las variables dependientes puedan ser rastreadas inequívocamente hasta las variaciones en una o más variables independientes, cada una de las cuales puede ser aislada independientemente, o considerada en combinación con las otras. Normalmente, esto implica limitarse uno mismo a secuencias comportamentales muy breves, puesto que cuanto más grande sea el intervalo que separa la manipulación de la variable independiente y la evaluación de la variable dependiente, mayor será la dificultad para interpretar los datos. A medida que se incrementa el período interviniente entre la aparición de las condiciones del estímulo y la evaluación de los efectos, también lo hace el número de procesos sin control o de factores extrínsecos que pueden colarse y nublar la cadena de la causalidad generadora de los resultados. Por esta misma razón, la mayoría de las investigaciones en psicología social trata por todos los medios de asegurarse de que después de la exposición a la manipulación fundamental, los sujetos no hablen con ninguna persona cuyo comportamiento no sea estandarizado. Parcialmente, es a partir de este mismo interés en el rigor que la psicología de procesos de grupo se ha debatido durante las pasadas dos décadas (Cfr. Steiner, 1974), y que los psicólogos sociales bien entrenados frecuentemente eviten realizar investigaciones sobre los programas de cambio social. En ambos casos, se ha demostrado imposible rastrear con precisión las conexiones causales entre variables.

Con tal concentración intensiva en secuencias breves, los patrones extensos de interacción social prácticamente no existen en la literatura de la psicología social. A pesar de la inmensa importancia de tales fenómenos, nuestros textos casi no tienen nada que decir acerca de la psicología social de las relaciones familiares, el desarrollo de la intimidad, el profesionalismo, las trayectorias profesionales, el proceso de envejecimiento, el desarrollo de negociaciones extensas o el conflicto armado¹. Todo requeriría de un análisis de patrones de interacción a través de

1 Existen algunas excepciones refrescantes a este caso general. Tanto Levinger y Snoek (1972) como Altman y Taylor (1973) han desarrollado modelos del crecimiento de la intimidad, y el modelo GRIT de Osgood (1962) para reducir las tensiones internacionales tiene implicaciones fructíferas para los problemas de secuencia.

largos períodos. De la misma forma, con mucha frecuencia, la experimentación se compromete a sí misma con el peligroso supuesto de que las reacciones iniciales a un estímulo dado son predictores válidos de las reacciones al mismo estímulo en ocasiones subsiguientes. Por ejemplo, una inmensa cantidad de investigación experimental ha demostrado que el incremento en la similitud produce aumento en la atracción (Cfr. Clore y Baldridge, 1968; Byrne, 1969; 1971; Lamberth y Craig, 1970). Con el interés de excluir variables extrínsecas, la mayoría de estas investigaciones ha utilizado el protocolo de actitud de un extraño como estímulo. Sin embargo, como Kerckhoff y Davis (1962) lo han demostrado, la similitud puede tener un pequeño valor predictivo en puntos más avanzados en una relación. En la misma forma, nuestras reacciones ante la inconsistencia de otro, la iniquidad, la consideración positiva, las declaraciones de opinión, las claves no verbales o las tendencias de liderazgo pueden ser muy diferentes cuando se encuentran por primera vez en una relación breve, que cuando están enmarcadas en secuencias de interacción a largo plazo. Puesto que las relaciones a largo plazo encarnan numerosas confusiones, los fenómenos de aparición tardía no son dóciles ante la experimentación precisa y, por tanto, pueden no ser considerados.

Los eventos sociales abiertamente competitivos

Ya hemos visto que la forma de la función relacionada con dos variables cualquiera puede depender en alta medida del contexto específico en el que ellas son examinadas. Y más allá de este problema, se podría decir que la magnitud de la respuesta producida por un estímulo dado depende en gran medida de la serie de estímulos que ocurren simultáneamente. En particular, la potencia de cualquier estímulo dado para elicitarse una respuesta (ya sea en un nivel psicológico o comportamental) está claramente relacionada con la potencia de sus competidores en ese momento. Entonces, por ejemplo, el que la sonrisa de un hombre elicitase una respuesta similar en la mujer tiende a depender de los otros factores que demandan un involucramiento psicológico. Si un niño está llorando o un amante celoso está observando, la sonrisa posiblemente tendrá poco efecto. Consideremos el experimento psicológico a la luz de esta suposición evidente por sí misma.

La experimentación está primariamente diseñada para evaluar si una variable dada tiene algún efecto discernible sobre un comportamiento específico. Sin embargo, debido a las circunstancias aisladas del experimento normal, ignoramos el poder de cualquier variable independiente, en comparación con sus competidoras en las circunstancias normales de la vida diaria. Por ejemplo, a

pesar de varias centenas de experimentos sobre la disonancia, aún no es claro cuál es la importancia de su reducción en la sociedad contemporánea. Dada la inmensa cantidad de inconsistencias a las que generalmente la gente parece estar expuesta cada día, es posible que la psicología de la reducción de la disonancia se encuentre limitada fundamentalmente al estudiante universitario con mayor inclinación al intelecto, que de otra manera no puede escapar de su presencia en el experimento. O, como Lubek² lo ha sugerido, la disonancia puede ser un problema únicamente para la clase privilegiada, aquellos capaces de costear los lujos de un mundo ordenado en el cual sus decisiones son importantes para controlar su destino. En términos más amplios, el experimentalista puede tener poco qué decir en lo que concierne a los problemas principales de la actualidad, y aquello que tiene para ofrecer puede resultar terriblemente equívoco.

Pueden plantearse muchos contraargumentos a esta tesis, cada uno de los cuales merece atención. Primero, se puede suponer que los experimentos nos habilitan para determinar las relaciones entre un conjunto específico de variables, independientemente de las circunstancias que compiten. En efecto, nos permiten vislumbrar la relación *pura* entre las variables, no contaminadas por los factores que compiten. Desafortunadamente, este argumento prueba tener poco mérito. Si la psicología social ha de interesarse en los patrones recurrentes normales del comportamiento social, entonces, concentrarse en el comportamiento en ambientes no contaminados resulta de poco valor predictivo, por una razón: si nuestra tarea esencial es la de comprender el comportamiento en ambientes contaminados naturales, no es claro que los hallazgos en la condición pura puedan demostrarse generalizables. La discusión de Cronbach (1975) acerca de la inhabilidad de los experimentadores para exportar leyes básicas de la percepción y el aprendizaje del laboratorio al mundo real debería ser lo suficientemente aleccionadora.

Además de nuestra incapacidad para generalizar a partir de casos “puros”, el argumento de que el experimento tradicional provee un estimado incontaminado de los efectos de una variable es imprudente desde el principio. Los escenarios experimentales también están compuestos de una colección compleja de variables, y aquellos efectos que emergen en cualquier experimento dado se encuentran inextricablemente ligados al carácter particular de esta colección o conjunto de variables. La investigación sobre los efectos del experimentador en la investigación psicológica (Cfr. Rosenthal y Rosnow, 1969) ya ha reportado la inmensa

2 Comunicación personal de Ian Lubek.

influencia del experimentador en los hallazgos investigativos. Ahora somos bien conscientes de que no podemos discutir los resultados experimentales como si el experimentador estuviera ausente de la escena. Empero, esta investigación sólo rasguña la superficie. Los resultados experimentales también pueden depender del hecho de que la investigación es conducida dentro de los confines seguros de la universidad, de que el objetivo de la investigación es el conocimiento científico, de que las circunstancias son efímeras y no recurrentes, de que uno no será tenido como responsable de su comportamiento una vez esté por fuera del contexto del experimento, y así sucesivamente. Un compuesto único de rasgos del estímulo es visible dentro de cualquier experimento dado, y de ninguna manera los efectos de una variable dada pueden demostrar ser independientes de aquellas condiciones de soporte.

Los experimentos de campo proveen un paliativo importante para esta condición. En tales circunstancias, la variable independiente debe competir en el mercado abierto. Sin embargo, esta ventaja singular del experimento de campo no compensa los otros problemas sustanciales que nos preocupan.

Los eventos sociales como caminos finales comunes

Si nuestra intención es comprender la vida social de la manera en que ocurre naturalmente, debemos ser más sensibles a las confusas bases psicológicas de la mayoría de los actos sociales. Parece claro que éstos están típicamente influenciados por varios factores psicológicos que ocurren simultáneamente. En este sentido, cualquier acto social dado puede ser visto como “el común camino final” para una confluencia de estados psicológicos que interactúan. Para volver a nuestro sencillo caso, la sonrisa del hombre puede evocar simultáneamente sentimientos de excitación, placer sensual, ansiedad y repulsión en la mujer. La respuesta evocada por la sonrisa dependerá de la confluencia de esta variedad de estados psicológicos.

Si esta suposición es precisa, surgen graves problemas. Para el experimentalista, entender el comportamiento requiere una delineación de los efectos tanto independientes como interactivos de antecedentes aislados. La ventaja principal del experimento es que supuestamente permite ubicar una secuencia causal precisa, desde el estímulo antecedente, a través de los procesos que intervienen, hasta el comportamiento en cuestión. Fundamentalmente, la promesa depende de la capacidad del experimentador para señalar variables específicas y manipularlas de manera independiente, mientras todos los otros factores ya se

han controlado o mantenido constantes. Desafortunadamente, esta promesa se apoya en el supuesto según el cual los eventos discretos en el mundo “real” están ligados de manera uno-a-uno con experiencias particulares o procesos internos respecto al organismo. La guía ideal posiblemente es weberiana en su origen; en ella, la relación entre las variaciones en un estímulo dado mapea alteraciones en la experiencia, por medio de una formulación matemática (Weber, 1834). El experimentalista casi nunca se aproxima a esta meta, por supuesto, y normalmente nos conformamos con establecer dos (algunas veces tres) puntos a lo largo del continuo de un estímulo de parámetros desconocidos. En esta forma, intentamos crear estados de alta y baja disonancia, activación, miedo, credibilidad del comunicador, masas, intencionalidad percibida, autoestima, esfuerzo de la tarea, etcétera. O, en el caso más rudimentario, comparamos el comportamiento del individuo cuando está solo *versus* cuando está con otros, cuando hay explicaciones disponibles para sus acciones o no, y así sucesivamente.

Esta postura parece bastante razonable hasta que comenzamos a examinar la trayectoria típica de los intereses investigativos en el campo. En el caso normal, se proponen hipótesis iniciales que ligan variables conceptualmente distintas, y los resultados experimentales brindan, casi asombrosamente, apoyo a las proposiciones. Se dice que la activación de la disonancia produce X, la aglomeración, Y, y la discusión de grupo, Z. Una vez que la formulación ganó interés, el argumento invariablemente se construyó de modo tal que la manipulación inicial de variables independientes no alteró propiamente el mecanismo, estado o proceso interno específico. La manipulación de la disonancia en realidad manipuló también la autoobservación, la manipulación de la aglomeración inadvertidamente alteró la temperatura del ambiente y la discusión de grupo engendró decisiones más riesgosas, por una compleja variedad de razones. Las explicaciones alternativas son exploradas y aparece apoyo nuevamente; más críticas notan la impureza de estas manipulaciones e intentan mayores purificaciones; se encuentran alternativas exitosas y, con el tiempo, la batalla por la prominencia explicativa se convierte, en palabras de Bem y McConnell (1971), sólo en una “cuestión de gustos”.

Una gran conclusión que sugiere este patrón común es que dondequiera que la manipulación precisa es primordial, la empresa investigativa está destinada a un gran hastío. Cuando se trata con seres humanos en escenarios sociales, resulta prácticamente imposible manipular una variable en el nivel psicológico de manera aislada del resto. Incluso, los cambios más elementales en una variable independiente tienen la capacidad de elicitar una gran cantidad de reacciones que intervienen. Mientras que para incrementar el miedo se aumenta la descarga, también puede afectar la activación general, la hostilidad hacia el

experimentador, los sentimientos de obligación, deseos de escape, de cuidado, y una gran variedad de factores. Similarmente, el incremento de la cantidad de material de reforzamiento, frecuentemente usado para manipular la motivación, puede alterar los sentimientos de una activación generalizada, sentimientos hacia el experimentador, deseos de complacerlo, sentimientos de obligación hacia él, alivio, etcétera. Además de todas las reacciones específicas a un estímulo dado, pueden surgir confusiones adicionales a partir de las capacidades autorreflexivas del sujeto humano. En todo momento, el sujeto puede eliminar por sí mismo la presión inmediata de los eventos, para conceptualizarse a sí mismo como un encuestado. Las reacciones de una persona a las cogniciones de su propio ser en una situación puede depender de una variedad de factores adicionales, incluidos valores personales, autoestima, predilecciones filosóficas, etcétera. En resumen, es prácticamente imposible manipular cualquier variable en grado o cantidad simple. *Las variaciones del mundo real en la cantidad inevitablemente se convierten en variaciones psicológicas en la calidad.* La suposición de que los experimentos permiten trazar con precisión una secuencia causal se reduce a fantasías.

Los eventos sociales determinados complejamente

El argumento precedente depende de la aceptación de los constructos psicológicos en la propia red teórica. Por supuesto, no necesitamos hacerlo así. Las teorías que son razonablemente confiables pueden desarrollarse sin recurrir a variables interventoras. Podemos desarrollar una teoría del cambio de actitud que incluya la credibilidad del comunicador, la comunicación unilateral vs. bilateral; la primacía y cercanía temporal como variables predictivas, por ejemplo, sin hacer referencia alguna a procesos psicológicos básicos. Desde esta perspectiva, podríamos anticipar el desarrollo de teorías compuestas de una gran variedad de variables predictivas que dan cuenta de los efectos tanto independientes como interactivos de estas variables sobre el comportamiento en cuestión. La investigación sobre el cambio de actitud en la tradición Hovland, de hecho, comienza a aproximarse a su final. También lo hace la avalancha de investigaciones sobre ofrecimiento de ayuda en situaciones de emergencia. Basado en la literatura disponible, uno puede comenzar a construir un modelo en el cual factores como el número de testigos, las características de la víctima, la preeminencia de la norma de ayuda, el sexo del testigo, etcétera, sean todos tenidos en cuenta, en la medida en que se combinan para determinar la conducta de ayuda en cualquier situación dada. Tal enfoque es exigido por la común observación de que en la mayoría de las situaciones el comportamiento no está determinado por un factor sino por un conjunto complejo de factores que se interrelacionan.

Desde esta perspectiva, el experimento psicológico se vuelve altamente problemático. En la psicología social, los experimentos que emplean más de tres o cuatro variables independientes son muy raros. Debido a las extremas dificultades de la ejecución del experimento, la ubicación de amplias muestras y la interpretación de los resultados, pocos investigadores se arriesgan a la aventura de manipular múltiples factores³. Como lo ha demostrado Thorngate (1976), incluso con nuestra incrementada sofisticación en las técnicas experimentales, el tamaño de los diseños experimentales de múltiples factores se ha estabilizado durante los pasados cinco años. Incluso siendo optimistas acerca de la estimación de nuestra expansión en la próxima década, resulta difícil imaginar diseños experimentales que empleen más de seis variables independientes. Estos límites pragmáticos en el diseño experimental imponen restricciones significativas sobre nuestra capacidad para generar conocimiento a través de estos medios. Varias de estas limitaciones han sido extensamente discutidas por Thorngate (1976). Como lo señala, los experimentos ponen un límite superior sobre el número y los tipos de formas funcionales que pueden ser usadas para captar eventos en la naturaleza. Si el estado de la naturaleza es lo suficientemente complejo como para que las interacciones de alto nivel entre variables sean las que más prevalecen, el conocimiento acumulado a través de la experimentación siempre seguirá siendo una aproximación tosca a su materia de estudio. Esto también significa que las explicaciones altamente complejas (que involucran grandes números de variables) no pueden ser puestas a prueba adecuadamente por medios experimentales. La explicación puede ser puesta a prueba poco a poco, pero el investigador nunca será capaz de explorar todas las interacciones posibles dentro del diseño⁴.

Tales limitaciones pragmáticas se vuelven especialmente gravosas a la luz de los argumentos que surgen de otras áreas del campo. Como McGuire lo señaló

-
- 3 Ni la menor de estas dificultades está asegurando que cada variable independiente pueda ser manipulada con la suficiente eficacia para que los sujetos estén conscientes de ella, pero no con tanta como para que oscurezca los efectos de las variables que compiten por atención. Adicionalmente, con múltiples variables es muy probable que la manipulación no pueda ocurrir independientemente; los cambios en una variable frecuentemente interactúan con otras, trayendo problemas de interpretación de extrema dificultad.
 - 4 Varios diseños investigativos (por ejemplo, cuadrados latinos, diseños de matrices, análisis multivariados de varianzas) pueden ser usados para compensar las dificultades de grandes números de variables. Sin embargo, ninguna de estas alternativas alivia completamente los problemas aquí descritos. Las palabras de Cronbach (1975) brindan la advertencia más onerosa: “Una vez que atendemos las interacciones, entramos en un corredor de espejos que se extiende infinitamente. No importa qué tan lejos podamos llevar nuestro análisis —al tercer, al quinto, o a cualquier otro orden—, se pueden vislumbrar interacciones de un orden superior no puestas a prueba”.

en su revisión de 1968 acerca de la investigación sobre las actitudes, el número de factores que operan para incrementar o impedir el cambio es inmenso, y las interacciones potenciales entre estos factores son verdaderamente formidables. Mischel (1973) ha llegado a una conclusión similar en su discusión sobre la personalidad y el comportamiento social. Del mismo modo, Cronbach (1975) ha mostrado la manera como la delimitación de las variables en la experimentación oculta interacciones de mayor orden que contribuyen a inflar los efectos principales, y erróneamente disminuye las interacciones de bajo orden y anula efectos allí donde, de hecho, existen efectos verdaderos.

En general, se puede decir que la búsqueda de interacciones de un orden más alto es asumida en la aplicación seria del método experimental. Para acumular conocimiento en la tradición experimental, la demostración sólida de un efecto principal es razón más que suficiente para comenzar a buscar factores que incrementen, reduzcan o reviertan el efecto. La demostración de la interacción de primer orden es suficiente para provocar una búsqueda de interacciones de segundo orden, y así sucesivamente. Sin embargo, debido a limitaciones pragmáticas, es claro que el intento de construir un entendimiento de esta manera rápidamente alcanza un límite superior.

En resumen, encontramos que en un grado significativo el experimento de la psicología social se interpone entre el investigador y el fenómeno que pretende comprender. En vez de elucidar los fenómenos, es más frecuente que el experimento sirva como espejo de una casa de diversiones, en la cual la realidad se presenta de manera distorsionada o absurda. No es necesario que éste sea el caso, y más adelante hemos de considerar varias soluciones potenciales a estos dilemas. Sin embargo, dicha indulgencia ha de ser pospuesta para considerar una cuestión adicional de importancia. En este caso, el argumento no se refiere sólo al experimento, sino al intento más general de acumular conocimiento social por la vía del proceso hipotético deductivo.

LA EXPERIMENTACIÓN EN EL CONTEXTO HISTÓRICO

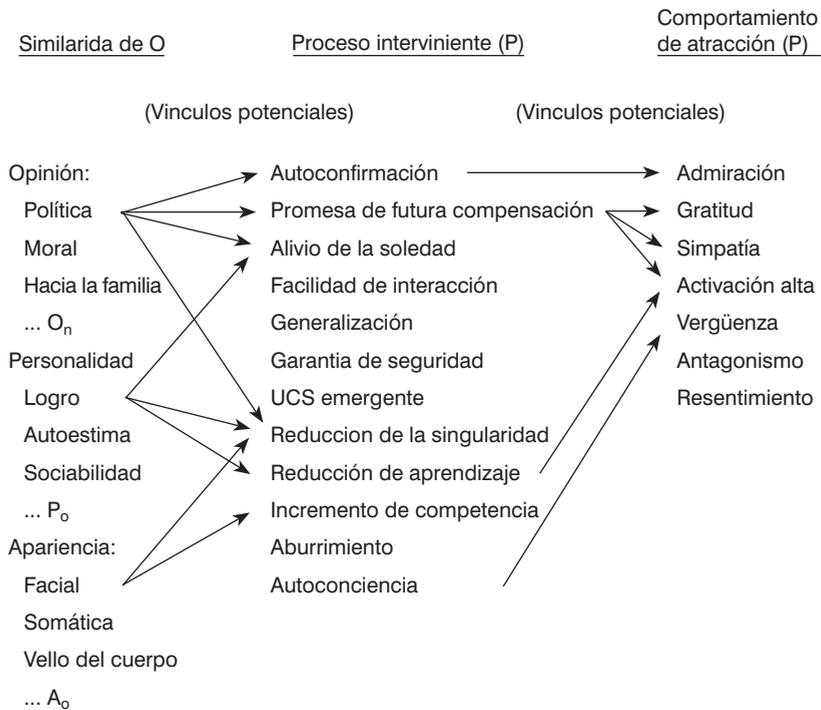
Principalmente, la psicología social está interesada en la exploración de los aspectos con carácter de ley del comportamiento interpersonal. Pero también es claro que las propiedades de ley de las relaciones humanas están sujetas a una modificación continua (Gergen, 1973). Por tanto, las leyes o los principios del comportamiento social desarrollados y apoyados en un punto en el tiempo no necesariamente retienen su validez. En la medida en que las circunstancias

naturales, sociales o subjetivas son alteradas, los hallazgos empíricos pueden fluctuar. Las declaraciones teóricas que descansan en una base de datos tan cambiante pueden ser, pues, de una validez circunscrita en el tiempo. Cuando vemos bajo esta perspectiva la práctica común de poner a prueba hipótesis, surgen dificultades fundamentales, las cuales son relevantes no sólo para el método experimental, sino para el rango entero de técnicas utilizadas para los propósitos de la comprobación de hipótesis. A la luz de las controversias existentes sobre esta línea general de pensamiento (Cfr. Schlenker, 1974; Manis, 1975; Cronbach, 1975), se requiere de una elaboración cuidadosa de este problema.

Con el fin de esclarecer, consideremos un principio más o menos establecido en la psicología social contemporánea, que cuenta con un inmenso apoyo experimental y por el cual las afirmaciones sobre la validez transhistórica se pueden realizar más convincentemente. Esta proposición, que se encuentra prácticamente en casi todos los textos principales del campo, es que la atracción hacia otro es una función positiva de la similitud de O respecto a P. Al menos 50 estudios separados apoyan esta proposición general (Cfr. discusiones de Newcomb, 1961; Byrne, 1971; Berscheid y Walster, 1969). Por cierto, existen condiciones bajo las cuales dichos resultados fallarían al surgir, o podrían revertirse (Cfr. Mettee y Wilkins, 1972; Senn, 1971; Taylor y Mettee, 1971; Novak y Lerner, 1968), pero pocos podrían dudar de que en un amplio rango de condiciones sociales y comportamentales, la similitud, de hecho, engendra atracción.

Para los propósitos del análisis, permitamos disgregar la proposición en variables independientes, dependientes e intervinientes, y consideremos cada una con más detalle. En el caso de la variable independiente, la similitud interpersonal, inicialmente es claro que pueden existir muchas clases de similitud, y que no todos los tipos pueden tener la misma relación con la atracción. Como mínimo, uno podría querer distinguir la similitud entre las opiniones y la personalidad. La mayoría de los datos que apoyan la proposición general, de hecho, ha sido generada en la primera área, y se han expresado dudas acerca de la generalidad de la proposición en el último caso (Cfr. Lipetz *et al.*, 1970). Sin embargo, para los propósitos de exploración, pueden ser útiles mayores distinciones entre las opiniones políticas y aquellas concernientes a valores y moralidad. También puede haber una infinidad virtual de dimensiones de la personalidad, junto con innumerables diferencias en la apariencia física, sobre las cuales uno podría juzgar similitud o no similitud. Por conveniencia, estas distinciones se presentan en la figura 1.

Figura 1. Elaboración de la proposición de similitud-atracción



Nota: las entradas de cada categoría son ejemplos, y no pretenden ser exhaustivas. Casi todos los vínculos son posibles entre las entidades.

Ampliamos aún más el modelo, para considerar un rango de variables o procesos intervinientes que podrían ligar uno o más tipos de similitud con la atracción resultante. Por lo pronto, la similitud de otro provee la confirmación de las propias percepciones o creencias; también puede sugerir que el otro proveerá ganancias positivas en nuevas ocasiones; la similitud del otro también puede aliviar sentimientos de aislamiento o soledad, o facilitar el curso de la interacción, y por tanto, hacerlo sentir a uno más cómodo con el otro. La similitud del otro puede garantizar también la propia seguridad (las críticas son poco probables), o uno puede sentirse atraído hacia otro similar como subproducto de la atracción hacia uno mismo (siendo el otro similar más cercano al yo en un gradiente de generalización). La similitud también puede funcionar como estímulo secundario dentro del paradigma del condicionamiento clásico y simplemente prestarse a la atracción sobre una base automática. Todos estos mecanismos intervinientes han sido agregados en la figura 1.

Sin embargo, tal análisis estaría completamente sesgado, sin considerar varios procesos que pueden engendrar una relación *negativa* entre la similitud y la atracción. Por ejemplo, como Fromkin lo ha demostrado en varios estudios (1970, 1972), puede haber un deseo prevaeciente de ser único, a tal punto que la presencia de alguien similar puede evocar una reacción negativa. La similitud de otro también puede implicar un conjunto restringido de experiencias de aprendizaje; si el otro es similar a uno, pocas cosas nuevas se pueden aprender. La presencia de otro similar también puede sugerir una fuerte competencia por recursos que son escasos, o engendrar autoconciencia, un estado que Duval y Wicklund (1972) consideran negativo en su carácter. Finalmente, el otro similar simplemente puede ser aburrido. Cada uno de estos procesos o tendencias también debe ser tenido en cuenta (véase la figura 1).

Al ir a la variable dependiente, la atracción social, se requiere igualmente de diferenciación analítica. Existen pocas razones para sospechar que los sentimientos de admiración, simpatía, gratitud, etcétera, operen todos en la misma forma (Marlowe y Gergen, 1968). Así, podemos desear considerar la relación entre varios tipos de similitud y las variadas cualidades de la atracción. Por ejemplo, podemos admirar a otros cuyas cualidades sean las mismas que las propias, sentir gratitud anticipada por las recompensas que esperamos recibir de ellos, o una incrementada simpatía por su disposición positiva (Stotland, 1969). De la misma forma, podríamos experimentar un bajo nivel general de activación en anticipación al aprendizaje reducido, o un avergonzado antagonismo en el caso del incremento de la conciencia sobre uno mismo. La formulación en la figura 1 refleja estas distinciones mínimas.

Habiendo echado un vistazo a una variedad de distinciones, las cuales pueden afectar la validez general de la proposición similitud-atracción, podemos considerar los tipos de alteración que tal vez anticipemos como función de los cambios en el contexto social, físico o subjetivo, a través del tiempo. Tres tipos de alteración son de importancia cardinal:

1. Alteraciones en la frecuencia de la entidad

Cada entidad en cada sector de nuestro modelo está sujeta a variaciones en su frecuencia de ocurrencia en la sociedad. Por ejemplo, el que una fuerte opinión política esté presente en una cultura depende del ambiente histórico. En donde la democracia prevalece y distintos partidos compiten por unas posiciones escasas, la opinión política puede estar altamente presente; en otros lugares u

otros tiempos, la opinión política puede desempeñar un rol muy modesto en la vida social. En la misma forma, si existen fuertes necesidades de autoestima o singularidad, principalmente, también es cuestión de que la sociedad brinde las experiencias de aprendizaje necesarias. Por ejemplo, en la cultura japonesa tradicional, las necesidades de singularidad no parecieron predominar entre la gente común (Benedict, 1946). Similarmente, el deseo de singularidad puede cambiar en nuestra sociedad a medida que los patrones de la vida familiar son alterados y la sociedad se vuelve más o menos homogénea. De igual forma, los sentimientos de empatía, admiración, aburrimiento, etcétera, también pueden fluctuar en su relevancia a lo largo del tiempo. Los principios del comportamiento que se desarrollaron en algún punto en el tiempo pueden volverse irrelevantes en períodos posteriores de la historia. Puede que simplemente no haya sujetos para los que el principio general siga siendo cierto.

2. Alteraciones en los vínculos de las variables independiente-interviniente

Más importante aun, encontramos que la articulación entre las variables independientes y los procesos intervinientes está sujeta a fluctuación a lo largo del tiempo. Ya sea que un tipo particular de similaridad elicitte sentimientos de autoestima, ya sea que prometa recompensas para el futuro, ya sea que no augure nada bueno al deseo que uno tiene de estimulación o información, todos parecen altamente dependientes del contexto prevalente de la experiencia. Ciertamente, existen pocas razones para sospechar conexiones preferidas genéticamente entre distintos tipos de similaridad y de procesos internos. Desde este punto de vista, es claro que casi cualquier tipo de similaridad tiene la capacidad para elicitte, activar o estimular cualquier tipo de proceso interviniente. Como se indica con las flechas de la figura 1, dependiendo de las experiencias de aprendizaje del individuo, las creencias o los valores prevalecientes, o las limitaciones estructurales, la similaridad política puede tener fuertes consecuencias para la autoestima, o ninguna en absoluto. También puede indicar la posibilidad de futuras recompensas, o jugar de acuerdo con nuestras necesidades de singularidad. Todos estos vínculos son razonables, y bien pueden esperarse variaciones en el tipo y la fuerza de los distintos vínculos dentro de una cultura específica.

3. Alteraciones en los vínculos de las variables interviniente-dependiente

En la misma forma que la variación marcada puede anticiparse entre las variables independiente e interviniente, las relaciones entre los procesos

intervinientes y las variables dependientes también están sujetas a las vicisitudes de la historia. Por ejemplo, en el caso del vínculo entre la anticipación de las ganancias positivas y la gratitud, no resulta claro que la reacción de uno vaya a ser positiva. La gratitud no siempre se incrementa cuando uno espera que le lleven resultados positivos; de hecho, los regalos o la ayuda frecuentemente pueden evocar hostilidad (Gergen y Gergen, 1971). En culturas como la japonesa, dichas reacciones frente a los regalos pueden ser extremadamente complejas (Cfr. Befu, 1966; Benedict, 1946). Similarmente, uno puede sentir una falta de gratitud por alguien más que haya estimulado su estima; muchas personas dentro de nuestra cultura ven el incremento de la estima como sinónimo de orgullo o egotismo. La singularidad tampoco resulta ser siempre un estado agradable, y puede haber períodos históricos importantes (digamos, durante la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos) en donde encontrarse uno en una posición política única podría ser extremadamente peligroso. En resumen, una miríada de conexiones distintas entre los procesos internos y el efecto resultante son tanto razonables como probables. Qué conexiones existan, y en qué grado, es cuestión de interés histórico.

Antes de elaborar las implicaciones de esta variedad de tipos de cambio, es importante notar que casi todas las investigaciones y teorías contemporáneas en la psicología social están sujetas a dicho análisis. La prevalencia de tendencias a reducir las inconsistencias, alcanzar balances o atribuir casualidad no sólo puede sufrir muchos altibajos a lo largo del tiempo, sino que la prevalencia de tendencias opuestas puede crear inconsistencias, negar el balance o ver el comportamiento como determinado por el ambiente, más que por la voluntad. De igual modo, la relación entre variables como la exigencia de obediencia y de comportamiento obediente (Milgram, 1963), el ataque agresivo y la respuesta agresiva (Geen, 1968; Gentry, 1970), la capacidad para realizar tareas y la disposición de seguimiento de un líder (Hollander, 1964), y así sucesivamente, está sujeta a la alteración de su fuerza y prevalencia dentro de la sociedad. Y por cada una de estas relaciones existen varias razones para sospechar una forma funcional opuesta en su dirección a aquella que ahora aceptamos como ley. Con el paso del tiempo, a medida que los vínculos entre las variables se moldean nuevamente, dichas tendencias bien pueden crecer en su fuerza y/o prevalencia.

Adicionalmente, resulta importante considerar la posibilidad de que estas diversas alteraciones pueden fluctuar a lo largo de períodos muy cortos. Hasta ahora hemos visto la relación entre variables casi como si se tratara de rasgos de la personalidad: como relativamente durables pero sujetas a lentas transiciones o modificaciones a lo largo de los años. Sin embargo, es muy posible que dichas

relaciones estén sujetas a fluctuaciones momentáneas y a estados próximos inducidos situacionalmente. Por ejemplo, al examinar la propia experiencia, debería ser posible verificar la existencia de prácticamente todos los vínculos que relacionen las variables independientes con los procesos intervinientes ilustrados anteriormente. Podemos cargar dentro de nosotros el potencial para todas estas relaciones. Dependiendo de las entradas o las limitaciones situacionales, uno o más de los vínculos pueden activarse. Por tanto, si el individuo participa en un experimento en donde la autoestima se ve amenazada, el vínculo entre similaridad y estima puede volverse relevante; en una situación que lo amenace a uno con el aburrimiento, la necesidad de estímulos se puede volver más acuciante. En la medida en que esas fluctuaciones momentáneas pueden documentarse, los problemas que provienen de los argumentos siguientes alcanzan proporciones asombrosas.

Habiendo especificado los principales tipos de alteraciones en (y entre) los diversos componentes de nuestro modelo, las posibilidades y limitaciones de los experimentos de la psicología social, junto a técnicas auxiliares, se hacen evidentes. Las siguientes conclusiones son especialmente contundentes:

1. Todas las hipótesis razonables posiblemente son válidas. Dadas las fluctuaciones en (y entre) las entidades en el modelo, no existen hipótesis razonables acerca de la actividad social que posiblemente no contengan algún valor de verdad al menos para algunas personas en algún momento. Poner las hipótesis bajo evaluación experimental es, pues, primariamente, un reto a las habilidades del experimentador para discernir el lugar, el tiempo y la población adecuados en donde se puede generar apoyo a ellas. El resultado de estas pruebas rara vez nos dice algo que no supiéramos ya que es posible. Este argumento no sólo cuestiona la utilidad de nuestro principal valor de cambio, sino que implica que para cada hipótesis que ocupa la literatura del área, la contradicción también es válida. Estas implicaciones son muy perturbadoras, puesto que sugieren que todo lo que ha pasado en nuestros textos y desde nuestras plataformas como conocimiento no es más preciso que su negación. Asunto que puede ciertamente ser más importante, puesto que es posible que el número de personas y de situaciones para las que la negación es válida puede tener una mayor prevalencia que las instancias en que las teorías particulares pueden ser confirmadas. En el caso de las teorías más estimulantes del área, aquellas que predicen lo que no es obvio, existen muchas razones para creer que esto es así. Sin embargo, mientras el experimento sea el principal instrumento para ganar conocimiento, no podremos escapar de este dilema. Como hemos

visto, el experimento sólo nos dice que una hipótesis particular tiene un valor de verdad demostrable. No nos informa acerca de la proporción de la población o el rango de instancias en que la hipótesis es válida.

2. El “experimento crítico” como prescindible. Tradicionalmente, el experimento ha desempeñado un rol central en decidir entre hipótesis en competencia. Comúnmente, se asume que puede ser usado como el crisol frente al cual se puede determinar la validez de explicaciones alternativas o en competencia. Dicho pensamiento continúa dominando la psicología social contemporánea. La última década ha sido testigo, por ejemplo, de un exhaustivo número de intentos de desplazar la formulación de la disonancia cognitiva demostrando explicaciones alternativas para su evidencia de apoyo. Chapanis y Chapanis (1964), Bem (1967), Janis y Gilmore (1965), Silverman (1964) y muchos otros han contribuido a este coloquio. Similarmente, se han hecho numerosas demostraciones de alternativas a los hallazgos iniciales de la teoría de la equidad (Cfr. Lawler, 1968; Gergen, Morse y Bode, 1974), demostraciones de cambio peligroso (Cfr. Cartwright, 1971; Pruitt, 1971), y muchas más. Desde el punto de vista presente, es poco lo que puede ganarse con estos esfuerzos. En la medida en que un estímulo dado puede elicitar una variedad de respuestas de distintos procesos o reacciones internas, y la fuerza y prevalencia de dichos vínculos están sujetas a la fluctuación histórica, las pruebas críticas contienen poco valor informativo. Cuando se llevan a cabo de manera perfecta, sólo nos dicen que otros procesos *pueden* dar cuenta de los patrones de comportamiento observados en el momento presente. Dada la premisa de que la mayoría de hipótesis razonables tienden a ser válidas en algún momento o lugar, y que la mayoría de comportamientos representan un camino final común para muchos procesos antecesores, dichas demostraciones pueden considerarse poco productivas.

EL USO CRÍTICO DE LA EXPERIMENTACIÓN

Los argumentos precedentes sugieren fuertemente que un compromiso continuado con el paradigma experimental llevará a una psicología miope en su visión e irrelevante para el carácter de emergencia continua de la conducta social. Esto de ninguna manera busca terminar el paradigma, sino que se adopten nuevos estándares más críticos para su aplicación. De ninguna manera quiero ver el fin de la empresa experimental, sino, mejor, su transfiguración. Mientras que el uso al por mayor de experimentos para probar toda forma de hipótesis

delimitadas prácticamente es un callejón sin salida, la experimentación puede ser empleada productivamente de muchas maneras. Las más importantes parecen ser las siguientes:

1. *Explicar las relaciones biosociales.* Dadas la estabilidad y simplicidad relativa del sistema biológico (por oposición a las vicisitudes de la historia social), la investigación experimental acerca de sus muchas relaciones con el comportamiento social parece ser razonable. Una comprensión del impacto de los procesos biológicos sobre el comportamiento social (digamos, genética comportamental, activación generalizada, estados motivacionales específicos), de los efectos de los factores sociales sobre los procesos biológicos (por ejemplo, la percepción de emoción, socialización del hambre, psicósomáticos) y de las interdependencias entre factores biológicos y sociales parecería incrementarse mucho con la experimentación continuada. En efecto, muchas de estas interrelaciones pueden ser alteradas por el paso del tiempo y las circunstancias; así, las contribuciones afectivas, motivacionales y genéticas al comportamiento pueden verse completamente inmersas en las normas culturales fuertes. Por su parte, a diferencia de la plasticidad del ambiente social, en donde casi cualquier relación entre variables es posible, el sistema biológico pareciera brindar un telón de fondo duradero para el espectáculo de sombras de las convenciones, los estilos y las costumbres.
2. *La experimentación para la alteración de la conciencia.* Se ha argumentado que muchos experimentos psicológicos sociales nos brindan principalmente una indicación de lo que es posible en la vida social. Ya que la experiencia común también nos otorga un vasto depósito de conocimiento relativo a lo que es posible, la mayoría de experimentos hace poco menos que validar alguna faceta del conocimiento común. La continuación de estos esfuerzos difícilmente parece meritoria. Empero, en ocasiones el experimento puede ser usado para alterar nuestra comprensión común de “la forma en que son las cosas”. Puede generar una autoconciencia constructiva, un alto nivel de conciencia sobre varias inequidades o irracionalidades que se han construido en nuestra forma institucionalizada de ver las cosas, o una alta precaución ante el compromiso. Algunos ejemplos excelentes sobre la experimentación al servicio de dicha “creación de conciencia” incluyen la investigación de Asch (1956) sobre la conformidad, el estudio de Milgram (1963) sobre la obediencia a la autoridad, el trabajo pionero de Festinger (1957) sobre la disonancia cognitiva o la investigación clásica de Deutsch (1969) sobre la resolución de conflictos. La investigación pionera de Darley y Latané (1970) sobre la intervención de los testigos y las demostraciones iniciales

de atribución causal y defensa perceptual han desempeñado un rol vital en sensibilizarnos sobre las posibilidades que muy poco consideramos en la vida social. A pesar de que estos estudios han sido extremadamente valiosos en su función sensibilizadora, podemos ser mucho menos optimistas en cuanto a sus consecuencias. En cada caso, se han generado cientos de estudios adicionales: réplicas conceptuales, intentos de alcanzar explicaciones alternativas a los estudios iniciales y de aislar factores adicionales que supuestamente redondean nuestra comprensión de los fenómenos. Cada una de las anteriores búsquedas asume la posibilidad de construir principios comprensivos de validez transhistórica del comportamiento social sobre la base de la acumulación de experimentación. Como hemos visto, dicho supuesto resulta problemático. Estos estudios clásicos prácticamente no contribuyen en nada a tal teoría, y la confluencia de procesos que permiten que los hallazgos emerjan está sujeta a las olas de la historia. En su función sensibilizadora, los experimentos clásicos comparten la positiva función alertadora de varios elementos de la historia actual. Del mismo modo que Mai Lai, Watergate o los asesinatos políticos estimulan una reevaluación general de nuestra condición, nuestros potenciales, nuestro futuro. El psicólogo social experimental se encuentra en una condición favorable, si no crítica, sin embargo, en la medida en que puede estar creando el evento que estimula la dialéctica. En este sentido, la tarea del experimentador no es tanto reflejar el carácter del comportamiento contemporáneo, sino *crearlo*.

3. *Incrementar el impacto teórico.* Como se argumentó en otra parte (Gergen, 1973), y como se implica en lo que sigue, hay poco para ganar en el intento de la experimentación de validar una serie de leyes generales sobre el comportamiento social. Con inteligencia, todas las teorías generales del comportamiento social (verbigracia, el conductismo, la fenomenología, la teoría de campo, etcétera) probablemente podrían desarrollarse para dar cuenta de todos los fenómenos sociales. Como también lo hemos visto, no existe forma de escoger entre dichas teorías sobre una base empírica. Esto no significa que las teorías generales no tengan un lugar en el campo. Ellas pueden tener un inmenso valor en la generación de coherencia, síntesis de hechos dispares, en su capacidad de sensibilizarnos respecto a diversos factores que afectan nuestras vidas, y en la demostración de las dificultades de la verdad convencional. Sin embargo, estas funciones generalmente no se cumplen con la creación de pruebas experimentales. Los datos experimentales no han enriquecido ni restado valor de manera significativa a las contribuciones de Darwin, Marx, Durkheim, Freud, Parsons, Goffman, Lewin, Skinner o Heider. Con esto no busco argumentar que la información

experimental es irrelevante para el impacto o la aceptación de dichas teorías. Ciertamente, en el caso de Lewin, Skinner y Heider, los datos experimentales han incrementado nuestra preocupación por las implicaciones generales de la teorización. Pero donde la teoría general se encuentra preocupada, mejorar el punto de vista ciertamente puede ser la función principal de la experimentación. Al tiempo que la evaluación formal de las teorías parece una meta quimérica, el uso ocasional de experimentos para demostrar la viabilidad de un punto de vista asegura que permanezcamos en un sano estado de conflicto conceptual.

4. *La experimentación al servicio de la reforma social.* Finalmente, los experimentos pueden desempeñar un rol vital para probar los efectos de varias políticas sociales. Campbell (1969) ha delineado una variedad de formas en las que diversas reformas sociales pueden ser tratadas como experimentos naturales, y documentar los efectos sistemáticamente. Dicha experimentación puede ser empleada tanto en el nivel nacional (como en el caso de nuevas reformas de impuestos o las peticiones presidenciales para la conservación de la energía) como en la escena local (como en el caso de las alteraciones en las regulaciones del tráfico o en el transporte escolar). La misma lógica aplica, por supuesto, en la preprueba de varias reformas. Como lo concluye Rivlen (1973) en su discusión sobre los problemas y perspectivas en este campo, los experimentos sociales en áreas como la contratación del desempeño, el impuesto de ingresos negativo y la educación compensatoria han resultado bastante iluminadores y pueden crear legislación mucho más sabia que si no se hicieran. Riecken y Boruch (1974) han precisado casos adicionales en los cuales la experimentación puede ser utilizada en la intervención social. Mas si vemos tales investigaciones desde una perspectiva histórica, se debe concluir que la experimentación tal vez no brinde respuestas con validez de largo plazo. Simplemente porque el programa A es superior al B en t^1 , no debemos suponer que seguirá siendo así; con condiciones sociales cambiantes, pueden surgir resultados contrarios. Por tanto, cuando la experimentación social está involucrada, debemos estar preparados para revaluaciones periódicas de políticas alternativas rivales.

Resultaría apropiado completar este análisis con una fuerte aprobación de la exhortación de McGuire (1973) por una mayor liberalización de la metodología en la psicología social. La experimentación no brinda un fundamento sólido sobre el cual construir el conocimiento social. Sin embargo, a la luz de los argumentos presentes, parecería ser un momento auspicioso para un cambio serio de nuestra atención hacia el área de la metodología. Nuestros métodos de investigación más

importantes básicamente han permanecido iguales en las últimas tres décadas, y parece ser un momento propicio para dirigir nuestra atención desde el “qué” de la vida social hacia el “cómo” del conocer. No sólo requerimos de mejores medios de comprensión del comportamiento que ocurre naturalmente, arraigado en secuencias históricas, sino que debemos desarrollar formas de regenerar el conocimiento a medida que el carácter de la conducta social emerge de nuevo.

REFERENCIAS

Altman, I. y Taylor D. (1973), *Social penetration*, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Armistead, N. (Ed.) (1974), *Reconstructing social psychology*. England: Penguin Books, Middlesex.

Asch, S. (1956), Studies of independence and conformity: A minority of one against a unanimous majority, *Psychological Monographs*, 70: Whole No. 416.

Befu, H. (1966), Gift giving and social reciprocity in Japan, *France-Asia*, 188: 161-177.

Bem, D. J. (1967), Self-perception: An alternative interpretation of cognitive dissonance phenomena. *Psychological Review*, 74, 183-200.

Bem, D. J. y H. K. McConnell (1970), Testing the self-perception explanation of dissonance phenomena: On the salience of premanipulation attitudes, *Journal of Personality and Social Psychology*, 14: 23-31.

Benedict, R (1946), *The chrystanemum and the sword*. Nueva York: Houghton Mifflin.

Berscheid, E. y E. Walster (1969), *Interpersonal attraction*, Reading, Mass: Addison-Wesley.

Bickman, L y T. Henchey (1972), *Beyond the laboratory: Field research in social psychology*, Nueva York: McGraw Hill.

Brehm, J. W. (1966), *A theory of psychological reactance*, Nueva York: Academic Press.

Byrne, D. (1971), *The attraction paradigm*, Nueva York: Academic Press.

Byrne, D. (1969), "Attitudes and attraction". En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, Vol. 4. Nueva York: Academic Press.

Campbell, D. T. (1969), Reform as experiments, *American Psychologist*, 24: 409-429.

Cartwright, D. (1971), Risk taking by individuals and groups: An assessment of research employing choice dilemmas, *Journal of Personality and Social Psychology*, 20: 361-378.

Chapanis, N. y A. Chapanis (1964), Cognitive dissonance: Five years later, *Psychological Bulletin*, 61: 1-22.

Clore, G. L. y B. Baldridge (1968), Interpersonal attraction: The role of agreement and topic interest, *Journal of Personality and Social Psychology*, 9: 340-346.

Cronbach, L. J. (1975), Beyond the two disciplines in scientific psychology. *American Psychologist*, 30: 116-127.

Darley, J. y B. Latané (1970), *The unresponsive bystander: Why doesn't he help?* Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

Deutsch, M. (1969), Socially relevant science: Reflections on some studies of interpersonal conflict. *American Psychologist*, 24, 1076-1092.

Duval, S. y R. A. Wicklund (1972), *A theory of objective self-awareness*. Nueva York: Academic Press.

Elms, A. C. (1975), "The crisis in confidence in social psychology", *American Psychologist*, 30: 967-976.

Festinger, L. A. (1957), *A theory of cognitive dissonance*. Evanston: Row, Peterson.

Fried, S. B., D. C. Gumper y J. C. Allen (1973), Ten years of social psychology: Is there a growing commitment to field research?, *American Psychologist*, 28: 155-156.

Fromkin, H. L. (1970), Effects of experimentally aroused feelings of indistinctiveness upon valuation of scarce and novel experiences, *Journal of Personality and Social Psychology*, 16: 521-529.

Fromkin, H. L. (1972), Feelings of interpersonal indistinctiveness: An unpleasant affective state, *Journal of Experimental Research in Personality*, 6: 178-185.

Geen, R. G. (1968), Effects of frustration, attack and prior training in aggressiveness upon aggressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 9: 316-321.

Gentry, W. D. (1970), Effects of frustration, attack and prior aggressive training on overt aggression and vascular processes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 16: 718-725.

Gergen, K. J. (1973), Social psychology as history. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26: 309-320.

Gergen, K. J. y M. M. Gergen (1971), Understanding foreign assistance through public opinion, *Yearbook of World Affairs*, Vol. 25, pp. 87-103. Londres: Institute of World Affairs.

Gergen, K. J., S. J. Morse y K. Bode (1974), Overpaid or overworked: Cognitive and behavioural reactions to inequitable payment. *Journal of Applied Social Psychology*, 4: 259-274.

Hampden-Turner, C. (1970), *Radical man*. Cambridge: Schenkman.

Harré, R. (1974), Some remarks on 'rule' as a scientific concept. En Mischel, T. (Ed.), *Understanding other persons*, Oxford: Blackwell.

Harré, R. y P. Secord (1972), *The explanation of social behavior*. Oxford: Blackwell Press.

Higbee, K. L. y M. G. Wells (1972), Some research trends in social psychology during the 1960's. *American Psychologist*, 27: 963-966.

Hollander, E. P. (1964), *Leaders, groups and influence*. Nueva York: Oxford University Press.

Israel, J. y H. Tajfel (Eds.) (1972), *The context of social psychology: A critical assessment*. Londres: Academic Press.

Janis, I. J. y J. B. Gilmore (1965), The influence of incentive conditions on the success of role playing in modifying attitudes, *Journal of Personality and Social Psychology*, 1: 17-27.

Jourard, S. M. y L. Kormann (1968), Getting to know the experimenter and its effect on psychological test performance, *Journal of Humanistic Psychology*, 8: 155-160.

Kelman, H. C. (1968), *A time to speak*. San Francisco: Jossey.

Kelman, H. C. (1972), The rights of the subject in social research: An analysis in terms of relative power and legitimacy, *American Psychology*, 27: 989-1016.

Kerckhoff, A. y K. E. Davis (1962), Value consensus and need complementarity in mate selection, *American Sociological Review*, 27: 295-303.

Koch, S. (1959), Epilogue. En S. Koch (ed.), *Psychology: A study of a science*, Vol. III, pp. 729-788, Nueva York: McGraw-Hill.

Lamberth, J. y L. Craig (1970), Differential magnitude of reward and magnitude shifts using attitudinal stimuli, *Journal of Experimental Research in Personality*, 4: 281-285.

Lawler, E. E. (1968), Effects of hourly overpayment on productivity and work quality, *Journal of Personality and Social Psychology*, 10: 306-314.

Levinger, G. y J. D. Snoek (1972), *Attraction in relationships: A new look at interpersonal attraction*. Morristown: General Learning Press.

Lipetz, M. E., I. H. Cohen, J. Dowrin y L. S. Rogers (1970), Need complementarity, marital stability and material satisfaction. En Gergen, K. y D. Marlowe (Eds.), *Personality and social behavior*. Reading: Addison-Wesley. pp. 201-212.

Manis, M. (1975), Comment on Gergen's Social psychology as history. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1: 450-455.

Marlowe, D. y K. J. Gergen (1968), Personality and social interaction. En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.), *The handbook of social psychology*, 2ª Ed. Vol. 3. pp. 590-665, Reading: Addison-Wesley.

Marx, M. H. y W. A. Hillix (1973), *Systems and theories in psychology*. Nueva York: McGraw-Hill.

McGuire, W. J. (1973), The yin and yang of progress in social psychology, *Journal of Personality and Social Psychology*, 26: 446-456.

McGuire, W. J. (1967), Some impending reorientations in social psychology. *Journal of Experimental Social Psychology*, 3: 124-139.

Mettee, D. R. y P. C. Wilkins (1972), When similarity “hurts”: Effects of perceived ability and humorous blunder on interpersonal attraction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 22, 246-258.

Milgram, S. (1963), Behavioral study of obedience, *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67: 371-378.

Mischel, W. (1973), Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality. *Psychological Review*, 80, 252-283.

Müller, H. J. (1963), *Freedom in the Western World*. Nueva York: Harper Row.

Newcomb, T. (1961), *The acquaintance process*. Nueva York: Holt, Rinehard y Winston.

Novak, D. W. y M. J. Lerner (1968). Rejection as a consequence of perceived similarity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 9, 147-152.

Orne, M. T. (1962), On the social psychology of the psychological experiment: With particular reference to demand characteristics and their implications, *American Psychologist*, 17: 776-783.

Osgood, C. E. (1962), *An alternative to war or surrender*. Urbana: University of Illinois Press.

Pruitt, I. G. (1971), Choice shifts in group discussion: An introductory review, *Journal of Personality and Social Psychology*, 3: 339-360.

Riecken, H. W. y R. F. Boruch (1974). (Eds.), *Social experimentation*. Nueva York: Academic Press.

Rivlin, A.M. (1973), Social experiments: The promise and the problems. *Evaluation*, 1-13-24.

Rosenthal, R. (1966), *Experimenter effects in behavioral research*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

Rosenthal, R. y R. L. Rosnow (1969), *Artifact in behavioral research*. Nueva York: Academic Press.

Schlenker, B. R. (1974), Social psychology and science, *Journal of Personality and Social Psychology*, 29: 1-15.

Senn, D. J. (1971), Attraction as a function of similarity-dissimilarity in task performance. *Journal of Personality and Social Psychology*, 18, 120-123.

Silverman, I. (1964), Self-esteem and differential responsiveness to success and failure. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 69, 115-119.

Steiner, I. (1974), Whatever happened to the group in social psychology, *Journal of Experimental Social Psychology*, 10: 94-108.

Stotland, E. (1969), Exploratory investigations of empathy. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, Vol. IV. Londres: Academic Press.

Tajfel, H. (1972) Experiments in vacuum. En Israel, J. y H. Tajfel (Eds.), *The context of social psychology: A critical assessment* Londres: Academic Press.

Taylor, S. E. y D. R. Mettee (1971), When similarity breeds contempt. *Journal of Personality and Social Psychology*, 20, 75-81.

Thorngate, W. (1976), Possible limits on a science of man. En L. Strickland, F. Aboud y K. J. Gergen (Eds.), *Social psychology in transition*, Nueva York: Plenum.

Weber, E. H. (1834), *De pulsus, resorptions, auditu et tactu: Annotationes anatomical et physiological*. Leipzig: Koehler.

Weick, K. E. (1961), Systematic observational methods. En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.), *Handbook of social psychology*, Vol. II. Reading: Addison-Wesley.

Weinstein, G. y Platt, G. (1969), *The wish to be free*. Berkeley: University of California Press.

Wicklund, R. (1974), *Freedom and reactance*, Nueva York: Wiley.

HACIA UNA TEORÍA GENERATIVA

RESUMEN

Gran parte de la teoría contemporánea carece de potencia generativa, es decir, de la capacidad de cuestionar los supuestos predominantes sobre la naturaleza de la vida social, y de brindar alternativas frescas a los patrones contemporáneos de la conducta. Este déficit puede ser rastreado, principalmente, hasta el compromiso del área con los supuestos tradicionales positivistas que a) dan preeminencia al peso de “los hechos”, b) exigen la verificación de las ideas teóricas, c) propician un descuido hacia la dependencia temporal de los patrones sociales y, d) recomiendan un comportamiento desapasionado en cuestiones científicas. Se demuestran deficiencias para cada uno de estos casos, y se deja dispuesto el campo de trabajo para el desarrollo de teoría generativa, liberado tanto de la presión de los hechos inmediatos como de la necesidad de verificación. Dicha teoría puede trabajar apropiadamente para mantener los compromisos de valor y para reestructurar el carácter de la vida social.

Cuando se pregunta por las funciones de la teoría social, la respuesta típica apunta hacia su contribución esencial “al entendimiento, la predicción y el control”. Si uno fuera a preguntar aún más acerca de lo que se quiere decir con “entendimiento”, la respuesta, en este caso, bien podría ser dada en términos del rol del científico de “aprehender claramente el carácter, la naturaleza o las sutilezas” de la vida social (Urdang, 1968). Desde este punto de vista, se otorga a la conducta social un estatus ontológico preeminente: la equipa con los misterios esenciales que el científico debe resolver. Sin embargo, existe un sentido opuesto al que uno puede entender, un sentido que no toma a la naturaleza como algo

dado. Entender también puede involucrar “asignar un significado” a algo y, por tanto, crear su estatus a través del uso de conceptos. Mientras que el sentido del significado del primero encuentra sus raíces en la filosofía empirista, el del último puede ser rastreado principalmente hasta los escritos racionalistas de Kant y Hegel. La orientación racionalista, extensamente atrincherada en la vida intelectual europea, gradualmente ha ido dando paso en las ciencias sociales al enfoque empirista-positivista, tan central en las actividades de nuestros días.

Esta distinción de orientaciones provee importantes comprensiones acerca de la irónica discrepancia que existe entre las fundamentales contribuciones teóricas que han surgido dentro del contexto europeo reciente, por oposición al estadounidense contemporáneo. A pesar de la gran cantidad de rangos profesionales y recursos de apoyo existentes en el contexto estadounidense, sus contribuciones teóricas, de modo general, han sido mucho menos provocativas en sus efectos. Pocos estadounidenses contemporáneos han podido dar la talla del fermento intelectual producido por figuras como Freud, Durkheim, Marx, Mannheim, Piaget, Levi-Strauss, Weber, Köhler, Veblen y Keynes, entre otros. La psicología social estadounidense parece sufrir del mismo mal. La gran mayoría de tratamientos de la teoría en el campo típicamente dedica atención principal a Freud y Lewin; para muchos, el sugestivo trabajo de Fritz Heider merece igual estatus. La teoría de roles ha desempeñado un papel de importancia histórica en el desarrollo de la psicología social estadounidense, pero sus raíces bien pueden ser rastreadas hasta las contribuciones tempranas de Durkheim. Similarmente, la perspectiva de la interacción simbólica puede ser rastreada hasta el entrenamiento europeo temprano de sus voceros iniciales (Jones y Day, 1977). Desde una perspectiva general, sólo la teoría del aprendizaje podría ser considerada como nativa del suelo científico estadounidense. En efecto, la fortaleza de la psicología social contemporánea no parece residir en su capacidad de engendrar teoría de grandes alcances y retos. De modo más general, parecería que, correspondiendo a la hegemonía de la orientación empirista-positivista, ha habido una disminución en la teorización catalizadora.

Lo cual no quiere decir que la psicología social carezca de un importante trabajo teórico. A pesar de que ocasionalmente se mezclan, es posible distinguir dos grandes empresas: a) *la construcción de modelos mínimos*, b) *el aislamiento de variables teóricas significativas*. En el primer caso, los teóricos han intentado dar cuenta de un rango delimitado de fenómenos con un conjunto mínimo de supuestos teóricos¹. La teoría de la disonancia cognitiva de Festinger (1957) es paradigmática

1 Dichos modelos corresponden a las “teorías miniatura” de Hendrick (1977).

a este respecto; su conjunto simple de supuestos fundamentales ha engendrado más de 1.000 investigaciones empíricas durante los últimos 20 años. Son similares, en cuanto a su construcción parsimoniosa y sus limitados fines explicativos, la teoría de la reactancia psicológica de Brehm (1966), la teoría bifactorial de la emoción de Schachter (1964), el modelo de congruencia de Osgood y Tannenbaum (1955), la teoría trifactorial de la atribución causal de Kelley (1972), la teoría de la inferencia correspondiente de Jones y Davis (1965), la formulación de la equidad de Walster, Walster y Berscheid (1978), la hipótesis de la similaridad-atracción de Byrne (1971), el modelo de integración de Anderson (1974), la teoría de la autoconciencia (*self-awareness*) de Duval y Wicklund (1972), la teoría de la actitud-comportamiento de Ajzen y Fishbein (1972), por nombrar sólo algunos.

La segunda gran empresa teórica ha sido la de aislar variables consideradas vitales, por cuenta de sus efectos en un rango circunscrito de actividad social². Resulta paradigmático, en este caso, el trabajo de la Escuela Hovland de cambio de actitud, en el cual los investigadores diferenciaron entre la fuente, el mensaje, el medio y los factores de recepción que se cree tienen una influencia sobre el cambio de actitud (Cfr. reseña de McGuire, 1969). El intento de Schachter (1959) de aislar los procesos clave causantes de la actividad afiliativa constituye un segundo ejemplo clásico. Más recientemente, variables como el atractivo físico (Berscheid y Walster, 1974), las diferencias del actor *versus* el observador en la atribución causal (Jones y Nisbett, 1971), el control interno *versus* el externo (Phares, 1976) y la “mera exposición” (Zajonc, 1968) han recibido similar atención.

Sin embargo, existe una diferencia vital que separa estas empresas teóricas de aquellas de origen europeo “precientífico”. Mientras que el impulso central de la psicología social estadounidense ha sido el de estimular la investigación dentro de un círculo profesional élite, las teorías de Freud, Marx, Durkheim, y otros, frecuentemente retaron los supuestos básicos de la vida social, con efectos catalizadores profundos, tanto adentro como afuera de la profesión. Los debates primarios emergentes de la teorización de la psicología social contemporánea generalmente han estado limitados a preguntas sobre explicaciones alternativas (Cfr. Bem, 1972; Cartwright, 1971)³. En contraste, las propuestas más tempranas

2 Este tipo de labor corresponde al concepto de teorización “taxonómica” de Moscovici (1972).

3 Tal como lo ha comentado Silverman (1977), “Aparentemente no tenemos nada que ofrecer en términos de evoluciones o revoluciones teóricas o empíricas; nada para discutir que represente las cuestiones básicas o preguntas de nuestro campo y los caminos tomados para su resolución” (p. 354). En efecto, los debates sustantivos han sido ampliamente eclipsados por disputas metodológicas.

frecuentemente han promovido coloquios entre científicos de diverso origen, junto con filósofos, historiadores, teólogos, políticos, etcétera. Como escribió Asch en 1952:

Se debe admitir que la psicología social vive hoy a la sombra de las grandes doctrinas del hombre que fueron formuladas mucho antes de que ella apareciera, y que ha tomado prestadas sus ideas directrices de regiones vecinas del pensamiento científico y de las filosofías sociales del período moderno. Es paradójico, pero cierto, que la psicología social... aún no haya afectado de modo significativo las concepciones que ha tomado prestadas. (p. viii)

Y como lo ha comentado Tajfel (1972) más recientemente, “ciertamente la psicología social no ha tenido éxito en la creación de una revolución intelectual, en el sentido de afectar profundamente nuestras visiones de la naturaleza humana” (p. 106). Uno pudiera desear defender la teoría contemporánea resaltando su capacidad superior para evaluarse y producir cuerpos confiables de conocimiento social. Sin embargo, resulta difícil culpar a las teorías tempranas por la ausencia de investigación que han generado (Cfr. resumen de Blum, 1964, de las investigaciones empíricas sobre la teoría psicoanalítica), como tampoco puede uno destilar un cuerpo de proposiciones altamente confiables del inmenso esfuerzo contemporáneo en poner las hipótesis a prueba (Cfr. Cartwright, 1971; Gergen, en prensa, (a); Greenwald, 1975). En efecto, las alternativas contemporáneas no son demostrablemente superiores en otros aspectos.

Podría ser útil, entonces, considerar las explicaciones teóricas en competencia, en términos de su *capacidad generativa*, es decir, su *capacidad para retar los supuestos directrices de la cultura, formular preguntas fundamentales acerca de la vida social contemporánea, promover reconsideraciones sobre aquello que se ha “tomado por dado”, y que, por tanto, brinden nuevas alternativas para la acción social*⁴. La teoría generativa es la que puede provocar debate, transformar la realidad social y, en últimas, reordenar la conducta social. Se afirma en el presente artículo que la debilidad generativa de la teoría psicológica social contemporánea puede ser rastreada principalmente hasta el compromiso

4 Los criterios generativos pueden ser contrastados con el concepto tradicional de “heurística”. Este último típicamente se refiere a la capacidad de una teoría para generar investigación o soluciones a problemas prácticos. En este sentido, la teoría generativa puede ser o no heurísticamente valiosa, y viceversa. El que la teoría generativa necesite ser contraria a los supuestos comunes puede ser cuestionado. Sin embargo, parecería que la formulación de nuevas alternativas inevitablemente se contraponen a algún conjunto de acuerdos existentes. La creatividad y el conflicto posiblemente son inseparables.

constante de la disciplina con el paradigma tradicional empirista-positivista⁵. A pesar de que el paradigma ha proporcionado una racionalidad guía durante muchas décadas, resulta esencial monitorear continuamente los caminos hacia los que ha guiado, así como aquellos que ha cerrado. Cuatro obstáculos fundamentales inherentes al paradigma positivista serán abordados por aparte, y en cada caso, se elucidarán graves debilidades. Más aún, en cada instancia se empleará la racionalidad crítica para alistar el terreno de trabajo de los intereses teóricos generativos.

LA PREEMINENCIA DEL HECHO OBJETIVO

Desde el tradicional punto de vista positivista, la tarea inicial del científico es observar el estado de la naturaleza y documentar con exactitud la relación sistemática existente entre los observables. Se dice que, sobre la base de esta observación preliminar, el científico puede construir inductivamente las aseveraciones teóricas generales que describen y explican el fenómeno en cuestión. El progreso desde el nivel de los particulares hasta el de la generalización teórica se debe hacer empleando los cánones de la lógica inductiva, como los que fueron propuestos por John Stuart Mill en 1846. La astronomía clásica frecuentemente es considerada como un ejemplo a este respecto. La ciencia comenzó, se dice, cuando unos individuos serios comenzaron a registrar sistemáticamente los movimientos de los cuerpos celestes. Sobre la base de dichos registros, pudieron formularse descripciones y explicaciones teóricas, y, subsecuentemente, evaluarse a partir de observación continua. En efecto, el hecho observable tiene preeminente interés.

La aceptación general de esta posición tradicional dentro de la psicología social contemporánea parece ampliamente evidente. Tal como Shaw y Costanzo (1970) presentan el caso,

La psicología social moderna ha sido ampliamente empírica en su naturaleza, basando sus proposiciones y conclusiones sobre observaciones en situaciones controladas... Como resultado de este enfoque empírico, se ha acumulado una cantidad considerable de datos acerca del comportamiento social. Para ser útiles, dichos datos deben ser organizados de modo sistemático, de forma que puedan ser entendidos su significado y sus implicaciones. Esta organización sistemática es la función de la teoría. (p. 3)

5 Claramente, no todos los psicólogos sociales se inscriben completamente en los cuatro supuestos aquí expuestos. Sin embargo, se puede discernir una familia o conjunto de supuestos afines en los documentos públicos del campo; y es a esta "representación metateórica" a la que se dirigen los presentes argumentos.

Al mantener esta orientación, el entrenamiento de los graduados comúnmente está centrado en el proceso de la observación sistemática. Se requiere un conocimiento extenso de metodología y estadística, y, típicamente, la tesis sirve como seguro de que el candidato domina las habilidades de la observación confiable. Es raro el entrenamiento en el proceso de construcción teórica. Las revistas más importantes del campo también se dedican casi que exclusivamente al establecimiento de los hechos. El reciente comentario de Freedman⁶ sobre el estado del arte parece captar el modo de pensamiento de la disciplina:

Dado que la investigación [sobre las multitudes] sólo se ha realizado durante unos pocos años, y dado que los hallazgos más bien son inconsistentes y confusos, pareciera que la gente debería estar puesta a la tarea de investigar, en vez de andar preocupándose por las teorías. La idea de que ya habría una revisión de las teorías en el campo es ciertamente deprimente. Está perfectamente bien para las personas ofrecer montones de explicaciones intuitivas o tentativas, o lo que podría ser llamado miniteorías en cualquier área de la psicología social, pero comenzar a presentar teorías cuando ni siquiera sabemos cuáles son los hechos es un ejercicio inútil.

Sin embargo, la creencia común de que la teoría social idealmente debería basar sus premisas en hechos confiables parece haber continuado impertérrita ante las sospechas significativas que existen dentro del ámbito filosófico. Se ha hecho evidente que, en primer lugar, el científico no se puede aproximar a la naturaleza como un observador de los hechos no sofisticado o sin sesgos. En cambio, debe albergar concepciones acerca de “lo que hay para ser estudiado”, para poder realizar la tarea de la observación sistemática. Desde esta perspectiva, la astronomía científica no comenzó con el proceso de documentar los hechos existentes. Fueron requeridas distinciones conceptuales preliminares entre la Tierra y los cielos, y entre las entidades existentes dentro de éstos. En efecto, los científicos deben compartir ciertos supuestos teóricos para poder llevar a cabo investigación con sentido. O, para plantearlo más formalmente, “Es la teoría la que determina aquello que se cuenta como un hecho, y la manera en que los hechos deben ser distinguidos entre ellos” (Unger, 1975, p. 32).

Se ha reconocido en gran medida que los cánones de la lógica inductiva son inadecuados para describir el proceso mediante el cual el científico se mueve típicamente desde el nivel de lo concreto hasta el de lo conceptual. La observación y la catalogación más cuidadosas de todas las formaciones de roca en la tierra,

6 J. Freedman, *Social Psychology*. Presentación ante los encuentros de 1974-76 de la Psychology Section, New York Academy of Sciences, Nueva York.

combinadas con el más asiduo uso de lógica inductiva, no darían como resultado la teoría geológica contemporánea (Cfr. Medawar, 1969). Ni los hechos ni la lógica pueden suministrar las preguntas que se realizarán sobre los datos, o la metáfora de organización conceptual. Conceptos como la “edad del hielo” o la “etapa geosinclinal” parecen requerir de alguna forma de acto creativo o intuitivo, que hasta el momento sigue siendo pobremente comprendido. De nuevo, pareciera que se debe premiar a la imaginación teórica y que el preeminente compromiso de establecer los “hechos” resulta dañino para dichas inversiones.

El caso es particularmente potente en lo que concierne a la teoría generativa. Si se permite que los “supuestos del sentido común”, por ejemplo, acerca de las unidades del comportamiento, sus denominaciones o sus relaciones guíen inconscientemente nuestras observaciones e hipótesis, entonces los modelos teóricos resultantes muy posiblemente reflejarán esos supuestos. La teoría resultante se aproximará al sentido común, un problema con el cual los psicólogos sociales han tenido que luchar durante varias décadas. Cuando uno “comienza con los hechos” ya ha incorporado una teoría implícita, y el potencial para un resultado generativo, por tanto, se puede reducir. O, como lo ha concluido más enérgicamente Moscovici (1972), “los psicólogos sociales no han hecho nada distinto que operacionalizar preguntas y respuestas imaginadas en otra parte. Y, por tanto, el trabajo en el cual están involucrados —en el cual todos nosotros estamos involucrados— no es el trabajo del análisis científico sino el de la ingeniería” (p. 32).

Teoría psicológica y configuración de los fenómenos sociales

Pese a que las primeras investigaciones astronómicas seguramente estuvieron guiadas por concepciones teóricas preformales, es difícil argumentar que dichas preconcepciones hayan operado en desventaja obvia en este campo. Si éste es el caso, bien podría uno preguntar por qué la investigación social no puede seguir líneas similares; ¿en qué problemas se incurre al permitir que “preconcepciones normativas” canalicen las investigaciones de la psicología social? La respuesta a esta pregunta reside en el gran potencial de dichas preconcepciones para configurar los fenómenos de estudio en las ciencias sociales, por contraposición a las naturales. Es decir, el científico social se encuentra en una posición bastante más precaria en lo referente a la generación de teoría que se encuentre puesta al servicio de su propia satisfacción. Hay dos cuestiones importantes en las cuales la teoría social activamente crea los fenómenos a ser investigados, ninguno de

los cuales parece relevante para la gran mayoría de investigaciones en ciencias naturales.

En el caso inicial, la teoría social puede *determinar el proceso de exploración investigativa* y, por tanto, centra la atención en patrones particulares, al tiempo que oscurece otros. Al determinar el foco de atención del investigador, la teoría establece anticipadamente la forma de observación. Para apreciar este punto, debemos volver al argumento previo, esto es, que para poder reconocer “los hechos”, uno ya debe poseer alguna forma de conocimiento conceptual. Se requiere de conocimiento preliminar para poder realizar una discriminación entre los “hechos” y los “no hechos”, o los eventos y su contexto circundante. Sin embargo, se puede seguir preguntando: ¿cuál es la base de la orientación conceptual preliminar? Mientras que la posibilidad de una estructura conceptual *a priori* aguarda para ser estudiada a profundidad, parece que los *inputs* sensoriales frecuentemente deben desempeñar un papel en la formación de estos esquemas conceptuales. Al mismo tiempo, el alcance de su impacto podría depender del carácter de estos *inputs* en cuanto estén relacionados con la fisiología del organismo. En un extremo podemos considerar *inputs* experimentales que están listos para prestarse a una “categorización natural” (Rosch, 1977). En particular, la estimulación que perturba significativamente al sistema nervioso frecuentemente puede dar lugar a distinciones conceptuales. Por ejemplo, la diferencia entre el tamaño y la luminosidad de una estrella contra el fondo del cielo nocturno, el sonido de un rayo *versus* el silencio precedente, la forma de un pez, por oposición a la de un ave, pueden propiciar el desarrollo de distinciones conceptuales, en casi todas las culturas. Más adelante, estas categorías podrían establecer el rango de preconcepciones operantes dentro de las ramas relevantes de las ciencias naturales.

En contraste, podríamos considerar un rango de experiencias dominadas por movimientos continuos y repetición ambigua. Al observar las olas del océano, por ejemplo, es extremadamente difícil distinguir una ola de otra, o formar algo más que una categoría muy burda (por ejemplo, “altura de la ola”). En este caso, las categorías naturales pueden no aparecer inmediatamente, y “la clase de olas” que uno ve puede estar determinada por el propio foco visual. Dicho foco podría ser dirigido hacia la cresta de la ola, la cantidad de verde esmeralda, la cantidad de espuma, etcétera. Con cada nuevo foco, la propia experiencia acerca del patrón puede ser alterada. El “patrón de estudio” depende, pues, de manera muy importante, del conjunto cognitivo del observador (Cfr. Neisser, 1976; Posner y Snyder, 1975; Shiffrin y Schnieder, 1977). En este caso, el sistema de categoría ayuda a dirigir la atención y, al hacerlo, “crea” el fenómeno de observación.

Se puede continuar argumentando que la gran abundancia de actividad social humana es de este segundo orden⁷. Es decir, dicha actividad aparece en un estado de continuo movimiento cercano, sus formas son infinitamente variables y en cualquier momento pueden surgir patrones nuevos. Bajo estas condiciones, la postura conceptual del observador puede convertirse en un determinante extremadamente poderoso de aquello que se percibe. Comprensiones preliminares sobre “lo que hay” bien pueden autofundamentarse. Es precisamente en estas condiciones que se requieren más perspectivas conceptuales que compitan entre sí. Cada perspectiva puede operar como un lente a través del cual la experiencia se presenta en formas diferentes. Cada nuevo lente incrementa la sensibilidad respecto al todo.

Además de determinar el proceso de exploración a través del cual la experiencia social es visualizada, el teórico social puede crear activamente su propia materia de estudio *cambiando su composición*. Dichas alteraciones pueden ser efectuadas en una variedad de formas, y una de ellas puede ser detallada por su especial importancia. Parecería que las personas generalmente no responden a los estímulos sociales sobre una base puramente sensorial. Intervenir entre el estímulo intrusivo y la acción subsecuente es una reconstrucción conceptual o simbólica del estímulo, y es a este “mundo traducido simbólicamente” al que típicamente corresponden las propias acciones. Y así, el humano, a diferencia de los organismos no diferenciados estructuralmente como los protozoos, equinodermos y anélidos, no está “ligado al estímulo”. Muy poco se puede anticipar acerca de la confiabilidad de la respuesta. El mismo estímulo proximal puede engendrar un número casi infinito de reacciones que dependen del “significado” para el receptor. Esta línea de razonamiento es, por supuesto, consistente con los presupuestos mayores que se encuentran en la base de gran parte de la investigación contemporánea en la psicología social. Pese a ello, prácticamente no se ha examinado el potencial de la ciencia para moldear el significado de los sistemas de la sociedad y, por tanto, de las actividades comunes de la cultura. Siguiendo el modelo positivista tradicional, el psicólogo social ha permanecido interesado primariamente en la tarea de la descripción y explicación confiables. Sin embargo, a diferencia del científico natural, el

7 Sería arrogante afirmar que lo que el científico natural percibe no está frecuentemente influenciado por concepciones preliminares. Uno debe aprender “qué ver”, digamos, al abrir un microscopio, y este aprendizaje es típicamente conceptual en su carácter. El presente argumento debe considerarse, entonces, como uno de grado. También es posible que, a medida que una ciencia natural acabe con las ganancias obtenidas sobre la base de “categorías naturales”, dependa cada vez más del acuerdo social dentro del área para especificar “lo que hay para ser estudiado”.

psicólogo social usa términos descriptivos y explicativos que tienen la capacidad de moldear el carácter de las actividades sociales acerca de las cuales se rinden informes.

En el caso de la teoría freudiana, dichos efectos moldeadores ya parecen ampliamente visibles. En tiempos anteriores, la actividad atípica, exótica o desviada frecuentemente fue vista como una expresión de “brujería”, “inferioridad del carácter” o “ausencia de voluntad de poder”. Los patrones de reacción resultantes frecuentemente eran punitivos. Con el advenimiento de la teoría psicoanalítica, las mismas actividades comenzaron a ser vistas como productos de dinámicas de la personalidad sobre las cuales los individuos tenían poco control. Desde este punto de vista, el actor merece “tratamiento” o “cura”. El desarrollo y diseminación de la teoría psicoanalítica tuvieron éxito en alterar los ampliamente difundidos patrones de actividad social (Moscovici, 1961). Efectos similares pueden ser rastreados hasta los intentos de los psicólogos sociales de explicar fenómenos como el prejuicio, la obediencia, la protesta social o la revolución del gueto. Para explicar en detalle, en la extensa literatura sobre atribución causal aparece que la cultura frecuentemente distingue entre el comportamiento que está bajo el control del individuo (“causado internamente”) y el que está bajo el control del ambiente (“causado externamente”). Más aún, la literatura aclara que los patrones de culpa y elogio frecuentemente están relacionados con el *locus* de atribución causal (Cfr. Kelman y Lawrence, 1972; Newtson, 1974). En particular, para el comportamiento depreciado (por ejemplo, el asesinato) podemos asignar cantidades crecientes de culpa o castigo, en la medida en que la acción parezca causada internamente, por oposición a externamente. De manera similar, para los actos valorados (por ejemplo, heroísmo en la batalla) típicamente asignaremos menor cantidad de elogios o premios, en la medida en que el acto parezca causado externamente, por oposición a internamente. Por tanto, a medida que la explicación común de una acción cambia de un *locus* causal a otro, las reacciones comportamentales también pueden cambiar.

A la luz de esto, vemos que la explicación por la que opta el psicólogo social para una acción dada puede ya bien sostener o alterar los patrones de atribución común de la cultura y, por tanto, los patrones comunes de culpa y elogio. Por ejemplo, cuando el prejuicio es explicado en términos de dinámicas autoritarias de la personalidad (Adorno *et al.*, 1950), la persona prejuzgada es tratada como la fuente causal de sus propias acciones. La culpa personal es promovida por dicha explicación, y uno puede sentir una justificada antipatía hacia la persona prejuzgada. Se puede presentar un argumento similar en el caso de la conducta obediente, como fue descrita por Milgram (1974).

Cuando dicho comportamiento es rastreado, como sucede, hasta el sujeto privado de responsabilidad, hasta patrones primitivos de pensamiento, hasta un estrechamiento de las preocupaciones morales y hasta la falta de recursos internos, entonces el rechazo público del individuo obediente puede ser justificado. Del otro lado de la línea, la protesta social generalmente es vista con luz positiva por el ala liberal de la profesión. Cuando dicho comportamiento es explicado en términos de la conciencia del individuo, sus valores personales o inteligencia (Cfr. Flacks, 1969; Keniston, 1968), gana un valor incrementado. En el caso de las protestas del gueto, la explicación científica frecuentemente se centra en la opresión de la sociedad del gueto negro. Dicha explicación desplaza funcionalmente la culpa de quien protesta a la sociedad. En todas estas instancias, la teoría psicológica social ha operado en gran medida como instrucciones en un experimento de reatribución (Cfr. Dienstbier, 1972; Storms y Nisbett, 1970). Desplazan el *locus* de causalidad para un rango dado de actividad y, al hacerlo, alteran las reacciones comunes ante dicha actividad.

Desde la perspectiva positivista, uno podría ver dichos efectos modeladores con desencanto. Ellos constituyen violaciones inapropiadas a los roles tradicionales asignados al científico, a saber, los de observación, descripción y explicación. Sin embargo, desde la presente postura, encontramos que en el proceso de descripción y explicación, el científico se involucra inevitablemente en la creación de los fenómenos sociales, tanto en la formación de los lentes teóricos a través de los cuales la acción social es observada como en la reconstitución de los sistemas de significado de la cultura. Los términos teóricos, el rango de actividades al que son aplicados y la forma de explicación pueden introducirse en los sistemas comunes de la realidad construida y, al hacerlo, pueden determinar “lo que es” y las formas apropiadas de respuesta. Sin embargo, en vez de ver dichos efectos como irritantes “incidentes de ruta”, podríamos considerarlos apropiadamente como nuestros más importantes logros. La capacidad de la disciplina para efectuar el cambio social no tiene necesidad de depender de alianzas quijotescas con el funcionario público o el agente profesional de cambio. Más bien, el teórico puede alterar directamente los patrones de acción social a medida que su modo de conceptualización se incorpora en los entendimientos comunes de la cultura. Esta posibilidad se erige como uno de los mayores retos de la teorización generativa. No sólo se urge al teórico para que se libere a sí mismo de las cadenas impuestas por los acuerdos conceptuales predominantes, sino que también se le pide que considere aquellas formas sociales alternativas que podrían ser creadas a través de la teoría.

LA EXIGENCIA DE VERIFICACIÓN TEÓRICA

Desde la perspectiva científica tradicional, idealmente se debería mantener una relación estrecha entre teoría y datos. La teoría no sólo debería surgir de la observación inicial, sino que, una vez desarrollada, debería estar sujeta a una evaluación empírica sistemática y profunda. A través de la evaluación empírica, las teorías de alta validez predictiva se pueden sostener, y aquellas que fracasan en corresponder con los hechos son excluidas del corpus de “conocimiento aceptable”. Esta línea argumentativa general forma la base de sistema tradicional hipotético-deductivo para el progreso del entendimiento científico (Cfr. Koch, 1959), y sirve como la racionalidad que soporta la mayor línea de trabajo académico en la disciplina, a saber, la verificación de hipótesis. La exigencia de la verificación no se ha conservado sin desafíos a lo largo de los años. Por ejemplo, Popper (1959) ha argumentado que es muy poco lo que se puede ganar al aumentar el apoyo empírico a una teoría dada. Primariamente, son las fallas en la verificación las que impulsan hacia adelante al entendimiento en un grado significativo. Más allá, el protegido de Popper, Thomas Kuhn (1962), ha argumentado que los cambios en el paradigma teórico generalmente no dependen del estatus empírico de los sistemas conceptuales relevantes. Sin embargo, la tesis de Kuhn generalmente no es vista como prescriptiva en sus implicaciones. Hay más argumentos dañinos en juego, y es a ellos a los que ahora vamos a atender. Existen al menos tres grandes razones para creer que la meta de la verificación en ciencias sociales es en gran medida quimérica.

El carácter negociado de la vida social

Parece ser poco lo que las acciones sociales tienen de significado intrínseco; las categorías conceptuales o sistemas de significado en las que primariamente se sitúan parecen ser productos de la negociación social. El hecho de que un patrón dado de estímulos caiga bajo la categoría de “humor”, “agresión”, “dominancia” o “manipulación”, por ejemplo, no depende de las propiedades intrínsecas del patrón relevante, sino del desarrollo de una comunidad de acuerdos. Como resultado, el etiquetamiento de una acción dada siempre está abierto a negociación entre las partes interesadas, y la legitimidad de cualquier observación está continuamente abierta a retos. Lo que es “el caso” en la vida social puede ser visto, pues, como una cuestión de influencia social.

En las ciencias naturales, este potencial para retar los sistemas de significado existentes no parece representar una amenaza seria. Aquí nos concernirán dos

importantes razones para este estado relativamente prometedor. Primero, la mayor proporción de términos teóricos en las ciencias naturales está estrechamente ligada a operaciones o medidas empíricas específicas. Términos como *temperatura*, *peso*, *velocidad* y *energía eléctrica* frecuentemente pueden ser definidos en calidad de operaciones empíricas sobre las que se puede lograr un amplio acuerdo. Segundo, los términos teóricos empleados en las ciencias naturales son desarrollados dentro de un sistema social relativamente cerrado, cuyos constituyentes son típicamente confrontados por problemas funcionales similares. El conflicto de intereses no es regla general.

En contraste con este estado de cosas relativamente optimista, los términos teóricos en las ciencias sociales sólo están ligeramente conectados a operaciones específicas. Tal como lo han planteado Katz y Sotland (1989),

En física, el concepto de presión atmosférica está razonablemente cerca de su medida operacional. En la psicología fisiológica muchos conceptos están ligados de modo similar a su medida operacional. Sin embargo, en la teoría de la personalidad y la psicología social, conceptos como fuerza del ego, mecanismos de defensa, sistemas de roles y conflicto de roles están tan alejados de su medida que no tenemos un conjunto único claramente requerido de medidas operacionales. (p. 471)

A pesar de que pudiera parecer que este problema es sólo sintomático de la juventud del área, un examen más cercano sugiere que puede ser intrínseco al lenguaje de la interacción social. Cualquier comportamiento o acción concreta dado puede ser definido en numerosas formas, dependiendo de su función dentro de un contexto social determinado. Por tanto, no hay una operación transcontextual a la cual el investigador pueda permitirse atar un término teórico específico. Apuntar con un dedo, por ejemplo, puede significar agresión en ciertos contextos, pero en otros, puede ser usado para indicar una entrega altruista de información, una actitud positiva o negativa, egocentrismo o alta motivación de logro. En resumen, cualquier comportamiento puede, en una ocasión dada, servir como definición operacional para casi cualquier término general. En ninguna ocasión puede uno estar seguro de cuáles categorías teóricas son relevantes (Cfr. Wilson, 1970). Segundo, para el científico social, el modo de la descripción y la explicación teórica está íntimamente relacionado con los sistemas de significado comunes dentro de la cultura. Para que el científico “diga cosas con sentido” acerca del comportamiento humano, ha de hacerlo en formas que, en últimas, sean inteligibles para los miembros de la cultura (o subcultura). Por tanto, puede tener lugar una interacción continua y dialéctica entre el significado de términos teóricos específicos dentro de las ciencias y la cultura de modo más general, tal

que el significado de dichos términos teóricos específicos pueda evolucionar a lo largo del tiempo (por ejemplo, el científico puede tomar prestado un término como *agresión* del idioma vernáculo, alterar su significado a través de análisis empíricos y teóricos, y a su turno, alterar en la cultura el sistema de significado resultante). Como consecuencia, el rango de particulares al que un término teórico aplica podría estar en un estado de surgimiento continuo. Lo que “cuenta” como agresión, por ejemplo, puede variar, de un individuo a otro y en el mismo individuo, a lo largo del tiempo⁸.

Debido al significado ambiguo y en continua negociación de las acciones sociales, hay un inmenso impedimento puesto en el camino de la verificación teórica. Si todo estímulo condiciona, y todas las acciones sujetas están abiertas a múltiples interpretaciones, entonces, una hipótesis dada sólo puede ser sostenida en la medida en que otros investigadores se abstengan de retar el significado de la base de datos. Así, se ha generado mucho apoyo empírico para la proposición simple según la cual las personas se sienten atraídas hacia aquellos cuyas opiniones son similares a las suyas propias (Cfr. Byrne, 1971). Sin embargo, en cualquier situación experimental, lo que el investigador toma como una opinión “similar” puede ser vista por un sujeto u otro investigador como “opinión correcta”, “opinión valiente”, “opinión juiciosa”, “opinión útil”, “opinión moral”, “opinión apropiada”, etcétera. La hipótesis conserva una pátina de verificación, puesto que la disciplina generalmente ha permitido que la variable independiente sea negociada como una manipulación de similaridad. En el momento en que uno desea renegociar dicho significado, el apoyo se sumerge en la oscuridad.

Es también por esta razón que los intentos de resolver debates entre teorías en competencia de la psicología social tan frecuentemente terminan en una sin salida. La teoría freudiana, por ejemplo, ha sido capaz de mantenerse activa a pesar de las legiones de estudios que han intentado desacreditarla. Posiblemente continuará haciéndolo, en la medida en que encuentre defensores inteligentes que puedan demostrar el carácter “engañoso” de las muchas operaciones que han sido usadas para desvirtuarla. Similarmente, los cientos de cuidadosos estudios experimentales que han intentado resolver el acertijo del cambio riesgoso (Cfr. Cartwright, 1971), o que han puesto a la teoría de la disonancia en contra de una falange de retadores (Cfr. Elms, 1969), nos han dejado sin res-

8 Aquí es relevante la conjetura de Quine (1969) acerca de que la mayoría de los términos atributivos del discurso cotidiano pertenece a un “oscuro dominio” del significado, que nos digno de la ciencia. Se podría esperar una terminología de la ciencia social libre del lenguaje personal (Ossorio y Davis, 1968), pero es difícil prever tal logro.

puestas perdurables. Tampoco lo lograría, desde el punto de vista presente, una continuación indefinida de dichos esfuerzos. Múltiples alternativas en la interpretación pueden ser localizadas casi para cualquier hallazgo empírico, mientras que ninguna observación puede ser ligada sin ambigüedad a un término conceptual general.

El carácter complaciente de la demostración de hipótesis

Un segundo impedimento mayor para la verificación teórica se relaciona estrechamente con el primero. En la medida en que la relación entre los términos teóricos y las operaciones empíricas sea ambigua, la amplitud de las opciones del investigador para probar una hipótesis se incrementa. Dada una amplia extensión de opciones para seleccionar la manera en que una hipótesis ha de ser probada, el investigador que busca sostenerla escasamente puede seleccionar un conjunto de operaciones empíricas en una forma que no tienda a brindarle apoyo a la misma. Por ejemplo, gran parte del pensamiento común relaciona al estrés con una variedad de consecuencias negativas (Cfr. Glass y Singer, 1972; McGrath, 1970). Al mismo tiempo, dada la ambigüedad intrínseca de un término como *estrés*, el número de posibilidades operacionales es casi infinito. El investigador que intenta demostrar una reacción negativa al estrés puede optar, pues, por inducir estrés mediante la exposición del sujeto a amenazas a su bienestar físico, por oposición a un evento deportivo de gran reto, o a la presencia de un superior. La opción no se basa en consideraciones teóricas ni engaños, sino en el hecho de que el investigador es consciente, por virtud de su inmersión en la cultura, de que la amenaza al bienestar físico produce a menudo una reacción negativa. Los medios alternativos para inducir estrés pueden ser evitados porque la experiencia común sugiere que muchas personas responden de modo positivo ante dichas situaciones. Desde este punto de vista, el asegurar resultados anticipados habla mucho menos del estatus empírico de la hipótesis, de lo que lo hace acerca de la familiaridad del investigador con los significados y costumbres compartidos de los sujetos puestos a prueba. Si se cuenta con suficiente conocimiento cultural, debería ser posible generar apoyo para cualquier hipótesis razonable, junto con su antítesis.

La verdad a priori de la teoría sensible

En la medida en que el comportamiento de la gente se conforma de acuerdo con sus concepciones comunes del mundo, se puede reconocer el valor de verdad de las teorías que sean inteligibles dentro del marco de dichos sistemas conceptuales

sin tener que atender a pruebas empíricas. Si generalmente la gente se mantuviera dentro de límites normalmente aceptados de sensibilidad, y evitara actuar en formas sin sentido, entonces, cualquier teoría que refleje las concepciones comunes de lo que es razonable podría ser apoyada al menos por una porción de la población en algún momento. Siguiendo a Ossorio y Davis (1968), salir a demostrar la hipótesis de la teoría del balance, según la cual la gente se verá atraída hacia personas que expresen su gusto hacia ellos, es equivalente a demostrar la hipótesis de que dos por dos es igual a cuatro. De la misma forma en que la gente generalmente acepta esta concepción particular de los números y sus relaciones como correcta, también cree que gustar es una reacción apropiada ante el interés de otro. Por supuesto, uno no necesita emplear este particular sistema aritmético, y hay numerosas instancias en las que la gente no lo hace. Similarmente, uno no necesita adecuarse a esta concepción particular del balance de las relaciones, y en cualquier ocasión puede seleccionar otras formas inteligibles de responder al interés positivo. El punto principal es que, en la medida en que la propia teoría “tenga sentido” dentro de la cultura, puede ser asumida sin probar que su base conceptual será utilizada, en ocasiones, en la vida diaria.

Dados los problemas sustanciales, si no insuperables, que se encuentran en la base de la exigencia tradicional de una verificación teórica, los principales esfuerzos de la disciplina, a saber, la demostración de hipótesis, quedan puestos en gran duda⁹. Los inmensos recursos que en el presente se dirigen hacia la demostración de hipótesis formales pueden ser reencaminados. El erudito responsable no necesita vacilar para desarrollar y diseminar sus ideas por falta de pruebas empíricas; las horas masivas que son absorbidas en la ejecución de dichas pruebas pueden ser reinvertidas en trabajo intelectual significativo. La disciplina puede entonces realizar su contribución potencial a la historia del pensamiento.

EL SUPUESTO DE LA IRRELEVANCIA TEMPORAL

Desde el tradicional punto de vista positivista, la tarea del científico es desarrollar teorías con validez transhistórica. Por tanto, al desarrollar modelos teóricos limitados y aislar variables importantes, los psicólogos sociales normal-

9 De ninguna manera esto es para argumentar que la investigación empírica no tenga lugar en la ciencia. Como se ha argumentado en otra parte (Gergen, en prensa, a), dicho trabajo puede desempeñar un número importante de roles vitales (por ejemplo, predicción social, ilustración catalizadora, evaluación), diferentes de la verificación.

mente asumen la aplicabilidad transtemporal de sus formulaciones. Las teorías de la disonancia, el balance, la integración, la bifactorial de la experiencia emocional, la atribución, etcétera, generalmente no son vistas como meras reflexiones de los estilos de vida contemporáneos. Como muchos han argumentado (Cfr. Manis, 1976; Schlenker, 1974; Triandis, 1978), tales formulaciones deberían ser válidas a través del tiempo. Desde esta perspectiva, uno no necesita preocuparse por las peculiaridades transitorias de la vida contemporánea; en últimas, todo puede ser incluido en principios teóricos más básicos.

Como se argumentó en otro lugar (Gergen, 1976), el caso de la aplicabilidad de la teoría social a través del tiempo está ampliamente limitado por cuestiones de *interpretación post hoc*. Dada la complejidad de la mayor parte de la actividad social, típicamente, un teórico puede mirar hacia atrás y discernir alguna manera en que su teoría pueda aplicarse. Las formulaciones teóricas generales casi nunca pueden ser amenazadas por la historia pasada. Sin embargo, cuando uno se vuelve hacia el problema de la *predicción*, el caso de la aplicabilidad a través del tiempo de la teoría social se vuelve muchos menos convincente. Ya sea por opción o por buena fortuna, las ciencias naturales se han interesado ampliamente en una materia de estudio relativamente estable o replicable (Cfr. Scriven, 1956). La teoría astronómica continúa brindando predicciones razonablemente precisas a lo largo del tiempo porque los movimientos de las entidades especificadas son relativamente confiables. En contraste, el científico social es confrontado con un organismo que es al mismo tiempo sensible a influencias de amplio rango y capaz de inmensas variaciones en su comportamiento. Más aún, gracias a las capacidades simbólicas del individuo, el rango y el tipo de *inputs* a los cuales puede responder, así como las formas resultantes de conducta, pueden ser alterados rápidamente a lo largo del tiempo. En efecto, los patrones de actividad humana pueden estar en un estado continuo de emergencia *aleatorio*, en el sentido de que pueden reflejar ampliamente las contingencias contemporáneas (Gergen, 1977). Tales capacidades imponen severas restricciones sobre los esfuerzos del científico social para predecir la interacción en curso.

En parte, esta línea argumentativa sugiere que la psicología social tradicional ha padecido una histórica miopía. Esta posibilidad está bien dramatizada en la investigación reciente sobre el desarrollo en el curso de la vida. Los estudiosos en el tema del desarrollo se han hecho cada vez más conscientes de que los patrones del desarrollo del niño pueden variar de un período histórico a otro. Por ejemplo, como Van der Berg (1961) lo ha demostrado, desde el siglo XV hasta el XVII, el niño fue visto como un adulto en miniatura, completamente desarrollado en

términos de sus capacidades mentales y carente únicamente de experiencia. Por tanto, de un niño de clase adinerada se podría esperar que manejara cuatro idiomas, tradujera a Platón del original y fuera capaz de sostener discusiones serias sobre la muerte, el sexo y la ética, antes de sus 7 años. Más recientemente, sin embargo, la investigación que emplea la metodología de cohorte (Cfr. Buss, 1974) ha fortalecido en gran medida el caso. Estas técnicas han permitido a los investigadores trazar trayectorias del desarrollo en inteligencia, habilidades mentales y físicas, aspectos de la personalidad y otras variables, dentro de períodos históricos contrastantes (Baltes y Nesselrode, 1973; Baltes y Reinert, 1969; Schaie y Strother, 1968; Woodruff y Birren, 1972). Como típicamente lo demuestran estos análisis, las trayectorias del desarrollo parecen altamente dependientes de las circunstancias históricas; cualquier patrón del desarrollo puede estar limitado a un período particular. Como Looft (1972) ha concluido a partir de este trabajo, “los psicólogos del desarrollo no deberían continuar centrándose exclusivamente en las funciones ontogénicas de la edad; cada nueva generación manifestará tendencias de edad diferentes de aquellas que le precedieron” (p. 51)¹⁰.

Esta línea de argumentación conlleva dos implicaciones importantes para el desarrollo de la teoría generativa. Primero, encontramos que el teorizador puede ser liberado de la presión de los eventos contemporáneos. Si el teórico considera los patrones sociales actuales como frágiles, temporales, susceptibles de ser alterados, el análisis teórico no necesita circunscribirse a la consideración de “lo que ahora existe”. Así que puede librarse para tener en cuenta alternativas, las ventajas y desventajas de relaciones aún no vistas. A manera de ilustración, la teoría tradicional de la agresión se ha limitado en gran medida a entender los patrones existentes sobre ésta. Los efectos de factores como la frustración, el modelado, la activación generalizada; la presencia de modelos, de armas, etcétera, han sido todos explorados (Cfr. reseña de Bandura de 1973). Sin embargo, si vemos todas estas razones como relevantes primariamente para las circunstancias sociohistóricas contemporáneas y tomamos seriamente la capacidad del individuo para el cambio de amplio rango, entonces podremos comenzar a considerar patrones alternativos y a evaluar sus logros comparativos. Parece claro que muchas reacciones distintas a la agresión pueden ser adoptadas en circunstancias

10 Este trabajo no sugiere que no haya patrones confiables de desarrollo transhistóricos. El patrón genéticamente programado de maduración fisiológica, por ejemplo, debe asegurar un grado limitado de cambio confiable. También se pueden encontrar argumentos paralelos hechos en el entorno del curso de vida en el área de la cognición (Jenkins, 1974) y la teoría de la personalidad (Sarbin, 1976).

de frustración o como respuesta a modelos agresivos o armas. Uno puede optar por relajarse, dirigir la atención hacia otras cosas, actuar de modo altruista, y demás; cada una de estas reacciones puede tener ciertas ventajas y desventajas específicas. Al explorar dichas alternativas, el teórico opera generativamente para minar los supuestos comunes acerca de la vida social. El teórico rompe, pues, la opresión de lo que la gente acepta como “naturaleza humana” y cimienta el camino para arreglos sociales alternativos.

Además de liberar al teórico de la presión de los patrones contemporáneos, la presente tesis apoya la línea inicial del argumento concerniente a la configuración de los fenómenos sociales a través de la teoría. En la medida en que los patrones observados del comportamiento están limitados históricamente, la invitación a la teorización generativa se intensifica. El teórico se puede ver a sí mismo como contribuyente potencial de la situación histórica y, por tanto, capaz de alterarla de forma tal que genere cambio. Si encara una infinidad virtual de posibilidades para el cambio humano, entonces podrá retar la deseabilidad de los patrones contemporáneos, en contraste con las alternativas imaginadas, y considerar medios teóricos para alcanzar dichos fines.

EL TESTIGO DESAPASIONADO *VERSUS* EL TEÓRICO PARTICIPANTE

Cuando se confronta el potencial de transformación de la sociedad a través de la teoría generativa, la cuestión de la meta funcional rápidamente llega al primer plano. ¿Cuáles formas de acción han de ser configuradas o apoyadas por la teoría? ¿Quién ha de tomar estas decisiones? Desde la perspectiva tradicional, esta cuestión siempre ha sido destacada: la tarea del científico es *describir*, mientras que las cuestiones de *prescripción* no están dentro del alcance del científico *en su calidad de científico*. Como se declara comúnmente, el científico está interesado en *lo que es*, y no hay manera de derivar “proposiciones sobre lo que debe ser” a partir de los resultados de dichas actividades. Más aún, cuando el científico protege sus intereses en los productos finales de su investigación, uno no puede confiar en los resultados. El involucramiento apasionado puede sesgar el producto final. Los teóricos de la psicología social han tendido a mantenerse apartados de lo que podría ser visto como una “degradante contienda acerca de las cuestiones de lo bueno”.

La medida en la cual las inversiones en valores moldean el conocimiento científico ha estado sujeta a debate durante largo tiempo (Cfr. Nagel, 1961;

Rudner, 1953; Weber, 1949; Lacey¹¹). Mientras que el rango de implicaciones permanece sin clarificar, este debate indica que los valores del científico están inevitablemente ligados a los fenómenos seleccionados para el estudio, las etiquetas puestas a dichos fenómenos, la manera en que se interpretan los nuevos hallazgos, la cantidad de evidencia confirmatoria requerida para llegar a una conclusión y la manera de aplicar la teoría social. Para los propósitos presentes, la implicación más significativa en dicho debate es que todas estas *influencias valorativas sirven como “expresiones sobre lo que debe ser” para los receptores del conocimiento*. Como tales, tienen el potencial de moldear a la sociedad; pueden favorecer ciertas formas de conducta social a expensas de sus alternativas potenciales. A medida que sus implicaciones y aplicaciones son justificadas, toda teoría se convierte en un defensor ético o ideológico.

Tal vez los primeros científicos sociales en tomar seriamente dichos efectos moldeadores de valor fueron los de la Escuela de Frankfurt (Cfr. Jay, 1973). En los años 30, Max Horkheimer comenzó su ataque contra los negativos efectos sociales del paradigma positivista más general (véase Horkheimer, 1972). Por una parte, argumentó, el paradigma científico trata al individuo aisladamente como a un objeto sobre el cual se actúa, negándole así su calidad de sujeto, o su estatus de agente libre. Más aún, la descripción científica general de la sociedad justifica, asumiéndola implícitamente, la organización jerárquica de la sociedad; dicha teoría apoya así la continua opresión que unas clases ejercen sobre otras. Fue esta última línea del argumento la que posteriormente elaboró Jürgen Habermas (1971) con especial fuerza. Como lo argumentó en su epistemología de base, las formulaciones positivistas pasan por alto los problemas críticos de la ética social; dichas formulaciones no son evaluativas y, por tanto, se resisten a ser cuestionadas sobre bases éticas o ideológicas. Por tanto, al ocultar las preguntas fundamentales sobre valores, el problema crítico de los fines se reemplaza por el problema relativamente superficial de los medios; la sociedad es abandonada a su suerte primariamente con los problemas de la aplicación técnica. Por razones de utilidad social, tanto el científico como el técnico tienden a ser absorbidos por las instituciones estatales encargadas de tomar decisiones. Por tanto, la institución científica como un todo contribuye al mantenimiento de la estructura existente de poder, y ésta, a su vez, opera para desventaja de mucha gente, primariamente para aquellos que pertenecen a las clases más bajas. En resumen, la ciencia social positivista contribuye a la opresión continua de los pobres. Más recientemente,

11 H. Lacey, “Fact and value”. Manuscrito sin publicar, Swarthmore College, 1977.

dichas preocupaciones han encontrado eco en la sociología estadounidense, a través de Alvin Gouldner (1970). Como lo ha demostrado, incluso análisis tan aparentemente desapasionados como los del funcionalismo parsoniano brindan una racionalidad para mantener el *statu quo* y, al hacerlo, sirven a los estratos aventajados de la sociedad.

Dentro de la psicología social, el interés en las implicaciones de valor de la teoría normativa ha tenido un desarrollo relativamente tardío. Tal vez los gritos más tempranos de alarma fueron de origen europeo. Como señalaron Moscovici, Israel y otros (Cfr. Israel y Tajfel, 1972), de una forma u otra, la teoría psicológica social estadounidense brinda apoyo implícito a los compromisos ideológicos de carácter idiosincrásico. Este tema se refleja de nuevo en el ataque de Apfelbaum y Lubek (1977) sobre las teorías normativas del conflicto; según su argumento, estas teorías del conflicto no toman lo suficientemente en cuenta el punto de vista de los “desposeídos” de la sociedad, y en su fracaso por incorporar sus preocupaciones en la teoría dominante, vuelven “invisibles” a estos grupos. El reciente análisis de Sampson (1977) sobre la teoría psicológica social tal vez representa la aseveración más audaz que ha surgido dentro del contexto de Estados Unidos. Según su argumento, gran parte de la teoría contemporánea pone un fuerte valor implícito en el “individualismo autocontenido” y, por tanto, se opone a un modo de orientación colectiva o interdependiente. Así, señala:

La psicología cumple un importante rol, más aún cuando se ha convertido en la nueva ideología popular, religión y justificación de una gran variedad de programas sociales. Ese rol puede continuar cumpliendo una función aislada, atomizada, individualista y alienadora, o puede ayudar a reenfocarnos hacia las interdependencias fundamentales que también necesitan ser nutridas. (p. 779)

Para los propósitos presentes, es ampliamente irrelevante si uno está de acuerdo con el ataque de esta variedad de críticas; es suficiente que sea expresada públicamente una objeción ética o ideológica sobre la teoría que pretenda carecer de una inversión valorativa. Tampoco es importante si la mayoría de aquellos que están expuestos a dichas teorías encuentra sus valores apoyados o cuestionados; *cuánta* gente precisamente está influenciada en un tiempo cualquiera dado es una cuestión de amplio interés histórico y puede reflejar exigencias prácticas de empaquetamiento y divulgación. El punto importante es que, a pesar del intento tradicional de permanecer éticamente neutral, el teórico social inevitablemente favorece ciertas formas de actividad social sobre otras, ciertos estratos de la sociedad en oposición a otros y ciertos valores sobre sus antítesis.

La respuesta a nuestra pregunta inicial acerca de la meta final de la teoría generativa ahora se hace visible. Hasta ahora, el psicólogo social ha evitado en gran medida las preguntas de valor, escondiéndose detrás de la máscara del “observador desapasionado”. Sin embargo, a pesar de estos intentos, encontramos que los frutos de la neutralidad son apasionados en sus consecuencias. Este hecho presenta un reto importante para que el científico se quite la máscara de la neutralidad y confronte más directa y honestamente las implicaciones de valor de su trabajo. Parecería mucho más deseable que el teórico prestara consideración consciente a cuestiones de valor en el desarrollo de su teoría, y no que se tropiece contra ellas tiempo después de su diseminación. El teórico no debe temer expresar valores en una formulación dada; ellos son inevitables. El mayor problema es evitar expresiones de valor que, después de reflexionar sobre ellas, resulten desagradables para el teórico. En efecto, los valores o la ideología personal bien pueden servir como una fuente motivacional mayor para la teorización generativa. De esta forma, el teórico se convierte en un participante completo de la cultura, involucrado fundamentalmente en la lucha de valores en competencia, tan central en la aventura humana¹².

CONTINUACIÓN DE LA CONTROVERSIA

Para recapitular la tesis central, sucede que, en su compromiso con los supuestos tradicionales positivistas, la psicología social ha reducido sustancialmente su capacidad para la teorización generativa. El intento de construir teoría inductivamente a partir de “lo que se conoce”, la exigencia de la verificación de las ideas teóricas, el descuido por el carácter situado temporalmente de los eventos sociales y la evitación de las complejidades valorativas, se han probado todos en detrimento para el tipo de teorización catalizadora que pone en duda los supuestos comunes asumidos por la cultura y que señala las alternativas nuevas de acción. Un análisis más profundo revela debilidades significativas en cada uno de los supuestos tradicionales, pavimentando la vía para la liberalización de la teoría futura. Sin embargo, este análisis plantea una serie de preguntas concernientes a las pretensiones y potencial de la teorización generativa. Dos de ellas merecen la atención continua.

12 Muchos pueden cuestionar el “derecho” que tienen los psicólogos de hablar acerca de las cuestiones del bien moral. Como lo vemos desde los argumentos presentes, el científico lo hace sin importar si quiere o no hacerlo. Más aún, como lo ha señalado Brewster Smith (1978), el psicólogo posee una “ventana privilegiada hacia la experiencia humana”, que lo puede habilitar para realizar distintivas contribuciones a dichas controversias.

La deseabilidad de la teoría generativa

Uno de los mayores supuestos que están en la base del presente análisis es que socavar la seguridad en los supuestos comúnmente compartidos representa una meta positiva para la teoría científica. En su separación de las pretensiones tradicionales, esta meta es de seguro debatible. Si no fuera por motivos de gusto intelectual, ¿por qué debería el científico esforzarse por crear formas alternativas de realidad social? En alguna medida, el argumento presente descansa sobre el carácter restrictivo de la perspectiva científica tradicional. Como lo hemos visto, el rol tradicional del científico como reflector preciso de los eventos sociales de la realidad es gravemente engañoso; la reflexión científica inevitablemente apoya ciertos supuestos acerca de la vida social, al tiempo que desfavorece otros. A medida que los supuestos son sostenidos o rechazados, la vida social puede ser alterada en formas que pueden juzgarse como “buenas” o “malas” desde algún punto de vista. Dada la opción de que el propio trabajo teórico va a apoyar o no los supuestos comunes de la sociedad, hay importantes razones para construir teoría contranormativa.

En el más pragmático de los niveles, no es claro que el área pueda sostenerse a sí misma si sus mayores resultados teóricos primariamente perpetúan las comprensiones del sentido común de la cultura. Los problemas intelectuales no serán lo suficientemente atractivos como para captar el interés de los profesionales inteligentes, ni los frutos de la investigación serán de suficiente importancia para merecer recursos de financiación pública. El área puede desintegrarse por la fatiga, y sus esfuerzos reducirse porque ofrece muy pocas comprensiones nuevas. Difícilmente, estos problemas son nuevos en la psicología social. La queja de que el área muy frecuentemente duplica el sentido común ha tenido eco desde hace mucho tiempo, y desde el punto de vista presente, va a continuar, en la medida en que el molde tradicional para “hacer ciencia” prevalezca¹³. Con la liberación de tales críticas y el desarrollo de la teoría generativa, la larga lamentación puede ceder.

Hay razones adicionales para favorecer a la teoría generativa que se basan en el potencial de la disciplina para el amplio beneficio social. En el acto de teorizar, uno traduce la experiencia en un símbolo, y la réplica conceptual inevitablemente es una distorsión de dicha experiencia. Por naturaleza, un concepto trata entidades

13 Se ha argumentado en otro lugar (Gergen, en prensa, b) que la metateoría positivista dicta en gran medida los componentes de la teoría sustancial en la psicología social. Al adoptar la metateoría, simultáneamente uno acepta una imagen particular del funcionamiento del ser humano. Por tanto, una total liberación de las opciones teóricas dependerá de la búsqueda de metateorías alternativas.

diferentes como equivalentes, entidades que pueden variar en numerosas formas que no son reconocidas por el concepto en cuestión; cualquier sistema conceptual es por naturaleza incompleto. Adicionalmente, los conceptos encajan mal en el movimiento continuo o en estímulos de gran complejidad. Los conceptos no dan cuenta adecuada de los movimientos continuos y complicados de un bailarín de ballet o de un acróbata en acción. Debido a estas flaquezas inherentes, justificadamente podría uno permanecer suspicaz a cualquier sistema conceptual. Todas las teorías permanecen parciales, distorsionadas y sesgadas. Por tanto, se debe dar un premio especial a las teorías generativas, es decir, a aquellas teorías capaces de no asentarse sobre cómodas verdades de amplia aceptación. Dichas teorías pueden generar controversia y duda y, al hacerlo, reducen los sesgos asfixiantes contenidos en un sistema conceptual particular. En efecto, la teoría generativa engendra una flexibilidad que puede incrementar la capacidad adaptativa de la sociedad.

Dichas preocupaciones han estado ligadas a fines ideológicos por parte de miembros de la Escuela de Frankfurt. El concepto de “teoría crítica” fue elaborado por Horkheimer, Adorno, Habermas, y otros, como una forma de socavar las bases conceptuales del orden social contemporáneo, un orden que vieron como enemigo de los intereses de las clases trabajadoras. La orientación crítica puede aislar inconsistencias del sistema predominante de creencias (científicas y de otro tipo), problemas dentro de la estructura social, del mismo modo que discrepancias entre las creencias predominantes y los hechos relevantes. En esta forma, la teoría crítica ha servido a intereses *emancipadores* (Rommetveit, 1977). A pesar de que dichas críticas del conocimiento parecen no congeniar con quienes están comprometidos con la máxima tradicional de “no critiques sin alternativas”, los teóricos críticos sostuvieron que a través de la crítica se restablecía la posibilidad de elegir. A través de la apreciación crítica, un curso determinado de acción (o manera de hacer ciencia) dejaba de aceptarse más tiempo como dado, adoptado sin reflexión. En cambio, la conciencia crítica dio la opción de poder hacer algo distinto a caminar rutas gastadas por el tiempo. A pesar de que la meta última de la escuela crítica era ver a la estructura capitalista de la sociedad abriendo paso a la forma marxista, se ha visibilizado que el empuje central de su argumento es relevante para todo el que esté interesado en cambiar el aspecto del orden que prevalece.

La arena movediza de la teorización comprometida

Serías preguntas pragmáticas también pueden plantearse con los presentes argumentos por la defensa valorativa en la teorización. Bien se puede sostener

que dicha actividad equivale al científico con ideología política o al proselitista religioso, y que finalmente creará amplias sospechas públicas. Si las teorías se convierten en expresiones conscientes de valor, entonces cualquier confianza que el área haya adquirido por virtud de sus esfuerzos hacia la objetividad se puede perder. De hecho, éstos son asuntos serios que deben estar sujetos a continuos estudios. Mas es importante distinguir en este caso entre los problemas de la predicción *versus* los de la explicación, por una parte, y los principios *versus* las prácticas de expresión valorativa, por la otra. En el caso de la explicación científica, parece claro que la teoría científica bien puede perder su estatus como una empresa esencialmente objetiva. Sin embargo, como vemos, este estatus fue mal adquirido desde el comienzo, y es preferible que la disciplina revitalice sus pretensiones sobre una base idiosincrásica, y no que permanezca vulnerable al ataque, por su duplicidad y autoengaño. Al mismo tiempo, deben hacerse distinciones más importantes entre la tarea de la teorización y la de la predicción (Toulmin, 1961). Las inversiones prescriptivas en el nivel de lo teórico no impiden que la ciencia ofrezca servicios predictivos de utilidad. La objetividad de las fórmulas predictivas no es menos sospechosa que la de los aseguradores actuariales. Se puede hacer un caso similar para la teoría económica contemporánea. A pesar de que la teoría macroeconómica inevitablemente está basada en valores y es prescriptiva en sus implicaciones, los pronosticadores económicos pueden ofrecer predicciones razonablemente confiables sobre ciertas actividades económicas.

Volviendo al problema del principio *versus* la práctica, encontramos que los argumentos presentes sugieren que la teoría de la psicología social está inevitablemente sesgada sobre suelos ideológicos, incluso en sus más ardientes intentos de una “descripción realista”. Pero este hecho no necesita tener consecuencias prácticas adversas. El impacto de la teoría marxista ha sido disminuido en formas no obvias, en virtud de sus compromisos ideológicos; uno podría argumentar incluso lo contrario. Simplemente, no es claro que la sociedad ande a la búsqueda de explicaciones teóricas desapasionadas, especialmente cuando tienen consecuencias personales beneficiosas. La pregunta merece una exploración continua.

Otros problemas permanecen. Por ejemplo, ciertas formas de trabajo teórico en la psicología social contemporánea pueden tener potencial generativo aún no explorado. Las teorías de la consistencia contienen fuertes implicaciones valorativas que permanecen allí para ser completamente elaboradas; la teoría bifactorial de la emoción contiene las semillas de un reto mayor a la tradición política liberal (Unger, 1975); si la teoría de la atribución fuera ampliada, podría quitarles el puesto a las bases epistemológicas de la ciencia social contemporánea.

En efecto, muy frecuentemente nos hemos quedado cortos en la realización del potencial generativo de las búsquedas presentes. Al mismo tiempo, es muy poco lo que hemos animado la teorización creativa y escasamente hemos comenzado a aprovechar la teoría como medio para la reconstrucción social.

REFERENCIAS

Adorno, T., E. Frenkel-Brunswick, D. Levinson y N. Sanford (1950), *The authoritarian personality*, Nueva York: Harper.

Ajzen, I. y M. Fishbein (1972), Attitudes and normative beliefs as factors influencing behavioral intentions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 21, 1-9.

Anderson, N. H. (1974), Cognitive algebra: Integration theory applied to social attribution". En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 7) Nueva York: Academic Press.

Apfelbaum, E. y I. Lubek (1976), Resolution versus revolution? The theory of conflicts in question. En L. Strickland, F. Aboud y K. Gergen (Eds.), *Social psychology in transition*. Nueva York: Plenum Press.

Asch, S. (1952), *Social Psychology*, Nueva York: Prentice-Hall.

Baltes, P. B. y J. R. Nesselroade (1973), The developmental analysis of individual differences on multiple measures. En G. R. Nesselroade y H. W. Reese (Eds.), *Life-span developmental psychology: Methodological issues*. Nueva York: Academic Press.

Baltes, P. B. y G. Reinert (1969), Cohort effects in cognitive development of children as revealed by cross-sectional sequences. *Developmental Psychology*, 1, 169-177.

Bandura, A. (1973), *Aggression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

Bem, D. J. Self-perception theory (1972) En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 7). Nueva York: Academic Press.

Berscheid, E. y E. Walster (1974), Physical attractiveness. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 7), Nueva York: Academic Press.

Blum, G. S. (1964), *Psychoanalytic theories of personality*. Nueva York: McGraw-Hill.

Brehm, J. W. (1966), *A theory of psychological reactance*. Nueva York: Academic Press.

Buss, A. R. (1974), Generational analysis: Description, explanation and theory. *Journal of Social Issues*, 30, 55-71.

Byrne, D. (1971), *The attraction paradigm*. Nueva York: Academic Press.

Cartwright, D. (1971), Risk taking by individuals and groups: An assessment of research employing choice dilemmas. *Journal of Personality and Social Psychology*, 20, 361-378.

Dienstbier, R. A. (1972), The role of anxiety and arousal attribution in cheating. *Journal of Experimental Social Psychology*, 8, 168-179.

Duval, S. y R. A. Wicklund (1972), *A theory of objective self-awareness*. Nueva York: Academic Press.

Elms, A. C. (1969), *Role-playing, reward and attitude change*. Nueva York: Van Nostrand.

Festinger, L. (1957), *A theory of cognitive dissonance*. Evanston: Row, Peterson.

Flacks, R. (1969), The liberated generation: An exploration of the roots of student protest. *Journal of Social Issues*, 23, 52-75.

Gergen, K. J. (1976), Social psychology, science and history. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 373-383.

Gergen, K. J. (1977), Stability, change and chance in understanding human development. En N. Datan y H. Reese (Eds.), *Life-span developmental psychology: Dialectical perspectives on experimental research*. Nueva York: Academic Press.

Gergen, K. J. (en prensa, a), Experimentation in social psychology: A reappraisal. *European Journal of Social Psychology*.

Gergen, K. J. (en prensa, b), The positivist image in social psychological theory. En A. R. Buss (Ed.), *The social context of psychological theory*. Nueva York: Irvington.

Glass, D. C. y J. E. Singer (1972), *Urban stress*. Nueva York: Academic Press.

Gouldner, A. W. (1970), *The coming crisis in western sociology*. Nueva York: Basic Books.

Greenwald, A. G. (1975), Consequences of prejudice against the null hypothesis. *Psychological Bulletin*, 82, 1-20.

Habermas, J. (1971), *Knowledge and human interest*. Boston: Beacon Press.

Hendrick, C. (1977), Social psychology as an experimental science. En C. Hendrick (Ed.), *Perspectives on social psychology*. Hillsdale: Erlbaum.

Horkheimer, M. (1972), *Critical theory: Selected essays*. (Traducido por M. J. O'Connell y otros). Nueva York: Seabury Press.

Israel, J. y H. Tajfel (Eds.) (1972), *The context of social psychology: A critical assessment*. Nueva York: Academic Press.

Jay, M. (1973), *The dialectical imagination*. Londres: Heinemann.

Jenkins, J. (1974), Remember that old theory of memory? Well, forget it. *American Psychologist*, 29, 785-794.

Jones, E. E. y K. E. Davis (1965), From acts to dispositions: The attribution process in person perception. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 2), Nueva York: Academic Press.

Jones, E. E. y T. Nisbett (1971), *The actor and the observer: Divergent perceptions of the causes of behavior*. Morristown: General Learning Press.

Jones, R. A. y R. A. Day (1977), Social psychology as symbolic interaction. En C. Hendricks (Ed.), *Perspectives on social psychology*. Hillsdale: Erlbaum.

Katz, D. y E. Stotland (1959), A preliminary statement to a theory of attitude structure and change. En S. Koch (Ed.), *Psychology: A study of a science*. Nueva York: McGraw-Hill.

Kelley, H. H. (1972), *Causal schemata and the attribution process*. Morristown: General Learning Press.

Kelman, H. C. y L. H. Lawrence (1972), Assignment of responsibility in the case of Lt. Calley: Preliminary report on a national survey. *Journal of Social Issues*, 28, 177-212.

Keniston, K. (1968), *Young radicals: Notes on committed youth*. Nueva York: Hartcourt, Brace & World.

Koch, S. (1959), Epilogue. En S. Koch (Ed.), *Psychology: A study of a science* (Vol. 3). Nueva York: McGraw-Hill.

Kuhn, T. S. (1962), *The structure of scientific revolution*. Chicago: University of Chicago Press.

Looft, W. R. (1972), Egocentrism and social interaction across the life span. *Psychological Bulletin*, 78, 73-92.

Manis, M. (1976), Is social psychology really different? *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 427-436.

McGrath, J. E. (Ed.) (1970), *Social and psychological factors in stress*. Nueva York: Holt.

McGuire, W. J. (1969), Personality and susceptibility to social influence. En E. F. Borgatta y W. W. Lambert (Eds.), *Handbook of personality theory and research*. Chicago: Rand McNally.

Medawar, P. B. (1969), *Induction and intuition in scientific thought*. Londres: Methuen.

Milgram, S. (1974), *Obedience to authority*. Nueva York: Harper & Row.

Mill, J. S. (1846), *A system of logic: Ratiocinative and inductive*. Nueva York: Harper.

Moscovici, S. (1961), *La psychanalyse, son image et son public*. Paris: Presses Universitaires de France.

Moscovici, S. (1972), Society and theory in social psychology. En J. Israel y H. Tajfel (Eds.), *The context of social psychology: A critical assessment*. Nueva York: Academic Press.

Nagel, E. (1961), *The structure of science*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.

Neisser, U. (1976), *Cognition and reality*. San Francisco: Freeman.

Newtson, D. (1974), Dispositional inference from effects of actions: Effects chosen and effects forgone. *Journal of Experimental Social Psychology*, 10, 489-496.

Osgood, C. E. y P. H. Tannenbaum (1955), The principle of congruity in the prediction of attitude change. *Psychological Review*, 62, 42-55.

Ossorio, P. G. y E. E. Davis (1968), The self, intentionality, and reactions to evaluations of the self. En C. Gordon y K. Gergen (Eds.), *The self in social interaction*. Nueva York: Wiley.

Phares, E. J. (1976), *Locus of control in personality*. Morristown: General Learning Press.

Popper, K. R. (1959), *The logic of scientific discovery*. Londres: Hutchinson.

Posner, M. I. y C. R. R. Snyder (1975), Facilitation and inhibition in the processing of signals. En P. M. A. Rabbitt y S. Dornie (Eds.), *Attention and performance*. Nueva York: Academic Press.

Quine, W. V. (1969), *Ontological relativity and other essays*. Nueva York: Columbia Univ. Press.

Rommetveit, R. (1976), On "emancipatory" social psychology. En L. Strickland, F. Aboud y K. Gergen (Eds.), *Social psychology in transition*. Nueva York: Plenum.

Rosch, E. (1977), Human categorization. En N. Warren (Ed.), *Studies in cross-cultural psychology* (Vol. 1). Londres: Academic Press.

Rudner, R. (1953), No science can be value-free. *Philosophy of Science*, 20, 1-6.

Sampson, E. E. (1977), Psychology and the American ideal. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 767-782.

Sarbin, T. (1976), Contextualism: A world view for psychology. En Alvin Landfield (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation* (Vol. 24). Lincoln: University of Nebraska Press.

Schachter, S. (1959), *The psychology of affiliation*. Stanford: Stanford University Press.

Schachter, S. (1964), The interaction of cognitive and physiological determinants of emotional states. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 1). Nueva York: Academic Press.

Schaie, K. W. y C. R. Strother (1968), The effects of time and cohort differences on the interpretation of age changes in cognitive behavior. *Multivariate Behavioral Research*, 3, 259-294.

Schlenker, B. R. (1974), Social psychology and science. *Journal of Personality and Social Psychology*, 29, 1-15.

Scriven, M. (1956), A possible distinction between traditional scientific disciplines and the study of human behavior. En H. Feigl y M. Scriven (Eds.), *Minnesota studies in the philosophy of science*. Vol. 1. *The foundations of science and the concepts of psychology and psychoanalysis*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Shaw, M. E. y P. R. Costanzo (1970), *Theories of social psychology*. Nueva York: McGraw-Hill.

Shiffrin, R. M. y W. Schnieder (1977), Toward a unitary model for selective attention, memory scanning and visual search. En S. Dornie (Ed.), *Attention and performance VI*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Assoc.

Silverman, I. (1977), Why social psychology fails. *Canadian Psychological Review*, 18, 353-358.

Smith, M. B. (1978), Psychology and values, Gordon Allport memorial lecture, Harvard University.

Storms, M. D. y R. E. Nisbett (1970), Insomnia and the attribution process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 16, 319-328.

Tajfel, H. (1972), Experiments in a vacuum. En J. Israel y H. Tajfel (Eds.), *The context of social psychology*. Nueva York: Academic Press.

Toulmin, S. (1961), *Foresight and understanding*. Londres: Hutchinson.

Triandis, H. (1978), Some universals of social behavior. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 4, 1-16.

Unger, R. M. (1975), *Knowledge and politics*. Nueva York: Free Press.

Urdang, L. (Ed.) (1968), *Random House dictionary of the English language*. Nueva York: Random House.

van der Berg, J. H. (1961), *The changing nature of man*. Nueva York: Norton.

Walster, E., G. W. Walster y E. Berscheid (1978), *Equity, theory and research*. Boston: Allyn & Bacon.

Weber, M. (1949). *The methodology of the social sciences*. Glencoe: Free Press.

Wilson, T. P. (1970), Normative and interpretive paradigms in sociology. En J. D. Douglas (Ed.), *Understanding everyday life*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Woodruff, D. y J. E. Birren (1972), Age changes and cohort differences in personality. *Developmental Psychology*, 6, 252-259.

Zajonc, R. B. (1968), Attitudinal effects of mere exposure. *Journal of Personality and Social Psychology Monograph*, 9 (2, Pt.2).

LA CIENCIA PSICOLÓGICA EN EL CONTEXTO POSMODERNO

RESUMEN

El conocimiento posmoderno plantea retos significativos a los supuestos fundamentales del conocimiento individual, la objetividad y la verdad. En su lugar, encontramos un énfasis en la construcción comunal del conocimiento, la objetividad como un logro relacional y el lenguaje como un medio pragmático a través del cual se constituyen las verdades locales. Aunque estos desarrollos en la comprensión pueden parecer opuestos a la ciencia psicológica, realmente no lo son. Por el contrario, provocan un nuevo rango de preguntas acerca de los potenciales de la investigación tradicional. Estas preguntas se interesan fundamentalmente en el significado de dicha investigación en la vida cultural. Más importante aún, la mirada emergente de la ciencia psicológica abre nuevos y excitantes panoramas de importancia teórica, metodológica y práctica. Las crecientes manifestaciones de movimiento en estas direcciones sugieren la posibilidad de un profundo cambio en la profesión.

A pesar de que el término “posmoderno” ya ha sido empleado en tantas y tan diversas formas que la decadencia y el cliché resultan inmanentes, el término indexa un enorme dominio de diálogos dentro del mundo académico. Han sido centrales para estos diálogos viejos conceptos (“modernistas”) como “verdad”, “racionalidad”, “objetividad”, “conocimiento individual”, “evidencia” y “progreso científico”. Sin importar el lugar en el que uno se encuentre ubicado en los diálogos, resulta difícil involucrarse en la confluencia concatenada y estimulante de ideas,

sin moverse hacia nuevos espacios de entendimiento. Dentro de ciencias sociales vecinas, estos diálogos han tenido un enorme impacto —sobre la metateoría, la teoría, la metodología y la práctica— (véanse las reseñas de Dickens y Fontana, 1994; Hollinger, 1994; Rosenau, 1992). Los debates son extensos y acalorados, y los desarrollos innovadores se evidencian por todas partes. Sin embargo, posiblemente por su fuerte identificación con las ciencias naturales, los psicólogos han sido lentos en su entrada a estos debates. Sólo hasta la década pasada se han hecho plenamente manifiestos signos vitales. Un breve intercambio en la *American Psychologist* (Smith, 1994; Gergen, 1994a) y los volúmenes editados de Sarbin (1986), Kvale (1992) y Fee (2000), se encuentran entre los casos más visibles. Sin embargo, como espero poder demostrarlo, en un nivel más sutil, varios elementos de la conciencia posmoderna están entrando en el campo de numerosas formas y en localidades remotas. Si vemos el patrón como un todo, comenzamos a discernir las posibilidades para un cambio profundo dentro de la disciplina.

Mi esperanza en el presente artículo es, en primer lugar, traer al centro de atención algunos de los principales supuestos que han servido de apoyo a nuestras tradiciones en la ciencia psicológica, y después, las vías por las que el pensamiento posmoderno puede traernos hacia un espacio nuevo y más positivo de entendimiento. Después de revisar brevemente varias líneas de defensa en contra de estas críticas, he de examinar de manera selectiva el panorama de los desarrollos emergentes. ¿Qué formas de transformación han sido provocadas por las recientes comprensiones emergentes? Aquí me interesaré especialmente en el florecimiento de la investigación intelectual, la revolución en los métodos de investigación y el desarrollo de nuevas formas de práctica. El lector debe estar alerta respecto a varios temas que atravesarán las discusiones: al principio me preocupa que la concepción de la ciencia psicológica que comúnmente se comparte dentro de la disciplina se encuentre históricamente congelada, y está en riesgo por su aislamiento con respecto a las transformaciones intelectuales y globales del pasado medio siglo. Segundo, el dominio del diálogo posmoderno contiene críticas muy sustanciales y de largo alcance de esta tradición; al mismo tiempo, se debe entender que estas críticas no son letales para la ciencia como la hemos conocido. Finalmente, y más importante, si podemos reemplazar la postura defensiva por una participación más productiva en los diálogos posmodernos, la investigación psicológica puede ser transformada en formas que enriquecerán profundamente nuestras labores.

LOS CONTORNOS DE LA PSICOLOGÍA MODERNA

La ciencia psicológica es, como la conocemos hoy, esencialmente un producto de lo que frecuentemente se llama “modernismo cultural”. Actualmente existe

una gran cantidad de literatura que analiza la cultura moderna y sus instituciones (Cfr. Berman, 1982; Frisbee, 1985; Harvey, 1989); en este breve espacio sólo puedo reflexionar sobre ciertos temas centrales. En particular, hablaré de tres ingredientes del panorama moderno mundial que resultan fundamentales para las prácticas de uso común en la ciencia psicológica: el conocimiento individual; el mundo objetivo y el lenguaje como portador de la verdad.

La centralidad del conocimiento individual

En la historia cultural de Occidente, el “modernismo” típicamente se rastrea hasta el período en el cual nos desplazamos de “la edad oscura” del medievalismo hasta la Ilustración. La Ilustración fue una vertiente histórica, adeudada primariamente con la dignidad que sus eruditos y hombres de Estado otorgaron a la mente individual. Para los pensadores de la Ilustración, dejó de ser necesario inclinarse sin cuestionamientos ante la fuerza totalitaria del decreto real o religioso. Dentro de cada uno de nosotros, se propuso, reside el santuario limitado y sagrado de la mente, un dominio regido por nuestras capacidades autónomas de observación y deliberación cuidadosa y consciente. Sólo mi propio pensamiento, propuso Descartes en 1637, proporciona un fundamento cierto para todo lo demás.

Es esta construcción del siglo XVII de la mente individual —y su desarrollo más profundo en el siglo XVIII— la que sirvió como principal instrumento racional para los comienzos de una psicología sistemática en el siglo XIX. Los efectos fueron dobles: primero, la mente individual llegó a ser un objeto de estudio preeminente, y segundo, el conocimiento de la mente humana se llegó a entender como un logro de las mentes individuales de los investigadores científicos. Si, por una parte, la mentalidad individual es la fuente de toda conducta humana, entonces descifrar los secretos de los procesos mentales es ganar un cierto grado de control sobre la acción humana. En términos de Wilhelm Dilthey (1914), “El nexo de la vida psíquica constituye el dato fundamental, original y primitivo [del estudio científico]... la organización externa de la sociedad y sus lazos con la familia, la comunidad, la Iglesia y el Estado surgen a partir de la red viviente de la mente humana...” (p. 76). Al mismo tiempo, es el investigador individual, dotado de capacidades de observación y racionalidad, el que se encuentra mejor equipado para dicho estudio. Estas suposiciones hermanas continúan sosteniendo la investigación en la psicología contemporánea. Como se sostiene ahora, al revelar los mecanismos de los esquemas cognitivos, el almacenamiento y recuperación de información, las emociones, y demás similares, el individuo científico mejora sus capacidades para predecir y controlar la actividad humana. Armados con

el conocimiento científico de estos procesos fundamentales, podemos derivar procedimientos para curar las enfermedades mentales, mejorar la educación, reducir el crimen, erradicar los prejuicios, crear vidas satisfactorias, y así sucesivamente. En efecto, es a través de la indagación sistemática del científico en los estados mentales del individuo que podremos movernos progresivamente hacia una sociedad ideal.

El mundo como conocido objetivamente

Dentro de la tradición modernista, típicamente se traza una distinción entre el “mundo interno” de la mente y el “mundo externo” material. Dentro de esta metafísica dualista, la importancia dada a la mente individual es sensata, en la medida en que los procesos mentales son ventajosos para nuestras acciones en el mundo. En este sentido, la compañía perfecta para una mente en pleno funcionamiento es un mundo racional y descifrable, que puede ser conocido objetivamente. Es en relación con esto que el trabajo de figuras ilustradas como Isaac Newton y Francis Bacon fue de fundamental importancia. Sus escritos demostraron de manera convincente que si vemos al cosmos como material por naturaleza, compuesto de entidades que se relacionan causalmente, y disponibles para ser observadas por las mentes individuales, entonces se pueden realizar enormes progresos en nuestras capacidades para predecir y controlar. De hecho, la determinación precisa de las relaciones causa-efecto entre los elementos que conforman el mundo es lo que típicamente definimos como conocimiento. Nuevamente, tales visiones del siglo XVIII más tarde fueron registradas en los escritos del siglo XIX acerca de la vida mental (por ejemplo, los trabajos de Wundt y Titchener). Hoy continúan reverberando en suposiciones ampliamente compartidas, según las cuales: a) los procesos mentales están disponibles para ser estudiados objetivamente (por ejemplo, existen procesos biológicos en un nivel de abstracción mayor), b) los procesos mentales están relacionados de manera causal con los *inputs* del ambiente, por una parte, y con las consecuencias comportamentales, por otra, y c) el método experimental es superior a todos los demás en su habilidad para captar estas relaciones causales.

El lenguaje como portador de la verdad

Existe una tercera creencia moderna que moldea nuestra disciplina. Comparada con las historias sobre el conocimiento individual y el ordenamiento material del mundo, fue de menor importancia para los pensadores modernos. Sin embargo, ha mostrado ser de gran importancia, a medida que nos movemos

hacia las potencialidades de la posmodernidad. En este caso, el énfasis recae sobre la función del lenguaje, tanto en la ciencia como en la cultura en general. John Locke (1689) capta la mirada ilustrada del lenguaje. Nuestras palabras son, de acuerdo con Locke, “signos de las concepciones internas”. Se presentan como “marcas externas de las ideas dentro de la mente (individual), mediante las cuales se pueden dar a conocer a los otros, y el pensamiento de la mente del hombre puede ser transmitido de una a otra” (p. 212). Por tanto, si la mente individual adquiere conocimiento del mundo, y el lenguaje es nuestro medio para expresar el contenido de la mente a otros, entonces el lenguaje se convierte en el portador de la verdad. De la misma forma, hoy, como científicos, tratamos al lenguaje (incluido el lenguaje numérico) como el medio principal a través del cual informamos a nuestros colegas y a nuestra cultura acerca de los resultados de nuestras observaciones y nuestro pensamiento. En efecto, usamos al lenguaje para reportar la naturaleza del mundo tal como la vemos, y luego estos reportes son sometidos a falseación o verificación, a medida que otros los ponen a prueba con sus observaciones. El resultado de la observación sistemática y colectiva, entonces, debe ser un arreglo de palabras y explicaciones que encajan o que calcan al mundo tal como es.

LAS VOCES EMERGENTES DE LA POSMODERNIDAD

Como lo sugerimos, estos tres temas modernos —enfaticar la mente individual, un mundo cognoscible objetivamente y el lenguaje como portador de la verdad— son los pilares de la ciencia psicológica tradicional. Sin embargo, las críticas a los supuestos modernos son ahora tema de discusión en cada rincón de las ciencias y humanidades. Muchas de ellas se han enfocado particularmente en la concepción tradicional del conocimiento científico (Cfr. Kuhn, 1970; Lyotard, 1984; Rorty, 1979; Poovey, 2001). En vez de abordar toda la gran cantidad de temas relevantes para nuestra disciplina, este espacio sólo nos permite presentar breves recuentos de las principales transformaciones que han tenido lugar en los tres ejes de razonamiento que acabamos de subrayar. Al apreciar estas transformaciones también alistamos el escenario para explorar la enorme promesa de la psicología en el nuevo siglo.

De la razón individual a la retórica comunal

Mientras que la fe en el conocimiento individual reside en algún lugar próximo al centro de la visión moderna del mundo, los textos posmodernos encuentran

que el concepto de racionalidad individual es profundamente problemático, si no opresivo, en su funcionalidad. Sus problemas se demuestran de manera más clara en el caso de las críticas retórica y literaria a la razón individual (Cfr. Derrida, 1976; Myerson, 1994). Consideremos nuevamente el supuesto modernista según el cual el lenguaje es expresión de la racionalidad que uno tiene acerca del mundo. Tal como lo han demostrado los teóricos literarios y semióticos, el lenguaje es un sistema en sí mismo, un sistema que a la vez precede y sobrevive al individuo. Por tanto, hablar como un agente racional es participar en un sistema que ya está constituido; es beber de géneros ya existentes, o apropiarse de formas de hablar (y de la acción relacionada) que ya tienen un puesto. En este sentido, la racionalidad privada es una forma de participación cultural que simplemente ha sido removida de las exigencias inmediatas de las relaciones. ¿Cómo podríamos deliberar privadamente acerca de cuestiones como la justicia, la moralidad, las estrategias óptimas de acción, por poner ejemplos, sino es a través de los términos de la cultura pública? (Véase también Sandel, 1982). Al aplicar esto al dominio del conocimiento científico, vemos que el científico individual sólo es “racional” si adopta los códigos del discurso común de su comunidad científica particular. En efecto, la racionalidad científica se obtiene a través de privilegiados usos locales del lenguaje (Nelson, Megill y McCloskey, 1987; Simons, 1990).

El potencial opresivo inherente a la visión moderna de la racionalidad individual se visibiliza más en las críticas feministas y multiculturales, junto a los escritos acerca de los efectos colonizadores del lenguaje (Lutz, 1996; Bohan y Russell, 1999; Foucault, 1980). Como lo han conjeturado varios, existen jerarquías de racionalidad dentro de la cultura. Algunos individuos son juzgados como seres más racionales y, por tanto, más dignos de liderazgo, posición social y riqueza que otros. Un aspecto interesante es que aquellos que ocupan estas posiciones son sistemáticamente extraídos de un sector mínimo de la población (en Estados Unidos, típicamente, los hombres blancos. Categorías como “mujer” o “negro” frecuentemente se asocian a ser irracional o emocional). En efecto, mientras que los argumentos de la Ilustración han sido exitosos desbancando el poder totalitario de la corona y la cruz, ahora han dado lugar a nuevas estructuras de poder y dominación. Y si el ejercicio de la racionalidad es, después de todo, un ejercicio en el lenguaje, si las descripciones y explicaciones convincentes son, después de todo, retóricamente constituidas, entonces no hay medios últimos para justificar una forma de racionalidad, descripción o explicación sobre otra. Si tales justificaciones se ofrecieran, también demostrarían ser ejercicios hechos en convenciones lingüísticas. En efecto, la idea misma de “razón superior” actualmente funciona de manera injustificada para excluir a mucha gente de los corredores de la toma de decisiones.

Sin embargo, las implicaciones del diálogo posmoderno nos llevan más allá de la crítica. Cuando esta variedad de ideas se vincula a los nacientes argumentos en la historia de la ciencia y la sociología del conocimiento, encontramos que está surgiendo una visión mucho más prometedora de la racionalidad humana. Consideremos de nuevo el rol del lenguaje en la vida cultural. El lenguaje es inherentemente un producto del intercambio humano. No puede haber un “lenguaje privado” (Wittgenstein, 1953); no tendría sentido hablar usando un sistema de símbolos de propiedad mía. O, como diríamos los psicólogos, dicho lenguaje sería una forma de autismo, posiblemente un síntoma esquizofrénico. El lenguaje viable, entonces, depende de la coordinación común: es un evento fundamentalmente relacional. Tener sentido —o ser racional— es inherentemente una forma de participación comunal. Esta visión nos invita a vernos a nosotros mismos no como átomos aislados y en competencia, sino como seres fundamentalmente interdependientes. Retornaremos a este problema en breve.

De un mundo objetivo a uno construido socialmente

Para los modernos, el mundo simplemente está “allá afuera” disponible para ser observado. Dentro de los textos de la posmodernidad, sin embargo, no existen bases para dicho supuesto. No hay medios para declarar que el mundo está “allá afuera” o que está reflejado objetivamente “aquí”. Para hablar de “mundo” o “mente”, se requiere del lenguaje. Palabras como “materia” y “proceso mental” no son espejos del mundo, sino constituyentes de los sistemas del lenguaje. Hablar, entonces, de “mundo material” y “relaciones causales” no es describir de modo exacto lo que existe, sino participar de un género textual: beber de un inmenso repositorio de inteligibilidades que constituyen una tradición cultural particular. O para ampliar mis comentarios anteriores, la visión de los seres humanos como constituidos por mecanismos universales (cognitivos, emocionales, etcétera), relacionados causalmente con antecedentes ambientales y consecuencias comportamentales, no se deriva de “lo que es el caso”. Más bien, esta concepción de la persona es el resultado de una tradición particular, que incluye tanto sus géneros lingüísticos como las instituciones en las cuales están inmersos. Por sí misma, esta concepción de la persona no puede ser verificada o falseada a través de la observación; más bien, una preestructura lingüística resulta esencial para dirigir e interpretar cualquier observación que hagamos.

En este sentido, lo que tomamos como “lo real”, lo que consideramos como verdad transparente acerca del funcionamiento humano es un subproducto de la construcción comunal. Lo cual no quiere decir que se esté ofreciendo alguna

forma de solipsismo lingüístico o reduccionismo; ni que “nada existe por fuera de nuestras construcciones lingüísticas”. Lo que sea que existe simplemente existe, sin importar nuestras prácticas lingüísticas. Sin embargo, una vez que comenzamos a describir o explicar lo que existe, inevitablemente procedemos a partir de una preestructura de inteligibilidad compartida. Podemos estudiar sin problema la emoción de la “rabia”, por ejemplo, porque tenemos una larga tradición que cataloga las acciones de las personas de esta forma. Sin embargo, estaríamos mal equipados para comenzar a investigar sobre *Atman*, *liget*, o *fago* porque estos términos de otras culturas son, en general, ininteligibles para los hablantes occidentales. Cuando describimos “la esencia” de la mente individual siempre estamos hablando desde alguna tradición. Lo cual no quiere decir que nuestras descripciones y explicaciones no puedan someterse a correcciones o alteraciones a través de la observación. Los hallazgos investigativos ciertamente pueden confirmar o no nuestras teorías. Sin embargo, estas correcciones o alteraciones sólo pueden ser obtenidas por medio de un arreglo de acuerdos o convenciones preexistentes. Una vez que llegamos a un acuerdo sobre lo que constituye una observación, el lenguaje que debemos usar para describir y explicar, lo que contará como método de estudio, y cosas similares, podemos entonces dedicarnos a la tarea de “probar” una explicación dada acerca del mundo. Podemos corroborar hipótesis acerca de la rabia, por ejemplo, pero sólo a partir de un conjunto de acuerdos que ya están en su lugar. Si otros no pueden acceder a estos acuerdos, entonces “la evidencia” será insignificante para ellos. Esto es así en el caso de las ciencias naturales y en de las prácticas espirituales. Ambas constituyen tradiciones de entendimiento; entre sus diferencias principales están las normas de acuerdos que aceptan (ontologías, epistemologías, éticas) y el tipo de resultados que brindan a la cultura. La importancia de los resultados se vuelve prominente en una tercera transformación posmoderna.

Lenguaje: de la imagen verdadera a la práctica pragmática

Como lo sugerimos, el posmodernista propone que el lenguaje no es hijo de la mente sino de los procesos culturales. También, que las propias descripciones del mundo no son expresiones exteriores de un espejo interior de la mente, es decir, reportes externos de las “observaciones” o “percepciones” internas. Ni lo que reportamos en nuestras revistas y libros, en el nivel de lo científico, es un reflejo o mapa que se corresponde con los contornos de la naturaleza. Más bien, nuestros lenguajes de descripción y explicación se generan dentro de nuestras relaciones —entre nosotros y con el mundo—. De nuevo, siguiendo el trabajo tardío de Wittgenstein (1953), el lenguaje no gana su significado a partir de apuntalamientos

mentales o subjetivos, sino de su uso en la acción. O, para enfatizar el importante lugar de las relaciones humanas en los escritos posmodernos, el lenguaje gana su significado dentro de formas continuas de interacción, dentro de “juegos del lenguaje”, como los llamó Wittgenstein. “Decir la verdad”, de acuerdo con esta exposición, no es formar una imagen exacta de “lo que realmente pasó”, sino participar en un conjunto de convenciones sociales, una forma de poner las cosas aprobadas dentro de una “forma de vida” dada. “Ser objetivo” es jugar con las reglas de una tradición específica de prácticas sociales. Como ilustración, términos como “strike”, “entrada” y “cuadrangular” ganan su significado en las prácticas que constituyen el juego del béisbol. Uno puede ser bastante preciso determinando si un “cuadrangular” ha ocurrido dentro de la práctica del juego; pero por fuera de la cancha el término sólo funciona metafóricamente, si es que lo hace en alguna medida. Para decirlo más ampliamente, el lenguaje es constitutivo del mundo, ayuda a generar y/o sostener ciertas formas de práctica cultural. En este sentido, hacer ciencia no equivale a sostener el espejo de la naturaleza, sino a participar activamente en las convenciones y prácticas interpretativas de una cultura particular. La pregunta principal que se debe realizar acerca de las explicaciones científicas y las prácticas en las que están inmersas, entonces no es si “dicen la verdad acerca de la naturaleza”, sino qué tienen para ofrecer, a la cultura en general. Las verdades locales de las culturas científicas son esenciales para sostener sus tradiciones; pero presumir que lo local es universal no sólo es arrogante; prepara el escenario para el conflicto y el silenciamiento mortal. En breve retornaré a las implicaciones de esta visión.

LA POSMODERNIDAD CUESTIONADA

Para muchos psicólogos estas líneas de pensamiento son bien entendidas y apreciadas; otros se aproximan a estas ideas con reserva crítica (Parker *et al.*, 1998; Held, 1996; Nightengale y Cromby, 1999). Antes de explorar las implicaciones positivas del posmodernismo, resultará útil expresar tres de las principales críticas.

En primer lugar está el angustiado grito de los realistas, tanto materiales como psicológicos. Como categóricamente lo objetan los realistas materialistas, “Pero hay un mundo allá afuera. No se puede negar la realidad del cuerpo humano, la muerte, o que el mundo está alrededor”. Y como lo añade el realista con preocupaciones políticas, si aceptáramos que la opresión, la injusticia y el poder son contruidos socialmente, no sólo perderíamos el objetivo de la crítica social sino que contribuiríamos a la miseria del *statu quo*. Como afirma el realista

psicológico, negar la realidad de los procesos mentales es destruir completamente la disciplina. Y el psicólogo humanista añade que negar la realidad de la experiencia individual y el agenciamiento humano es destruir los fundamentos morales de la sociedad. Ciertamente, éstas son críticas poderosas, y la presente respuesta sólo puede mencionar los resultados de las réplicas existentes (véanse, por ejemplo, Edwards, Ashmore y Potter, 1995; Gergen, 1994b, 2001). Por ahora, es importante señalar que dichas críticas son expedidas desde una sensibilidad moderna en la que el término “real” desempeña un rol constitutivo y fuerte. Sólo lo real es merecedor de ser estudiado, reformado o revolucionado. Por el contrario, los posmodernos proponen que los argumentos acerca de lo que es “realmente real” son fútiles. No hay medios para trascender las tradiciones culturales y hacer tal ensayo. Más aún, en las condiciones globales presentes —en las que las culturas chocan crecientemente y los movimientos sociales pueden ser organizados con gran rapidez—, tomar partido acerca de lo que en últimas es lo “real” (o “verdadero” o “moral”) resulta cada vez más peligroso. En un mundo en el que existen concepciones en conflicto de estas verdades, los compromisos fuertes provocan intensos conflictos e intentos frecuentes de erradicar a aquellos que representan una amenaza.

Al mismo tiempo, proponer que vivimos en un mundo socialmente construido no lo hace un mundo con menos importancia. La conciencia de la constitución cultural de mis emociones, por ejemplo, no las vuelve nulas ni inválidas. Comprender que el valor que yo pongo en la igualdad humana es un fruto de la tradición occidental no significa que yo abandone dicho valor. Saber que un *cuadrangular* sólo es parte de un juego no disminuye el suspenso cuando se están corriendo las bases. Sin embargo, una vez consciente de la contingencia cultural de mi ontología y valores, adquiero un cierto grado de humildad. Estoy preparado para un diálogo más abierto acerca de estas materias, especialmente con aquellos que no comparten mis supuestos. Muchos aceptarían, por ejemplo, que la muerte es real e inexorable. Sin embargo, si lo que entendemos por esta realidad simplemente es “el fin del funcionamiento biológico”, empobreceremos al evento en términos del rico legado de significado disponible para nosotros, un legado que puede ser vital en momentos en los que la búsqueda de sentido es intensa (Neimeyer, 2001). Es en el compromiso ilimitado con una forma particular de definir “lo real” que nos convertimos en sordos, que los diálogos cesan y que descendemos hacia el fin del significado.

La segunda crítica importante a los argumentos posmodernos es una extensión de las primeras diatribas filosóficas contra el escepticismo. El argumento puede tomar muchas formas, frecuentemente con el siguiente tono: “Usted afirma

que no hay verdad, no hay objetividad, no hay conocimiento sin sesgos de valor y no existe una lógica universal. Y, sin embargo, afirma que sus argumentos son verdaderos, lógicos, objetivos e independientes. Sus propuestas son, por tanto, incoherentes, y se basan precisamente en aquello que atacan”. Hay muchas réplicas a dichas críticas al escepticismo (Gergen, 1994b, Smith, 1997), pero por el momento dejemos que baste lo siguiente: el tipo de construccionismo posmoderno al que me inclino no realiza aseveraciones acerca de la verdad, la objetividad, la universalidad o la superioridad moral de su propia posición. Por cierto, se presentan ciertos argumentos del tipo tradicional (por ejemplo, siguen ciertas convenciones de los argumentos racionales, hacen referencia a una realidad asumida, etcétera), pero no para impresionar con la estampa de la verdad. Sólo para tomar parte en una práctica cultural de creación de sentido. Muy difícilmente podría uno pararse afuera de la propia tradición y continuar comunicándose efectivamente. Y lo más importante: uno no debería confundir la forma de los argumentos construccionistas con su función. El objetivo de estos argumentos no es generar otra “filosofía primera” o fundamento para reemplazar todo lo que le ha precedido —por ejemplo, dar muerte al empirismo lógico—. Construir las propuestas en esta forma sería darles una lectura modernista. Cuando entramos en los diálogos posmodernos, comenzamos a mirar a dichos argumentos de acuerdo con su capacidad pragmática. ¿Qué logran en la vida cultural?, ¿qué instituciones protegen?, ¿cuáles silencian?

Este último énfasis en el resultado pragmático es particularmente importante a la luz de una crítica final al posmodernismo, que no surge de la tradición empirista sino de enclaves dentro de la psicología que se encuentran más comprometidos política y moralmente. Aquí los críticos toman al construccionismo posmoderno como abogando por el llamado “relativismo moral” —su falta de no tomar una postura acerca de lo que es justo, bueno o valioso en la vida cultural—. Desde mi punto de vista, muchas de estas críticas rozan con la ausencia de sinceridad, porque no es la falta de compromiso lo que típicamente lamentan, sino la falta de compromiso con el punto de vista particular de la crítica (por ejemplo, marxista, humanista, feminista). Al mismo tiempo, muchos de los involucrados en los diálogos posmodernos, de hecho, apoyan causas morales y políticas (Cfr. Bohan y Russell, 1999; Hepburn, 2000). No hay nada acerca de la orientación emergente que abogue por la destrucción de nuestras tradiciones —de valores científicos o humanos—. La ventaja del construccionismo posmoderno es que no busca implantar estos compromisos en la forma de algún fundamento, de una base segura sobre la cual se pueda ver a los otros como trascendentalmente equivocados o malos. Precisamente, son estos compromisos inflexibles los que invitan al silenciamiento de los otros —desde las formas sutiles de exclusión hasta

las tecnologías del genocidio—. Es en este ámbito que el contexto posmoderno ha dado lugar a un campo de exploraciones en formas de diálogos, permitiendo hablar a los que de otra forma serían bandos hostiles de gente comprometida, en formas que pueden atravesar las fronteras de las diferencias (Cfr. Chasin *et al.*, 1996; Cooperrider y Whitney, 2000). Cuando comprendemos los valores como situados histórica y culturalmente, estamos más preparados para involucrarnos en el tipo de diálogos a partir de los cuales pueden surgir nuevas y más viables constelaciones de significado.

PROMESAS DE UNA PSICOLOGÍA POSMODERNA

Hasta ahora he esbozado brevemente los supuestos modernistas centrales en la ciencia psicológica y explorado las principales críticas y revisiones a estos supuestos. Como lo indiqué al principio, las líneas de crítica posmoderna son sustanciales. Prácticamente transforman el panorama de la vida intelectual y sus resonancias ahora ondulan a lo largo de la cultura occidental y alrededor del globo. Sin embargo, como muchos son conscientes, mientras que el modernismo como movimiento cultural ha estado sujeto a críticas extensas y elaboradas, ha habido muy poco interés en futuros más promisorios. En este sentido, uno podría incluso decir que gran parte de la crítica al modernismo ha sido irresponsable. Se ha contentado demasiado con aporrear las tradiciones existentes y se ha preocupado muy poco por las repercusiones. Sin embargo, desde mi punto de vista, las revisiones nacientes de las concepciones acerca del conocimiento, la objetividad y la verdad albergan ricos potenciales. Cuando las implicaciones positivas de las discusiones posmodernas se extienden más plenamente, encontramos razones para un incremento profundo en las actividades de la profesión psicológica y su contribución potencial al mundo. No creo que estas posibilidades sean simplemente fantasías ociosas. En lo que queda de este ensayo, continuaré delineando varios puntos de partida significativos de la psicología en el contexto posmoderno. Al hacerlo, también hablaré de los desarrollos promisorios de la actualidad.

La ciencia empírica en un contexto posmoderno

Primero debemos tratar la tradición dominante —la investigación empírica dedicada a probar hipótesis típicamente de alcance universal—. ¿Qué será de su futuro en un contexto posmoderno? Aquí es esencial señalar que, siendo altamente cuestionadoras —sobre bases tanto conceptuales como ideológicas—, no hay nada dentro de las críticas posmodernas que resulte letal para esta tradición. Como lo

he señalado, las críticas posmodernas no tienen ellas mismas un fundamento; constituyen voces importantes pero no últimas. La psicología empírica representa una tradición de discursos, prácticas y políticas con tanto derecho a sostenerse como cualquier otra tradición. El objetivo de la crítica posmoderna, desde mi punto de vista, no es aniquilar la tradición sino darles a todas las tradiciones el derecho a participar dentro de los diálogos que se desarrollan.

Sin embargo, los críticos posmodernos piden a los investigadores empíricos que rindan cuentas más pragmáticas de sus esfuerzos. ¿En qué formas la investigación psicológica beneficia a la humanidad y en detrimento de qué? Con esto no se está pidiendo la respuesta tradicional: la psicología empírica genera el conocimiento básico acerca de la mente y el comportamiento. Desde el estratégico punto de vista posmoderno, el conocimiento sólo es tal dentro de una tradición. Las preguntas importantes guardan relación con el valor que la tradición local de investigación tiene para las culturas que conforman la sociedad en general. Aquí nos vemos conducidos hacia preguntas más pragmáticas acerca del valor de las teorías, las prácticas y los hallazgos tradicionales. A medida que las teorías psicológicas se exportan a la cultura en general, ¿cuáles son las repercusiones en la vida cultural? Cuando sostenemos que los ingredientes primordiales de la mente son cognitivos, cuando vemos al comportamiento como genéticamente preparado, cuando distinguimos entre la patología y la normalidad, ¿cuáles puertas abrimos dentro de la cultura y cuáles cerramos? Por ejemplo, ¿el reciente énfasis en la psicología positiva (véase el volumen especial sobre el tema de la *American Psychologist*, enero de 2000) acaso no es menos promisorio para la cultura que el enfoque tradicional en el déficit? ¿Acaso la vida cultural no se maximiza en mayor medida cuando nos enfocamos en las posibilidades positivas que cuando lo hacemos sobre todas las posibles fallas? La psicología también ha amasado una sofisticada selección de métodos para generar predicciones. Sin embargo, la pregunta principal es: ¿qué utilidad tienen para nuestra cultura, por fuera del laboratorio, nuestras formas de predicción? Por ejemplo, desde mi punto de vista, el tipo de predicciones que se buscan dentro del campo de la psicología de la salud (con variables dependientes de consecuencias vitales o mortales) puede ser bastante valioso para mucha gente en la cultura. Soy mucho menos optimista acerca de las predicciones acerca de comportamientos artificial y culturalmente aislados, frecuentemente usados para probar hipótesis abstractas acerca del funcionamiento mental. La pregunta no es si dichas hipótesis son verdaderas o falsas en un sentido último, sino si las predicciones particulares tienen alguna utilidad por fuera del juego de verdad local. Como lo veo, un empirismo posmoderno reemplazaría el “juego de verdad” con una búsqueda de teorías y hallazgos culturalmente útiles y con un importante sentido cultural.

Un empirismo efectivo requiere de una postura de pragmatismo informado de la cultura, la ética y la política.

Esto no es todo lo que podemos anticipar acerca de la investigación del tipo tradicional. Las demostraciones empíricas pueden traer a la teoría abstracta el tipo de vida que ilumina apreciaciones de su construcción particular del mundo. Las teorías del condicionamiento operante entran en actividad, por ejemplo, cuando uno observa al investigador condicionar el picoteo de una paloma. Más aún, la investigación puede incitar la discusión pública sobre asuntos de importancia política y moral. Así sucedió con las primeras investigaciones acerca de la conformidad (Asch, 1956) y la obediencia (Milgram, 1974), así como con la investigación actual acerca de la forma en que los estereotipos pueden afectar el desempeño intelectual de mujeres y afroamericanos (Steele, 1997). En ninguno de estos casos estamos hablando de descubrir la verdad trascendente, sino más bien de los psicólogos como participantes culturales efectivos. Al mismo tiempo, sin embargo, las fuertes promesas de la psicología en el contexto posmoderno no se derivan del tipo de afinamiento de la tradición moderna que se acabó de discutir. En cambio, creo que las ganancias profundas se localizan en las adiciones a la agenda actual. La invitación posmoderna es a expandir nuestros potenciales, y desde mi punto de vista, los panoramas son excitantes y promisorios. Aquí he de tratar —muy brevemente— las anticipaciones y comprensiones emergentes dentro de los dominios del enriquecimiento intelectual, el florecimiento metodológico y la profusión de nuevas prácticas.

La vitalización de la vida intelectual

En la tradición moderna se nos enseñó a aceptar nuestras órdenes de movilización de la realidad: observar el mundo por lo que es y reportarlo consecuentemente. En efecto, el mundo sirve de progenitor último de nuestras palabras. En el contexto posmoderno se revierte el énfasis. El mundo no habla a través de nosotros. Más bien, lo que “encontramos” dependerá en gran medida de los paradigmas teóricos y metateóricos ya aceptados. Lo que cuenta como dato significativo para el cognitivista no lo es para el psicoanalista, el conductista o el fenomenólogo. Esta reversión en el énfasis —del mundo como dado a nuestra interpretación del mundo— restablece en la psicología una tradición en gran riesgo: la de la reflexión intelectual. En un sentido amplio, sólo en la medida en que expandamos y enriquezcamos el dominio de deliberación teórica será posible que movamos las inteligibilidades culturales más allá de los lugares comunes y que amplíemos el alcance y los potenciales de la investigación. Los dominios de expansión y

enriquecimiento son varios y, desde mi punto de vista, hay importantes signos de vida en cada uno.

Deliberación reflexiva. La ciencia psicológica ha estado dedicada durante mucho tiempo a una postura de neutralidad valorativa. Esta postura se ha refugiado en la creencia de que los hechos pueden ser separados de los valores, y el resultado ha sido una evitación generalizada de los debates de importancia moral y política en el área. Para parafrasear el sentimiento dominante: “Haz política en tu tiempo libre; la ideología no tiene lugar dentro de la ciencia”. En el contexto intelectual posmoderno, la distinción entre hechos y valores se disipa. Pese a que uno puede llevar a cabo investigaciones desde una postura de valores neutrales, la teoría, los hallazgos científicos y los métodos pueden entrar en la vida cultural como “inteligibilidades autoritativas”. Por tanto, todas las distinciones teóricas que hacemos (por ejemplo, entre procesamiento de información rápido *versus* lento), los hallazgos que reportamos (por ejemplo, que las personas mayores son inferiores en el procesamiento de información) y los métodos de investigación que favorecemos (por ejemplo, donde la manipulación y el control son claves para “el entendimiento adecuado”) entran en la sociedad como inteligibilidades guía con capacidad de alterar la vida cultural para bien o para mal, de acuerdo con algún estándar. Evitar estos problemas no sólo resulta miope sino irresponsable. Si nuestras inteligibilidades favorecen ciertas formas de vida a la vez que posiblemente destruyen otras, entonces resulta esencial que desarrollemos un programa robusto de reflexión ética, política y conceptual. ¿A quién estamos ayudando y a quién perjudicando cuando distinguimos entre los inteligentes y los no inteligentes, lo patológico y lo normal, los prejuiciosos y los no sesgados?, ¿qué forma de cultura estamos creando cuando vemos la explotación, la infidelidad y la violación como acciones masculinas biológicamente predisuestas? Este tipo de preguntas merecen un escrutinio cuidadoso y preocupado de nuestra parte, los que nos desempeñamos en la disciplina, no en calidad de reflexiones posteriores, sino de preludio a la investigación.

A este respecto, hay razón para sentirnos animados. La crítica feminista de las pasadas dos décadas ha establecido un precedente poderoso y sofisticado (por ejemplo, Haré-Mustin y Marecek, 1990; Morawski, 1994; M. Gergen y Davis, 1997). La creación de las divisiones APA sobre cuestiones étnicas y de minorías, sobre cuestiones de gays, lesbianas y bisexuales, y sobre psicología internacional, alienta a compartir más ampliamente este mismo tipo de reflexiones. Al mismo tiempo, existe un crecimiento uniforme en el volumen de la literatura política y ética reflexiva dentro del campo en general, una literatura que examina las numerosas formas en que la investigación psicológica puede afectar negativamente

la vida cultural (véase, por ejemplo, Parker *et al.*, 1995; Prilleltensky, 1994; Ibanez y Iniguez, 1997). La primera conferencia internacional sobre psicología crítica se llevó a cabo en Sydney, Australia, el año pasado. El primer volumen del *International Journal of Critical Psychology* es inmanente. Este trabajo también comienza a abrir mayores horizontes: se invita a los psicólogos a centrar su atención crítica más allá de la disciplina, a tratar problemas políticos y valorativos más ampliamente dentro de la cultura (Cfr. Walkerdine, 1989; Apfelbaum, 2000). En las condiciones posmodernas, los análisis apasionados de las condiciones sociales existentes se convierten en opciones legítimas y deseables para el profesional.

Sin embargo, la reflexión ética y política también debe ir acompañada de astutos análisis conceptuales. *Debemos estar preparados para pararnos por fuera de nuestras teorías y preguntar acerca de sus propiedades* —por ejemplo, su coherencia, circularidad—, y la medida en que nuestras explicaciones se suman a los vocabularios de comprensión cultural (por oposición a la recirculación de supuestos viejos y desgastados). De nuevo, ahora se está acumulando una literatura (por ejemplo, Smedslund, 1988; Westmeyer, 1989; Tolman *et al.*, 1996) y el currículo en psicología teórica está comenzando a incrementarse en número y sofisticación. Los argumentos de Slife y Williams (1997) a favor de una especialidad subdisciplinar en psicología teórica son oportunos y convincentes. Al mismo tiempo, a pesar de que una deliberación crítica podría sumar una dimensión vitalizadora a nuestro trabajo futuro, sería una circunstancia infeliz que simplemente asignáramos la tarea a un grupo de especialistas. Los diálogos aquí deberían ser amplios e integradores. No deberían ser nihilistas en sus intenciones. El objetivo de las críticas no debería ser el de terminar tradiciones o prácticas sino el de ayudarlas a evolucionar en formas que integren más plenamente las voces de la disciplina y de nuestros constituyentes, y el de contribuir a los recursos intelectuales del mundo.

Restauración y revitalización histórica En cierto sentido, la psicología es una disciplina cruel; guiada por las imágenes del progreso del conocimiento, todo lo que actualmente está vivo se mueve constantemente hacia la oscuridad. La investigación que se condujo una década atrás prácticamente queda confinada en el baúl. Por el contrario, dentro del contexto posmoderno, todo lo sólido no necesita desvanecerse en el aire. En cambio, las perspectivas teóricas constituyen recursos discursivos. Como tales, enriquecen nuestras prácticas, tanto en la profesión como, de modo general, en la sociedad. Por tanto, a medida que expandimos estos recursos discursivos también ganamos flexibilidad innovadora y un mayor potencial para actuar efectivamente, tanto en lo que respecta a las prácticas disciplinarias como dentro de la cultura en general. En este sentido,

debemos luchar por sostener la vitalidad de nuestras primeras tradiciones; así mismo, cuestionarlas para enriquecerlas y revitalizarlas a la luz del contexto cultural contemporáneo. Un excelente ejemplo de este tipo de restauración se puede encontrar en la teorización psicoanalítica, en tanto que se ha movido desde una estricta profundidad u orientación psicodinámica hasta la incorporación de preocupaciones por los procesos narrativos, del lenguaje y relacionales (Cfr. Spence, 1982; Mitchell y Aron, 1999). También ha habido un renacimiento importante en la teorización hermenéutica y fenomenológica, estimulado por los diálogos posmodernos, cuyo resultado ha sido el fortalecimiento de las propuestas innovadoras y retadoras (Cfr. Martin y Sugarman, 1999; Richardson, Fowers y Guignon, 1999). Dichos esfuerzos ahora deben ser extendidos en nuevas direcciones.

Este tipo de revitalización histórica también debe ir acompañado de análisis sobre las condiciones históricas que han dado lugar a varias concepciones de la mente. ¿De qué manera nuestras concepciones de la vida mental llegaron a ser lo que son?, ¿qué funciones desempeñaban dentro de la vida cultural?, etcétera. Dichos análisis resultan fundamentales para aclarar la función que actualmente cumplen las concepciones de la mente en nuestra cultura. Los psicólogos ahora se unen a los historiadores en esta labor y el resultado es una literatura sustancial sobre la génesis y transformación histórica de la rabia, el desarrollo del niño, la aburrición, el sentido del olfato, el concepto de un sí mismo independiente, y demás. La revista que tal vez es clave en este dominio, *History of the Human Sciences*, también está floreciendo.

Diálogo intercultural. Los diálogos posmodernos agudizan nuestra conciencia sobre la ubicación histórica y cultural de la tradición empirista en la psicología. Lentamente, nos hemos hecho conscientes de que los supuestos que hemos tomado por dados acerca de la vida mental, junto con nuestros métodos de exploración, están saturados de valores occidentales y van de la mano de una ontología y una epistemología excepcionalmente nuestras. Vemos, por ejemplo, que los conceptos de la emoción y la cognición —junto con los métodos experimentales y valores científicos de predicción y control— son subproductos de la tradición occidental. Por cierto, hay mucho que apreciar dentro de esta tradición. Sin embargo, los diálogos posmodernos sugieren un cierto grado de humildad a este respecto; las tendencias universalizadoras se aproximan al neocolonialismo. Más aún, provocan diálogos interculturales, en donde los conceptos de la persona y el conocimiento mismo, junto con los métodos y las prácticas, son intercambiados apreciativamente. La psicología occidental está a la espera de ser enriquecida vitalmente, por ejemplo, por la nueva literatura

sobre la psicología asiática e hindú (Cfr. Sugiman *et al.*, 1999; Paranjpe, 1998). Del mismo modo, los movimientos hacia una psicología autóctona abren las puertas a nuevas metodologías y prácticas.

Tal vez, el movimiento más visible hacia el diálogo intercultural se ha llevado a cabo con el surgimiento de la psicología cultural (Cfr. Bruner, 1990; Cole, 1996). En este caso, los investigadores exploran la posibilidad de que el funcionamiento psicológico esté significativamente arraigado en el medio cultural. Por tanto, a diferencia de los supuestos universalistas que guían a la psicología de carácter moderno, los psicólogos proponen que las concepciones mismas del yo, la cognición, la emoción, etcétera, han nacido dentro de tradiciones culturales (Cfr. Markus y Kitayama, 1991; Valsiner y Van der Veer, 2000). A este respecto, ha sido bastante bienvenida la revista *Culture and Psychology*. Las implicaciones de estas discusiones son de profunda importancia para la disciplina.

Creación de inteligibilidades funcionales. Uno de los panoramas más significativos que han abierto los diálogos posmodernos es la refiguración de los potenciales teóricos. Si nuestras descripciones y explicaciones del mundo no han sido exigidas por la naturaleza misma del mundo, entonces nos liberamos de las cadenas de lo que se toma por dado. Más importante aún, estamos invitados a una postura de creatividad teórica. Como científicos, nos vemos liberados de nuestra tarea de sostener del espejo del “mundo tal como es”; y somos retados a articular concepciones nuevas y potencialmente transformadoras. Nuestra tarea no es simplemente describir lo que existe actualmente, sino crear inteligibilidades que puedan promover mundos por venir. Metafóricamente, nuestra función cambia de copista a poeta. En cierta medida, a su voluntad de funcionar poéticamente se puede atribuir la importancia de Freud, Skinner y Piaget. A través de su imaginación interpretativa, fueron capaces de forjar nuevos mundos de inteligibilidad, mundos que pudieron ser apropiados útilmente (para bien o para mal) por la cultura del entorno. Gran parte del mismo espíritu habita ahora en conceptos innovadores como “proceso proteico” (Lifton, 1993), “flujo” (Csikszentmihalyi, 1990) y “sabiduría” en el envejecimiento (Baltes y Staudinger, 2000).

En los trabajos recientes que intentan reformular procesos psicológicos en términos relacionales se encuentra una ilustración más extensa del impulso creativo en acción. El punto de vista tradicional acerca de los procesos psicológicos o los mecanismos “en la mente” crea una visión de la sociedad en la que los individuos funcionan como mónadas aisladas, autocontenidas, y competitivas (Sampson, 1993). Poniendo en movimiento una visión más colaborativa de la vida humana,

un nuevo dominio de trabajo nos pide que consideremos los procesos psicológicos como constituidos dentro de las relaciones. Como hemos visto, por ejemplo, en vez de concebir al pensamiento como un proceso psicológico que precede al lenguaje, podemos definir la racionalidad en términos del uso del lenguaje mismo. En efecto, la racionalidad es creada conjuntamente dentro del diálogo (Cfr. Billig, 1987). En vez de sostener que las actitudes son determinantes subyacentes de la acción, una actitud puede ser equiparada a la toma de una postura particular dentro de una conversación (Potter y Wetherell, 1987). El sí mismo, en este caso, es una cuestión acerca de cómo se construye uno en varias relaciones, poseer una emoción es actuar apropiadamente en un escenario constituido culturalmente y tener memoria es tomar parte en un proceso de negociación y aprobación comunal (Cfr. Gergen, 1994b; Shotter, 1990). En efecto, todo lo que hemos definido hasta ahora como privado y separado del “otro” es conceptualizado como inherentemente relacional, inseparable de las actividades comunes.

El actual reto es, entonces, moverse de la circunstancia fortuita a la creación consciente y reflexiva de teoría cultural significativa. Al amparo de esta luz, podemos sentir satisfacción por el surgimiento de revistas como *Theory and Psychology*; *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*; *Philosophy and Psychotherapy*; *New Ideas in Psychology*; *Feminism and Psychology*; *Journal of Constructivist Psychology* y *Journal for the Theory of Social Behavior*. Todas representan movimientos importantes hacia la teoría generativa. Continúa siendo un interrogante si dichos medios pueden facilitar la comunicación con comunidades más amplias.

El florecimiento de la metodología

Cambemos del punto de vista del enriquecimiento intelectual al de los métodos de investigación en psicología. Ésta no es una ruptura clara en materias de estudio, puesto que nuestros presupuestos teóricos están íntimamente ligados con nuestros métodos de investigación (Cfr. Danziger, 1990). La observación comportamental en un experimento de laboratorio constituiría información degradada para un psicólogo profundo, y el centro de atención experimental sobre causas y efectos sería miope para el fenomenólogo. Esto es para decir que, a medida que extendemos el dominio de la teoría inteligible en psicología, también abrimos nuevas puertas a métodos de investigación. Lo contrario también puede ocurrir: a medida que exploramos nuevos métodos de investigación también podemos transformar nuestras comprensiones teóricas. Más aún, diferentes metodologías cargan consigo diferentes valores o ideologías. En ocasiones, compramos el control sobre las variables al precio del secreto y la manipulación;

otros investigadores desean sacrificar el control por un compromiso más sensible y preocupado por aquellos que desean comprender. Los métodos, no menos que la teoría y los datos, contribuyen a inteligibilidades culturales y formas de vida.

En este dominio encontramos que los diálogos posmodernos han dado lugar a un florecimiento sin paralelo en la metodología de las ciencias sociales en general. La publicación de la segunda edición del muy exitoso *Handbook of Qualitative Research*, junto con la revista *Qualitative Inquiry*, corresponde a veletas significativas. Lentamente, estas innovaciones están comenzando a abrirse camino en la literatura psicológica. La preocupación posmoderna por la construcción lingüística de la realidad ha estimulado un nuevo e innovador rango de métodos para el análisis del discurso y la conversación (Van Dijk, 1985; Wetherell, Taylor y Yates, 2001). Se han dirigido crecientes esfuerzos no sólo a iluminar los patrones del discurso, sino a explorar críticamente sus ramificaciones interpersonales e ideológicas. Revistas como *Discourse and Society*, *Discourse Studies* y *Journal of Language and Social Psychology* son indicadores de esta explosión. En estrecha relación, los investigadores se han visto crecientemente involucrados en la exploración de la función central de las narrativas de auto-comprensión, desarrollo humano y bienestar personal (Sarbin, 1986). El volumen de dicho trabajo ha conducido, entre otras cosas, a la creación de la serie de libros *The Narrative Study of Lives* y a la revista *Narrative Inquiry*.

Otros investigadores, interesados en la impotencia política de gran parte de la investigación psicológica y descontentos por las formas en que los métodos tradicionales distancian al científico del sujeto, han desarrollado un conjunto de métodos de investigación acción. El rango y la riqueza de dichos métodos —en los que los investigadores normalmente trabajan con comunidades oprimidas, para lograr metas locales— se exploran ampliamente en el recientemente publicado *Handbook of Action Research, Participative Inquiry and Practice* (Reason y Bradbury, 2000). También debería mencionar a la vanguardia de los desarrollos en autoetnografía —la investigación en que el investigador usa su propia historia de vida para brindar comprensiones sobre el funcionamiento humano (Ellis y Bochner, 1996)—; existen también investigaciones polivocales en que los investigadores intentan dar voz a múltiples perspectivas de un fenómeno dado —como el acoso a los niños o vivir con discapacidad (Lather y Smithies, 1997)—; finalmente, hay interesantes desarrollos en psicología performativa, en donde se realizan intentos para explorar y desarrollar la acción humana a través de representaciones públicas (M. Gergen, 2001). Quienes critican la explosión metodológica se preocupan por la fragmentación de la disciplina. Pero las preocupaciones por la fragmentación sólo son importantes si uno cree que debe prevalecer una única

voz: una ontología, una epistemología y un código de valores para todos. Por el contrario, dentro del contexto posmoderno, se da la bienvenida a una plétora de métodos. Aquí abrimos la puerta a la multiplicidad de las tradiciones de las cuales somos parte, y a un diálogo subsiguiente con ilimitado potencial creativo.

El enriquecimiento de la práctica

Finalmente, quisiera hablar de algunas contribuciones de la psicología a la práctica cultural. La visión moderna traza una distinción fuerte y jerárquica entre la generación de conocimiento y la aplicación de conocimiento a la práctica. Para la visión posmoderna esta distinción se borra en gran medida. Las explicaciones teóricas del mundo no son los reflejos de un espejo, sino acciones discursivas dentro de una comunidad. En efecto, la teoría es en sí misma una forma de práctica. Como se argumentó antes, tal discurso puede ser de enorme importancia porque constituye una invitación a actuar en ciertas formas, por oposición a otras; en este sentido, la teoría puede ser constitutiva de la vida cultural. Sin embargo, ¿cómo podemos ir más allá del mundo discursivo de la profesión académica y enriquecer de modo más directo las formas de práctica que pueden servir mejor a la sociedad? Si la psicología inevitablemente es un cuerpo de prácticas culturales, ¿cómo podríamos aumentar el rango de lo que ahora está disponible?, ¿qué puede decirse acerca de gran parte de la profesión —aquellos involucrados en terapia, consejería, educación, evaluación, trabajo organizacional, y otras cosas—?

A pesar de que muchas prácticas psicológicas continúan siendo estrictamente convencionales, encontramos que en el dominio de lo práctico los diálogos posmodernos en psicología han tenido su impacto más diciente. En la comunidad terapéutica, por ejemplo, encontramos una multitud de nuevas prácticas basadas en una concepción de la terapia como reconstrucción de significado. Las terapias narrativas son los ejemplos más obvios (Cfr. White y Epston, 1990; McLeod, 1997) y están siendo practicadas alrededor del globo. Las terapias narrativas típicamente enfatizan la importancia de las historias con las que la gente comprende y vive sus vidas y la importancia funcional (o disfuncional) de estas historias dentro del medio cultural. La terapia breve, las terapias posmodernas y gran parte de la terapia sistémica también enfatizan la importancia del lenguaje en la construcción de las realidades en que vivimos (Anderson, 1997; De Shazer, 1994; Friedman, 1993). La reconsideración de las categorías y procedimientos diagnósticos ha estado estrechamente ligada a estos desarrollos en la terapia. Extensas críticas y una deconstrucción de las categorías tradicionales del DSM (Kutchins y Kirk, 1997; Hepworth, 1999) se han visto acompañadas de un interés por procedimientos dialógicos que expresen un círculo más amplio de partes involucradas. Aquí, los

terapeutas de pensamiento avanzado están abandonando el psicodiagnóstico en favor de equipos, conformados por representantes de varias profesiones de ayuda, junto con los familiares y personas bien informadas de la comunidad. Estos equipos deliberan acerca de posibles formas de comprender al individuo dentro de su contexto, y la mejor manera de seguir adelante. Hasta el momento, los resultados han sido impresionantes en la reducción de las hospitalizaciones y la prescripción de drogas (Cfr. Seikulla *et al.*, 1995).

Por fuera del ámbito terapéutico, los psicólogos educacionales también se están dando cuenta de las limitaciones de la visión individualista del conocimiento, y las formas tradicionales de pedagogía centradas en el mejoramiento de las mentes individuales. Existe un particular interés en las orientaciones vygotskianas de la educación que enfatizan la relación entre profesor y estudiante (Rogoff, 1990; Holzman, 1997). Más radicalmente, los psicólogos están explorando las pedagogías colaborativas, procesos que intentan reemplazar la enseñanza jerárquica (de arriba hacia abajo) por diálogos productivos y más igualados en el salón de clases (Cfr. Wells, 1999). En la esfera organizacional, encontramos un fuerte movimiento preocupado por la construcción social de realidades organizacionales (Cfr. Weick, 1995). Los profesionales han desarrollado una variedad de nuevas prácticas que se apoyan en la narrativa y la metáfora para reducir el conflicto en las organizaciones e inspirar un cambio positivo. También me encuentro muy impresionado con el trabajo en la esfera médica que reta los universales biológicos del dolor y explora la construcción cultural de la enfermedad (Frank, 1995; Morris, 1998). Aquí encontramos que la experiencia del dolor y de la enfermedad puede depender en gran medida de los significados que se les asignen. La comprensión narrativa puede ser vital para nuestro bienestar físico.

CONCLUSIÓN

En el mundo intelectual en general, los psicólogos se han destacado por su ausencia en los principales debates de los últimos 20 años. En efecto, por nuestro inmenso éxito autoorganizándonos, incurrimos en el riesgo de caer en la irrelevancia y degeneración última. En vez de cerrar nuestras puertas del laboratorio a la tormenta que nos rodea, existe una mayor fortaleza, ganada a través del diálogo constructivo. Como he tratado de demostrar aquí, con un examen prudente y cuidadoso de los argumentos, podemos surgir con una psicología mucho más rica y efectiva que la que jamás hemos conocido. Será una psicología repleta de recursos conceptuales, sensible a la ideología y a la historia, innovadora en sus métodos de investigación y fuente continua de prácticas nuevas y efectivas.

Será una psicología en la que el universalismo colonial se reemplazará por una conversación global entre iguales. Más importante aún, será una psicología que realice una contribución sin paralelos a la variedad de nuestras culturas y al mundo en general. Como he tratado de demostrar, existen valerosos comienzos de dicha psicología. Sin embargo, el futuro permanece pendiente en la balanza. Las fuerzas inerciales de la rutina y los sentimientos sobre la verdad de las realidades del pasado son inmensas. ¿Podrían tomar lugar diálogos transformativos? Mientras nos encontramos hablando juntos ahora, estamos creando nuestro futuro.

REFERENCIAS

Anderson, H. (1997), *Conversation, language, and possibilities: A postmodern approach to therapy*. Nueva York: Basic Books.

Apfelbaum, E. R. (2000), And now what, after such tribulations? Memory and dislocation in the era of uprooting. *American Psychologist*, 55, 1008-1113.

Asch, S. (1956), Studies of independence and conformity: A minority of one against a unanimous majority. *Psychological Monographs*, 70, 9 Whole No. 416.

Baltes, P. y U. M. Staudinger (2000), Wisdom: A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence. *American Psychologist*, 55, 122-136.

Berman, M. (1982), *All that is solid melts into air: The experience of modernity*. Nueva York: Simon and Schuster.

Billig, M. (1987), *Arguing and thinking: A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bohan, J. S. y G. M. Russell (1999), *Conversations about psychology and sexual orientation*. Nueva York: New York University Press.

Bruner, J. (1990), *Acts of meaning*. Cambridge: Harvard University Press.

Chasin, R., M. Herzig, S. Roth, L. Chasin, C. Becker y R. Stains (1996), From diatribe to dialogue on divisive public issues: Approaches drawn from family therapy. *Mediation Quarterly*, 13, 323-344.

- Cole, M. (1996), *Cultural psychology: A once and future discipline*. Cambridge: Belknap.
- Cooperrider, D. y D. Whitney (2000), A positive revolution in change: Appreciative inquiry. En D. Cooperrider, P. Sorensen, D. Whitney y T. Yaeger (Eds.), *Appreciative Inquiry*. Champaign: Stipes.
- Csikszentmihalyi, M. (1990), *Flow: The psychology of optimal experience*. Nueva York: Harper and Row.
- Danziger, K. (1990), *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Danziger, K. (1997), *Naming the mind: How psychology found its language*. Thousand Oaks: Sage.
- Denzin, N. K. y Y. S. Lincoln (Eds.) (2000), *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks: Sage.
- Derrida, J. (1976), *Of grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Descartes, R. (1960), *Discourse on method*. Baltimore: Penguin.
- de Shazer, S. (1994), *Words were originally magic*. Nueva York: Norton.
- Dickens, D. R. y A. Fontana (1994), *Postmodernism and social inquiry*. Nueva York: Guilford Press.
- Dilthey, W. (1984), *Selected writings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Edwards, D., M. Ashmore y J. Potter (1995), Death and furniture: The rhetoric and politics and theology of bottom line arguments against relativism. *History of the Human Sciences*, 8, 25-49.
- Ellis, C. y Bochner (Eds.) (1996), *Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing*. Walnut Creek: AltaMira Press.
- Fee, D. (Ed.) (2000), *Pathology and the postmodern: Mental illness as discourse and experience*. Londres: Sage.

Foucault, M. (1980), *The history of sexuality*, V. 1. Nueva York: Random House.

Frank, A. W. (1995), *The wounded storyteller: Body, illness, and ethics*. Chicago: University of Chicago Press.

Friedman, S. (Ed.) (1993), *The new language of change: Constructive collaboration in psychotherapy*. Nueva York: Guilford Press.

Frisbee, D. (1985), *Fragments of modernity: Theories of modernity in the work of Simmel, Kracauer and Benjamin*. Cambridge: Polity Press.

Gergen, K. J. (1994a), Exploring the postmodern: Perils or potentials? *American Psychologist*, 49, 412-416.

Gergen, K. J. (1994b), *Realities and relationships: Soundings in social construction*. Cambridge: Harvard University Press.

Gergen, K. J. (1999), *An invitation to social construction*. Londres: Sage.

Gergen, K. J. (2001), *Social construction in context*. Londres: Sage.

Gergen, M. (2001), *Feminist reconstructions in psychology, Narrative, gender, and performance*. Thousand Oaks: Sage.

Gergen, M. y S. Davis (Eds.) (1997), *Toward a new psychology of gender*. Nueva York: Routledge.

Graumann, C. F. y K. J. Gergen (1996), *Historical dimensions of psychological discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.

Hare-Mustin, R. y J. Marecek (Eds.) (1990), *Making a difference: Psychology and the construction of gender*. New Haven: Yale University Press.

Harvey, D. (1989), *The condition of postmodernity: An inquiry into the origins of cultural change*. Oxford: Blackwell.

Held, B. (1995), *Back to reality: A critique of postmodern theory in psychotherapy*. Nueva York: Norton.

Hepburn, A. (2000), On the alleged incompatibility between relativism and feminist psychology. *Feminism and Psychology*, 10, 94-103.

- Hepworth, J. (1999), *The social construction of anorexia nervosa*. Londres: Sage.
- Hollinger, R. (1994), *Postmodernism and the social sciences: A thematic approach*. Thousand Oaks: Sage.
- Holzman, L. (1997), *Schools for growth: Radical alternatives to current educational models*. Mahwah: Erlbaum.
- Ibanez, T. y L. Iniguez (Eds.) (1997), *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- Kirschner, S. (1996), *The religious and romantic origins of psychoanalysis: Individuation and integration in post-Freudian theory*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Kuhn, T. (1970), *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kutchins, H. y S. A. Kirk (1997), *Making us crazy, DSM: The psychiatric bible and the creation of mental disorders*. Nueva York: Free Press.
- Kvale, S. (Ed.) (1992), *Psychology and postmodernism*. Londres: Sage.
- Lather, P. y C. Smithies (1997), *Troubling the angels: Women living with HIV/AIDS*. Boulder: Westview Press.
- Lifton, R. J. (1993), *The protean self: Human resilience in an age of fragmentation*. Nueva York: Basic Books.
- Locke, J. (1956), *An essay concerning human understanding*. Chicago: Henry Regnery.
- Lutz, C. (1996), Cultural politics by other means: Gender and politics in some American psychologies of emotions. En C. F. Graumann y K. J. Gergen (Eds.), *Historical dimensions of psychological discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Lytard, J-F. (1984), *The postmodern condition: A report on knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Marcus, H. y S. Kitayama (1991), Culture and the self: Implications for cognition, emotion, and motivation. *Psychological Review*, 98, 224-253.

Martin, J. y J. Sugarman (1999), *The psychology of human possibility and constraint*. Albany: State University of New York Press.

McLeod, J. (1997), *Narrative and psychotherapy*. Londres: Sage.

Middelton D. y D. Edwards (Eds.) (1990), *Collective remembering*, Londres: Sage.

Milgram, S. (1974), *Obedience to authority: An experimental view*. Nueva York: Harper and Row.

Mitchell, S. y L. Aron (Eds.) (1999), *Relational psychoanalysis: The emergence of a tradition*. Hillsdale: Analytic Press.

Morawski, J. G. (1994), *Practicing feminisms, reconstructing psychology: Notes on a liminal science*. Ann Arbor: Univ. of Michigan Press.

Morris, D. B. (1998), *Illness and culture in the postmodern age*. Berkeley: University of California Press.

Myerson, G. (1994), *Rhetoric, reason, and society: Rationality as dialogue*. Londres: Sage.

Neimeyer, R. A. (2001), *Meaning reconstruction and the experience of loss*. Washington, DC: American Psychological Association.

Nelson, J., A. Megill y D. McCloskey (Eds.) (1987), *The rhetoric of the human sciences: Language and arguments in scholarship and public affairs*. Madison: University of Wisconsin Press.

Nightengale, D. y J. Cromby (1999), *Social constructionist psychology: A critical analysis of theory and practice*. Philadelphia: Open University Press.

Paranjpe, A. C. (1998), *Self and identity in modern psychology and Indian thought*. Nueva York: Plenum.

Parker, I. (Ed.) (1998), *Social constructionism, discourse, and realism*. Londres: Sage.

Parker, I., E. Georgas, D. Harper, T. McLaughlin y M. Stowall-Smith (1995), *Deconstructing psychopathology*. Londres: Sage.

Poovey, M. (2001), *A history of the modern fact: Problems of knowledge in the sciences of wealth and society*. Chicago: Chicago University Press.

Potter, J. (1996), *Representing reality: Discourse, rhetoric and social construction*. Londres: Sage.

Potter, J. y M. Wetherell (1987), *Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behavior*. Londres: Sage.

Prilleltensky, I. (1994), *The morals and politics of psychology: Psychological discourse and the status quo*. Albany: State University of New York Press.

Reason, P. y H. Bradbury (Eds.) (2000) *Handbook of action research: Participative inquiry and practice*. Londres: Sage.

Richardson, F. C., B. J. Fowers y C. Guignon (1999), *Re-envisioning psychology: Moral dimensions of theory and practice*. San Francisco: Jossey Bass.

Rogoff, B. (1990), *Apprenticeship in thinking: Cognitive development in social context*. Nueva York: Oxford University Press.

Rorty, R. (1979), *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton: Princeton University Press. Rosenau, P. M. (1992), *Post-modernism and the social sciences: Insights, inroads, and intrusions*. Princeton: Princeton University Press.

Sampson, E. E. (1993), *Celebrating the other: A dialogic account of human nature*. Boulder: Westview.

Sandel, M. J. (1982), *Liberalism and the limits of justice*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sarbin, T. (Ed.) (1986), *Narrative psychology: The storied nature of human conduct*. Nueva York: Praeger.

Seikulla, J., J. Aaltonen, B. Alakare, K. Haarakanges, J. Keraenen y M. Sutela (1995), Treating psychosis by means of open dialogue. En S. Friedman (Ed.) *The reflecting team in action: Collaborative practice in family therapy*. Nueva York: Guilford Press.

Seligman, M. y M. Csikszentmihalyi (Eds.) (2000), Positive psychology. *American Psychologist* 55 (1).

Simons, H. (Ed.) (1990), *The rhetorical turn: Invention and persuasion in the conduct of inquiry*. Chicago: University of Chicago Press.

Slife, B. y R. Williams (1997), Toward a theoretical psychology: Should a subdiscipline be formally recognized? *American Psychologist*, 52, 117-129.

Smedslund, J. (1988), *Psycho-logic*. Nueva York: Springer-Verlag.

Smith, B. H. (1997), *Belief and resistance: Dynamics of contemporary intellectual controversy*. Cambridge: Harvard University Press.

Smith, M. B. (1994), Selfhood at risk: Postmodern perils and perils of postmodernism. *American Psychologist*, 49, 405-411.

Spence, D. (1982), *Narrative truth and historical truth: Meaning and interpretation in psychoanalysis*. Nueva York: Norton.

Stearns, P. N. y J. Lewis (Eds.) (1998), *An emotional history of the United States*. Nueva York: New York University Press.

Steele, C. M. (1997), A threat in the air: How stereotypes shape the intellectual identities and performance. *American Psychologist*, 52, 613-629.

Sugiman, T., M. Karasawa, J. H. Liu y C. Ward (Eds.) (1999), *Progress in Asian social psychology* V. II. Seúl: Kyoyook-Kwhak-Sa.

Tolman, C. W., F. Cherry, R. van Hezewijk y I. Lubek (Eds.) (1996), *Problems of theoretical psychology*. North York: Captus.

Valsiner, J. y R. van der Veer (2000), *The social mind: Construction of the idea*. Nueva York: Cambridge University Press.

van Dijk, T. (Ed.) (1985), *Handbook of discourse analysis*. Londres: Academic Press.

Walkerdine, V. (1988), *The mastery of reason: Cognitive development and the production of rationality*. Londres: Routledge.

Weick, K. (1995), *Sensemaking in organizations*. Thousand Oaks: Sage.

Wells, G. (1999), *Dialogic inquiry: Towards a sociocultural practice and theory of education*. Nueva York: Cambridge University Press.

Westmeyer, H. (Ed.) (1989), *Psychological theories from a structuralist point of view*. Berlin: Springer-Verlag.

Weltherell, M., S. Taylor y S. Yates (2001), *Discourse theory and practice*. Londres: Sage.

White, M. y D. Epston (1990), *Narrative means to therapeutic ends*. Nueva York: Norton.

Wittgenstein, L. (1953), *Philosophical investigations*. Trad. G. Anscombe. Nueva York: Macmillan.

PARTE II
HACIA EL DISCURSO Y LA NARRATIVA

LA AGRESIÓN COMO DISCURSO

RESUMEN

Este capítulo intenta preparar el campo de trabajo para entender el discurso de la agresión. Como se demuestra, el término mismo está definido por (o puede ser equiparado con) un conjunto de atributos de criterio. El término y sus atributos han sido llamados núcleo estructural. Un desempaque más profundo revela que cada atributo de criterio está inmerso incluso dentro de otros núcleos. Dichos términos pueden figurar como predicados, listos para ser definidos por más atributos dentro de un núcleo, o como características definitorias incluso para otros predicados. Se propone que, prácticamente, todo lo que sensiblemente se puede decir acerca de la agresión, ya sea en el conducto de la ciencia o de las relaciones sociales en general, se puede derivar del completo desempaque de las convenciones del lenguaje. Como se propone, dichas convenciones del lenguaje no pueden, en principio, ser corregidas o corroboradas por medio de la observación del comportamiento humano.

Cuando uno habla, simultáneamente se involucra en la construcción del mundo. Esto sucede en dos sentidos principales, el primero, implicativo, y el segundo, pragmático. En el primer sentido, la construcción del mundo depende del hecho de que el lenguaje no funciona como un arreglo o colección de sonidos, sino como un sistema de símbolos. Para calificar como símbolos, las entidades lingüísticas deben implicar un dominio de referentes; si no lo hacen, pierden su identidad como lenguaje. Por tanto, involucrarse en la producción del lenguaje normalmente supone crear un compromiso implícito con un dominio

de referentes que no están contenidos dentro del lenguaje mismo. En efecto, el acto de hablar invita al oyente a aceptar un sistema ontológico independiente. Al mismo tiempo, el lenguaje tiene un aspecto pragmático, o como lo llamó Austin (1962a), performativo. Esto es, algo así como mover la torre en el ajedrez, abrazar a alguien o parecer desinteresado cuando se está bajo ataque. En sí mismo, es una forma de interacción social. Y, como ejercicio, frecuentemente tiene efectos sociales. Dependiendo del lenguaje que uno emplee, otra persona puede admitir la derrota, profesar amor profundo o incluso matar. Por consiguiente, nuestras palabras son constituyentes activas de un mundo en continuo intercambio social (Searle, 1970).

No resulta particularmente controversial que el lenguaje implique una ontología o que sirva para objetivizar, siempre que sea posible establecer los vínculos existentes entre el sistema de símbolos y un rango de casos relevantes. Normalmente, dichos vínculos se establecen a través de un proceso de definición ostensible, esto es, demostrando o estableciendo el contexto experiencial del uso de las palabras. Al usar la palabra “gato”, la madre puede señalar un pequeño objeto peludo con cuatro patas y, por tanto, establecer el referente del término; a medida que el término es usado en presencia de una variedad de criaturas peludas a través del tiempo, el niño esencialmente aprende que el término puede referirse a un rango de objetos. Como Quine (1960) lo ha hecho claro, las cualidades precisas de los referentes pueden permanecer oscuras; en esencia, los referentes para el término pueden comprender un “conjunto borroso” (en este caso, literal y figurativamente). Sin embargo, a través del proceso de identificación ostensible, el mundo creado a través del lenguaje puede ser tratado, para todos los propósitos prácticos, como si poseyera una realidad independiente del lenguaje mismo. Del mismo modo, este proceso de definición ostensible proporciona la base principal para el uso práctico del lenguaje. Frases como “Tienes mermelada en tu nariz”, “Llegó tu cheque” o “Se está incendiando tu casa” tienen consecuencias importantes, principalmente por el tosco estado de cosas que simbolizan.

Con el fin de ser claros, se puede decir que aquellos descriptores lingüísticos que están vinculados al dominio de los observables inmediatos (para algunas personas en algún momento) se apoyan en *bases ostensibles directas*¹. Dichos términos se pueden contrastar con dos tipos de descriptores adicionales, el primero de especial importancia para gran parte de la investigación de las

1 El proceso por medio del cual las palabras se definen a través de las referencias a observables se encuentra extensamente descrito por Rommetveit (1968).

ciencias naturales; y el segundo, como veremos, de primordial importancia para la comprensión de la agresión. Aquellos descriptores que están sujetos a *bases ostensibles indirectas* ganan su legitimidad inmediata de sus vínculos con otros descriptores; sin embargo, este nivel secundario de descriptores en sí mismo está sujeto a *bases ostensibles directas*. Por consiguiente, el término “gravedad”, por ejemplo, no se refiere directamente a ningún evento o conjunto de eventos en particular. Sin embargo, el término está vinculado a conjuntos de descriptores que están, ellos mismos, sustentados ostensiblemente. Decir que “la bola cae a la tierra”, a través de la práctica común, puede vincularse a un conjunto borroso de eventos observables (generalmente, se puede obtener un amplio acuerdo sobre si la bola está o no cayendo al suelo). Decir que el movimiento de la bola es “el resultado de la fuerza gravitacional” es establecer un contexto lingüístico para el uso del término “gravedad”. Cuando por medio de una definición ostensible se permite a uno decir “la pelota está cayendo”, uno también ha garantizado hablar de la gravedad. Los descriptores que están sujetos a bases ostensibles indirectas pueden resultar problemáticos cuando las prácticas vinculativas comunes (desde el descriptor indirecto hasta el directo, o desde este último hasta el dominio de la experiencia) son muy flexibles o conflictivas. Sin embargo, si existe una negociación suficiente, debería ser posible, en principio, llegar a un acuerdo general sobre la posibilidad de que los descriptores indirectos se puedan desafiar o corregir mediante la observación. Si los objetos que se arrojan repentinamente comienzan a “ascender en el espacio”, la teoría común de la gravedad bien podría someterse a corrección.

Sin embargo, existe una tercera clase de descriptores que resultan más problemáticos por su carácter. La base de estos términos no se fundamenta en bases ostensibles directas ni indirectas, sino en funciones de equivalencia dentro del lenguaje mismo. Es decir, los términos descriptivos cobran legitimidad a través de referencias a otros signos lingüísticos. En efecto, están *basados lingüísticamente*. Esta fundamentación depende esencialmente de un sistema de funciones equivalentes, o de reglas que determinan las condiciones bajo las cuales los descriptores pueden usarse apropiadamente. Básicamente, las reglas indican un rango de palabras que, unidas, funcionarían como el equivalente del descriptor en cuestión. En el caso más elemental, estos signos pueden servir simplemente como sinónimos del descriptor. Consideremos, por ejemplo, el descriptor “obediente” en la frase “Ricardo es un hombre obediente”. Uno se vería en aprietos para localizar un conjunto de constituyentes espaciotemporales para el término “obediente”; simplemente, el término no obtiene su garantía de uso del arreglo o disposición particular de los músculos, el esqueleto, las neuronas, y demás. Presumiblemente, se puede definir a Ricardo como alguien obediente,

independientemente del desplazamiento de las extremidades, los músculos faciales, etcétera. Sin embargo, el término se vuelve inteligible porque se encuentra atado a otros signos del lenguaje a través de reglas de equivalencia. Si a uno le preguntan lo que quiere decir la frase: “Ricardo es un hombre obediente”, para muchos propósitos resultaría suficiente contestar que obedece órdenes, sigue reglas y evita hacer demostraciones de autonomía. Fundamentalmente, dichos términos son los equivalentes funcionales de la obediencia; si se pidiera un sinónimo para estos términos, la obediencia sería el principal candidato. El sistema de equivalencia es esencialmente cerrado en lo que concierne a las bases externas o del “mundo real”. De la misma manera, el término “cielo” gana legitimidad. A pesar de que el término en sí mismo no tiene coordenadas espaciotemporales de acceso común, las reglas omnipresentes de equivalencia nos habilitan para entenderlo como “la morada de Dios”. De modo similar, la última frase no tiene salida referencial hacia observables, pero se puede entender exitosamente que quien la usa está hablando acerca del “cielo”.

La tercera clase de descriptores basados lingüísticamente resulta tan problemática como esencial dentro de la vida social². Tales descriptores son problemáticos porque cargan consigo toda la fuerza pragmática de las clases precedentes, pero sin la misma garantía. Por ejemplo, en el caso del fundamento ostensivo, uno podría advertir: “Debes irte inmediatamente: el edificio se está incendiando”, y si no se tiene en cuenta la advertencia, las consecuencias pueden ser letales. Las consecuencias pragmáticas del mensaje son independientes del lenguaje mismo. Empleando la misma forma lingüística, uno puede advertir: “Debes abandonar inmediatamente este lugar o te irás al infierno”. Esta expresión puede cargar consigo la misma fuerza pragmática que la advertencia sobre el fuego. Sin embargo, difícilmente uno podría relacionar los viajes al infierno con un rango de observables. El término “infierno” es tratado como un equivalente ontológico del “fuego”. A pesar de que el último no es ni más ni menos “real” que el primero, el último término puede ser conectado a observables en una forma que, con frecuencia, tiene ventajas prácticas. El término “infierno” sólo puede fundamentarse en otro lenguaje. Esencialmente, ha tomado prestado su poder pragmático.

En general, se puede proponer que los efectos sociales (“perlocucionarios”, en términos de Austin) de los términos descriptivos se derivan, en gran parte, de

2 En otra parte (Gergen, 1982) he intentado demostrar que la mayoría de las descripciones de la acción humana están fundamentadas lingüísticamente, y no de manera empírica, y que, dado el carácter particular del proceso denotativo, difícilmente podría ser de otra manera.

la medida en que el sistema ontológico implicado por los descriptores se relaciona de manera práctica con los eventos en curso. Si el lenguaje se puede definir ostensiblemente, ya sea directa o indirectamente, dichas definiciones pueden proporcionar las bases para una acción informada y adaptativa. Los términos con fundamentos ostensibles directos e indirectos, por tanto, deben tener, pues, un poder considerable en los asuntos cotidianos. Sin embargo, expresiones como “Te vas a ir al infierno si no...” y “Ricardo se está sintiendo muy infeliz hoy” también pueden tener consecuencias sociales importantes, y no pueden estar basadas ostensiblemente. En cierta medida, el poder de los descriptores que se encuentran basados lingüísticamente se puede derivar de su similaridad formal con los descriptores ostensibles. Sin embargo, esta dependencia puede ser vista como parcial. No es que la amenaza del infierno haya perdido su fuerza en gran parte de la sociedad contemporánea debido a que lentamente la gente se haya dado cuenta de que su garantía sólo es lingüística. Más bien, gran parte de la fuerza pragmática de tales descriptores se deriva de las prácticas comunes de aprobación social. En muchos sectores de la sociedad, un hombre al que se le dice que su conducta lo llevará al infierno es lo suficientemente sensato como para cambiar su comportamiento, no por motivo de esta posibilidad particular, sino por la desaprobación social en la que de otra manera podría incurrir. En la cultura holandesa de Pensilvania, un hombre que se involucra en una actividad “pecaminosa” puede ser sistemáticamente rechazado por una comunidad entera; no se permite que nadie en la comunidad le hable o reconozca su existencia. Similarmente, si un amigo te dice que su madre acaba de morir y tú le anuncias que te sientes feliz al respecto, su consternación no será el resultado de una violación ontológica, sino social. La violación de las reglas sociales acerca de las expresiones emocionales puede conducir a la ruptura de una amistad. En efecto, los descriptores basados lingüísticamente frecuentemente pueden tener funciones sociales importantes, y su garantía e importancia en la cultura deben ser ubicadas apropiadamente en estas bases funcionales.

LA AGRESIÓN ENRAIZADA LINGÜÍSTICAMENTE

El discurso común sobre la agresión construye al mundo en los dos sentidos previamente descritos. Oraciones como “Los rusos son culpables de la agresión en Afganistán”, “La cultura norteamericana es muy agresiva”, “Los patrones de agresión humana son similares a los de varias comunidades animales” y “Existe una relación positiva entre la temperatura ambiental y la agresión” implican primero una ontología. De estas expresiones se sigue que dentro del inventario de las entidades que forman al mundo se encuentran incluidas varias formas del

comportamiento, una de las cuales es la agresión. En ciertos momentos, ciertas personas exhiben este comportamiento, que difiere en su carácter fundamental de otros comportamientos que no son agresivos. Dichas expresiones también poseen una variedad de implicaciones pragmáticas. Decir que los rusos o los norteamericanos exhiben conductas de agresión, por ejemplo, tiene implicaciones diferentes acerca de cómo deben ser tratados si bajo tales circunstancias su comportamiento fuera descrito como “autoprotector”, “enérgico” o “idealista”. Los intereses pragmáticos a los que sirve el uso científico del término agresión han sido explorados por Lubek (1979) en otro lugar.

Los usos del término agresión en las instancias anteriores podrían pasar desapercibidos si el término estuviera sujeto a bases ostensibles directas o indirectas. Si se obtuvieran dichas bases, decir que los americanos son gente agresiva tendría un estatus ontológico muy similar a decir: “No hay nieve en el monte Fuji”. Los reordenamientos espaciotemporales deberían ser posibles en ambas instancias. En el caso del monte Fuji, todos los observadores independientes deberían ser capaces de llegar a un acuerdo acerca de la existencia de la nieve; los documentos fotográficos también pueden emplearse, o se podrían realizar inferencias a partir de varios indicadores sobre la temperatura y las precipitaciones. Esto no busca presumir la existencia independiente de la nieve, pero es el caso que, por virtud de la observación, fácilmente se puede llegar a un amplio acuerdo acerca de la relevancia o adecuación del término nieve. Sin embargo, ¿cuáles son los modelos espaciotemporales para el término agresión?, ¿a qué velocidad debería moverse el cuerpo?, ¿en cuál ángulo debería extenderse el fémur izquierdo?, ¿qué ajustes deben ser realizados por los reflejos de estiramiento y a cuál tasa deben fluir los iones de sodio hacia las neuronas para que la acción sea considerada como una agresión? Parecería que todas estas preguntas carecen de respuesta, debido a que el término agresión no es uno de aquellos descriptores que se encuentran ligados ostensiblemente a eventos en curso.

Si el término agresión no hace referencia a un rango de particulares espaciotemporales, entonces, ¿a qué se refiere? Tal vez, la respuesta más adecuada a esta pregunta la proporcionan aquellos que han invertido profundamente en el desarrollo de indicadores comportamentales de la agresión, a saber, los científicos comportamentales. Resulta interesante que este asunto haya estado repleto de conflictos desde que comenzó el estudio concertado sobre la agresión en los años 30. En su tratado pionero, Dollard, Doob, Miller, Mowrer y Sears (1939) definieron la agresión como “un acto cuya respuesta-meta es causar daño a un organismo” (p. 11). Sin embargo, a pesar de que se forjó dentro del marco comportamental, los investigadores vieron pronto que, de hecho, esta definición no era comportamental. Es decir, su referencia última

era la “respuesta-meta”, un constructo interno o psicológico usado para marcar la direccionalidad del comportamiento. Para corregir este estado de cosas, Buss (1961) propuso más tarde definir la agresión como “una respuesta que envía estímulos nocivos a otro organismo” (p. 1). Sin embargo, esta definición fue muy controvertida (Cfr. Bandura y Walters, 1963; Feshbach, 1964; Kaufmann, 1970), en gran medida, porque no prestó atención al motivo del actor. Como se argumentó, la definición de Buss permitía que las acciones de un cirujano o un odontólogo fueran llamadas agresivas, de la misma forma que cualquier acto accidental cuyo resultado fuera el dolor o la muerte de otra persona. A la luz de estas críticas, Buss alteró posteriormente su definición: “El intento de propinar estímulos nocivos, sin importar que se tenga éxito” (1971, p. 10). Sin embargo, el término “intento” reinstauró el referente psicológico de la agresión. En una forma u otra, la instigación psicológica de la agresión ha servido como el locus crítico de la definición en casi todos los tratamientos posteriores del tema (Cfr. Berkowitz, 1962; Baron, 1977)³. Incluso, en la extensa (44 páginas) y altamente comportamental exposición de Zillmann (1979) acerca del concepto de agresión, se concluye que el término hace referencia a “toda actividad por medio de la cual una persona *busca* infligir daño corporal o dolor físico...” (p. 33, énfasis nuestro). “Buscar” es, después de todo, un estado intencional, más que una actividad sujeta a observación pública.

Aunque algunas veces resulta vergonzoso, el hecho de que la agresión como constructo teórico generalmente haga referencia a un dominio interno o hipotético no ha sido letal para la labor investigativa. Frecuentemente, este hecho simplemente se ignora, y la investigación prosigue, sólo como si el término hiciera referencia a una serie de eventos observables en la naturaleza. Se dice que diversos comportamientos, como propinar golpes a otra persona o pegarle a una muñeca de plástico, son agresivos y no se realiza ningún esfuerzo por explicar o examinar la base motivacional subyacente de los participantes en la investigación. Sin embargo, ciertos investigadores han intentado seguir siendo consistentes con los presupuestos definitorios. En estos casos, generalmente se anticipa que el término agresión tiene bases *indirectas* en observables. Como se dijo, la agresión es un constructo hipotético y, a pesar de que dichos constructos no están sujetos a

3 Una importante excepción es Bandura (1973), quien define la agresión como “comportamiento que conduce a perjuicios personales y a la destrucción de la propiedad” (p. 4). Sin embargo, en el intento de evitar el tipo de ataques dirigidos hacia los primeros trabajos de Buss, Bandura añade la promesa de que el “juicio social” debe determinar cuáles actos deben ser categorizados como agresión. Esta última condición crea tantos problemas como los que soluciona, puesto que cada acto puede estar sujeto a una miríada de interpretaciones y, por tanto, lo que cuenta como “investigación sobre la agresión” cae víctima de los gustos definitorios que prevalezcan.

observación directa, uno puede desarrollar indicadores confiables de su presencia o ausencia. Por ejemplo, cuando un individuo verbaliza sus motivos (por ejemplo, “Sí, yo traté de matarlo”), cuando la acción está acompañada de una reflexión previa o cuando las medidas fisiológicas indican un estado de activación elevado, entonces se puede argumentar con más justificación que el comportamiento en cuestión es agresión y no algo distinto (por ejemplo, altruismo, culto religioso). En efecto, el término agresión no se refiere directamente a estas medidas, pero su definición está, en parte, vinculada a observables (por ejemplo, la agresión es aquello que se indica mediante una declaración de intención, activación fisiológica, y así sucesivamente, cuyas declaraciones entonces están vinculadas a observables).

Pero examinemos más de cerca este recurso al argumento sobre la fundamentación ostensible indirecta: ¿poseen los científicos comportamentales de esta opinión una analogía apropiada que se corresponda con las ciencias físicas, de modo que el término agresión funcione de manera similar a términos como la gravedad, los átomos y la fuerza magnética? No parecería ser así. Esta discusión se aclara cuando uno intenta especificar el dominio de observables al que se refieren los indicadores indirectos. Por ejemplo, ¿cuál es el anclaje ostensible de una declaración de intención? A primera vista, parecería que una “declaración de intención” se refiere sólo a eso, las expresiones observables de un individuo. ¿Pero lo hace? Si dichas expresiones se grabaran con un espectrógrafo de sonidos y los resultados de esta instrumentación fueran comparados con otras expresiones producidas por el individuo, ¿sería posible diferenciar entre expresiones que indican la intención de agredir, por oposición a otros estados o intenciones? Claramente, la respuesta es negativa. Una declaración sobre la intención de hacer daño, en términos de sus propiedades de sonido, será similar a los otros muchos sonidos emitidos por el individuo. Similarmente, si la declaración “Intenté matarlo” fuera analizada en términos de sus propiedades fonemáticas, orden silábico o gramaticalidad, uno difícilmente podría identificar si la declaración era un indicador de una intención agresiva o de otra cosa. Todo esto es para decir que no es a las propiedades físicas de la expresión “Intenté matarlo” a las que se refiere la frase descriptiva “declaración de intención”. El hablante podría hacer públicas dichas palabras en un grito o en un murmullo, en caligrafía o en cursivas, en hebreo o en sánscrito, en jerga o en una forma gramatical apropiada, y aun así, no habría ninguna diferencia en cuanto al juicio sobre la intención.

Entonces, ¿a qué se refiere este último rango de descriptores, como la declaración de intención? Si dichos descriptores no se fundamentan ostensiblemente

en sí mismos, entonces, ¿cuáles son sus referentes? Como se supone rápidamente, dichos descriptores tienen un fuerte parecido familiar con el término agresión. Es decir, parecen tener anclajes ostensibles, pero esta apariencia es un producto engañoso de la tendencia a conferir un estatus óptico al mundo que implican las palabras. Cuando el velo de la objetivación se rasga, encontramos nuevamente que dichos descriptores se refieren a otros estados psicológicos. Es decir, uno no está, después de todo, interesado en las propiedades físicas de dichos descriptores, sino en el significado, motivo e intención subyacentes, y similares. Uno no está interesado en las propiedades físicas de la expresión “quería...” sino en la *intención* del hablante al decir estas palabras, por ejemplo, si estaba “intentando” dar una imagen precisa de un estado intencional, empleando argucias, hablando en medio del estupor de un trance, o casos similares. En la misma forma, no son las declaraciones del individuo acerca de su hostilidad o los indicadores de activación fisiológica los que son de importancia última a la hora de determinar si una acción fue agresiva, sino, más bien, lo que estos indicadores plantean acerca de las condiciones psicológicas bajo las cuales se produjeron. Una declaración de hostilidad puede, después de todo, ser usada para engañar y un mentiroso hábil puede controlar su estado de activación fisiológica, incluso cuando se le expone a un detector de mentiras.

Uno puede buscar la posibilidad de desarrollar medidas que puedan definir ostensiblemente las medidas de estos estados particulares. Sin embargo, cuando se implementa este procedimiento, pronto se evidencia que uno ha entrado en una regresión infinita, en la cual cada indicador de un estado psicológico (por ejemplo, significado, intención, sistema conceptual, motivo, etcétera) en sí mismo se define en términos de otros estados psicológicos. Para interpretar el significado detrás de la declaración “Intenté...” se requeriría interpretar el estado psicológico necesario para producir el resultado comportamental. En términos de las distinciones desarrolladas anteriormente, esto significa que todas las declaraciones acerca de la agresión, junto con un amplio rango de descriptores de otras personas, no están directa ni indirectamente fundamentadas en observables. Más bien, están fundamentadas lingüísticamente; su definición se agota en el inventario de los contextos lingüísticos en los cuales se encuentran inmersas.

EL DESEMPAQUE ESTRUCTURAL (O ANÁLISIS ESTRUCTURAL DETALLADO) DEL DISCURSO DE LA AGRESIÓN

¿Qué indica el análisis precedente para el estudio de la agresión? Primero, parece claro que el concepto de agresión debería ser “desontologizado”; es decir, se debe descartar el supuesto de que el término mantiene una relación

referencial con un arreglo o disposición de eventos espaciotemporales. En este caso, uno también encuentra razones para cuestionar la función de lo que se ha entendido como investigación empírica sobre la génesis de las condiciones que dan lugar a las bases psicológicas de los *inputs* fisiológicos, o las consecuencias comportamentales de la agresión. Dada la falta de eventos mundanos a los que deba dirigirse dicho estudio, ¿cómo han de considerarse los resultados de dicho trabajo? Al mismo tiempo, el análisis presente señala al menos dos líneas de investigación alternativa que resultan propicias. La primera se encuentra estrechamente relacionada con la discusión anterior acerca de los aspectos pragmáticos del lenguaje. Como hemos visto, el lenguaje es un implemento importante para alterar o sostener los patrones sociales; cuando hace parte de un discurso en curso, el término agresión frecuentemente puede ser un instrumento potente de influencia o control. Se invita a investigar, entonces, los aspectos pragmáticos del lenguaje de la agresión. ¿Cómo se debe obtener esta construcción particular de las personas en la esfera social y con cuáles efectos?, ¿de dónde se deriva su poder en el intercambio social? En otras contribuciones de este volumen se han tratado estos temas. Por ejemplo, Mummendey, Linneweber y Löscher (en este volumen) describen los factores sociales que se tienen en cuenta al negociar si un acto debe ser considerado agresivo. Y Ferguson y Rule (en este volumen) y Tedeschi (en este volumen) exploran varias consideraciones normativas que pueden influir para que un acto sea categorizado como agresivo⁴.

La segunda gran dirección de exploración sugerida en el presente análisis está en lo que debería llamarse gramática de la agresión, es decir, las reglas o convenciones que rigen el discurso común acerca de la agresión. Como lo sugerimos, la agresión es esencialmente un signo en el sistema del lenguaje. Por tanto, las restricciones sobre lo que se debe decir acerca de la agresión no residen en el dominio de la observación, sino en el sistema de convenciones para hablar acerca de ella. Con dificultad, podríamos decir de la agresión que va hacia atrás, o que se desplaza en círculos, que está influenciada por espíritus o que es una forma de compulsión. En términos de Austin (1962a), dichas expresiones violan las “condiciones de felicidad” comunes para hablar de la agresión. Sin embargo, en la mayoría de contextos sociales podemos decir

4 Véase también la discusión de Rommetveit (1979) acerca de los “metacontratos” entre los participantes para determinar el significado, junto con la investigación de Blakar (1979) acerca del lenguaje como medio para alcanzar poder social, y el análisis de Pearce y Cronen (1980) acerca del manejo social del significado. El trabajo de Garfinkel (1967) y de otros en la tradición etnometodológica (Cfr. Psathas, 1979) también guarda relación.

que las tendencias agresivas varían en intensidad, que la gente frecuentemente se agrede porque está frustrada o que algunas culturas son más agresivas que otras. Ninguno de estos pronunciamientos se justifica en virtud de la observación común; dichas justificaciones están inmersas en las convenciones comunes del uso del lenguaje. Esto indica que los límites de lo que la ciencia puede “descubrir” acerca de la agresión como “un fenómeno”, en su mayor parte, ya se encuentran alojados en las convenciones comunes del discurso. Elucidar estas convenciones es comenzar a aprehender los límites de lo que la ciencia puede generar como “conocimiento sobre la agresión”. El estudio de estas convenciones también tiene funciones emancipatorias, puesto que ganar conocimiento sobre las bases convencionales de la verdad aceptada es eliminar la dependencia respecto a dichas convenciones e invitar al desarrollo creativo de alternativas.

Prestaremos nuestra mayor atención al último de estos programas de investigación. Posteriormente, trataremos las implicaciones de este análisis para la pragmática de la agresión. En este punto, el esfuerzo central es poner al descubierto ciertos supuestos que están inmersos en el discurso común acerca de la agresión. Necesariamente, este análisis debe proceder con cuidado, puesto que actualmente no existen técnicas disponibles que gocen de aceptación común y hayan sido bien afinadas para este propósito. El presente análisis se beneficia de una variedad de investigaciones previas. Dentro de la filosofía del lenguaje ordinario, las disquisiciones acerca del lenguaje de la mente (Ryle, 1949), la motivación (Peters, 1958), los datos sensoriales (Austin, 1962b), la emoción (Kenny, 1963), y similares, suministran demostraciones potentes acerca de la relevancia de la clarificación contextual para la investigación filosófica. Como lo han demostrado Shotter y Burton (1983), también existe dentro de la formulación de Heider (1958) acerca de una psicología ingenua una gramática implícita de la rendición de cuentas acerca de las acciones, que suministra una lógica rudimentaria subyacente a las explicaciones del comportamiento humano en general. Más recientemente, Smedslund (1978, 1980) diseñó una serie de definiciones axiomáticas de la acción humana, de las cuales se puede derivar un número indefinido de proposiciones teóricas. Como lo argumenta Smedslund, una vez que se aceptan las definiciones iniciales, dichas proposiciones no están sujetas a evaluación empírica, incluso cuando son tratadas como empíricas por el establecimiento científico. Más aún, Ossorio (1978) ha intentado suministrar ambiciosamente un conjunto de dimensiones fundamentales, requeridas por las prácticas lingüísticas para distinguir las acciones humanas unas de otras. De ayuda adicional resultan los intentos de Ossorio (1981) y Davis y Todd (1982) de desarrollar un método

de *caso paradigmático* para determinar el conjunto de criterios del lenguaje ordinario relevante para el uso de un concepto dado⁵.

El método desarrollado para la presente evaluación puede llamarse *desempaque estructural*. Esencialmente, es una interpretación formal de las convenciones lingüísticas necesarias o esenciales para el uso de un término descriptivo. En este caso particular, la tarea es especificar las condiciones lingüísticas que comúnmente se aplican al uso del signo agresión. Es convertir en una estructura formal lo que comúnmente se toma por discurso inteligente acerca de la agresión. Hablar del resultado como estructura no es vincular el análisis presente con el tipo de investigaciones estructuralistas llevadas a cabo por Levi-Strauss, Lacan y otros dentro de la tradición estructuralista francesa. En la mayoría de aspectos, la razón fundamental básica de la presente empresa entra en discusión con las inclinaciones universalistas inherentes a muchos escritos estructuralistas. Más bien, en el caso presente, el término estructura es usado para informar sobre el carácter dominante de muchas convenciones actuales. Es entender desde un marco único lo que esencialmente son patrones de discursos en evolución.

El proceso de desempaque estructural avanza a través del planteamiento de preguntas de criterio acerca del uso del descriptor en cuestión. Cada pregunta busca determinar los criterios que habilitarían al usuario corriente del lenguaje para distinguir entre el uso apropiado del descriptor en cuestión, por oposición a un rango de términos alternativos. Para considerar el desempaque estructural del término manzana, una pregunta de criterio acerca del color habilitaría a la mayoría de las personas a elegir entre la manzana y un amplio rango de competidores. Similarmente, la pregunta de criterio sobre “comestibilidad” le permitiría a uno distinguir si resulta apropiado usar el término manzana, por oposición a una amplia variedad de alternativas (por ejemplo, aviones, sombreros, piedras). A medida que se plantean preguntas de criterio adicionales, las condiciones bajo las que es posible llamar manzana a un objeto disminuyen progresivamente. A medida que se añaden los criterios de color, forma, tamaño, sabor, y así sucesivamente, uno gana una claridad creciente sobre las condiciones lingüísticas bajo las cuales resulta apropiado emplear el término manzana, y no otro.

5 Un trabajo fundacional de gran relevancia para la presente tarea también se encuentra representado en las contribuciones de Burke (1945), Mills (1940) y Scott y Lyman (1968). Y, por supuesto, las investigaciones de Wittgenstein (1980) sobre la filosofía de la psicología deben considerarse como fundamentales para todo lo anterior.

Como debe ser evidente, esta forma de análisis deja cierto grado de libertad para el investigador, en tanto que no existen reglas definitivas sobre el tipo de preguntas de criterio que se pueden plantear. Por tanto, el investigador es empujado hacia su propia familiaridad con el lenguaje o debe consultar a otros usuarios del lenguaje. Más aún, dichos análisis pueden ser vistos como aproximándose a (más que alcanzando) una finalización a través del tiempo. No existen medios obvios para determinar el momento en que se han planteado todas las preguntas posibles, y, dada la evolución continua del uso del lenguaje, también se puede suponer que, con el tiempo, los diversos criterios pueden volverse apropiados (por ejemplo, el criterio “ciudad”, en la actualidad, incluiría la “Gran Manzana”). Finalmente, muchos descriptores son esencialmente polisémicos, es decir, están inmersos dentro de diversas estructuras. Por ejemplo, el descriptor “fresco” se emplea en al menos dos contextos lingüísticos bastante distintos. Las preguntas de criterio deben ser sensibles a tal diferenciación estructural⁶.

Con este bosquejo en mente, podemos proceder a realizar un desempaque estructural de la agresión. A pesar de que existen diferentes estructuras en las que se presenta este descriptor, limitémonos aquí a la estructura que parece estar implícita en la mayor parte de las investigaciones psicológicas, en gran parte de la formulación de políticas y en muchos contextos de la vida diaria. Como criterio inicial, parece claro que el término es usado como descriptor primariamente cuando se habla acerca de seres *animados*, por oposición a *inanimados*. Es decir, el criterio de animación separa la agresión de un gran número de descriptores. Por tanto, no podemos hablar (sólo metafóricamente) de la mesa o del reloj como agrediendo; podemos hablar de agresión en los humanos, los primates, los insectos, e incluso en el reino vegetal. A pesar de que este criterio puede parecer de escasa importancia para un dispositivo de corte inicial, existen dos implicaciones notables. Primero, en el proceso de desempaque estructural se encuentra implícita la posibilidad última de desarrollar una taxonomía de la estructura. De forma similar a la elucidación de Levi-Strauss de la estructura a través del principio de homología, al separar términos de acuerdo con criterios de amplias consecuencias, se pueden visualizar parecidos familiares entre los descriptores y clarificar equivalencias funcionales o pragmáticas. Por consiguiente, por ejemplo, el término *agresión* comparte ciertas características con términos como *amor* y *respeto*; esta clase de descriptores se encuentra esencialmente reservada para los seres animados.

6 Véase Rommetveit (1979) para una discusión de las contextualizaciones diferenciales de palabras individuales.

Más aún, este criterio inicial reconoce y amplía apropiadamente la distinción entre la acción y el comportamiento, desarrollada dentro de la filosofía de las ciencias sociales (Cfr. Taylor, 1964). Como se argumenta en este campo, las descripciones de la acción humana necesariamente asumen ciertos presupuestos que conciernen a los seres humanos, pero no a los objetos inanimados. Aquellos descriptores usados en las ciencias naturales son, pues, extendidos inapropiada y engañosamente a la acción humana. No se puede encontrar sentido en las acciones humanas, como lo creen los conductistas, empleando un lenguaje reducible a la física. Sin embargo, como lo sugiere el presente análisis, la distinción necesaria entre los descriptores debe ser la de animado vs. inanimado, y no humano vs. no humano. Gran parte del lenguaje para la descripción de las personas es igualmente aplicable a otros seres animales.

Como segundo criterio de orientación, parece claro que el término *agresión* cae dentro de una clase de términos usados en el discurso sobre la actividad *interdependiente*, por oposición a la *independiente*. Es decir, las convenciones contemporáneas generalmente impiden que uno emplee el término *agresión* para comunicar algo acerca de la conducta de un solo individuo. Simplemente, uno no puede agredir a menos que exista un blanco de sus acciones. A este respecto, la *agresión* es estructuralmente similar a términos como *bailar, cooperar, ayudar o mandar*. El descriptor es funcionalmente diferente de términos como *cantar, pintar o hacer ejercicio*, cada uno de los cuales puede ser aplicado a las actividades de un ser animado único. Como lo indica esta distinción, la garantía de usar la *agresión* como descriptor puede depender de la caracterización, por lo menos, de dos actores. Las restricciones sobre el uso del término se pueden rastrear hasta el actor y el receptor.

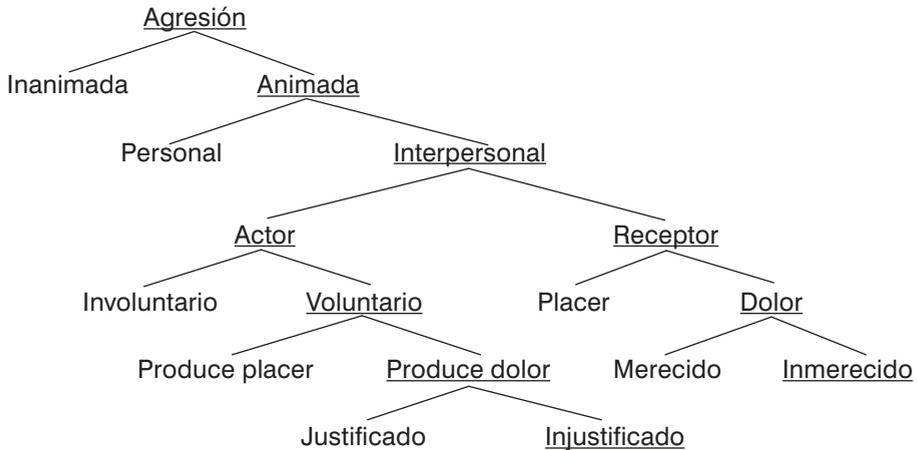
Dada esta bifurcación, consideremos el caso más simple, el del receptor o víctima potencial. ¿Cuál debe ser el caso al hablar de la víctima de la acción si el actor ha de llamarse agresivo? Parece que existen dos requisitos principales. Primero, el receptor debe recibir *dolor*, por oposición a *placer*, de la conducta del actor. Si se dijera del receptor que, a pesar de que parece sufrir, secretamente disfruta la conducta del actor, parecería inapropiado hablar del comportamiento como *agresión* (puede, por ejemplo, ser visto como sadomasoquista). Segundo, el dolor del receptor debe entenderse *como no merecido* (injusto, inapropiado), por oposición a *merecido* (justo, apropiado). Si el comportamiento del actor causa dolor y el receptor lo merece, no llamaríamos *agresión* a la acción. Más bien, sería más apropiado usar términos como castigo, retaliación, autodefensa, acción correctiva, entrenamiento moral, educación, o similares. El uso del descriptor *agresión* puede requerir caracterizaciones adicionales del receptor,

pero para los propósitos presentes, podemos considerar estos criterios como orientadores y básicos.

Al observar al actor (el agresor potencial), son visibles tres condiciones esenciales. Primero, debe decirse del acto que fue *intencional*, por oposición a no intencional. Uno no puede hablar de un acto agresivo no intencional. Si un cazador cree que está disparando a un oso y cae un colega, no se diría del acto que es agresivo. Sin embargo, si de la misma acción se dijera que el cazador intentó asesinar a su compañero, sería bastante apropiado decir que la acción fue una agresión. Segundo, el propósito de la intención debe ser causar *sufrimiento* o daño a otro (u otros), por oposición a *placer*. Por tanto, si el agente dice que sus críticas cáusticas tenían la intención de ayudar al receptor a corregir sus comportamientos miserables y encontrar la felicidad una vez más, no podría decirse apropiadamente que lo agredió; más bien, se podría decir que estaba enseñando una amarga lección o tomando el futuro en sus manos. Y, finalmente, debe decirse que la conducta del actor es *injusta* o inapropiada, por oposición a *justa* o apropiada. A pesar de que se puede decir de un verdugo que intenta causar sufrimiento a otro, típicamente no se dice que su conducta sea agresiva. Más bien, está cumpliendo con su deber, sirviendo al público o ayudando a administrar justicia. Si el mismo individuo cuelga a alguien más, que no es considerado como villano por la sociedad, sus acciones pueden ser llamadas cruelmente agresivas.

Hasta ahora se ha propuesto una serie de siete criterios, cada uno de los cuales parece específico con respecto al discurso de la agresión. Estos siete criterios han sido recogidos en la figura 1. Como se propuso, casi todos estos criterios deben ser explícitos o implícitos cuando uno habla de un acto como agresivo. Llamemos *núcleo estructural* a este arreglo de criterios. Su propiedad nucleica se deriva del hecho de que, al menos en el caso ideal, casi todas las propiedades indicadas, y no sólo estas propiedades, deben ser asumidas. Para definir la agresión, el conjunto está completo y es autónomo en sí mismo (un análisis más profundo seguramente revelaría adiciones necesarias al núcleo, pero para los propósitos del presente análisis, estos siete criterios resultan suficientes). Se debería hacer notar también que los términos del núcleo son esencialmente redundantes. Es decir, una vez que una acción ha sido llamada agresiva, todos los rasgos constitutivos del núcleo pueden ser empleados acertadamente al hablar del actor y el receptor. O, una vez que el actor y el receptor han sido descritos en estos términos, llamar a la acción agresiva no añade ninguna información nueva.

Figura 1. Núcleo estructural de la agresión



Sin embargo, mientras que el núcleo estructural dispone las condiciones de garantía para el término agresión, el esquema debe expandirse en una forma esencial. El predicado de agresión puede figurar en muchos relatos de la acción en los que no ocurren los equivalentes definitorios. Propiamente, se puede decir que, por ejemplo, “El hombre estaba furioso y, por tanto, agresivo”, mientras que “él estaba feliz y, por tanto, agresivo” limita con el sinsentido cultural. Usar el término “furioso” en el contexto precedente es incrementar la probabilidad de describir la acción como agresiva, mientras que el término “felicidad” inhibe la imputación. Sin embargo, ni la rabia ni la felicidad son elementos constituyentes del núcleo estructural. Así mismo, si se dijera que “María criticó a su amiga Marta”, uno estaría menos inclinado a ver este criticismo como una agresión que si se dijera que Marta es enemiga de María. En efecto, la probabilidad de emplear el término agresión depende no sólo de su ubicación dentro del contexto de su núcleo definitorio, sino también de los atributos adicionales del contexto lingüístico. La tarea que ahora nos confronta es la de explicar estos últimos efectos en términos del análisis estructural aquí propuesto.

Para responder a esta pregunta, volvamos a examinar la relación entre el *término primario* en el núcleo “agresión” y los *términos secundarios* en los cuales se basa para su definición. Esta relación es de uno a varios, en el sentido de que el signo primario requiere de un conjunto mayor que uno para lograr paridad o identidad. Por tanto, los términos secundarios plantean el significado

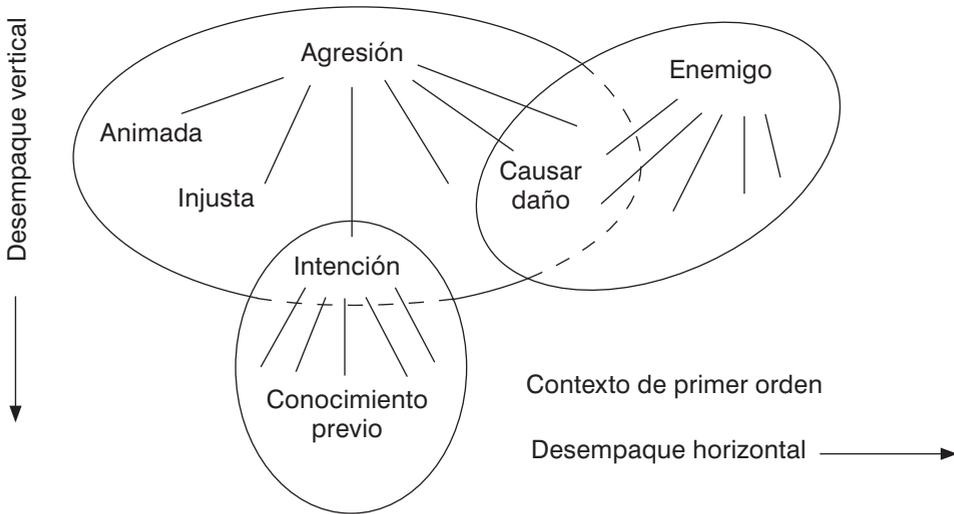
“agresión” sólo cuando son empleados como un grupo. Sin embargo, esto deja abierta la definición o significado de los signos secundarios en aislamiento. Como rápidamente se puede ver, el significado de estos términos también está sujeto al desempaque estructural. Es decir, cada uno de los términos individuales que comprenden los signos secundarios en el análisis precedente puede ser visto como un predicado primario dentro de un núcleo estructural separado. La “intención”, el “daño”, la “justicia”, la “animación”, y demás, se someten al mismo procedimiento de desempaque que el término agresión. Cada uno posee equivalencias secundarias que sirven para definir o establecer una garantía sobre su uso. La exposición de esta relación entre los términos primarios y secundarios, los últimos de los cuales se encuentran en una relación primaria a secundaria con más términos aún, y así sucesivamente, puede ser vista como *desempaque vertical*.

El principal signo en cuestión (es decir, la agresión) es presentado como el vértice de una red y está acompañado de un orden descendente de núcleos estructurales relacionados.

El desempaque vertical puede contrastarse con el proceso de *desempaque horizontal*. En este caso, la atención se vuelca hacia el hecho de que cada signo secundario en los núcleos iniciales también puede presentarse como signo secundario en el rango de otros núcleos. Y así, por ejemplo, el término injusto, que contribuye parcialmente a lo que se significa el término agresión, también es un signo secundario en una variedad de núcleos distintos. Si se dijera de una persona que “paga menos de lo debido a sus empleados”, la descripción “paga menos de lo debido” sería definida parcialmente por el término secundario injusto. Similarmente, descriptores como hacer trampa, explotar y oprimir contendrían indudablemente al término injusto como parte de la comitiva secundaria. De esta línea de razonamiento se sigue que cada núcleo estructural posee nexos basados convencionalmente que se traslapan con una gama de núcleos, tanto en la dimensión horizontal como en la vertical, y aun con otras más. En efecto, cada núcleo estructural es un constituyente de un complejo interrelacionado (y que se extiende indefinidamente).

En la figura 2 se presenta una esquematización parcialmente desplegada del contexto lingüístico más amplio del signo de la agresión. Para los propósitos presentes, enfoquemos nuestra atención en la relación que existe entre el núcleo de la agresión y varias estructuras con las que se encuentra inmediatamente relacionado. Podemos llamar a los núcleos que están inmediatamente atados, dentro de los planos tanto horizontal como vertical, núcleos del *contexto de*

Figura 2. Constituyentes del núcleo de la agresión como incrustado en otros núcleos



primer orden, ya que los términos secundarios del núcleo estructural en cuestión son definidos o presentados por o dentro de estos núcleos. Ahora, si el término agresión se hace más o menos probable, dependiendo de si los signos secundarios dentro de su propio núcleo son empleados en un relato descriptivo, entonces el uso de estos signos secundarios puede ser regido apropiadamente por la ocurrencia de varios términos dentro del contexto de primer orden. Como ilustración, en la dimensión vertical, un criterio crítico sobre si un individuo posee la intención de actuar es que haya *previsto* los resultados. Si se dice que una persona no sabía que sus acciones tenían un efecto particular, no es posible decir apropiadamente que el efecto fue intencional. Por tanto, decir que un individuo no tenía conocimiento previo afecta indirectamente la garantía de llamar a la persona agresiva. Para movernos ahora en la dirección horizontal, se dijo que la agresión fue parcialmente definida por el criterio de causar daño. Sin embargo, dentro del contexto de primer orden, encontramos que el signo “causar daño” también se presenta como signo secundario de otros núcleos. Por ejemplo, la definición de “enemigo” indudablemente incluiría, como criterio definitorio, causar daño, y no beneficio; en contraste, ser un amigo es, por definición, ser alguien a quien se brindan beneficios, en vez de daños. Dados estos vínculos, se vuelve más apropiado decir que las críticas de un enemigo son agresivas, mientras que las de un amigo no lo son.

Como podemos concluir, ya sea que uno tenga o no permiso de hablar de un individuo o grupo como agresivos, no depende de las características físicas de la acción en cuestión, sino del contexto lingüístico en el que el término se encuentra inmerso. Este contexto no sólo está compuesto de los predicados secundarios (por ejemplo, intención, causar daño, injusticia) que definen la agresión a través de estándares convencionales, sino también del contexto en el que estos predicados se encuentran inmersos. Por tanto, cuando un individuo utiliza términos en el contexto más amplio (horizontal o vertical), dichos términos influyen en la posibilidad de que uno hable con sentido en los términos del contexto primario. Si los términos descriptivos en el contexto tienen menos poder de garantía que los constituyentes del núcleo mismo, o si aquellos en la dimensión vertical tienen más poder que aquellos en el horizontal, son preguntas interesantes para futuras investigaciones. El propósito principal de este tratamiento ha sido proporcionar una explicación analítica de los fundamentos lingüísticos de los descriptores de la persona, en general, y de la agresión, en particular.

SOBRE LA NEGOCIACIÓN DE LA AGRESIÓN

Se trazó una distinción inicial entre dos formas en las que el lenguaje crea la realidad, la primera mediante objetivación y la segunda mediante el uso pragmático. A pesar de que están separados analíticamente, estos modos de construcción del mundo se encuentran estrechamente relacionados. La habilidad que uno tenga para lograr efectos sociales depende de la estructura de las objetivaciones, y esta estructura se realiza sólo dentro de los nexos del encuentro pragmático. A la primera de estas dependencias, la pragmática de las estructuras, debemos volver finalmente, no sólo porque evita que el análisis previo se convierta en un árido formalismo, sino porque el foco principal de este volumen se centra en la agresión como proceso social. Desde el análisis presente, parece claro que prácticamente todos los patrones sociales resultan vulnerables a la imputación de agresión; así mismo, prácticamente cualquier otro predicado dentro del vocabulario de la descripción de la persona puede ser usado para rendir cuentas sobre lo que sucede. Como se argumentó, el descriptor seleccionado prácticamente no nos dice nada acerca de los rasgos de los movimientos en curso; de ninguna manera refleja el estado de la naturaleza. Más bien, la selección de los descriptores puede verse principalmente como un performativo, o un signo dentro de una secuencia social flexible pero parcialmente estructurada. A la manera de Putnam (1978) o Habermas (1971), uno podría desear argumentar que la descripción de la persona resulta intrínsecamente de “interés relevante” a este respecto. Sin embargo, hablar de intereses, diseños o intenciones subyacentes a la selección de términos descriptivos es entrar nuevamente en el laberinto estructural.

En vez de ser arrastrados hacia conjeturas triviales acerca del propósito, el interés o la intención, parece más fructífero echar un vistazo al tipo de estructuras retóricas en las que el término agresión figura más frecuentemente. Es decir, podemos preguntar qué se seguiría “lógicamente” (en términos de la maneras convencionales de obtener sentido) si se dice de un individuo o grupo que es agresivo. ¿Qué más se permite que uno diga o haga?⁷ A pesar de que existen varias posibilidades, por lo menos una de las secuencias que más comúnmente se emplean conduce al castigo. Como hemos visto, según su definición común, la agresión es un acto injusto. Y dentro de las convenciones del lenguaje común, los actos injustos merecen una retaliación. Se puede hacer un bien castigando al agente. Por tanto, la atribución de agresión comúnmente le proporciona a uno el derecho, sino el deber, de hacer daño al actor. Y puesto que estos actos recíprocos logran justicia, no se sujetan con facilidad a la imputación de agresión. De modo general, entonces, llamar a un acto agresivo es generar un derecho de control o castigo al agente, de una manera que no está sujeta en sí misma a retaliación.

Dado el intento de atribuir agresión a una persona o grupo, los resultados del proceso de desempaque estructural demuestran ser muy informativos. Dichos resultados primero lo informan a uno de los rangos de signos lingüísticos que se deben invocar si la imputación ha de ser justificada o sostenida. Si uno ha de explicar por qué una acción debe distinguirse como agresión, por oposición a una multitud de competidores, el desempaque estructural especifica la manera en que esto debe hacerse. Primero, se puede anticipar que el adversario obtendrá el núcleo definitorio del rango de constituyentes secundarios. Por ejemplo, alguien que intente demostrar el modo en que la presencia rusa en Afganistán es un acto de agresión puede desear argumentar que los actos de violencia fueron perpetrados en contra de la gente (trayendo perjuicios), dichos ataques fueron planeados (intención), los rusos carecían del derecho legal o moral de invadir (injusticia), y así sucesivamente. A pesar de que en principio podría parecer que esta variedad de elaboraciones suministra una garantía de hecho para llamar a los rusos agresivos, un análisis más sensato revela que, para los propósitos de la imputación, esta elaboración no añade ninguna información nueva. Es decir, una vez que el acto ha sido llamado agresivo, todos los componentes son válidos, por definición. Decir que el acto es agresivo *porque* trae perjuicios, es intencional, y así sucesivamente, es decir, en esencia, que el acto es agresivo porque es agresivo. O,

7 No es entonces, como lo proponen Grice (1957) y Searle (1970), que la meta fundamental del oyente sea determinar la *intención* de quien habla, para poder entender una frase. Más bien, como se indicó aquí, la tarea que enfrenta el oyente es evaluar las *consecuencias de la acción* (incluida la lingüística) que resultarían si se aceptara la frase.

en términos del análisis literario, las afirmaciones acerca de intención, injusticia, y así sucesivamente, sirven como tropos o sustitutos figurativos de la agresión.

En la medida en que el análisis anterior también lo hace claro, el intento de justificar o sostener la imputación de agresión no se limitará a emplear solamente los términos del núcleo estructural. Más bien, el adversario también puede obtener útilmente predicados del contexto de primer orden, tanto horizontal como vertical. Por ejemplo, uno puede usar el contexto vertical al tratar de demostrar la validez de la intención (en el núcleo primario) al sostener que los rusos sabían anticipadamente que sería necesario derramar sangre. En este caso, el adversario esencialmente estaría citando un componente definitorio (poseer conocimiento) que contribuye a la definición de lo que significa tener una intención. O, para usar el contexto horizontal, uno puede argumentar que los rusos no eran amigos tradicionales de los afganos o decidieron invadir al país unilateralmente. El primer uso del término “no amigos” brinda una garantía convencional al criterio “hacer daño” en el núcleo primario; hablar de “invasión” es incrementar la garantía de “injusto” en el núcleo primario, mientras que invadir es, dentro un núcleo definitorio particular, un acto injusto. De nuevo, vemos que el recurso a términos del contexto de primer orden no añade información esencial a la imputación. Todos estos términos son redundantes respecto a la imputación de agresión. La justificación es esencialmente retórica, equivalente a una multiplicidad de afirmaciones que se traslapan.

Sin embargo, en los casos en que se imputa agresión, frecuentemente resulta difícil obtener un acuerdo unívoco. Otros pueden encontrarse comprometidos en proyectos de imputación diferente, más particularmente, si son blancos de la categorización inicial. Como Mummendey y sus colegas (Mummendey, Bornwasser, Löschper, y Linneweber, 1982) han dicho, “el agresivo siempre es alguien más”. Y con buenas razones. Como hemos visto, la imputación de agresión lo vuelve a uno vulnerable al castigo. En esta coyuntura, los resultados del proceso de desempaque estructural nuevamente tienen una función predictiva. En este caso, informan de los fundamentos lingüísticos sobre los que posiblemente ocurrirá la negociación. En este caso, resulta útil ver a los participantes en dichas negociaciones como adversarios ontológicos, cada uno intentando justificar una realidad particular mientras trata de menoscabar la del oponente⁸. Por tanto, quien apoya la presencia rusa en Afganistán posiblemente afirma una definición alternativa de la situación (por ejemplo, autodefensa, brindar apoyo a un

8 Para un análisis relevante de la negociación de metáforas del conflicto, veáse Lakoff y Johnson (1980).

gobierno tambaleante) y después demuestra la invalidez de los elementos del núcleo estructural y sus términos relativos dentro del contexto de primer orden. La intención, entonces, podría ser mostrar cómo el afgano del común no está experimentando daño alguno, sino que está siendo ayudado, que el poder gobernante ha extendido una invitación a Rusia, y que no había la intención de hacer daño a la nación, socavando en cada caso uno de los respaldos definitorios de la imputación de agresión. O se puede hacer un movimiento táctico dentro del contexto de primer orden. Se puede sostener (nivel de contexto vertical) que la guerra se ha conducido en contra de las fuerzas rebeldes que intentan derrocar a un gobierno justamente constituido y, por tanto, el acto no es injusto. Y, dentro del contexto horizontal, se puede llegar a decir que Rusia se ha considerado a sí misma como aliada y protectora de su vecino cercano, socavando, por tanto, la validez del constituyente “hacer daño” del núcleo primario. En efecto, puede esperarse que cada adversario se mueva desde un sector del núcleo de la agresión hasta el contexto asociado, para sostener una posición dada relativa al acto.

REFERENCIAS

Austin, J. L. (1962a), *How to do things with words*. Nueva York: Oxford University Press.

Austin, J. L. (1962b), *Sense and sensibilia*. Londres: Oxford University Press.

Bandura, A. (1973), Aggression. En *A social learning analysis*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Bandura, A. y R. H. Walters (1963), *Social learning and personality development*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Baron, R. A. (1977), *Human aggression*. Nueva York: Plenum.

Berkowitz, L. (1962), *Aggression: A social psychological analysis*. Nueva York: McGraw-Hill.

Blakar, R. M. (1979), Language as a means of social power. En R. Rommetveit y R. M. Blakar (Eds.), *Studies of language, thought and verbal communication*. Londres: Academic Press.

Burke, K. (1945), *A grammar of motives*. Nueva York: Prentice Hall.

Buss, A. H. (1961), *The psychology of aggression*. Nueva York: Wiley.

Buss, A. H. (1971), Aggression pays. En J. L. Singer (Ed.), *The control of aggression and violence: Cognitive and physiological factors*. Nueva York: Academic Press.

Davis, K. E. y M. J. Todd (1982), Friendship and love relationships. En K. E. Davis y T. Mitchell (Eds.), *Advances in descriptive psychology* (Vol. 2). Greenwich: JAI Press Inc.

Dollard, J., L. W. Doob, N. E. Miller, O. H. Mowrer y R. R. Sears (1939), *Frustration and aggression*. New Haven: Yale University Press.

Feshbach, S. (1964), The function of aggression and the regulation of aggressive drive. *Psychological Review*, 71, 257-272.

Garfinkel, H. (1967), *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

Gergen, K. J. (1982), *Toward transformation of social knowledge*. Nueva York: Springer.

Grice, H. P. (1957), Meaning. *Philosophical Review*, 64, 377-388.

Habermas, J. (1971), *Knowledge and human interest*. Boston: Beacon Press.

Heider, F. (1958), *The psychology of interpersonal relations*. Nueva York: Wiley.

Kaufmann, H. (1970), *Aggression and altruism: A psychological analysis*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Kenny, A. (1963), *Action, emotion & will*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Lakoff, G. y M. Johnson (1980), *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.

Lubek, I. (1979), A brief social psychological analysis of research on aggression in social psychology. En A. R. Buss (Ed.), *Psychology in social context*. Nueva York: Irvington.

Mills, C. W. (1940), Situated actions and vocabularies of motive. *American Sociological Review*, 5, 904-913.

Mummendey, A., M. Bornewasser, G. Löschper y V. Linneweber (1982), It is always somebody else who is aggressive. A plea for a social psychological perspective in aggression research. *Zeitschrift für Sozialpsychologie*, 13, 177-193.

Ossorio, P. G. (1978), *What actually happens*. Columbia: University of South Carolina Press.

Ossorio, P. G. (1981), Outline of descriptive psychology for personality theory and clinical applications. En K. E. Davis (Ed.), *Advances in descriptive psychology* (Vol. 1). Greenwich: JAI Press, Inc.

Pearce, W. B. y V. E. Cronen (1980), *Communication, action and meaning: The creation of social realities*. Nueva York: Praeger.

Peters, R. S. (1958), *The concept of motivation*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

Psathas, G. (Ed.) (1979), *Everyday language: Studies in ethnomethodology*. Nueva York: Irvington.

Putnam, H. (1978), *Meaning and the moral sciences*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

Quine, W. V. O. (1960), *Word and object*. Cambridge: M.I.T. Press.

Rommetveit, R. (1968), *Words, meanings and messages*. Nueva York: Academic Press.

Rommetveit, R. (1979), *Deep structure of sentences versus message structure*. En R. Rommetveit y R. M. Blakar (Eds.), *Studies of language, thought and verbal communication*. Londres: Academic Press.

Ryle, G. (1949), *The concept of mind*. Londres: Hutchinson.

Scott, M. B. y S. Lyman (1968), Accounts. *American Sociological Review*, 33, 46-62.

Searle, J. R. (1970), *Speech acts: An essay in the philosophy of language*. Londres: Cambridge University Press.

Shotter, J. y M. Burton (1983), Common sense accounts of human action: The descriptive formulations of Heider, Smedslund y Ossorio. En L. Wheeler (Ed.), *Review of personality and social psychology* (Vol. 4). Beverly Hills: Sage.

Smedslund, J. (1978), Bandura's theory of self-efficacy: A set of commonsense theorems. *Scandinavian Journal of Psychology*, 19, 1-14.

Smedslund, J. (1980), Analyzing the primary code. En D. Olson (Ed.), *The social foundations of language: Essays in honor of J. S. Bruner*. Nueva York: Norton.

Taylor, C. (1964), *The explanation of behavior*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

Wittgenstein, L. (1980), *Remarks on the philosophy of psychology* (Vols. 1 y 2). Oxford: Basil Blackwell.

Zillmann, D. (1979), *Hostility and aggression*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum.

LA AUTONARRACIÓN EN LA VIDA SOCIAL

Enriquecer el alcance del discurso teórico, con la esperanza particular de expandir el potencial de las prácticas humanas, es uno de los retos centrales del construccionismo. Uno de los más llamativos puntos teóricos de partida, por su afinidad con la metateoría construccionista, surge de la teoría relacional, el esfuerzo de dar cuenta de la acción humana en términos de procesos relacionales. Intenta moverse más allá del individuo singular hacia el reconocimiento de la realidad de la relación. Aquí, quiero proponer una visión relacional del autoconcepto, que vea la concepción del yo no como una estructura cognitiva privada y personal sino como un *discurso* acerca del yo, el desempeño de los lenguajes disponibles en la esfera pública. Reemplazo el interés tradicional por las categorías conceptuales (autoconceptos, esquemas, autoestima), por el yo como una narración que se vuelve inteligible dentro de relaciones en curso.

Ésta es, pues, una historia acerca de historias, particularmente, historias del yo. La mayoría de nosotros inicia nuestros encuentros con las historias durante la niñez. A través de los cuentos de hadas, los cuentos populares y las historias familiares recibimos nuestros primeros relatos organizados acerca de la acción humana. Las historias continúan absorbiéndonos a medida que leemos novelas, biografías e historia; nos ocupan en las películas, en el teatro y frente al televisor. Y, posiblemente por motivo de esta íntima y vieja familiaridad, las historias también sirven como los medios críticos a través de los cuales nos hacemos inteligibles dentro del mundo social. Contamos largas historias acerca de nuestra niñez, nuestra relación con los miembros de la familia, nuestros años en la escuela, nuestro primer amor, el desarrollo de nuestra forma de pensar sobre un tema dado, y así sucesivamente. También contamos historias acerca de la fiesta de anoche, la crisis de esta mañana o el almuerzo con un acompañante. Tal vez, incluso, creamos una historia sobre la proximidad de una colisión en la ruta hacia el trabajo, o sobre haber quemado la comida de anoche. En cada caso,

usamos la forma del cuento para identificarnos ante otros y ante nosotros mismos. Tan predominante es el proceso de contar dentro de la cultura occidental que Bruner (1986) ha llegado a sugerir una inclinación genética hacia la comprensión narrativa. Ya sea que esté biológicamente preparada o no, difícilmente podríamos subestimar la importancia de las historias en nuestras vidas, y la medida en que sirven como medios para hacernos inteligibles.

Sin embargo, decir que usamos historias para hacernos comprensibles no es ir demasiado lejos. No sólo contamos nuestras vidas como historias, también existe un sentido significativo en el cual nuestras relaciones con otros se viven de forma narrativa. Para White y Epston (1990), “las personas dan significado a sus vidas y relaciones *contando* su experiencia” (p. 13). La vida ideal, propuso Nietzsche, es la que corresponde a la historia ideal; cada acto está coherentemente relacionado con todos los demás sin que nada sobre (Nehamas, 1985). Más convincentemente, Hardy (1968) ha escrito que “soñamos mediante la narración, ensoñamos mediante la narración, recordamos, anticipamos, deseamos, desesperamos, creemos, dudamos, planeamos, revisamos, criticamos, construimos, chismoseamos, aprendemos, odiamos y amamos a través de la narración” (p. 5). Elaborando este punto de vista, MacIntyre (1981) propone que las narraciones que se encuentran activas forman la base del carácter moral. Mi análisis se quedará corto diciendo que las vidas *son* eventos narrativos (de acuerdo con Mink, 1969). Las historias son, después de todo, formas de rendir cuentas, y parece equívoco equiparar la explicación con su objeto supuesto. Sin embargo, los recuentos narrativos están inmersos dentro de la acción social; hacen socialmente visibles los eventos, y típicamente establecen expectativas de los eventos futuros. Debido a que los eventos de la vida diaria están inmersos en narraciones, quedan cargados con un sentido historiado: adquieren la realidad de un “comienzo”, “un punto intermedio”, “un clímax”, “un final”, y así sucesivamente. Las personas viven los acontecimientos de este modo y, junto con otros, los catalogan justamente en esta forma. Lo cual no quiere decir que la vida imite al arte, sino más bien, que el arte se convierte en el medio a través del cual la realidad de la vida se manifiesta. En un sentido significativo, entonces, vivimos a través de historias, tanto al contar como al comprender al yo.

En este capítulo exploraré la naturaleza de las historias, tanto en la manera como son contadas como en la que se viven en la vida social. Empezaré con un examen acerca de la forma de la historia, o más formalmente, de la estructura de los relatos narrativos. Después consideraré el modo en que las autonarraciones se construyen dentro de la vida social y los usos a los que están puestas al servicio. A medida que se desarrolle mi exposición, cada vez será más claro que las

autonarraciones no son posesiones del individuo sino de las relaciones, productos del intercambio social. En efecto, ser un yo con un pasado y un futuro potencial no es ser un agente independiente, único y autónomo, sino estar inmerso en la interdependencia.

EL CARÁCTER DE LA AUTONARRACIÓN

Los escritores de novelas, filosofía y psicología, frecuentemente han representado a la conciencia humana como un flujo continuo. No nos enfrentamos a instantáneas segmentadas, se dice, sino a un proceso continuo. Similarmente, en nuestra experiencia de nosotros mismos y de los otros parece que nos encontramos no con una serie de momentos discretos yuxtapuestos y sin fin, sino con secuencias coherentes, dirigidas hacia metas. Como lo han sugerido muchos historiadores, los recuentos de las acciones humanas difícilmente podrían seguir su curso sin una base temporal. Comprender una acción es, de hecho, localizarla dentro de un contexto de eventos precedentes y subsiguientes. Para hacer el asunto familiar, nuestra visión del yo en cualquier momento dado fundamentalmente carecería de sentido, a menos que pueda ser vinculada de alguna manera con nuestro propio pasado. Verse uno mismo, repentina y momentáneamente, como “agresivo”, “poético”, o “fuera de control”, por ejemplo, podría parecer caprichoso o enigmático. Cuando la agresión se deriva de un antagonismo intenso y de larga duración, sin embargo, se vuelve algo razonable. De la misma manera, ser poético o estar fuera de control resultan ser cosas comprensibles cuando se ubican en el contexto de nuestra propia historia personal. Este punto particular ha llevado a que varios comentaristas concluyan que difícilmente una comprensión de la acción humana podría seguir su curso en otros contextos que no fueran narrativos (MacIntyre, 1981; Mink, 1969; Sarbin, 1986). Para nuestros propósitos aquí, el término “autonarración” se referirá a las explicaciones que un individuo brinde acerca de la relación existente entre los eventos relevantes para el yo a través del tiempo¹. Al desarrollar una autonarración establecemos conexiones coherentes entre los eventos de la vida (Cohler, 1982; Kohli, 1981). En vez de ver nuestra vida simplemente como “una maldita cosa tras otra”, formulamos una historia en la que los eventos de la vida están sistemáticamente relacionados, se hacen inteligibles por el puesto que ocupan en una secuencia o “proceso en desarrollo” (De Waele y Harré, 1976). Nuestra identidad presente no es, entonces, un evento

1 La elaboración inicial del concepto de la autonarración está contenida en Gergen y Gergen (1983).

repentino y misterioso, sino un resultado sensato de una historia de vida. Como lo ha argumentado Bettelheim (1976), tales creaciones de orden narrativo pueden resultar esenciales al otorgar a la vida un sentido de significado y de dirección.

Antes de embarcarnos en este análisis debo decir unas palabras acerca de la relación entre el concepto de autonarración y algunas nociones teóricas relacionadas. El concepto de la autonarración en particular es afín a una variedad de constructos desarrollados en otros dominios. Primero, en la *psicología cognitiva*, los conceptos de guiones (Schank y Abelson, 1977), esquema de la historia (Mandler, 1984), árbol de predictibilidad (Kelly y Keil, 1985) y pensamiento narrativo (Britton y Pelligrini, 1990) han sido todos usados para explicar las bases psicológicas de la comprensión y/o dirección de secuencias de acción a través del tiempo. En contraste con el programa cognitivo, con su búsqueda de procesos cognitivos universales, los teóricos de la *regla-rol* (como Harré y Secord, 1972) y los *constructivistas* (véase, por ejemplo, el tratamiento de Mancuso y Sarbin [1983] sobre la “gramática narrativa”) tienden a enfatizar la contingencia cultural de varios estados psicológicos. Por tanto, se retiene el supuesto cognitivista de una base narrativa de la acción personal, pero con una mayor sensibilidad hacia las bases socioculturales de dichas narrativas. El trabajo de Bruner (1986, 1990) sobre las narrativas se ubica en algún lugar cercano a estas dos orientaciones, ciñéndose a una visión de la función cognitiva universal, y simultáneamente poniendo un fuerte énfasis sobre los sistemas culturales de significado. Los *fenomenólogos* (véase Polkinghorne, 1988; Carr, 1984; Josselson y Lieblich, 1993), los *existencialistas* (véanse los análisis de Charmé [1984] sobre Sastre) y los *personólogos* (McAdams, 1993) también están interesados en los procesos individuales internos (frecuentemente catalogados como “experiencia”), pero de un modo característico evaden la búsqueda cognitiva del predicado y el control del comportamiento individual, y reemplazan el énfasis en la determinación cultural por una investidura más humanista del yo como autor o agente.

En contraste con todos estos enfoques, que ponen su principal énfasis en el individuo, quiero considerar las autonarraciones como formas sociales de brindar explicaciones o como discursos públicos. En este sentido, las narraciones son recursos conversacionales, construcciones abiertas a una alteración continua a medida que la interacción progresa. Las personas, en este caso, no necesitan consultar un guión interno, una estructura cognitiva, una masa aperceptiva en busca de información o guía, no interpretan ni “leen al mundo” a través de lentes narrativos; no son las autoras de sus propias vidas. Más bien, la autonarración es un implemento lingüístico arraigado en secuencias convencionales de acción y empleado en las relaciones como forma de sostener, promover o impedir varios

cursos de acción. Como dispositivos lingüísticos, las narraciones pueden ser usadas para indicar acciones futuras, pero no son en sí mismas la causa o base determinante de dichas acciones. En este sentido, las autonarraciones funcionan en gran medida como historias orales o cuentos morales dentro de una sociedad. Son recursos culturales que sirven a propósitos sociales como la autoidentificación, la autojustificación, el autocriticismo y la solidificación social². Este enfoque se une a aquellos que enfatizan los orígenes socioculturales de la construcción narrativa, aunque con ello no se intente aprobar un determinismo cultural: es a través de la *interacción* con otros que adquirimos las habilidades narrativas, no a través de la actuación. También está de acuerdo con aquellos interesados en el compromiso personal en la narración, pero reemplaza el énfasis en el ego autodeterminante por el intercambio social.

Los académicos interesados en las narrativas están claramente divididos sobre la cuestión del valor de verdad: muchos sostienen que las narraciones tienen el potencial de portar la verdad, mientras que otros argumentan que las narraciones no reflejan sino que construyen la realidad. La primera perspectiva ve a la narración como promovida por los hechos, mientras que la segunda generalmente sostiene que la narración organiza a los hechos o incluso los produce. La mayoría de historiadores, biógrafos y empiristas comprensiblemente hacen hincapié en las posibilidades de la narración de portar la verdad. Debido a que este supuesto otorga a la cognición una función adaptativa, muchos teóricos cognitivos también optan por la verosimilitud de la narración. Poseer el “guión de un restaurante”, en la formulación de Schank y Abelson (1977), por ejemplo, es estar preparado para funcionar adecuadamente en este local. El enfoque socioconstruccionista no está de acuerdo con esta visión. De hecho, existen límites sobre los recuentos que hacemos sobre eventos a lo largo del tiempo, pero ellos no han de ser rastreados hasta las mentes en acción o los eventos en sí mismos. Más bien, tanto en la ciencia como en la vida cotidiana, las historias sirven como recursos comunales que la gente usa en sus relaciones en curso. Desde este punto de vista, las narraciones no reflejan sino que crean el sentido de “lo que es verdad”. De hecho, en gran medida, esto es así porque para las formas narrativas existentes “decir la verdad” es un acto inteligible. Las formas especiales en las que esto sucede se ampliarán en las páginas siguientes.

2 Véanse también los análisis de Labov (1982) sobre las narraciones como medios para pedir y responder peticiones; el análisis de Mischler (1986) respecto al funcionamiento de las narraciones dentro de estructuras relacionales de poder, y el trabajo de Tappan (1991) y Day (1991) acerca de la función de la narración en la toma de decisiones morales.

LA ESTRUCTURACIÓN DE LOS RECUEENTOS NARRATIVOS

Si ni la cognición ni el mundo tal como es exigen las narraciones, entonces, ¿qué explicación puede darse de sus propiedades o formas? Desde el punto de vista construccionista, las propiedades de las narraciones bien formadas están histórica y culturalmente situadas. Son subproductos de los esfuerzos que la gente lleva a cabo para relacionarse a través del discurso, del mismo modo que los estilos de pintura sirven como medios de coordinación mutua dentro de las comunidades de artistas o las tácticas y contratácticas específicas se ponen de moda dentro de ciertos deportes. A este respecto, el análisis de White (1973) acerca del carácter literario de los escritos históricos resulta informativo. Como lo demuestra, al menos cuatro formas de realismo narrativo configuraron la escritura histórica de principios del siglo XIX. A finales del siglo XIX, sin embargo, estas formas retóricas fueron repudiadas y ampliamente reemplazadas por un conjunto diferente de estrategias conceptuales para interpretar el pasado. Lo cual quiere decir que la forma narrativa es, en efecto, históricamente contingente.

En este contexto resulta interesante indagar acerca de las convenciones narrativas contemporáneas. ¿Cuáles son los requisitos que se deben cumplir al contar una historia inteligible dentro de la actual cultura occidental? La pregunta resulta particularmente significativa, dado que una elucidación de estas convenciones para la estructuración de historias nos sensibiliza sobre los límites de nuestra propia identidad. Comprender cómo se deben estructurar las narraciones dentro de la cultura es empujar los límites de la envoltura de la identidad —descubrir los límites para identificarse uno como un ser humano en buena situación—; es también determinar cuáles son las formas que se deben mantener para adquirir credibilidad como narrador de la verdad. La estructura de la narración apropiada de una historia precede los eventos acerca de los cuales “se cuenta la verdad”; ir más allá de las convenciones es embarcarse en un cuento de idiotas. Si la narración no se aproxima a las formas convencionales, el relato deja de tener sentido. Por tanto, en vez de dejarse llevar por los hechos, contar la verdad es una actividad que se encuentra ampliamente regida por una preestructura de convenciones narrativas.

Se han hecho muchos intentos de identificar las características de la narración bien formada. Han ocurrido dentro de los dominios de la teoría literaria (Frye, 1957; Scholes y Kellogg, 1966; Martin, 1987), la semiótica (Propp, 1968; Rimmon-Kenan, 1983), la historiografía (Mink, 1969; Gallie, 1964) y ciertos sectores de las ciencias sociales (Labov, 1982; Sutton-Smith, 1979;

Mandler, 1984). Mi esfuerzo se alimenta de estos diversos análisis; sintetiza una variedad de acuerdos comunes, excluye ciertas distinciones centrales respecto a otras tareas analíticas (como el punto de vista, la función de los personajes y las acciones, y los tropos poéticos) y añade ingredientes necesarios para comprender por qué las historias poseen un sentido de dirección y drama. Sin embargo, se diferencia de varias de estas explicaciones, en su esfuerzo por evitar supuestos universalistas. Los teóricos frecuentemente exigen un conjunto de reglas o características fundacionales o fundamentales sobre la narración bien formada. Mas este análisis considera las construcciones narrativas como histórica y culturalmente contingentes. Los siguientes criterios en particular parecen centrales en la construcción de una narración inteligible para segmentos significativos de la cultura contemporánea:

Establecer un punto final con valor. Una historia aceptable debe primero establecer una meta, un evento a ser explicado, un estado a alcanzar o evitar, un resultado significativo o, más informalmente, un “punto”. Contar que uno caminó hacia el norte dos cuadras, tres hacia el este, y después volteó a la izquierda en la calle Pine, sería una historia empobrecida, pero si esta descripción fuera el preludio de encontrar un apartamento que resulta posible costear, se aproximaría a una historia aceptable. Típicamente, el punto final seleccionado se encuentra saturado de valor: se entiende que debe ser deseable o indeseable. El punto final puede, por ejemplo, ser el bienestar del protagonista (“Cómo estuve al borde de la muerte”), el descubrimiento de algo precioso (“Cómo descubrí a su padre biológico”), la pérdida personal (“Cómo perdió su trabajo”), y así sucesivamente. Por tanto, si la historia terminara cuando se encuentra el número 404 de la calle Pine, resultaría insignificante. Es sólo cuando la búsqueda de un apartamento muy deseado resulta exitosa que tenemos una buena historia. De manera similar, MacIntyre (1981) propone que “la narrativa requiere de un marco evaluador a partir del cual los personajes buenos o malos ayuden a producir resultados felices o desafortunados” (p. 456). También es claro que esta exigencia de un apreciado punto final introduce un fuerte componente cultural (llamado tradicionalmente “sesgo subjetivo”) en la historia. Difícilmente se podría decir que la vida se compone de eventos separables, una de cuyas subpoblaciones constituye puntos finales. En cambio, la articulación de un evento y su posición como punto final se derivan de la ontología de la cultura y de la construcción de valor. A través de un despliegue de talento artístico verbal, “el roce de sus dedos en mi manga” surge como un evento, y dependiendo de la historia, puede servir como comienzo o conclusión del romance. Adicionalmente, los eventos, como los definimos, no contienen un valor intrínseco. El fuego no es en sí mismo bueno o malo; generalmente, lo investimos de valor dependiendo de si sirve a las funciones que

tomamos por buenas (cocinar comida) o no (destruir la cocina). Sólo desde una perspectiva cultural pueden hacerse inteligibles los “eventos valorados”.

Seleccionar eventos relevantes para el punto final. Una vez establecido un punto final, éste dicta en mayor o menor medida el tipo de eventos que pueden figurar en la narración, reduciendo en gran forma la miriada de candidatos de lo que podría “acontecer”. Una historia inteligible es aquella en la que los eventos ayudan a hacer la meta más o menos probable, accesible, importante o vívida. Por tanto, si una historia habla de ganar un partido de fútbol (“Cómo ganamos el juego”), los eventos más relevantes son aquellos que acerquen la meta o la alejen (“El primer lanzamiento de Tom cayó fuera, pero en el siguiente ataque lanzó la pelota a la red con un golpe de cabeza”). Sólo a riesgo de decir necedades introduciría uno una nota acerca de la vida monástica del siglo XV, o la esperanza de que haya viajes espaciales en el futuro, a menos que pueda demostrarse que estas cuestiones se relacionan de manera significativa con ganar el partido (“Juan obtuvo su inspiración para la táctica leyendo sobre las prácticas religiosas del siglo XV”). Un relato acerca del día (“era claro y soleado”) sería aceptable en la narración, puesto que hace más vívidos los eventos, pero una descripción del clima de un país lejano parecería excéntrica. De nuevo, encontramos que las exigencias narrativas tienen consecuencias ontológicas. Uno no es libre de incluir todo lo que tiene lugar, sino sólo aquello que resulta relevante para la conclusión de la historia.

La ordenación de los eventos. Una vez que se ha establecido una meta y se han seleccionado los eventos relevantes, éstos usualmente son dispuestos en un arreglo ordenado. Como lo indica Ong (1982), las bases de dicho orden (importancia, valor de interés, oportunidad, y demás) pueden cambiar con la historia. La convención contemporánea de más amplio uso es tal vez la de la secuencia temporal lineal. Se dice que ciertos eventos, por ejemplo, ocurren al comienzo de un partido de fútbol, y preceden los eventos que se dice suceden hacia su mitad y final. Resulta tentador decir que la secuencia de eventos relacionados debería corresponder a la secuencia real en que los eventos ocurrieron, pero esto sería confundir las reglas de una narración inteligible con aquello que de hecho es el caso. El ordenamiento temporal lineal es, después de todo, una convención que emplea un sistema de signos internamente coherente; sus rasgos no son requeridos por el mundo tal cual es. Puede aplicar a lo que es el caso o no, dependiendo de los propósitos que uno tenga. El tiempo del reloj puede no ser efectivo si uno quiere hablar de la propia “experiencia del paso del tiempo en la silla del odontólogo”, ni tampoco es adecuado si se quiere describir la teoría de la relatividad en física o la rotación circular de las estaciones. En términos de Bakhtin (1981), podemos ver los relatos

temporales como *cronotopos*, convenciones literarias que rigen las relaciones espacio-tiempo, o “la base esencial para la... representabilidad de los eventos” (p. 250). Que el ayer precedió al hoy es una conclusión exigida únicamente por un cronotopo culturalmente específico.

La estabilidad de la identidad. Típicamente, en la narración bien formada los personajes (u objetos) en la historia poseen una identidad continua o coherente a lo largo del tiempo. Un protagonista dado no podría servir acertadamente como villano en un momento y como héroe en el siguiente, o demostrar los poderes de un genio entremezclados impredeciblemente con acciones imbéciles. Una vez definido por el narrador de la historia, el individuo (o el objeto) tenderá a mantener su identidad o función dentro de la historia. Existen obvias excepciones a esta tendencia general, pero la mayoría son casos en los que la historia intenta explicar el cambio mismo, la manera en que el sapo se convirtió en príncipe o el joven pobre logró el éxito financiero. Las fuerzas causales (como la guerra, la pobreza y la educación) pueden ser introducidas para cambiar a un individuo (u objeto), y para efectos dramáticos, una identidad asumida puede abrir paso a “la real” (un profesor digno de confianza puede terminar siendo un pirómano). En general, sin embargo, la historia bien formada no tolera personalidades proteicas.

Vínculos causales. Según los estándares contemporáneos, la narración ideal es aquella que brinda una explicación del resultado. Decir “El rey murió y después la reina murió” es una historia rudimentaria; “El rey murió y después la reina murió de pena” es el comienzo de una verdadera trama. Como lo plantea Ricoeur (1981), “las explicaciones deben... estar hiladas en el tejido narrativo”. Típicamente, la explicación se logra seleccionando eventos que, según los criterios comunes, se encuentran vinculados causalmente. Cada evento debería ser producto de aquello que lo ha precedido (“Debido a que se vino la lluvia, corrimos adentro”; “Como resultado de su operación, no pudo asistir a su clase”). Lo cual no busca presumir que todas las historias bien formadas insinúen una concepción universal de causalidad: lo que puede incluirse dentro del rango aceptable de formas causales es histórica y culturalmente dependiente. Muchos científicos desean, pues, limitar las discusiones de causalidad a la variedad humana; frecuentemente, los filósofos sociales a menudo prefieren ver a la razón como la causa de la acción humana; los botánicos a menudo encuentran más conveniente emplear las formas teleológicas de la causalidad. Sin importar las propias preferencias por los modelos causales, cuando los eventos en una narración se relacionan de modo interdependiente, el resultado se aproxima más estrechamente a la historia bien formada.

Signos de demarcación La mayoría de historias bien formadas emplean signos para indicar el principio y el final. Como lo ha propuesto Young (1982), la narración está enmarcada por varios dispositivos regidos por reglas que indican el momento en que uno entra al “mundo del cuento” o al mundo de la historia. “Érase una vez...”, “¿No han oído hablar acerca de aquel...?”, “No se van a poder imaginar lo que me pasó en mi camino hacia acá”, “Déjenme contarles por qué estoy tan feliz”, señalarán a la audiencia que una narración sigue a continuación. Los finales también pueden ser señalados por frases (“y así fue...”, “Ahora lo saben...”), pero no necesariamente. Las risas al final de una broma pueden indicar la salida del mundo del cuento, y frecuentemente la descripción del punto de la historia basta para indicar que el cuento ha terminado.

Mientras que en muchos contextos estos criterios son esenciales para la narración bien formada, es importante notar su contingencia histórica y cultural. Como lo sugieren las exploraciones de Mary Gergen (1992) en el ámbito de las autobiografías, es más probable que los hombres se acomoden a los criterios prevalecientes sobre “la forma apropiada de narrar una historia”, a que lo hagan las mujeres. Las autobiografías de las mujeres son más propicias a estructurarse alrededor de múltiples puntos finales y a incluir materiales que no están relacionados con ningún punto final en particular. Con la explosión moderna en la experimentación literaria, también ha disminuido la exigencia de narraciones bien formadas en las ficciones serias. En la escritura posmoderna, las narrativas pueden volverse irónicamente autorreferenciales, demostrando su propio artificio como textos y los modos en que su eficacia aún depende de otras narraciones (Dipple, 1988).

¿Es importante que las narraciones estén bien formadas en las cuestiones de la vida cotidiana? Como hemos visto, el uso de componentes narrativos parecería ser vital en la creación de un sentido de realidad en los relatos que rinden cuentas del yo. Como lo han planteado Rosenwald y Ochberg (1992), “La manera en que los individuos cuentan sus historias —lo que enfatizan y omiten, su posición como protagonistas o víctimas, la relación que la historia establece entre el relator y la audiencia— moldea lo que los individuos pueden aseverar acerca de sus propias vidas. Las historias personales no son meramente una forma de hablarle a alguien (o a uno mismo) sobre la vida de uno; son los medios a través de los cuales se forman las identidades” (p. 1). La utilidad social de la narrativa bien formada se revela más concretamente en las investigaciones sobre los testimonios en la Corte. En *Reconstructing Reality in the Courtroom*, Bennett y Feldman (1981) sometieron a los participantes de la investigación a cuarenta y siete testimonios que, o bien intentaban recordar eventos reales,

o eran invenciones ficticias. A pesar de que las calificaciones de los relatos revelaron que los participantes fueron incapaces de discriminar entre los relatos genuinos y los ficticios, un análisis de los relatos que se consideraron genuinos por oposición a los falsos resultó interesante: en gran medida, los participantes realizaron sus juicios de acuerdo con la aproximación de las historias a las narraciones bien formadas. Las historias consideradas genuinas fueron aquellas en que dominaron los eventos que resultaban relevantes en relación con el punto final, y en las que había abundantes lazos causales entre los elementos. En una investigación ulterior, Lippman (1986) varió experimentalmente el grado en el que los testimonios de la Corte mostraban una selección de eventos relevantes para el punto final, vínculos causales entre un evento y otro, y un orden diacrónico de los eventos. Los testimonios que se aproximaban en estas formas a las narraciones bien formadas consistentemente fueron encontrados más inteligibles, y los testigos, más racionales. Por tanto, las autonarraciones de la vida diaria no siempre pueden estar bien formadas, pero bajo ciertas circunstancias su estructura puede resultar esencial.

VARIEDADES DE FORMA NARRATIVA

Al utilizar estas convenciones narrativas generamos un sentido de coherencia y de dirección en nuestras vidas. Adquieren significado, y lo que sucede es teñido de significación. Ciertas formas de narración se comparten ampliamente dentro de la cultura; frecuentemente son usadas e identificadas fácilmente, y son de alta funcionalidad. En cierto sentido, constituyen un silabario de posibles yoes. ¿Qué explicación se puede dar de estas narraciones más estereotípicas? La pregunta aquí es similar a la que concierne a las líneas fundamentales de la trama. Desde la época aristotélica, los filósofos y teóricos literarios, entre otros, han intentado desarrollar un vocabulario formal de la trama. Como se argumenta algunas veces, tal vez haya un conjunto fundacional de tramas a partir de las cuales se deriven todas las historias. En la medida en que la gente vive a través de la narración, una familia fundacional de tramas colocaría un límite al rango de las trayectorias de vida.

Uno de los recuentos más extensos sobre la trama en el presente siglo, que se apoya fuertemente en la visión aristotélica, es el de Northrop Frye (1957). Frye propuso cuatro formas básicas de narrativa, cada una enraizada en la experiencia humana de la naturaleza, y, más particularmente, en la evolución de las estaciones. Por tanto, la experiencia de la primavera y el florecimiento de la naturaleza dan lugar al surgimiento de la *comedia*. En la tradición clásica,

característicamente, la comedia involucra un reto o amenaza, que es superado para traer armonía social. Una comedia no necesita tener humor, aunque siempre tiene un final feliz. En cambio, la libertad y la calma de los días de verano inspiran el *romance*, como forma dramática. En este caso, el romance consiste en una serie de episodios en los cuales el protagonista principal experimenta retos o amenazas, de los que emerge victorioso a través de luchas. El romance no necesita estar relacionado con una atracción entre personas; en su armonioso final, sin embargo, es similar a la comedia. Durante el otoño, cuando experimentamos el contraste entre la vida del verano y la muerte en el invierno próximo, nace la *tragedia*; y en el invierno, con el incremento de nuestra conciencia sobre las expectativas no realizadas y el fracaso de nuestros sueños, la *sátira* se convierte en la forma relevante de expresión.

En contraste con las cuatro narraciones maestras de Frye, Joseph Campbell ha propuesto un único “monomito”, del que se puede encontrar una miríada de variaciones a través de los siglos. El monomito, que se encuentra enraizado en la psicodinámicas inconscientes, involucra a un héroe que ha podido superar sus limitaciones personales e históricas para alcanzar un entendimiento trascendental de la condición humana. Para Campbell, las narraciones heroicas, en sus muchos y diferentes disfraces, sirven la vital función de la educación psíquica. Para nuestros propósitos, podemos notar que el monomito tiene una forma similar a la del romance: los eventos negativos (juicios, terrores, tribulaciones) son seguidos de resultados positivos (la iluminación).

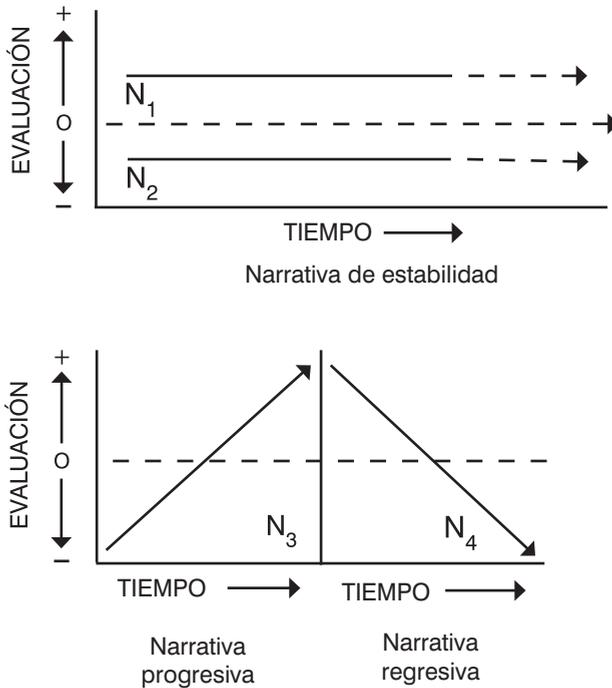
Sin embargo, a pesar de que poseen un cierto atractivo estético, dichas búsquedas de tramas fundacionales resultan insatisfactorias. Simplemente, no existe una racionalidad convincente para explicar por qué debe haber un número limitado de narrativas. Y, dados los exitosos experimentos de los escritores modernos (como James Joyce y Alain Robbe-Grillet) y posmodernos (como Milan Kundera y Georges Perec) en la perturbación de la narración tradicional, existen buenas razones para sospechar que las formas narrativas, del mismo modo que los criterios para la narración de historias, están sujetas a convenciones cambiantes. En vez de buscar un relato definitivo, la visión basada culturalmente que presento aquí sugiere que existe una infinidad virtual de formas posibles de la narración, pero dadas las exigencias de la coordinación social, ciertas modalidades se favorecen por encima de otras en varios períodos históricos. De la misma forma en que cambian con el tiempo las modas de las expresiones faciales, el vestido y las aspiraciones profesionales, también cambian las formas de la autonarración. Si extendemos los argumentos anteriores a las características narrativas, también es posible apreciar las normas y variaciones existentes.

Como hemos visto, el fin de la historia está cargado de valor. Por consiguiente, una victoria, un romance consumado, una fortuna descubierta o un artículo ganador de un premio pueden servir como finales apropiados de una historia, mientras que en el polo opuesto del continuo evaluativo encontraríamos un fracaso, un amor perdido, una fortuna despilfarrada o un fracaso profesional. Podemos ver la variedad de eventos que condujeron hasta el final de la historia (la selección y ordenamiento de los eventos) como si estuvieran moviéndose en un espacio evaluador bidimensional. A medida que con el paso del tiempo uno se aproxima a la meta valorada, la narración se vuelve más positiva; cuando uno se aproxima al fracaso o la desilusión, el movimiento se da en una dirección negativa. Todas las tramas, pues, pueden convertirse en una forma lineal en términos de sus cambios evaluativos a lo largo del tiempo. Esto permite aislar tres formas rudimentarias de narración.

La primera puede ser descrita como *narración de estabilidad*, es decir, aquella que vincula los eventos de forma tal que la trayectoria del individuo esencialmente permanece sin cambios en relación con la meta o el resultado; la vida simplemente continúa, ni mejor ni peor. Como se representa en la figura 1, es claro que la narración de estabilidad puede desarrollarse en cualquier nivel a lo largo del continuo evaluativo. En el extremo superior, un individuo puede concluir, por ejemplo: “Todavía soy tan atractivo como usualmente era”, o en el extremo inferior: “Me continúan persiguiendo los sentimientos de fracaso”. Como también podemos ver, cada uno de estos resúmenes narrativos posee implicaciones inherentes para el futuro: en el primero, el individuo podría llegar a concluir que continuará siendo atractivo en el futuro previsible, y en el segundo, que el sentimiento de fracaso persistirá, con independencia de las circunstancias.

La narración de estabilidad puede ser contrastada con otras dos, *la narración progresiva*, que vincula a los eventos de modo tal que el movimiento a lo largo de la dimensión evaluativa se incrementa con el pasar del tiempo, y *la narración regresiva*, en la cual el movimiento decrece. La narración progresiva es el recuento panglosiano de la vida: cada día mejor. Podría ser representada por la siguiente afirmación: “Realmente estoy aprendiendo a superar mi timidez y ser más amigable y abierto con las personas”. La narración regresiva, en contraste, representa un continuo deslizamiento hacia abajo: “Parece que ya no puedo controlar los eventos de mi vida. Ha sido una serie de catástrofes una tras otra”. Cada una de estas narraciones también implica direccionalidad, la primera anticipa más incrementos, y la segunda, más decrecimientos.

Figura 1. Formas rudimentarias de narrativa

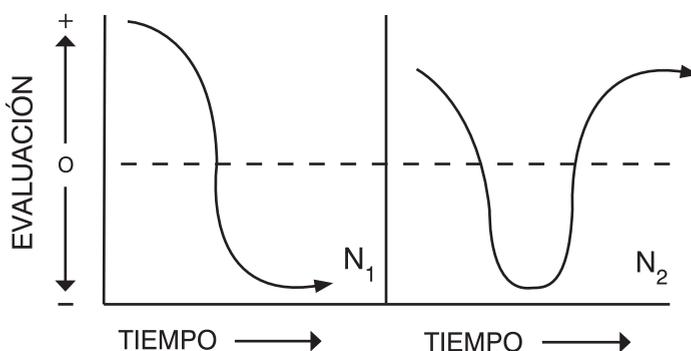


Como debe estar claro, estas tres formas narrativas, de estabilidad, progresiva y regresiva, agotan las opciones fundamentales para la dirección del movimiento en el espacio evaluativo. Como tales, pueden ser consideradas como bases rudimentarias de variantes más complejas³. Teóricamente, uno puede imaginar una infinidad potencial de variaciones para estas formas simples. Sin

3 Aquí resulta interesante comparar el presente análisis con esfuerzos similares hechos por otros. En 1983, Gustav Freytag propuso que no existía sino una trama "normal", que podía ser representada por una línea creciente y decreciente dividida por puntos denominados A, B, C y D. Aquí la sección ascendente AB representa la exposición de una situación; B, la introducción al conflicto; BC, la "acción creciente" o la complicación creciente; el punto alto en C, el clímax o giro de la acción, y la pendiente decreciente CD, la disolución o resolución del conflicto. Como lo indican muchos análisis, al delinear más plenamente los criterios de la narración y alterar la forma de la configuración, se revela un conjunto más rico de entramados. A pesar de que Freytag reconoció sólo una narración predominante, creyó que estaba confrontando una convención social y no una necesidad lógica o biológica. Más recientemente, Elsbree (1982) ha intentado delinear una serie de formas narrativas fundamentales. Señala cinco "tramas genéricas", que incluyen *establecer o consagrar un hogar, involucrarse en una contienda o batalla y hacer un viaje*. Sin embargo, el análisis de Elsbree no penetra en el supuesto de la convención cultural; para él, las tramas genéricas son fundamentales para la existencia humana.

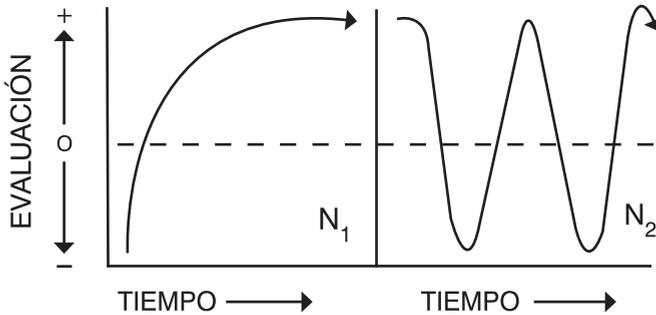
embargo, como lo he sugerido, en varias condiciones históricas, la cultura se puede limitar a sí misma a un repertorio truncado de posibilidades. Consideremos algunas formas narrativas prominentes en la cultura contemporánea. En primer lugar está la *narración trágica*, que en el presente marco puede adoptar la estructura representada en la figura 2. La tragedia, en este sentido, contaría la historia del rápido descenso de alguien que ha obtenido una posición elevada: una narración progresiva viene seguida de una rápida narración regresiva. En cambio, en la *comedia-romance*, una narración regresiva viene seguida de una narración progresiva. Los eventos de la vida se vuelven crecientemente problemáticos hasta el desenlace, cuando se restaura la felicidad de los protagonistas principales. Esta narración se categoriza como comedia-romance porque combina las formas aristotélicas. Si una narración progresiva es seguida de una narración de estabilidad (véase la figura 3), tenemos lo que comúnmente se conoce como el mito *vivieron-felices-para-siempre*, que se ejemplifica ampliamente en el cortejo tradicional. Y también reconocemos la *saga heroica* como una serie de fases progresivas-regresivas. En este caso, el individuo puede caracterizar su pasado como una colección continua de batallas en contra de los poderes de la oscuridad. Otras formas narrativas, incluidos los mitos de unificación, las narrativas de comunión y la teoría dialéctica, se consideran en otra parte⁴.

Figura 2. Narrativas trágica y comedia-romance



4 Véanse Gergen y Gergen (1983) y Gergen y Gergen (1987).

Figura 3. Narrativa “felices para siempre” y saga heroica



FORMA NARRATIVA Y LA GENERACIÓN DEL DRAMA

Nietzsche una vez aconsejó: “vivan peligrosamente, es la única vez que lo van a hacer”. Estas palabras cargan consigo un importante sentido de validez. Los momentos de alto drama frecuentemente son aquellos que más cristalizan nuestro sentido de la identidad. La mayor victoria, el peligro resistido, el retorno de un amor perdido, son los eventos que nos proporcionan nuestro más agudo sentido del yo. Los estudios de Maslow (1961) acerca de las experiencias pico como marcadores de la identidad ilustran este punto. Similarmente, Scheibe (1986) ha propuesto que “las personas requieren de aventuras para poder construir y mantener historias de vida satisfactorias” (p. 131). ¿Pero qué es lo que imbuye a un evento de drama? Ningún evento es dramático en sí mismo, con independencia de su contexto. Una película que representa una yuxtaposición continua pero aleatoria de eventos notables (un tiroteo, una espada ondeante, un caballo saltando un muro, un avión volando a ras del suelo) pronto se volvería tediosa. La capacidad de un evento para producir un sentido dramático está dada ampliamente en función de su lugar dentro de la narración: se trata de la relación entre los eventos y no de los eventos en sí mismos. ¿Cuáles características de la forma narrativa son necesarias, entonces, para generar un sentido de acción dramática?

Las artes dramáticas ofrecen una fuente de comprensión. Resulta interesante el que difícilmente pueda uno localizar un ejemplar teatral de las tres narrativas rudimentarias ilustradas en la figura 1. Un drama en el que todos los eventos fueran evaluativamente equivalentes (narración de estabilidad), difícilmente podría

ser considerado un drama⁵. Incluso, una estable pero moderada intensificación (narración progresiva) o decrecimiento (narración regresiva) en las condiciones de vida de un protagonista resultaría soporífera. Mas cuando consideramos la pendiente de la tragedia, un drama por excelencia (véase la figura 2), presenta una fuerte similitud con la más simple y desestimulante narración regresiva, pero también difiere de ella en dos formas significativas. Primero, la declinación relativa en los eventos es mucho menos rápida en la narración regresiva prototípica que en la narración trágica. Mientras que la primera se caracteriza por una moderada declinación a lo largo del tiempo, en la segunda la declinación es precipitada. Pareciera, entonces, que la rapidez con la que los eventos se deterioran en tragedias clásicas como *Antígona*, *Edipo Rey*, y *Romeo y Julieta* puede ser un aspecto esencial de su impacto dramático. Más formalmente, podríamos decir que la *rápida aceleración (o desaceleración) de la pendiente narrativa* constituye un componente principal de la acción dramática.

El contraste entre las narraciones regresivas y trágicas también sugiere un segundo componente principal. En las primeras (véase la figura 1) hay una unidireccionalidad en la pendiente; su dirección no cambia a lo largo del tiempo. En cambio, la narración trágica (figura 2) presenta una narración progresiva (algunas veces implícita), seguida de una narración regresiva. *Romeo y Julieta* están en camino de culminar su romance cuando la tragedia los agobia. Parecería como si este “giro de los eventos”, este cambio en la relación evaluativa entre los eventos, contribuyera a un alto grado de acción dramática. Es cuando el héroe se encuentra a punto de lograr su meta —encontrar a su amor, ganar la corona— y luego es abatido, que se crea el drama. En términos más formales, el segundo componente principal de la acción dramática es la *alteración en la pendiente de la narración* (un cambio en la dirección evaluativa). Una historia en la que haya demasiados “altibajos” estrechamente entrelazados constituiría un elevado drama para los estándares comunes.

Una última palabra acerca del suspenso y el peligro —el sentido de drama intenso que algunas veces se experimenta durante una historia de misterio, una competencia atlética o una apuesta— debe añadirse a esta discusión. Estos casos

5 Existen excepciones a esta conjetura genérica. El drama también es intertextual, en el sentido de que cualquier presentación dada depende para su inteligibilidad (y, por tanto, para su impacto emocional) de la familiaridad con otros miembros del género y con géneros contrastantes. Por tanto, si uno sólo es expuesto al género de la tragedia, una narración de estabilidad puede ganar un compromiso dramático en virtud de su contraste. De la misma forma, los consejos discretos frecuentemente captan un interés creciente, por su posición en un contexto de alicientes hiperestimulantes.

parecen eludir el análisis precedente, puesto que no suponen aceleraciones o alteraciones en la pendiente de la narración. Uno está profundamente involucrado a pesar de que no existen mayores cambios en el guión. Sin embargo, si se inspecciona de cerca, es claro que el suspenso y el peligro son casos especiales de las dos reglas precedentes. En ambos, el sentido del drama depende de la inminente *posibilidad* de una aceleración o cambio. Uno está en suspenso, por ejemplo, cuando una victoria, un galardón, un premio gordo, o similares, pueden ser súbitamente concedidos. Uno se encuentra en peligro al confrontar la pérdida, la destrucción o la muerte potencial. Todos estos eventos pueden impulsarnos momentáneamente hacia una meta o punto final apreciado o apartarnos de ellos en la secuencia narrativa. El suspenso y el peligro resultan, por consiguiente, de estas alteraciones implícitas en la pendiente de la narración.

Si miramos los dramas de televisión de mayor audiencia en este contexto, vemos que típicamente se aproximan a la comedia-romance (figura 2). Una condición estable es interrumpida, desafiada o desestabilizada, y el resto del programa se centra en la restauración de la estabilidad. Dichas narraciones contienen un alto grado de acción dramática, puesto que la pendiente altera la dirección al menos en dos ocasiones, y las aceleraciones (o desaceleraciones) pueden ser rápidas. En una programación más ingeniosa (como “Hill Street Blues”, “Northern Exposure”, “NYPD”, y otros culebrones), se pueden desarrollar múltiples narraciones simultáneamente. Cualquier incidente (un beso, una amenaza, una muerte) puede presentarse en más de una narración, impidiendo la obtención de ciertas metas y facilitando la consecución de otras. En esta forma, el impacto dramático de cualquier giro en la trama se intensifica. El espectador es arrojado en una montaña rusa, con cada acontecimiento apareciendo como figura central en múltiples narraciones.

FORMA NARRATIVA EN DOS POBLACIONES: UNA APLICACIÓN

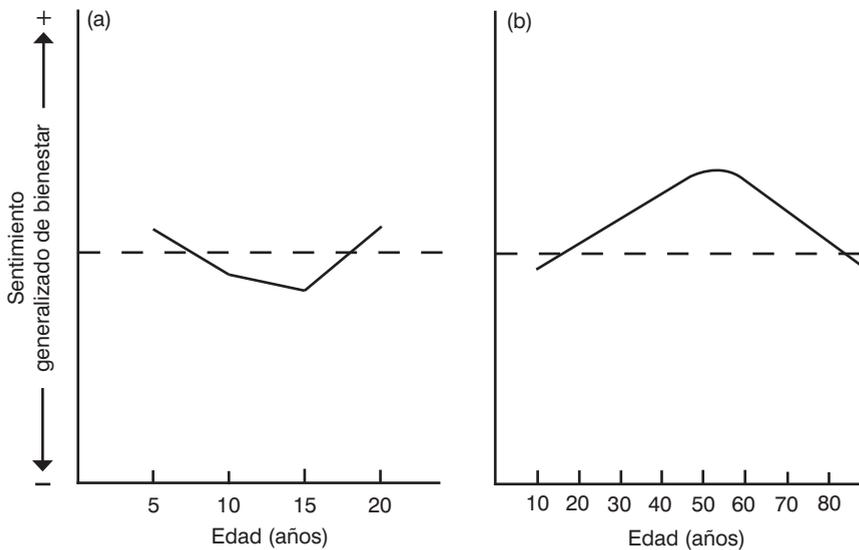
Con este rudimentario vocabulario para describir las formas narrativas y su drama concomitante, podemos volvernos hacia la cuestión de los yo potenciales. Como lo he señalado, para lograr mantener la inteligibilidad en la cultura, la historia que uno cuenta acerca de uno mismo debe emplear las reglas comúnmente aceptadas de la construcción narrativa. Las construcciones narrativas de amplio uso cultural forman un conjunto de inteligibilidades ya hechas; en efecto, ofrecen un rango de recursos discursivos para la construcción social del yo. A primera vista, parecería que las formas narrativas no imponen tales restricciones. Teóricamente, como nuestro análisis lo hace claro, el número

de formas potenciales de un relato se aproxima al infinito. Intentos como los de Frye y Campbell delimitan innecesariamente el rango para las formas potenciales de una historia. Al mismo tiempo, también es claro que existe un cierto grado de acuerdo entre los analistas de la cultura occidental, desde Aristóteles hasta el presente, que sugiere que ciertas formas del relato se emplean con mayor presteza que otras; en este sentido, las formas de la autonarración pueden estar similarmente restringidas. Consideremos a la persona que se caracteriza a sí misma mediante una narración de estabilidad: la vida no tiene una dirección; simplemente se está moviendo de manera estable, monótona, ni acercándose ni alejándose de una meta. Dicha persona parecería ser un candidato apto para la psicoterapia. Similarmente, una persona que caracteriza su vida como un patrón repetitivo en el cual cada ocurrencia positiva es seguida de una negativa, y viceversa, sería vista con sospecha. Simplemente, no aceptamos tales historias de vida como próximas a la realidad. En cambio, si uno pudiera dar sentido a la vida del hoy como resultado de una “larga lucha ascendente”, un “trágico descenso” o una saga en la cual uno sufre derrotas pero se levanta de las cenizas para lograr el éxito, entonces nos encontramos plenamente preparados para creer. Uno no es libre de tener simplemente una forma cualquiera de historia personal. Las convenciones narrativas no rigen la identidad, pero provocan ciertas acciones y desalientan otras.

Bajo esta luz resulta interesante explorar la manera en que varias subculturas estadounidenses caracterizan sus historias de vida. Consideremos dos poblaciones contrastantes: los adolescentes y los ancianos. En el primer caso, se pidió a veintinueve jóvenes entre los 19 y 21 años que trazaran su historia de vida a lo largo de una dimensión evaluativa general (Gergen y Gergen, 1983). Basándose en los recuerdos de sus primeros años hasta el presente, ¿cómo caracterizarían su estado de bienestar general? Las caracterizaciones debían hacerse con una sola “línea de la vida” en un espacio bidimensional. Los períodos más positivos de su historia debían ser representados por desplazamientos ascendentes del trazo, los períodos negativos, con desplazamientos descendentes. ¿Qué formas gráficas pueden tomar estas autocaracterizaciones? ¿Se retrataron los adultos jóvenes a sí mismos, en general, como parte de una historia del tipo felices-por-siempre, una saga heroica en la que superan una dificultad tras otra? De modo más pesimista, ¿parece la vida ser cada vez más sombría después de los iniciales años felices de la infancia? Para explorar dichos asuntos, se intentó extraer de los datos la trayectoria de vida promedio. Para este fin, se calculó el desplazamiento promedio de la línea de vida de cada individuo, para intervalos de cinco años. Por interpolación, estas medias se pudieron conectar después gráficamente para arrojar una trayectoria de vida general. Como lo muestran

los resultados de este análisis (véase el panel a de la figura 4), la forma narrativa general empleada por este grupo de adultos jóvenes no es como ninguna de las conjeturas anteriormente; corresponde, más bien, a aquella de la comedia-romance. En promedio, estos jóvenes adultos tendieron a ver sus vidas como felices en las edades tempranas, acosadas por dificultades durante los años adolescentes, y ahora, en un giro ascendente que presagia buenas cosas para el futuro. Han enfrentado las tribulaciones de la adolescencia y emergido victoriosos.

Figura 4. Narraciones del bienestar de las muestras de jóvenes adultos (a) y de gente mayor (b)



En estos relatos hay un sentido en el cual la forma narrativa impone ampliamente la memoria. Los eventos de la vida no parecen influenciar la selección de la forma de la historia; en gran medida es la forma narrativa la que establece las bases para los eventos que cuentan como importantes. Consideremos el contenido a través del cual estos adolescentes justificaron el uso de la comedia-romance. Se les pidió que describieran los eventos que habían ocurrido en los períodos más positivos y más negativos en la línea de sus vidas. El contenido de estos eventos demostró ser muy diverso. Los eventos positivos incluían

éxitos en un juego en el colegio, experiencias con amigos, tener una mascota y descubrir la música, mientras que los períodos bajos provenían de un rango tan amplio de experiencias como mudarse a un nuevo pueblo, fracasar en el colegio, tener padres con problemas maritales y perder a un amigo. En efecto, las “crisis adolescentes” no parecieron reflejar ningún factor objetivo único. En cambio, los participantes parecieron haber usado la forma narrativa disponible y emplear cualquier “hecho” que pudieran para justificar y vivificar su selección.

De modo general, parece que cuando el joven adulto típico describe brevemente su historia para una audiencia anónima, se aproxima a la forma narrativa de lo que describí como el típico drama de televisión (comedia-romance). Un contraste informativo de esta preferencia es suministrado por una muestra de setenta y dos personas en el rango de los 63 hasta los 93 años de edad (M. Gergen, 1980). En este caso, cada encuestado fue entrevistado acerca de sus experiencias de vida. Se les pidió que describieran su sentido de bienestar general durante varios períodos de su vida: cuándo tuvieron sus momentos más felices, por qué cambiaron las cosas, en qué dirección está progresando su vida ahora, y así sucesivamente. Estas respuestas fueron codificadas de manera que los resultados fueran comparables con la muestra de los adultos jóvenes (véase el panel b de la figura 4)

La narración típica de la persona mayor siguió la forma de un arco iris: los años de adultez joven fueron difíciles, pero una narración progresiva permitió lograr un pico de bienestar entre los 50 y 60 años. A partir de estos “años dorados”, sin embargo, la vida se encuentra en una trayectoria descendente. El envejecimiento es representado como una narración regresiva.

Dichos resultados pueden parecer razonables, reflejando el declive físico natural del envejecimiento. Pero las narraciones no son productos de la vida misma, son construcciones de la vida, y podrían ser de otra manera. “El envejecimiento como declinación” no es sino una convención cultural y, por tanto, está sujeta al cambio. En este punto debemos cuestionar el rol de las ciencias sociales en la promoción de esta visión del curso de la vida como arco iris. La literatura psicológica está repleta de recuentos de los hechos acerca del “desarrollo” inicial y el “declive” posterior (Gergen y Gergen, 1983). En la medida en que dichas visiones se abren camino en la conciencia pública, les dan a los ancianos un muy pequeño sentido de esperanza u optimismo. Otras visiones sobre lo que es importante en el envejecimiento —como aquellas que han sido adoptadas por muchas culturas asiáticas— podrían permitir a los científicos sociales articular posibilidades mucho más positivas y capacitantes. Como Coupland y Nussbaum

(1993) legítimamente lo proponen, las ciencias humanas deben abordar críticamente los discursos acerca del ciclo de la vida; ¿resultan adecuados estos recursos para los desafíos de un mundo cambiante?

MICRO, MACRO Y MULTIPLICIDAD EN LA NARRACIÓN

Hasta ahora hemos explorado diversas convenciones de la narración y su potencial para el drama. He defendido específicamente la idea de reemplazar una concepción privada del yo por un proceso social que genere inteligibilidad mutua. Las formas de inteligibilidad, a su vez, no son un subproducto de los eventos de la vida en sí mismos, sino que se derivan en gran medida de las convenciones narrativas que se encuentran a disposición. Ahora nos movemos de los recursos narrativos hacia las prácticas en curso de la autonarración, de la estructura al proceso. Como preocupación transicional, resulta útil considerar el asunto de la multiplicidad narrativa y sus subproductos.

La visión tradicional de la concepción del yo presume que existe una identidad nuclear, una visión íntegramente coherente del yo con la cual uno puede calibrar si las acciones son artificiales o auténticas. Como se ha dicho, un individuo sin un sentido de la identidad nuclear se encuentra sin dirección, sin sentido de la posición o el lugar, carece de la garantía fundamental de que es una persona valiosa. Mi argumento aquí, sin embargo, pone en duda todos estos supuestos. ¿Qué tan frecuentemente uno compara las acciones con alguna imagen nuclear, por ejemplo, y por qué debemos creer que existe un núcleo único y duradero? ¿Por qué uno ha de valorar un sentido fijo de la posición o el lugar y qué tan frecuentemente cuestiona su valía propia? Al cambiar el énfasis de las percepciones internas al proceso de inteligibilidad social podemos abrir nuevos dominios teóricos, con distintas consecuencias para la vida cultural. Por tanto, a pesar de que es una práctica común ver a cada persona en posesión de una “historia de vida”, si los yo se realizan dentro de encuentros sociales, hay razones suficientes para creer que no existe *una* historia para contar. Nuestra participación común en la cultura típicamente nos expondrá a una amplia variedad de formas narrativas, desde lo rudimentario hasta lo complejo. Entramos en las relaciones con el potencial de usar cualquiera entre un amplio número de formas. Así como un esquiador experto que se aproxima a una pendiente tiene una variedad de técnicas para un descenso efectivo, nosotros también podemos construir la relación entre nuestras experiencias de vida en una variedad de formas. Como mínimo, una socialización efectiva debe equiparnos para interpretar nuestras vidas como estables, mejorando o en declinación. Y con un poco de entrenamiento adicional, podemos desarrollar

la capacidad para imaginar nuestras vidas como una tragedia, una comedia, una saga heroica (véanse también Mancuso y Sarbin [1983] sobre “el yo de segundo orden”, y Gubrium, Holstein y Buckholdt [1994] sobre múltiples construcciones del curso de la vida). Cuanto más capaces seamos de construir y reconstruir nuestra autonarración, seremos más ampliamente capaces de sostener relaciones efectivas.

Para ilustrar esta multiplicidad, se pidió a los participantes de la investigación que dibujaran gráficas que indicaran sus sentimientos de satisfacción en sus relaciones con su madre, su padre y su trabajo académico a través de los años. Estas líneas gráficas plantean un sorprendente contraste con el relato sobre el “bienestar general” representado en la figura 4. Allí los estudiantes retrataron el curso de sus vidas como una comedia-romance —una niñez positiva seguida de un deterioro de la gracia en la adolescencia, superada mediante un ascenso positivo—. Sin embargo, en el caso de su padre y su madre, los participantes tendieron a escoger más frecuentemente narraciones progresivas: lentas y continuas con el padre y, más claramente, aceleradas en tiempos recientes con la madre. Con ambos padres, retrataron su relación como en mejoría constante. Sin embargo, a pesar de que estaban asistiendo a una universidad muy competitiva, los estudiantes tendieron a representar su sentimiento de satisfacción con su trabajo académico como en constante descenso: una narración regresiva que en el presente los dejaba al borde del desespero.

Las personas entran en las relaciones sociales no sólo con una variedad de narraciones a su disposición, sino que en principio no hay necesariamente parámetros temporales dentro de los cuales se deba construir una narración personal. Uno puede relatar los eventos que ocurrieron en largos períodos o contar una historia de corta duración. Uno puede ver su vida como parte de un movimiento histórico que comenzó siglos atrás, en el momento del nacimiento o en la adolescencia temprana. Podemos usar los términos “macro” y “micro” para referirnos a los fines hipotéticos o idealizados del continuo temporal. Las *macronarrativas* se refieren a los relatos en los que los eventos abarcan amplios períodos, mientras que las *micronarrativas* relatan eventos de corta duración. El autobiógrafo generalmente se distingue en la macronarrativa, mientras que el cómico, que se apoya en el humor visual, se esfuerza por dominar la micronarrativa. El primero pide que sus acciones presentes sean entendidas en contraste con el fondo de la historia; el segundo logra el éxito distanciándose de la historia.

Dada nuestra capacidad para relatar eventos dentro de diferentes perspectivas temporales, se vuelve evidente que la narraciones también pueden encajar una

dentro de la otra (véase también Mandler, 1984). Por tanto, los individuos pueden dar cuenta de sí mismos como los portadores de una larga historia cultural, pero encajada dentro de esta narración puede haber un recuento independiente de su desarrollo desde la niñez, y dentro de este recuento, un cambio en el estado de ánimo experimentado momentos atrás. Una persona se puede ver a sí misma como la portadora del estándar contemporáneo de una raza que ha luchado durante siglos (una narración progresiva), y al mismo tiempo verse a sí misma como alguien favorecido largo tiempo por sus padres, a quienes decepcionó cuando fue creciendo (narración trágica), y como alguien que logró reavivar el menguante ardor de una mujer amiga la noche anterior (comedia-romance).

El concepto de narraciones que encajan plantea una variedad de cuestiones interesantes. ¿En qué medida puede uno anticipar la coherencia entre narraciones que encajan? Como lo propone Ortega y Gasset (1941) en su análisis de los sistemas históricos, “la pluralidad de creencias en las que una persona, un pueblo, o una época se enraízan, nunca posee una completa articulación lógica” (p. 166). Pero existen muchas ventajas sociales en “hacer que las historias propias estén de acuerdo”. En la medida en que la cultura premia la consistencia entre las narraciones, las macronarrativas adquieren una importancia prominente. Parecen disponer los fundamentos sobre los cuales construimos otras narraciones. Un relato sobre una noche con un amigo no parecería imponer un recuento de la propia historia de vida; sin embargo, esa historia de vida constituye la base para entender la trayectoria de la noche. Extrapolando, las personas que tienen un sentido ampliado de su propia historia pueden luchar por una mayor coherencia entre una narración y otra, que quienes tienen un sentido superficial del pasado. O, desde una óptica diferente, las personas de una cultura o nación desarrollada recientemente pueden experimentar un mayor sentido de la libertad en una acción momentánea, que aquellos que provienen de culturas o naciones con narraciones históricas largas y prominentes. Para el primer grupo existe una menor necesidad de comportarse de maneras coherentes con el pasado.

Consideremos bajo esta luz el caso de la actividad terrorista. Los terroristas han sido vistos, por una parte, como perturbados, irracionales o potencialmente psicóticos, y por otra, como activistas políticamente motivados. Mas al haber examinado la actividad terrorista de Armenia, Tololyan (1989) argumenta que el terrorista simplemente está llevando a cabo las implicaciones de una narración compartida culturalmente de una importancia de larga duración. Esa narración comienza en el año 450 d. C., y describe muchos valerosos intentos de los armenios de proteger su identidad nacional. Historias similares de coraje, martirio y búsqueda de justicia se continúan acumulando a lo largo de los siglos

y ahora están implantadas en la cultura popular común de los armenios. Como razona Tololyan, convertirse en un terrorista es vivir las implicaciones del propio lugar en la historia cultural, o más acertadamente, vivir el propio curso de vida encajado dentro de la historia más amplia del pueblo propio. No poseer un pasado, de este modo, hace que la participación política sea opcional.

LA PRAGMÁTICA DE LA AUTONARRACIÓN

Desde un punto de vista construccionista, la multiplicidad narrativa es importante principalmente por sus implicaciones sociales. La multiplicidad es favorecida por la variada gama de relaciones en que la gente se ve inmersa y por las diferentes exigencias de varios contextos relacionales. Como lo aconsejó Wittgenstein (1953): “Piensen en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unos alicates, un destornillador, una regla, un tarro de pegamento, puntillas y tornillos. Las funciones de las palabras son tan diversas como las funciones de estos objetos” (p. 6). En este sentido, las construcciones narrativas esencialmente son herramientas lingüísticas con funciones sociales importantes. Dominar varias formas narrativas incrementa la propia capacidad para relacionarse. Consideremos un selecto número de funciones que cumple la autonarración.

Consideremos primero la narración primitiva de la estabilidad. Aunque generalmente desprovista de valor dramático, la capacidad de las personas para identificarse a sí mismas como unidades estables tiene una gran utilidad en la cultura. En aspectos importantes, la mayoría de las relaciones tiende hacia patrones estables y, de hecho, la estabilización nos permite hablar de patrones culturales, de las instituciones y de los individuos. Frecuentemente, dichos patrones se saturan de valor; racionalizarlos de esta manera es sostenerlos a lo largo del tiempo. La exigencia social de estabilidad encuentra su contraparte funcional en la accesibilidad inmediata que tenemos a la narración de la estabilidad. Para negociar exitosamente la vida social, uno debe ser capaz de hacerse inteligible como identidad perdurable, integral o coherente. En ciertos ámbitos políticos, por ejemplo, resulta esencial demostrar que, pese a largas ausencias, uno está “verdaderamente enraizado” en la cultura local y en parte de su futuro. O lograr demostrar, en un nivel más personal, que el amor, el compromiso paternal o maternal, la honestidad, los ideales morales, y demás, no han fallado a lo largo del tiempo; incluso cuando su apariencia exterior resulta sospechosa, puede resultar esencial para continuar una relación. En las relaciones íntimas, la gente frecuentemente quiere saber que los otros “*son* lo que parecen”, que

ciertas características permanecen a lo largo del tiempo. Un medio principal para transmitir dicha certeza es la estabilidad de la narración. En este sentido, los rasgos personales, el carácter moral y la identidad personal no son tanto lo dado por la vida social, los ladrillos constructores de las relaciones, sino los resultados de las relaciones mismas. “Ser” una persona de clase especial es un logro social y requiere de una continua atención conversacional.

Es importante notar en este punto un sentido significativo en el que este análisis entra en conflicto con las explicaciones más tradicionales de la identidad personal. Teóricos como Prescott Lecky, Erik Erikson, Carl Rogers y Seymour Epstein han visto la identidad personal como algo similar a una *condición lograda* de la mente. De acuerdo con esta explicación, el individuo maduro es aquel que ha “encontrado”, “cristalizado” o “realizado” un sentido firme de su identidad personal. En general, esta condición es vista como altamente positiva, y una vez lograda, minimiza la varianza o inconsistencia en la propia conducta. Una idea bastante similar es defendida por McAdams (1985) en su teoría acerca de la historia de vida de la identidad personal. Para McAdams “la identidad es una *historia de vida* que los individuos comienzan a construir, consciente e inconscientemente, en la adolescencia tardía... Como las historias, las identidades pueden asumir una ‘buena’ forma —coherencia y consistencia narrativa— o pueden estar malformadas, como la historia del zorro y el oso, con sus puntos muertos y cabos sueltos” (p. 57; la cursiva es mía).

En cambio, desde el privilegiado punto de vista del construccionista, no existe una exigencia inherente para la coherencia y estabilidad de la identidad. La visión construccionista no considera a la identidad como un logro de la mente sino, en cambio, de las relaciones. Y debido a que uno permanece en relaciones cambiantes respecto a una multiplicidad de otras, uno puede o no lograr estabilidad en una relación, y no existen razones para sospechar de la existencia de un alto grado de coherencia entre las relaciones. En términos narrativos, esto subraya el énfasis previo en una variedad de autoexplicaciones. Las personas pueden retratarse a sí mismas en una variedad de formas, dependiendo del contexto relacional. Uno no adquiere un profundo y duradero “verdadero yo” sino un potencial para comunicar y ejecutar un yo.

Esta última posición se fortalece cuando consideramos las funciones sociales a las que sirve la narración progresiva. La sociedad otorga gran valor tanto al cambio como a la estabilidad. Por ejemplo, cada estabilización también puede ser caracterizada —desde perspectivas alternas— como problemática, opresiva u odiosa. Para muchos, la posibilidad del cambio progresivo es la razón de ser.

Las profesiones son seleccionadas, los apuros son soportados y los recursos personales (incluidas las relaciones más íntimas) son sacrificados, bajo la creencia de que uno está participando en un cambio positivo: una gran narración progresiva. Adicionalmente, el éxito de muchas relaciones depende en gran medida de la habilidad de las personas para demostrar que sus características indeseables (como infidelidad, disputas y egocentrismo) han disminuido con el paso del tiempo, incluso cuando existen muchas razones para dudar de ello. Como lo sugiere la investigación de Kitwood (1980), la gente usa de modo especial las narraciones progresivas en las etapas tempranas de una relación, aparentemente para investir la relación con un valor incrementado y promesas para el futuro. En efecto, la narración progresiva cumple una variedad de funciones útiles en la vida social.

Como debe ser evidente, se requiere estar preparado en la mayoría de las relaciones para dar cuenta de sí mismo como inherentemente estable, al tiempo que experimentando cambios. Uno debe ser capaz de mostrar que siempre ha sido el mismo y continuará siéndolo, aunque siga mejorando. Lograr tales fines diversos es primariamente cuestión de negociar el significado de los eventos en las relaciones entre sí. Por tanto, con suficiente trabajo conversacional, uno y el mismo evento puede figurar tanto en una narración de estabilidad como en una progresiva. La graduación de la escuela de medicina, por ejemplo, puede mostrar que uno siempre ha sido inteligente y, al mismo tiempo, que uno se encuentra encaminado hacia una elevada posición profesional.

¿Es posible hablar en favor del valor social de las narraciones regresivas? Existen razones para creer que sí. Consideremos los efectos de las historias de aflicción para solicitar atención, simpatía e intimidad. Relatar la historia propia sobre la depresión no es describir la aparición de un estado mental, sino involucrarse en un tipo particular de relación. La narración puede solicitar simultáneamente lástima y preocupación, excusas por un fracaso y liberación de un castigo. Dentro de la cultura occidental, las narraciones regresivas también pueden cumplir una *función compensatoria*. Cuando la gente aprende de condiciones que empeoran constantemente, la descripción frecuentemente opera, convencionalmente, como un desafío para compensar o buscar mejoras. La disminución ha de ser compensada o revertida a través de un vigor renovado; la intensificación del esfuerzo es convertir una tragedia potencial en una comedia-romance. Por tanto, las narraciones regresivas sirven como medios importantes para motivar a la gente (incluido uno mismo) hacia la obtención de fines positivos. La función compensatoria opera en el nivel nacional cuando un gobierno demuestra que la creciente disminución en la balanza de pagos puede ser compensada por un compromiso popular con

productos manufacturados localmente, y en el nivel individual, cuando uno alienta el entusiasmo propio por un proyecto dado: “Estoy fracasando en esto, debo esforzarme mucho más”.

EL ENTRETEJIDO DE LAS IDENTIDADES

En este capítulo he intentado desarrollar una visión de la narración como un recurso discursivo, y de sus riquezas y potenciales como constituyentes de un legado histórico disponible en varios grados para todos dentro de la cultura. Poseer un yo inteligible —un ser reconocible con un pasado y un futuro— requiere tomar préstamos de la reserva cultural. En el sentido de Bakhtin (1981), ser una persona inteligible requiere de un acto de *ventriloquia*. Sin embargo, como se desarrolló aquí, también existe un fuerte énfasis en los intercambios en curso. La narración puede parecer monológica, pero su éxito para establecer la identidad inevitablemente debe basarse en el diálogo. Es en este contexto que finalmente deseo llamar la atención hacia las formas en que las identidades narradas están entrelazadas dentro de la cultura. Resulta particularmente útil tratar la autonarración, la comunidad moral, la negociación interminable y las identidades recíprocas.

Como lo he sugerido, las autonarraciones están inmersas en procesos de intercambio continuo. En un sentido amplio, sirven para unir al pasado con el presente y para significar trayectorias futuras (Csikszentmihalyi y Beattie, 1979). Su relevancia para el futuro resulta de especial interés aquí, porque prepara el escenario para la evaluación moral. Sostener que uno siempre ha sido una persona honesta (narración de estabilidad) sugiere que se puede confiar en uno. Construir el propio pasado como una historia de éxitos (narración progresiva) implica un futuro de avances continuos. Por otra parte, presentarse a uno mismo como perdiendo las propias habilidades a causa del envejecimiento (narración regresiva) genera la expectativa de que uno será menos enérgico en el futuro. El punto importante aquí es que, cuando estas implicaciones son llevadas a cabo en la práctica, pasan a estar sujetas a la evaluación social. Otros pueden encontrar las acciones y los resultados implicados por estas narraciones (de acuerdo a las convenciones vigentes) coherentes o contradictorios con los relatos. En la medida en que dichas acciones entren en conflicto con estos relatos, ponen en duda su validez y pueden traer como resultado la censura social. En términos de MacIntyre (1981), en cuestiones de deliberación moral: “sólo puedo contestar a la pregunta: ‘¿Qué debo hacer?’, si puedo contestar a la pregunta anterior: ‘¿De cuál historia o cuáles historias encuentro que formo parte?’” (p. 201). Lo que esto quiere decir

es que la autonarración no es simplemente un derivado de encuentros pasados, reensamblado en las relaciones en curso; una vez usada, establece las bases para el ser moral dentro de la comunidad. Establece una reputación, y la comunidad de reputaciones es la que forma el núcleo de una tradición moral. En efecto, el desempeño de la autonarración asegura un futuro relacional.

El desempeño narrativo también prepara el escenario para una ulterior interdependencia. Puesto que la relación entre nuestras acciones y las cuentas que damos de ellas depende de las convenciones sociales, y puesto que las convenciones de referencia rara vez son unívocas, hay una ambigüedad inherente acerca de la forma en que deben ser entendidas las acciones. Puesto que las narraciones generan expectativas, existe la inevitable pregunta acerca de si las acciones se encuentran a la altura de las expectativas. ¿Una auditoria de impuestos contradice la declaración del individuo acerca de su continua honestidad?, ¿un año sin publicaciones indica que la narración progresiva del profesor ya no es operativa?, ¿una victoria en el tercer set de tenis indica que las quejas acerca del envejecimiento eran sólo una treta? Para poder mantener la identidad, se requiere de una exitosa negociación en cada ocasión. Más ampliamente, podría decirse que mantener la identidad —la validez narrativa dentro de la comunidad— es un reto interminable (véanse también De Waele y Harré, 1976; Hankiss, 1981). El propio ser moral nunca es un proyecto completo en cuanto las conversaciones de la cultura continúen.

Esta negociación continua de la identidad narrativa se complica por un último rasgo relacional. Hasta ahora he tratado las narraciones como si únicamente estuvieran preocupadas con la trayectoria temporal del protagonista solo. Esta concepción debe expandirse. Los incidentes típicamente tejidos en una narración no sólo son las acciones del protagonista sino también las de los otros. En la mayoría de instancias, las acciones de otros contribuyen de modo vital a los eventos vinculados en la secuencia narrativa. Por ejemplo, para justificar su recuento de honestidad continua, un individuo puede describir la manera en que un amigo fracasó en su intento de tentarlo a hacer trampa; para ilustrar sus logros, puede mostrar cómo otra persona fue vencida en una competencia; al hablar de sus capacidades perdidas, puede señalar la rapidez del desempeño de una persona joven. En todos los casos, las acciones de otros se convierten en parte integral de la inteligibilidad narrativa. En este sentido, las construcciones del yo requieren de un reparto de actores de apoyo.

Las implicaciones de esta necesidad de un contexto ciertamente son amplias. Primero, de la misma forma en que los individuos usualmente asumen

el privilegio de la autodefinición (“Me conozco a mí mismo mejor de lo que otros me conocen”), los otros también exigen el derecho de definir sus propias acciones. Por tanto, en cuanto uno usa las acciones de otros para hacerse a sí mismo inteligible, uno depende del acuerdo entre ellos. En el caso más simple, si el otro está presente, ningún relato sobre las propias acciones podrá mantenerse en pie sin el acuerdo de que “Sí, así fue como sucedió”. Si los otros no están dispuestos a acceder a sus roles asignados, entonces uno no puede apoyarse en las acciones de ellos en una narración. Si los otros no ven sus acciones como “incitación a la tentación”, difícilmente el actor podría hacer alarde de la continuidad de su fuerza de carácter; si los otros pueden mostrar que realmente no fueron vencidos en una competencia, difícilmente el actor podría usar el episodio como un escalón en una historia de éxitos. La validez narrativa, entonces, depende fuertemente de la afirmación de los otros.

Esta dependencia de los demás pone al actor en una posición de interdependencia precaria, puesto que en la misma forma en que la propia inteligibilidad depende de si los otros están de acuerdo acerca de su propio lugar en la historia, también su propia identidad dependerá de la afirmación que de ellos haga el actor. El éxito del actor en mantener una autonarración dada depende fundamentalmente de la voluntad de otros de seguir interpretando ciertos pasados en relación con él. En términos de Schapp (1976), cada uno de nosotros está “tejido” en las construcciones históricas de los otros, de la misma forma que ellos están a las nuestras. Como lo sugiere esta delicada interdependencia de construcciones narrativas, un aspecto fundamental de la vida social es la *red de identidades recíprocas*. Puesto que la propia identidad se puede mantener sólo en la medida en que los otros desempeñen su rol apropiado de apoyo, y puesto que a su vez a uno se le exige que cumpla roles de apoyo en sus construcciones, en el momento en que cualquier participante decida renegar, amenaza el arreglo de construcciones interdependientes.

Un adolescente puede decir a su madre que ella ha sido una “mala madre”, destruyendo así su narración de estabilidad como “buena madre”. Al mismo tiempo, sin embargo, él se arriesga a que su madre le conteste que ella siempre sintió que el carácter suyo era inferior, que nunca mereció su amor; su narración continua del “yo como bueno” queda puesta en peligro. Una amante le puede informar a su compañero que ya no le interesa tanto como antes, aplastando potencialmente así su narración de estabilidad; sin embargo, él puede contestar que durante mucho tiempo se ha sentido aburrido con ella y que se encuentra feliz de ser relevado de su rol de amante. En tales instancias, cuando las partes en la relación retiran sus roles de apoyo, el resultado es una degeneración general de las identidades. Las

identidades, en este sentido, nunca son individuales; cada una está suspendida en un arreglo de relaciones precariamente situadas. Las repercusiones de lo que tiene lugar aquí y ahora —entre nosotros— pueden ser infinitas.

REFERENCIAS

Bakhtin, M. (1981), *The dialogic imagination*. Austin: University of Texas Press.

Bennett, W. L. y M. S. Feldman (1981), *Reconstructing reality in the courtroom*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Bettelheim, B. (1976), *The uses of enchantment*. Nueva York: Knopf.

Britton B. K., y A. D. Pelligrini (Ed.) (1990), *Narrative thought and narrative language*. Hillsdale: Erlbaum.

Bruner, J. (1986), *Actual minds, possible worlds*. Cambridge: Harvard University Press.

Bruner, J. (1990), *Acts of meaning*. Cambridge: Harvard University Press.

Carr, D. (1984), *Time, narrative and history*. Bloomington: Indiana University Press.

Charne, S. L. (1984), *Meaning and myth in the study of lives: A Sartrean perspective*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Cohler, B. J. (1982), Personal narrative and the life-course. En P. Battles y O. G. Brim (Eds.), *Life-span development behavior*. Nueva York: Academic Press.

Coupland, N. y J. F. Nussbaum (Eds.) (1993), *Discourse and lifespan identity*. Newbury Park: Sage.

Csikszentmihalyi, M. y O. Beattie (1979), Life themes: A theoretical and empirical explanation of their origins and effects. *Journal of Humanistic Psychology*, 19: 45-63.

Day, J. M. (1991), The moral audience: On the narrative mediation of moral “judgment” and moral “action”. En M. B. Tappan y M. J. Paeker (Eds.), *Narrative and storytelling: Implications for understanding moral development*. San Francisco: Jossey-Bass.

de Waele, J. P. y R. Harré (1976), The personality of individuals. En R. Harré (Ed.), *Personality*. Oxford: Blackwell.

Dipple, E. (1988), *The unresolvable plot: Reading contemporary fiction*. Londres: Routledge.

Elsbree, L. (1982), *The rituals of life: Patterns in narrative*. Port Washington: Kennikat Press.

Frye, N. (1957), *Anatomy of criticism*. Princeton: Princeton University Press.

Gallie, W. B. (1964), *Philosophy and the historical understanding*. Londres: Chatto y Windus.

Gergen, K. J. y M. M. Gergen (1983), Narrative and the self as relationship. En L. Berkowitz, (Ed.), *Advances in experimental social psychology*. San Diego: Academic Press.

Gergen, M. M. (1980), *Antecedents and consequences of self-attributional preferences in later life*. PhD. Diss., Temple University.

Gergen, M. M. (1992), Life stories: Pieces of a dream. En G. Rosenwald y R. Ochberg (Eds.), *Telling lives*. New Haven: Yale University Press.

Gubrium, J., J. A. Holstein, y D. Buckholdt (1994), *Constructing life course*. Dix Hills: General Hall.

Hankiss, A. (1981), Ontologies of the self: On the mythological rearranging of one's life-history. En D. Bertaux (Ed.), *Biography and society*. Beverly Hills: Sage.

Hardy, B. (1968), Towards a poetics of fiction: An approach through narrative. *Novel 2*: 5-14.

Harré, R. y P. Secord (1972), *The explanation of social behavior*. Oxford: Blackwell.

Josselson, R. y A. Lieblich (1993), *The narrative study of lives*. Londres: Sage.

Kelly, M. H. y F. C. Keil (1985), The more things change...: Metamorphoses and conceptual structure. *Cognitive Science*, 9: 403-416.

Kohli, M. (1981), Biography: Account, text and method. En D. Bertaux (Ed.), *Biography and society*. Beverly Hills: Sage.

Labov, W. (1982), Speech actions and reactions in personal narrative. En D. Tanner (Ed.), *Analyzing discourse: Text and talk*. Washington D.C.: Georgetown University Press.

Lippman, S. (1986), "Nothing but the facts, ma'am": The impact of testimony construction and narrative style on jury decisions. Tesis no publicada: Swarthmore College.

MacIntyre, A. (1973), Ideology, social science and revolution. *Comparative Politics*, 5: 321-341

MacIntyre, A. (1984), *After virtue*. 2ª Ed. Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Mancuso, J. C. y T. R. Sarbin (1983), The self-narrative in the enactment of roles. En T. R. Sarbin y K. E. Scheibe (Eds.), *Studies in social identity*. Nueva York: Praeger.

Mandler, J. M. (1984), *Stories, scripts and scenes: Aspects of schema theory*. Hillsdale: Erlbaum.

Martin, E. M. (1987), *The woman in the body: A cultural analysis of reproduction*. Boston: Beacon Press.

Maslow, A. H. (1961), Peak-experiences as acute identity experiences. *American Journal of Psychoanalysis*, 21: 254-260.

McAdams, D. P. (1985), *Power, Intimacy and the life story*. Nueva York: Guilford.

McAdams, D. P. (1993), *The stories we live by*. Nueva York: William Morrow and Sons.

Mink, L. A. (1969), History and fiction as modes of comprehension. *New Literary History*, 1: 556-569.

Mischler, E. G. (1986), *Research interviewing: Context and narrative*. Cambridge: Harvard University Press.

Nehamas, A. (1985), *Nietzsche: Life as literature*. Cambridge: Harvard University Press.

Ortega y Gasset, J. (1941), *History as a system*. Nueva York: State University Press.

Polkinghorne, D. E. (1988), *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.

Propp, V. (1968), *Morphology of the folktale*. Austin: University of Texas Press.

Ricoeur, P. (1981), *Hermeneutics and the human sciences*. Trad. J. Thompson. Nueva York: Cambridge University Press.

Rimmon-Kenan, S. (1983), *Narrative fiction: Contemporary poetics*. Londres: Methuen.

Rosenwald, G. C. y R. L. Ochsberg (1992), Introduction: Life stories, cultural politics, and self-understanding. En G. C. Rosenwald y R. L. Ochsberg (Eds.), *Storied lives: The cultural politics of self-understanding*. New Haven: Yale University Press.

Sarbin, T. R. (1986), Emotion and act: Roles and rhetoric. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions*, pp. 83-98. Nueva York: Basil Blackwell.

Schank, R. C. y R. P. Abelson (1977), *Scripts, plans, goals and understanding*. Hillsdale: Erlbaum.

Schapp, W. (1976), *In Geschichten verstrickt zum Sein von Mensch und Ding*. Wiesbaden: Heymann.

Scheibe, K. E. (1986), Self-narratives and adventure. En T. R. Sarbin (Ed.), *Narrative psychology*. Nueva York: Praeger.

Scholes, R. y R. Kellogg (1966), *The nature of narratives*. Nueva York: Oxford University Press.

Sutton-Smith, B. (1979), Presentation and representation in fictional narrative. *New Directions for Child Development*, 6: 37-60.

Tappan M. B. (1991), Narrative authorship and the development of moral authority, en M. B. Tappan y M. J. Paeker (Ed.), *Narrative and storytelling: Implications for understanding moral development*. San Francisco, Jossey-Bass.

Tololyan, K. (1989), Narrative culture and the motivation of terrorism. En J. Shotter y K. Gergen (Eds.), *The texts of identity*. Londres: Sage.

White, H. (1973), *Metahistory*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

White, M. y D. Epston (1990), *Narrative means to therapeutic ends*. Nueva York: Norton.

Wittgenstein, L. (1953), *Philosophical investigations*. Trad. G. Anscombe. Nueva York: Macmillan.

Young, K. (1982), Edgework: Frame and boundary in the phenomenology of narrative. *Semiotica*, 41: 277-315.

MÁS ALLÁ DE LA NARRACIÓN EN LA NEGOCIACIÓN DEL SIGNIFICADO TERAPÉUTICO

*No he sacado conclusiones, no he marcado límites
para abarcar y excluir, para separar el interior del exterior:
no he trazado líneas, así como
los múltiples movimientos de la arena
cambian la forma de las dunas, que no será la misma mañana,
así quiero seguir,
quiero aceptar el pensamiento conveniente,
no cercar los comienzos ni los fines,
No levantar muros*

A. R. Ammons, *Carson's Inlet*

Cuando las personas buscan una psicoterapia es porque tienen una historia que contar. Frecuentemente, se trata de una historia de preocupaciones, desconcierto, penas o rabia, acerca de una vida o de una relación que ahora se encuentra arruinada. Para muchos es una historia de eventos calamitosos que han conspirado contra su sentido de bienestar, de satisfacción personal o de eficacia. Para otros, la historia puede tratarse de fuerzas misteriosas e invisibles que se inmiscuyen en las secuencias organizadas de la vida, destruyendo y perturbando. Y para otros más es como si, habiendo tenido la ilusión de conocer la forma en que el mundo es o debería ser, de alguna manera tropezaran con problemas para los cuales sus explicaciones del mundo no los habían preparado. Han descubierto una realidad horrible que ahora despoja de valor todas las comprensiones pasadas que tenían un valor de supervivencia. Sin importar su forma, el terapeuta se enfrenta a una narrativa —frecuentemente, persuasiva

y agobiante—; una narrativa que puede terminar en un período breve o que puede extenderse durante semanas o meses. Sin embargo, en algún momento, el terapeuta inevitablemente debe responder a este relato, y cualquier cosa que se siga dentro del proceso terapéutico tomará su significación en respuesta a este relato.

¿Qué opciones se encuentran disponibles para el terapeuta como receptor de una realidad narrada? Existe al menos una opción que permea toda la cultura, y algunas veces también se usa en los ambientes de consulta, entrevistas de trabajo social y terapias breves. Puede ser vista como la *opción de la consejería*. Para el consejero, la historia del consultante permanece relativamente inviolable. Sus términos descriptivos y formas de explicación permanecen sin cuestionamientos. En cambio, el principal esfuerzo para el consejero es localizar formas de acción que resulten efectivas “bajo las circunstancias” que han sido narradas. Así, por ejemplo, si el individuo dice que está deprimido por su fracaso, se buscan los medios para restablecer la eficacia. Si el consultante se siente incapaz debido a un duelo, entonces se puede sugerir un programa de acción para superar el problema. En efecto, la historia de vida del consultante se acepta como fundamentalmente precisa para él, y el problema es localizar formas paliativas de acción dentro de los términos de la historia.

Hay mucho que decir con respecto a la opción de la consejería. Dentro del ámbito de lo relativamente ordinario, esta opción es la más “razonable” y la que tiene la mayor probabilidad de eficacia. Sin embargo, para el consultante con una severidad crónica o con una perturbación profunda, la opción de la consejería tiene grandes limitaciones. En principio, son muy pocos los esfuerzos que se realizan por confrontar los orígenes más profundos del problema o las formas complejas en que se sostiene. La principal preocupación es localizar un nuevo curso de acción. Cualquiera que sea la cadena de antecedentes, éstos simplemente permanecen iguales, y continúan operando como amenazas al futuro. Además, normalmente son muy pocos los esfuerzos que se realizan para cuestionar los contornos de la historia, determinar su utilidad o viabilidad relativa. ¿Podría estar equivocado el cliente o definiendo las cosas de una manera que no resulta óptima? Frecuentemente, tales preguntas permanecen sin explorar. Al aceptar la “historia tal como es contada”, la definición del problema permanece rígida. Como resultado, se restringe el rango de posibles opciones de acción. Si se dice, por ejemplo, que el problema es el fracaso, las opciones relevantes se dirigirán hacia las formas de restablecer el éxito. Las otras posibilidades se llevan hacia los márgenes de lo plausible. Y, finalmente, en los casos crónicos o severos, la localización de alternativas de acción con mucha frecuencia parece un paliativo

superficial. Para alguien que, por ejemplo, durante años ha estado deprimido, ha sido adicto o autodestructivo, una consejería simple acerca de cómo vivir puede parecer poco más que un susurro en el viento.

En este capítulo queremos explorar dos alternativas sustanciales a la opción de la consejería. La primera está representada por la mayoría de formas tradicionales de la psicoterapia y de la práctica psicoanalítica. Puesto que se apoya en los supuestos neoilustrados que dominan las ciencias en este siglo, esta orientación hacia la narración puede verse como *modernista*. Por el contrario, gran parte del pensamiento *posmoderno* supone un reto poderoso a la concepción modernista de la narración, y al hacerlo, abre nuevos modos de procedimiento terapéutico. Esta última orientación está bien representada por varias contribuciones construccionistas de este volumen. Sin embargo, deseamos desarrollar algunas dimensiones de la orientación construccionista que actualmente no se han enfatizado en los análisis existentes. En efecto, queremos ir más allá del significado narrativo en la conformación de nuestras vidas.

LAS NARRACIONES TERAPÉUTICAS EN EL CONTEXTO MODERNO

Mucho se ha escrito acerca del modernismo en las ciencias, la literatura y las artes, pero éste no es el contexto más apropiado para una revisión minuciosa¹. Sin embargo, resulta útil considerar brevemente un conjunto de supuestos que han guiado las actividades en las ciencias y profesiones afines a la salud mental, ya que han informado ampliamente el tratamiento terapéutico de las narraciones de los consultantes. La era moderna en las ciencias ha estado comprometida, primero que todo, con *la elucidación empírica de las esencias*. Ya se trate de la naturaleza del átomo, del gen o de la sinapsis en las ciencias naturales, o de los procesos de percepción, de toma de decisiones económicas, o del desarrollo organizacional en las ciencias sociales, el principal esfuerzo ha sido establecer cuerpos de conocimiento objetivo y sistemático. Se ha pensado que tal conocimiento le permitiría a la sociedad realizar predicciones de precisión creciente acerca de las relaciones causa-efecto y, por tanto, con la implementación de tecnologías apropiadas, ganar dominio sobre el futuro. Para el modernista, la sociedad buena se puede erigir sobre las bases del conocimiento empírico.

1 Para discusiones adicionales sobre el modernismo, véanse Berman, 1982; Frisby, 1985; Frascina y Harrison, 1982, y Gergen, 1991.

El conocimiento empírico se transmite, por supuesto, a través de los lenguajes científicos. Se dice que si estos lenguajes están bien fundamentados en la observación, reflejan o calcan el mundo, de acuerdo con nuestra capacidad de conocerlo. Las narraciones son esencialmente estructuras del lenguaje, y puesto que se generan dentro del entorno académico, pueden, de acuerdo con la explicación modernista, funcionar como vehículo del conocimiento objetivo. Por tanto, las narraciones del novelista se etiquetan como “ficción”, y se considera que tienen pocas consecuencias para los serios propósitos científicos. Las narraciones de las personas acerca de sus vidas, lo que les ha pasado y por qué, no necesariamente son ficciones. Pero, según lo proclama el científico comportamental, son notablemente imprecisas y de poca confiabilidad. Por tanto, se consideran de valor limitado en la comprensión de la vida del individuo, y menos preferibles que los recuentos empíricos del científico entrenado. Así, a las explicaciones narrativas del científico se les otorga la más alta credibilidad, y se les distingue de los mercados del entretenimiento y de la interacción cotidiana como “teorías científicas”. Desde la teoría del *big bang* acerca de los orígenes de la Tierra hasta la teoría de la evolución dentro de las ciencias naturales, y desde la teoría piagetiana del desarrollo racional hasta las teorías de la recesión económica y la transmisión cultural en las ciencias sociales, las narraciones científicas son historias estructuradas sobre la manera en que las cosas llegaron a ser lo que son².

La profesión de la salud mental es hoy, en gran medida, un producto del contexto moderno y comparte profundamente sus supuestos. Así, desde Freud hasta los terapeutas cognitivos contemporáneos, existe la creencia general de que el terapeuta profesional funciona (o idealmente debería funcionar) como un científico. En virtud de actividades como el entrenamiento científico, la experiencia en investigación, el conocimiento de la literatura científica y las innumerables horas de observación y de pensamiento sistemático dentro de la situación terapéutica, el profesional está bien provisto de conocimiento. Por cierto, el conocimiento contemporáneo es incompleto, y siempre se requiere de más investigación. Pero se dice que el conocimiento del profesional contemporáneo es muy superior al del terapeuta de fines del siglo pasado y que el futuro sólo puede traer mayores progresos. Por tanto, con pocas excepciones, las teorías terapéuticas (ya sean comportamentales, sistémicas, psicodinámicas o experienciales/humanistas) contienen supuestos explícitos acerca de: 1) la causa o base subyacente de la patología, 2) la ubicación de esta causa dentro del consultante o sus relaciones,

2 Véase el útil volumen de Sarbin (1986) sobre la psicología narrativa.

3) los medios a través de los cuales se pueden diagnosticar estos problemas, y 4) los medios para eliminar la patología. En efecto, el profesional calificado entra en el ámbito terapéutico con una narración bien desarrollada para la cual existe un abundante apoyo dentro de la comunidad de pares científicos.

Sobre este trasfondo se establece la postura del terapeuta respecto a la narración del consultante. Porque la narración del consultante está, después de todo, hecha del material endeble de las historias diarias: repleta de fantasía, metáforas, pensamiento afectivo y memorias distorsionadas. La narración del científico, por el contrario, tiene el sello de la aprobación profesional. Desde este punto de vista, vemos que el proceso terapéutico conduce al reemplazo lento, pero inevitable, de la narración del consultante por la del terapeuta. La historia del consultante no sigue siendo un reflejo de la verdad; más bien, a medida que se realizan preguntas y se brindan respuestas, se reformulan las descripciones y explicaciones, y el terapeuta siembra afirmaciones y dudas, la narración del consultante se destruye o incorpora —pero, en cualquier caso, se reemplaza— al relato profesional. El psicoanalista transforma el relato del consultante en un cuento de romance de familia, el rogeriano lo transforma en una lucha contra la consideración condicional, etcétera. Este proceso de sustitución de la historia del consultante por la del profesional fue hábilmente descrito por Donald Spence en *Narrative Truth and Historical Truth*. Según Spence, el terapeuta:

Constantemente está tomando decisiones acerca de la forma y la situación del material del paciente. Ciertas convenciones específicas de escucha... ayudan a guiar estas decisiones. Si, por ejemplo, el analista asume que la contigüidad indica causalidad, entonces oirá una secuencia de declaraciones inconexas como si fueran una cadena causal; tiempo después, tal vez haga una interpretación que explicita esta suposición. Si asume que predomina la transferencia y que el paciente siempre está hablando, de manera más o menos disfrazada, acerca del analista, entonces “oírán” el material de esa forma y hará algún tipo de evaluación acerca del estado de la transferencia. (1982: 129)

Estos procedimientos de reemplazo tienen ciertas ventajas terapéuticas. En primer lugar, cuando el consultante obtiene una “comprensión real” de sus problemas, la narración problemática desaparece. Se provee al consultante de una realidad alternativa que guarda una promesa para el bienestar futuro. En efecto, la historia sobre el fracaso con la cual el consultante entró a la terapia puede ser reemplazada por una historia de éxito. Y, de manera similar a la opción de consejería que se esbozó anteriormente, es probable que la nueva historia tienda a sugerir líneas alternativas de acción, formando o disolviendo relaciones, operando bajo un régimen diario, sometiendo a procedimientos terapéuticos, etcétera. Existen nuevas y más esperanzadoras cosas que hacer. Y también, al

brindar al consultante una formulación científica, el terapeuta ha desempeñado el rol que se le designó en un ritual cultural que viene de largo tiempo atrás, en el cual el ignorante, el fracasado y el débil buscan consejo del sabio, del superior y del más fuerte. De hecho, se trata de un ritual reconfortante para todos los que se quieren someter a él.

Sin embargo, a pesar de estas ventajas, existen razones sustanciales para sentir preocupación. Se han localizado grandes fallas en la orientación modernista respecto a la terapia. Hace mucho tiempo que la comunidad científica contempla con escepticismo las dominantes pretensiones de conocimiento que se encuentran en todas las profesiones de la salud mental. Se sostiene que son muy pocas las justificaciones que los profesionales de la salud mental tienen para sostener sus pretensiones de conocimiento acerca de las patologías y las curas. Las críticas también han arremetido contra las formas tradicionales de la terapia, por su excesiva preocupación con lo individual. Como se argumenta, dichas teorías son ciegas a las amplias condiciones culturales con las que las dificultades psicológicas pueden estar conectadas de manera significativa (véase, por ejemplo, Kovel, 1980). Las críticas feministas se han hecho oír cada vez más en dichos ataques, recordando que muchos “desórdenes femeninos” se atribuyen inapropiadamente a la mente femenina, cuando son el resultado directo de las condiciones opresivas en las que vive la mujer dentro de la sociedad (véase, por ejemplo, Hare-Mustin y Marecek, 1988). Otros han estado profundamente irritados por las tendencias patologizantes de la profesión. Desde el punto de vista moderno, la conducta desviada o atípica se atribuye a las patologías mentales, y la tarea del profesional de la salud mental —como la profesión de la medicina— es identificar y tratar tales desórdenes. Sin embargo, al aceptar tales supuestos, la profesión actúa de manera que objetiva la enfermedad mental, incluso cuando existen muchos medios alternativos para interpretar o comprender el mismo fenómeno (véase, por ejemplo, Gergen, 1991).

Por encima y más allá de estos problemas, la orientación modernista de la narración del consultante presenta fallas adicionales. Existe, por lo pronto, una imperiosa y sustancial ofensiva respecto a la postura modernista. No sólo nunca se cuestiona la narración del terapeuta, sino que el procedimiento terapéutico prácticamente asegura que ésta será reivindicada. En términos de Spence, “el espacio de búsqueda [dentro de la interacción terapéutica] puede expandirse infinitamente hasta que se descubra la respuesta [del terapeuta] y... no hay posibilidad de encontrar una solución negativa, o decidir que la búsqueda [del terapeuta] ha fracasado” (1982: 108). Así, sin importar la complejidad, la sofisticación o el valor de la explicación del consultante, ésta finalmente se reemplaza por una

narración creada antes de que el consultante entrara a la terapia, y por contornos sobre los cuales no tiene ningún control.

No se trata simplemente de que los terapeutas de una escuela se aseguren de que sus consultantes terminen creyendo en su explicación particular. Por implicación (y práctica), el propósito último de la mayoría de escuelas de terapia es hegemónico. Todas las otras escuelas de pensamiento, y sus narraciones asociadas, deberían sucumbir. Los psicoanalistas desean erradicar la modificación conductual; los terapeutas cognitivo-conductuales consideran equívoca la terapia sistémica, y así sucesivamente. Sin embargo, las consecuencias más inmediatas y potencialmente perjudiciales se reservan para el consultante. Porque, al final, la estructura del procedimiento le da al consultante una lección de inferioridad. Indirectamente, se le informa al consultante que es ignorante, insensible, obtuso o emocionalmente incapaz de conocer la realidad. Por el contrario, el terapeuta se posiciona como el que todo lo sabe y conoce, un modelo al que el consultante debe aspirar. La situación es aún más lamentable, debido a que, al ocupar el rol superior, el terapeuta no revela ninguna debilidad. En ningún lugar se dan a conocer los tambaleantes fundamentos de la explicación del terapeuta; en ningún lugar se visibilizan las dudas personales del terapeuta, sus debilidades y fracasos. Y así, el consultante se enfrenta a una visión inalcanzable de las posibilidades humanas, como el heroísmo de la mitología del cine.

La orientación modernista también sufre de rigidez de las formulaciones narrativas. Como hemos visto, los enfoques modernos de la terapia comienzan con una narración a priori, justificada por la pretensión de que parten de una base científica. Puesto que se sanciona como científica, esta narración está relativamente blindada respecto a cualquier alteración. Se pueden considerar modificaciones menores, pero el sistema mismo carga el peso de una doctrina establecida. De la misma forma, los biólogos rara vez cuestionan las estipulaciones básicas de la teoría darwiniana, y los psicoanalistas que cuestionan los fundamentos de la teoría psicoanalítica se ponen en peligro profesional. En estas condiciones, el consultante enfrenta un sistema de comprensión relativamente cerrado. No se trata sólo de que la realidad del consultante eventualmente ceda ante la del terapeuta, sino que todas las otras interpretaciones también se verán excluidas. En la medida en que la narración del terapeuta se convierte en la realidad del consultante, y que sus acciones se guían en consecuencia, las opciones de vida del consultante se ven severamente truncadas. De todas las formas posibles de actuar en el mundo, se pone en curso una que enfatiza, por ejemplo, la autonomía del ego, la autorrealización, la evaluación racional o la expresividad emocional, dependiendo de la rama de la terapia que se haya seleccionado inadvertidamente.

O para plantearlo de otra manera, cada forma de terapia modernista carga consigo una imagen del individuo en “pleno funcionamiento” o “bueno”; como un figurín, esta imagen sirve como modelo guía para el resultado terapéutico.

Esta restricción de las posibilidades de vida resulta aún más problemática porque está descontextualizada. Es decir, la narración del terapeuta es una formalización abstracta y cercenada de las circunstancias históricas y culturales particulares. Ninguna de las narraciones modernistas se ocupa de las condiciones específicas de vivir en un gueto de pobreza, con un hermano que tiene sida, con un hijo que tiene el síndrome de Down, con un jefe que practica el abuso sexual, etcétera. A diferencia de los detalles complejos que llenan los rincones de la vida diaria —que son, de hecho, la vida misma—, las narraciones modernistas están prácticamente despojadas de contenido. Como resultado, estas narraciones se introducen precariamente en las circunstancias de vida del individuo. Son, en este sentido, burdas e insensibles, no registran las particularidades de las condiciones de vida del consultante. Probablemente, enfatizar la autorrealización a una mujer que vive en una casa con tres niños pequeños y una suegra con alzheimer no resultará beneficioso. Presionar a un abogado del Park Avenue para que incremente la expresividad emocional en su vida diaria será de dudosa ayuda.

LAS REALIDADES TERAPÉUTICAS EN EL CONTEXTO POSMODERNO

La literatura de la cultura posmoderna se acumula rápidamente; de nuevo, éste es un momento inapropiado para realizar una revisión completa³. Sin embargo, resulta útil enfatizar por lo menos un contraste con el modernismo, de central importancia para los conceptos de conocimiento, ciencia y terapia. Dentro de las vertientes posmodernas de la academia, ahora se presta la mayor atención al proceso de la representación, o los medios a través de los cuales la “realidad” se presenta en los escritos, las artes, la televisión, etcétera. Generalmente, se acepta que los criterios de la precisión o de la objetividad tienen una relevancia cuestionable cuando se trata de juzgar la relación entre la representación y su objeto. No existen medios para disponer todos los eventos del “mundo real” en un lado, y todas las sílabas del lenguaje en el otro, y conectarlos uno a uno, de tal modo que cada sílaba refleje un átomo aislado de la realidad. En cambio, en el caso de la escritura, cada estilo o género de literatura opera de acuerdo con reglas

3 Discusiones adicionales sobre el posmodernismo se pueden encontrar en Connor, 1989; Gergen, 1991; Harvey, 1989, y Silverman, 1990.

o convenciones locales, y estas convenciones determinarán en amplia medida la manera en que entendemos los objetos supuestos de la representación. Los escritos científicos, entonces, tampoco suministran una imagen de la realidad más *exacta* que la de la ficción. Puede que las primeras explicaciones estén inmersas en actividades científicas en una forma que no lo están las últimas. Sin embargo, ambas explicaciones se guían por convenciones culturales, históricamente situadas, que determinan en gran medida el carácter de la realidad que buscan representar.

Esta reconsideración de la representación no reduce la importancia de la narración científica. Más bien, cambia el lugar de su significación en dos importantes maneras. Primero, en vez de retener su estatus como “poseedora de la verdad” —declarando así ser predicciones que ayudan a la supervivencia—, obtiene su importancia en calidad de marcos constitutivos. Es decir que dichas narraciones constituyen la realidad como una cosa y no como otra, como buena o mala en ciertos aspectos, por oposición a otros. Y al hacerlo, suministran la base o las justificaciones racionales para ciertas líneas de conducta, por oposición a otras. Por tanto, si creemos, como los sociobiólogos, que la acción humana está primariamente regida por impulsos de base genética, la manera en que llevamos la vida diaria probablemente será diferente que si creemos, como los psicólogos del aprendizaje, que las acciones de la gente son infinitamente maleables. Cada versión, una vez adoptada, provoca ciertas acciones y desalienta otras. Las narraciones científicas ganan su principal significado en los términos de las formas de vida que provocan, racionalizan o justifican. Más que reflejos de la vida ya vivida, son progenitoras del futuro.

El desplazamiento posmoderno desde el objeto de conocimiento hacia su representación también reubica los fundamentos de la justificación. En la versión modernista, las descripciones científicas son el producto de individuos singulares, de científicos cuyas pacientes habilidades de observación producen comprensiones de todo. Los individuos científicos, entonces, tienen más o menos autoridad, están más o menos informados acerca del mundo tal como es. Desde la perspectiva posmoderna, la narración del científico se ve despojada de la garantía fáctica. El científico puede “saber cómo” hacer ciertas cosas (lo que podríamos llamar, por ejemplo, “fusión atómica”), pero el científico “no sabe que” lo que está haciendo *es* una “fusión atómica”. Entonces, ¿qué es lo que le da al científico el derecho de hablar con autoridad? Del mismo modo en que las convenciones de la escritura permiten que ciertas cosas se digan de una forma y no de otras, también las convenciones sociales de la comunidad científica confieren a sus miembros el derecho a ser respetados. Es decir, el científico sólo habla

con certeza justificable dentro de la comunidad de aquellos que honran aquellas formas particulares de hablar. O para decirlo de otra forma, las representaciones científicas son productos de la comunidad de científicos: negociar, competir, conspirar, etcétera. Dentro de un marco posmoderno, lo que tomamos por conocimiento es un producto social.

Este contexto de pensamiento proporciona grandes retos a la concepción modernista de la narración científica, y más contundentemente, a la orientación modernista respecto a la terapia. En un principio, elimina la justificación objetiva de las narraciones modernistas de la patología y la cura, transformando estas explicaciones en formas de mitología cultural. Socava el estatus incuestionado del terapeuta como autoridad científica, que posee un conocimiento privilegiado de la causa y la cura. Las narraciones del terapeuta toman así su lugar junto a una miríada de posibilidades disponibles en la cultura, no trascendentalmente mejores, pero tal vez diferentes. Debe cuestionarse la práctica tradicional de reemplazar las historias del consultante con las alternativas rígidas y estrechas del terapeuta modernista. Por fuera de la estrecha comunidad de terapeutas de mentalidad similar, no existe justificación para apalea la historia detallada, rica y compleja del consultante, convertirla en una narración única y preformulada, una narración que tal vez sea de poca relevancia o promesa para las condiciones de vida posteriores del consultante. Y, finalmente, no existe una ampliada justificación para la tradicional jerarquía de estatus que degrada y frustra al consultante. El terapeuta y el consultante forman una relación que brinda recursos a ambos, y en términos de la cual se pueden labrar los contornos del futuro.

Este contexto posmoderno de pensamiento es el que informa la mayoría de las contribuciones del presente volumen. Dentro de estos capítulos hay un amplio abandono de las narraciones tradicionales de la terapia, al menos como proveedoras de relatos fiables y de base científica para la patología y la cura. Existe una prevaleciente renuncia al rol del terapeuta como concededor superior, que está por encima del consultante como modelo inalcanzable de la vida buena. Hay, en cambio, un fuerte compromiso para ver el encuentro terapéutico como un entorno para la generación creativa de significado. La voz del consultante no es simplemente un mecanismo auxiliar para la vindicación de la narración predeterminada del terapeuta, sino que sirve en estos contextos como constituyente esencial de una realidad construida conjuntamente. Prácticamente, en todos estos capítulos el énfasis está puesto en la relación colaborativa entre el consultante y el terapeuta, en tanto que se esfuerzan para desarrollar formas narrativas que puedan habilitar eficazmente al consultante para moverse más allá de la crisis actual o crónica.

Aprobamos completamente estas exploraciones en las formas de práctica construccionista. Nuestra postura es de fuerte admiración y apoyo a estos esfuerzos que buscan realizar el potencial del pensamiento posmoderno. Sin embargo, a la vez, sabemos que las mayores implicaciones de esta empresa distan de ser claras. Estamos en el punto de partida: asistimos a un cambio radical con respecto a los supuestos tradicionales acerca del conocimiento, las personas y la naturaleza de “lo real”. Se requerirán deliberación y experimentación sustanciales antes de que puedan ensayarse los resultados, e incluso, entonces, tendremos combustible adicional para una conversación que idealmente no debe tener fin. En este espíritu, queremos, en lo que resta del presente capítulo, centrarnos de manera más específica en la narración terapéutica en el contexto posmoderno. Porque nuestra conjetura es que las discusiones actuales sobre la construcción del significado en la terapia todavía retienen significativos vestigios de la visión modernista. Y si las potencialidades del posmodernismo se realizan lo suficiente, finalmente debemos ir más allá de la construcción narrativa. El reto último, como lo vemos, no es tanto transformar el significado, sino trascenderlo. Para apreciar esta posibilidad, primero es necesario explorar la dimensión pragmática del significado narrativo.

NARRACIÓN Y UTILIDAD PRAGMÁTICA

Las descripciones narrativas en el marco modernista funcionaban como representaciones de la realidad, verdaderas o falsas en cuanto a su capacidad de corresponderse con los eventos tal y como ocurrieron. Si las descripciones eran exactas, también servían como modelos para la acción adaptativa. Así, en el caso terapéutico, si la narración reflejaba un patrón recurrente de acción desadaptativa, uno podía comenzar a explorar formas alternativas de comportamiento. O si captaba los procesos formativos de una patología dada, se podían prescribir paliativos. Dentro de su marco de conocimiento, la narración del terapeuta prescribía una mejor forma de vivir. Para la mayoría de los terapeutas que entran a la era postempiricista, la preocupación modernista por la precisión ya no resulta atractiva. La verdad narrativa ha de distinguirse de la verdad histórica, y si se examina de cerca, se encuentra que incluso esta última es un impostor. ¿Cuál es, pues, la función de la reconstrucción narrativa? La mayoría de explicaciones existentes apuntan al potencial de tales reconstrucciones para reorientar al individuo, para abrir nuevos cursos de acción que sean más satisfactorios y se ajusten más a la medida de las experiencias, capacidades e inclinaciones del individuo. Así, el consultante puede alterar (o deshacerse de) narrativas tempranas, no porque sean imprecisas, sino porque son disfuncionales en sus circunstancias particulares.

Sin embargo, se debe plantear la pregunta acerca de las formas precisas en que la narración ha de ser “útil”. ¿De qué manera un lenguaje de autocomprensión guía, dirige o informa líneas de acción? Actualmente, dos respuestas a esta pregunta dominan los campos postempiricistas, las cuales resultan problemáticas. Por un lado está la metáfora del *lenguaje como lente*. De acuerdo con esta versión, una construcción narrativa es un medio a través del cual se ve al mundo. Es a través del lente de la narración que el individuo identifica objetos, personas, acciones, y así sucesivamente. Como se ha argumentado, es sobre la base del mundo como es visto, y no del mundo como es, que el individuo determina un curso de acción. Sin embargo, tomar esta posición equivale a ver al individuo como a un ser aislado y solipsista, que sufre en sus propias construcciones privadas. Las posibilidades de supervivencia son mínimas, puesto que no hay forma de escaparse de la encapsulación del sistema interno de interpretaciones. Más aún, tal versión carga consigo una notable variedad de problemas epistemológicos. Por ejemplo, ¿cómo llega el individuo a desarrollar el lente?, ¿de dónde viene la primera construcción? Puesto que si no hay ningún mundo por fuera de aquel que se ha construido internamente, no habría medios para desarrollar o modelar el lente. Simplemente, se autojustifica⁴. En últimas, ¿por qué debemos creer que el lenguaje es un lente, que los sonidos y marcas empleados en el intercambio humano se transportan de alguna manera a la mente para imponer orden sobre el mundo perceptual? El argumento es pobre.

La principal alternativa a esta visión sostiene que la construcción narrativa es un *modelo interno*, una forma de historia que el individuo puede interrogar como guía de la identidad y la acción. De nuevo, no hay instrucciones para la verdad del modelo; opera simplemente como una estructura duradera que informa y dirige la acción. Así, por ejemplo, una persona que se presenta a sí misma como un héroe, cuyas hazañas de valentía e inteligencia deben prevalecer contra todas las dificultades, encuentra que la vida no es viable. A través de la terapia se da cuenta de que tal visión no sólo lo pone en circunstancias imposibles sino que opera en contra de los sentimientos de intimidad e interdependencia con su esposa e hijos. Se elabora una nueva historia en la cual el individuo llega a verse a sí mismo como campeón, no para sí mismo, sino para su familia. Ganará su heroísmo a través de los sentimientos de felicidad de ellos y, por tanto, dependerá también de sus evaluaciones sobre las circunstancias y potencialidades. Es esta imagen transformada la que guía las acciones posteriores. Aunque existe una cierta sensatez en esta posición, nuevamente resulta problemática. Las historias

4 Para críticas adicionales a “el lente de la cognición”, véase Gergen, 1989.

de esta variedad son, en sí mismas, tanto idealizadas como abstractas. Como tales, rara vez podrían orientar el comportamiento en la compleja interacción continua. ¿Qué dice la nueva historia del yo, por ejemplo, acerca de la mejor reacción ante los deseos que tiene su esposa de que dedique menos tiempo al trabajo y más a la familia?, o ¿cómo debe responder ante una nueva oferta laboral retadora y lucrativa pero llena de riesgos? Las historias como modelos internos no sólo están desprovistas de información específica sino que permanecen estáticas. El individuo se mueve a través de numerosas situaciones y relaciones: un padre muere, un hijo se ve tentado por las drogas, una vecina atractiva actúa de manera seductora, y así sucesivamente. Sin embargo, el modelo narrativo permanece inflexible, y frecuentemente es irrelevante.

Existe una tercera forma de entender la utilidad narrativa y, desde nuestro punto de vista, es más adecuada conceptual y pragmáticamente que las alternativas predominantes. En este caso, *Las investigaciones filosóficas* de Wittgenstein (1953) suministran la metáfora generativa. Como convincentemente lo argumenta Wittgenstein, las palabras no ganan su significado a través de su capacidad de describir la realidad, sino a través de su uso en el intercambio social. Estamos involucrados, entonces, en los *juegos del lenguaje*, y es en virtud de su uso que dentro de estos juegos las palabras adquieren significado. Así, por ejemplo, lo que se puede decir acerca de una emoción como el miedo no está determinado por el “hecho del miedo”, sino por las convenciones del habla de la emoción en la cultura occidental. Yo puedo decir que el miedo es *fuerte*, pero no *bochornoso*, que está *disminuyendo*, pero no que es *sedentario*. Esto no sucede así porque el miedo, como objeto de observación, sea así y no de otra manera. Más bien, esto se debe a las limitadas formas de hablar que hemos heredado del pasado. Sin embargo, para Wittgenstein los juegos del lenguaje están inmersos dentro de *formas de vida* más amplias, o para extender la metáfora, dentro de *juegos de vida*. Esto significa que las formas de intercambio en las cuales las palabras se encuentran inmersas, y que les dan su valor, no se limitan únicamente al reino lingüístico. Tales intercambios pueden incluir todas nuestras acciones, junto con varios objetos a nuestro alrededor. Así, considerar que uno tiene rabia no sólo requiere el uso de ciertas palabras dentro de los juegos del lenguaje, sino de ciertas acciones corporales (hacer chirriar los dientes, por ejemplo, en vez de sonreír) que constituyen las formas de vida en las cuales el juego del lenguaje se encuentra inmerso. Involucrarse en la rabia es, pues, participar en una forma de danza cultural, no ocupar el propio lugar en la danza equivale a no tener rabia⁵.

5 Para una discusión más profunda sobre las narrativas del yo, véase Gergen y Gergen, 1988.

Con esta metáfora a la mano, volvamos al caso de las narraciones del yo. Historias acerca de uno mismo —los fracasos y éxitos, las limitaciones y potencialidades, etcétera— esencialmente son arreglos de palabras (expresados frecuentemente con movimientos asociados del cuerpo). Son, en este sentido, candidatos a significado dentro de uno o más juegos del lenguaje, dentro de una o más danzas culturales. Si han de tener utilidad, es dentro de los confines de un juego o danza particular. La utilidad ha de derivarse de su éxito a medida que se desplazan dentro de estos ámbitos, en términos de su adecuación como reacciones a movidas previas o como instigadoras de lo que se avecina. Consideremos, por ejemplo, la historia de un fracaso, la forma en que alguien llegó a volverse letárgico y a estar inmóvil. Como hemos visto, la historia no es ni falsa ni verdadera en sí misma; simplemente es una construcción entre muchas. Sin embargo, a medida que esta historia se inserta en varias formas de relación —en los juegos o danzas de la cultura—, sus efectos son sorprendentemente variados. Si un amigo acaba de relatar una historia de gran éxito personal, la historia de fracaso propia probablemente actuará en calidad de fuerza represiva, y alejará al amigo que anticipaba una reacción de felicitación. Si, por el contrario, el amigo acaba de revelar un fracaso personal, compartir el fracaso propio probablemente asegurará y solidificará la amistad. Similarmente, relatar la propia historia de letargo e inmovilidad a la madre de uno puede elicitarse una reacción cálida y compasiva; compartirla con la esposa que cada mes se preocupa por las cuentas puede producir frustración y rabia.

Para ponerlo de otro modo, una historia no es simplemente una historia. Es también una acción situada en sí misma, un desempeño con efectos ilocutivos. Actúa de modo que crea, sostiene o altera mundos de relaciones sociales. En estos términos, resulta insuficiente que el consultante y el terapeuta negocien una nueva forma de autocomprensión que parezca realista, estética y animadora dentro de la díada. No es su danza de significado la que primariamente está en juego. Más bien, la pregunta significativa es si la nueva forma de significado es práctica en el ámbito social por fuera de estos confines. Por ejemplo, ¿cómo afecta la historia de uno mismo como “héroe del grupo familiar” a una esposa a la que le desagrada su estatus de dependencia, a una jefe que ha alcanzado su posición gracias a sus propios esfuerzos o a un hijo rebelde?, ¿qué formas de acción provoca la historia en cada una de estas situaciones?, ¿qué tipo de danzas se generan, facilitan o sostienen? La evaluación en este nivel parece ser la más crucial para la consideración conjunta del terapeuta y el consultante.

TRASCENDER LA NARRACIÓN

La discusión crítica del presente capítulo gira alrededor de la pragmática del desempeño narrativo. Como hemos visto, para muchos de los que están dando el giro posmoderno en la terapia, la narración sigue siendo vista como una forma de lente interno que determina la manera en que se ve la vida, o como un modelo interno que sirve para guiar la acción. A la luz de la discusión precedente sobre la pragmática, se encuentra que estas concepciones resultan deficientes en tres aspectos fundamentales. Primero, cada una retiene el molde *individualista* del modernismo, puesto que la morada última de la construcción narrativa está dentro de la mente de un individuo singular. A medida que hemos reconsiderado la utilidad de la narración, nos hemos movido hacia afuera, desde la mente individual hacia las relaciones que se constituyen por la narración en acción. Las narraciones existen en los relatos, y los relatos son constituyentes de formas relacionales, para bien o para mal. Segundo, las metáforas del lente y el modelo interno favorecen la *singularidad en la narración*; es decir, tienden a presumir la funcionalidad de una formulación única de autocomprensión. Se dice que el individuo posee un “lente” para comprender el mundo, no un *depósito* de lentes; y se plantea que a través de la terapia uno llega a poseer una “nueva verdad narrativa”, no una *multiplicidad* de verdades. Desde el punto de vista de la pragmática, la presunción de singularidad opera en contra de la adecuación funcional. Cada narración del yo puede funcionar bien en ciertas circunstancias, pero lleva a resultados miserables en otras. Tener un solo medio para hacer al yo inteligible, entonces, es limitar el rango de relaciones o situaciones en las que uno puede funcionar satisfactoriamente. Así, por ejemplo, puede ser muy útil saber “ponerse rabioso” de manera efectiva, y formular explicaciones para justificar dicha actividad. Existen ciertos momentos y lugares en que la rabia es la movida más efectiva en la danza. Al mismo tiempo, estar sobrecapacitado o sobrepregado en este aspecto —de tal manera que la rabia sea prácticamente el único medio para moverse en las relaciones— reducirá enormemente las relaciones de uno. Desde la perspectiva presente, la multiplicidad narrativa se ha de preferir infinitamente.

Finalmente, las concepciones del lente y el modelo interno favorecen la creencia en la narración o *el compromiso* con ella. Es decir, ambas sugieren que el individuo vive *dentro* de la narración como un sistema de comprensión. Uno “ve el mundo de esta manera”, como se dijo, y de este modo, la narración es “verdadera para el individuo”. O la historia transformada del yo es la “nueva realidad”; esto constituye una “nueva creencia acerca del yo” que apoya y sostiene al individuo. De nuevo, sin embargo, cuando consideramos la utilidad social de la narración, la creencia y el compromiso se vuelven sospechosos. Comprometerse

con una historia dada del yo, adoptarla como “verdadera ahora para mí”, es limitar infinitamente las posibilidades que uno tenga de relacionarse. Creer que uno es *exitoso* es, a su manera, tan debilitante como creer que uno es un *fracasado*. Después de todo, ambas son sólo historias, y cada una puede dar frutos dentro de un rango particular de contextos y relaciones. Meterse dentro de la una o la otra y echar allí raíces es dejar de lado la otra y, por tanto, reducir el rango de contextos y relaciones en las que uno es adecuado.

Para formular el asunto de otra manera, la conciencia posmoderna favorece un profundo relativismo en las expresiones de la identidad. En el nivel metateórico provoca una multiplicidad de relatos de la realidad, al tiempo que reconoce el carácter de contingencia situada histórica y culturalmente de cada uno de ellos. Sólo hay versiones de la verdad dentro de conversaciones diferentes, y no se privilegia ninguna conversación. Si el terapeuta adopta esta visión en el nivel metateórico, sería un acto de mala fe abandonarla en el nivel de la práctica. Así, el profesional posmoderno provoca una multiplicidad de relatos del sí mismo, pero sin compromiso con ninguno. Anima al consultante, por una parte, a explorar una variedad de medios para comprender al yo, pero lo desanima a comprometerse con cualquiera de éstos como representante de la “verdad del sí mismo”. Las construcciones narrativas permanecen así fluidas, abiertas al cambiante flujo de las circunstancias, a las formas de danza que brindan el apoyo más completo.

¿Es posible tolerar tal conclusión?, ¿acaso no se reduce al individuo a la condición de un artista, engatusador social, que adopta la postura de identidad que le pague el mejor precio? Ciertamente, el énfasis posmoderno está en la flexibilidad de la autoidentificación, pero esto no implica simultáneamente que el individuo sea falso o maquinador. Hablar de duplicidad es presumir que hay una “verdadera expresión” del yo que de otra manera podría estar disponible. Tal visión es esencialmente modernista y, por tanto, se abandona. Uno puede interpretar las propias acciones como falsas o sinceras, pero estas atribuciones son, después de todo, simplemente componentes de diferentes historias. Similarmente, presumir que el individuo posee motivos privados y un cálculo racional para presentarse a sí mismo es, de nuevo, mantener la visión modernista del individuo autocontenido. Desde el punto de vista posmoderno, las relaciones tienen prioridad sobre el yo individual. Es decir, el yo sólo se desarrolla como producto de las relaciones. Los yo independientes no son los que se juntan para formar una relación, sino que son las formas particulares de relación las que engendran lo que se toma por identidad individual. Así, cambiar la forma y el contenido de la narración del sí mismo de una relación a otra no es engañoso ni interesado. En cambio, es honrar la variedad de los modos de relación en los cuales uno está involucrado. Es tomar seriamente

las múltiples y variadas formas de conexión humana que constituyen una vida. Las acciones adecuadas y satisfactorias sólo son tales en términos de los criterios generados dentro de varias formas de relación.

La pregunta persiste: ¿abandona el constructorista posmoderno la preciada posesión de la cultura occidental, la identidad personal? La respuesta es “sí”, si lo que se entiende por identidad es la historia contada, la acción llevada a cabo, el rol interpretado. Sin embargo, si uno está dispuesto a ir más allá de estos *productos* hasta el *proceso* subyacente en el que se realizan, todavía es posible retener una visión de animación individual. James Carse (1986) brinda una metáfora útil en su meditación de los juegos finitos e infinitos. Tal como lo propone, existen juegos finitos, cuyo propósito es ganar, y éstos pueden ser comparados con el juego infinito en el cual el propósito es continuar jugando. Las reglas son diferentes para cada juego finito; sólo conociendo las reglas, uno llega a saber de qué trata el juego. Sin embargo, en el juego infinito las reglas cambian en el curso de la partida, cuando los jugadores acuerdan que el juego puede ser amenazado por un resultado finito: la victoria de unos jugadores y el fracaso de otros. En términos de Carse: “Los jugadores finitos juegan dentro de los límites; los jugadores infinitos juegan con los límites... los jugadores finitos son serios; los jugadores infinitos son jugueteros”. En este sentido, la narración del yo tiene lugar dentro de los confines del juego finito. Cada retrato del yo opera dentro de las convenciones de una relación particular. Sin embargo, aún podemos retener nuestro lugar dentro del juego infinito, más allá de la narración. Si existe identidad en este nivel, no puede ser articulada, presentada ante la vista pública en una descripción o explicación dada. Reside en la inagotable e inarticulable capacidad relacional en sí misma.

MOVIDAS TERAPÉUTICAS

A la luz de lo anterior, debe quedar claro que rechazamos la adopción simple de la reconstrucción o reemplazo narrativo como metáfora guía de la psicoterapia. Abogamos, en cambio, por enmarcar el énfasis en la narración y el pensamiento narrativo dentro de un interés más amplio en la generación de significado por la vía del diálogo. Esto involucra una reconcepción de la relatividad del significado, una aceptación de la indeterminación, la exploración generativa de una multiplicidad de significados y el entendimiento de que tampoco existe la necesidad de adherirse a una historia invariable o buscar una historia definitiva. “Reinventar” o “recontar” nos parece una aproximación terapéutica de primer orden, que implica el reemplazo de una narración disfuncional dominante por una

más funcional. Al mismo tiempo, este resultado lleva consigo las semillas de una rigidez prescriptiva, que puede servir para confirmar la ilusión de que es posible desarrollar un conjunto de principios o códigos que pueden aplicarse de manera invariable, independientemente del contexto. Es esta rigidez la que posiblemente constituye las dificultades que las personas experimentan en sus vidas y relaciones. Así como los psicoterapeutas pueden estar restringidos por un código limitante, también las personas que experimentan sus vidas como problemáticas parecen estar atrapadas dentro de un conjunto de preceptos, códigos comportamentales y convenciones constitutivas limitantes. Al actuar a partir de estas convenciones, no sólo se restringen de puntuaciones alternativas, sino que pueden quedar atrapados en patrones transaccionales dolorosos con aquellos que los rodean.

Heinz von Foerster ha observado agudamente que estamos ciegos hasta que vemos que no podemos ver. Si el lenguaje provee la matriz para todo el entendimiento humano, entonces la psicoterapia puede ser construida acertadamente como “una actividad lingüística en donde la conversación acerca de un problema genera el desarrollo de nuevos significados” (Goolishian y Winderman, 1988: 139). Dicho de otra forma, la psicoterapia puede pensarse como un proceso de *semiosis*: la construcción de significado en el contexto del discurso colaborativo. Es un proceso durante el cual se transforma el significado de la experiencia por la vía de la fusión de horizontes de los participantes, se desarrollan formas alternativas de calificar la experiencia y evoluciona una nueva postura respecto a la experiencia. Un componente crucial en este proceso puede ser inherente, no sólo en las formas alternativas de comprensión generadas por el discurso, sino también en el orden diferente de significado que emerge simultáneamente cuando nuestros ojos están abiertos para ver nuestra ceguera.

Conducir a otro hacia la orientación que viene de ver lo que no podemos ver implica, primero, liberarse de la tiranía de la autoridad implícita de las creencias dominantes. Dada la constitución lingüística de nuestros nuevos modelos del mundo, esto requiere, a su vez: 1) un diálogo transformativo en el cual se negocien nuevos entendimientos, junto con un nuevo conjunto de premisas *acerca* del significado; y 2) la evocación de una actitud expectante hacia lo que aún no se ha visto, aún no se ha contado, el “significado que está delante del texto” (Ricoeur, 1971). En términos de las distinciones entre niveles de aprendizaje de Bateson (1972), un paso más allá en el aprendizaje supone reemplazar la puntuación de una situación por otra (Nivel 1), aprender nuevos modos de puntuación (Nivel 2), evolucionar hasta lo que Keeney (1983: 159) llama “un cambio de las premisas que subyacen a un sistema entero de hábitos de puntuación” (Nivel 3). Se trata de una progresión que va desde aprender nuevos significados, pasando por desarrollar

nuevas categorías de significado, hasta transformar las propias premisas acerca de la naturaleza misma del significado.

Para que ocurra cualquiera de estas transformaciones, se necesita establecer un contexto que facilite su surgimiento. En principio, coincidimos por completo con el énfasis que Anderson y Goolishian (en este volumen) ponen en la creación de un ambiente donde los consultantes tengan la experiencia de ser escuchados, comprendidos en su punto de vista y sus sentimientos, y de sentirse confirmados y aceptados. Esto implica que por todos los medios se intente comprender el punto de vista del consultante, transmitir un entendimiento del sentido que para la persona tienen las premisas de las cuales surge el punto de vista. Al mismo tiempo, esto no implica una aceptación o confirmación de las premisas del consultante. Implica, en cambio, una forma de *indagación interesada*, que abre las premisas a la exploración.

Este modo receptivo de indagación —con su apertura a las diferentes formas de puntuar la experiencia, disposición para explorar múltiples perspectivas y aprobación de su coexistencia— puede, en la medida en que es experimentado por el otro, provocar un cambio de actitud respecto a la experiencia. De igual modo, puede liberar a los participantes en la terapia de quedar inmersos en construcciones limitantes del mundo. Esto sucede porque experimentar receptividad —apertura a la experiencia, junto a una disposición para adoptar múltiples perspectivas y aceptar la relatividad del significado mismo— comprende un cambio de perspectiva.

En este libro se ilustran ampliamente varias formas en las que el terapeuta puede contribuir a reformar la experiencia. Se debe prestar atención adicional, sin embargo, al rol que se puede desempeñar en la terapia explorando la experiencia desde múltiples perspectivas, sensibilizando a otro en el contexto relacional en el que se sitúa el comportamiento, y por medio de una cuidadosa *relativización* de la experiencia. Con este fin, se puede invitar a las personas perturbadas, *inter alia*, a encontrar excepciones a sus experiencias predominantes; a verse a sí mismas como prisioneras de una historia inculcada culturalmente que no crearon; a imaginar de qué manera pueden relatar su experiencia a diferentes personas en sus vidas; a considerar qué respuesta provocan con sus inclinaciones interaccionales; a relatar lo que se imaginan que es la experiencia de otras personas cercanas a ellas; a considerar cómo experimentarían sus vidas si operaran con supuestos distintos —cómo podrían actuar, qué recursos utilizarían en diferentes contextos, qué nuevas soluciones surgirían—; y a recordar preceptos antes sostenidos, pero ahora desechados.

Éstos son algunos ejemplos de los medios con los que se puede habilitar a las personas para que construyan las cosas desde puntos de vista diferentes, liberándose así de la opresión de creencias narrativas limitantes y aliviando el dolor resultante. En esta forma, aquellos que nos buscan en tiempos de crisis pueden llegar a trascender las restricciones impuestas por su antigua confianza en un conjunto determinado de significados, y liberarse de la lucha que se sigue de imponer sus creencias sobre sí mismos y los otros. Para algunos aparecerán nuevas soluciones de los problemas, mientras que para otros surgirá un conjunto más rico de significados narrativos. Incluso, para otros se desarrollará una postura respecto al significado mismo; que denote tolerancia hacia la incertidumbre, esa liberación de la experiencia que surge de la aceptación de la ilimitada relatividad del significado. Para aquellos que lo adopten, esta postura ofrece la perspectiva de una participación creativa en el interminable y abierto significado de la vida.

Trataré

*de ceñirme al orden ampliando las percepciones del desorden,
ensanchando el horizonte, pero disfrutando de la libertad que
el horizonte eluda mi comprensión, de que no haya una visión definitiva
de que no haya percibido nada por completo,
de que mañana sea un nuevo camino.*

A. R. Ammons, *Carson's Inlet*

REFERENCIAS

- Bateson, G. (1972), *Steps to an ecology of mind*. Nueva York: Ballantine.
- Berman, M. (1982), *All that's solid melts into air: The experience of modernity*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Carse, J. P. (1986), *Finite and infinite games*. Nueva York: Macmillan.
- Connor, S. (1989), *Postmodernist culture*. Oxford: Basil Blackwell.
- Frascina, F. y C. Harrison (1982), *Modern art and modernism*. Londres: Open University Press.
- Frisby, D. (1985), *Fragments of modernity*. Cambridge: Polity Press.
- Gergen, K. J. (1989), Social psychology and the wrong revolution, *European Journal of Social Psychology*, 19: 731-2.
- Gergen, K. J. (1991), *The saturated self*. Nueva York: Basic Books.
- Gergen, K. J. y M. M. Gergen (1988), Narrative and the self as relationship. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, Vol. 21. Nueva York: Academic Press, pp. 17-56.
- Goolishian, H. y L. Winderman (1988), Constructivism, autopoiesis and problem determined systems. En V. Kenny (Ed.), *Radical constructivism, autopoiesis and psychotherapy*, volumen especial de *Irish Journal of Psychology*, 9 (1): 130-43.

Hare-Mustin, R. y J. Marecek (1988), The meaning of difference: gender theory, postmodernism and psychology, *American Psychologist*, 43: 455-64.

Harvey, D. (1989), *The condition of postmodernity*. Oxford: Basil Blackwell.

Keeney, B. P. (1983), *Aesthetics of change*. Nueva York: Guilford Press.

Kovel, J. (1980), The American mental health industry, En D. Ingleby (Ed.), *Critical psychiatry: The politics of mental health*. Nueva York: Pantheon.

Parker, D. (1990), *The mighty world of eye: Stories/anti-stories*. Brookvale, NSW: Simon and Schuster.

Ricoeur, P. (1971), The model of the text: Meaningful action considered as text, *Social Research*, 38; 529-62.

Sarbin, T. (Ed.) (1986), *Narrative psychology*. Nueva York: Praeger.

Silverman, H. J. (1990), *Postmodernism –philosophy and the arts*. Nueva York: Routledge.

Spence, D. (1982), *Narrative truth and historical truth*. Nueva York: Norton.

Wittgenstein, L. (1953), *Philosophical investigations*. Nueva York: Macmillan.

PARTE III
SOBRE LA PRÁCTICA SOCIAL

EL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL Y LA PRÁCTICA PEDAGÓGICA

Las prácticas educativas normalmente están ligadas a una red de supuestos, es decir, un discurso compartido acerca de la naturaleza de los seres humanos, sus capacidades y su relación con el mundo y los otros. En el caso de la educación, tal vez el concepto fundamental es el del conocimiento mismo. Entonces, ¿cómo definimos o conceptualizamos al conocimiento de forma que las prácticas educativas sean necesarias y ciertas prácticas se favorezcan sobre otras? Conceptos claramente divergentes del conocimiento se prestan a visiones muy diferentes del proceso educativo. Si creemos, como los románticos, que el “corazón tiene su razón”, podemos reemplazar los libros y las conferencias con intensos encuentros interpersonales y espirituales. Si creyéramos, como los ilongot del norte de Luzón, que el conocimiento se ha de ganar en medio de la rabia o en la caza de cabezas, entonces el entrenamiento formal en las escuelas se puede reemplazar por la experiencia de la batalla. Las creencias acerca del conocimiento, entonces, informan, justifican y sostienen nuestras prácticas educativas.

Dado este interés por los supuestos fundadores, primero deseamos esbozar dos concepciones centrales del conocimiento apreciadas por la tradición occidental, concepciones que hoy continúan informando a la gran mayoría de prácticas educativas en las que participamos. Como lo hemos de proponer después, estos sistemas de creencias, que están estrechamente relacionados, resultan profundamente problemáticos, en términos de sus compromisos epistemológicos e ideológicos. Después hemos de delinear una alternativa a estas visiones, derivada del punto de vista socioconstruccionista. Aunque no intentamos destruir las visiones tradicionales, el construccionismo social ofrece una alternativa significativa. Al hacerlo, también ofrecemos una nueva manera de entender las prácticas educativas existentes y abrimos las puertas a un nuevo rango de posibilidades.

EL CONOCIMIENTO: TRADICIONES EXOGENICA Y ENDOGENICA

A pesar de que hay muchas formas de analizar nuestras tradiciones históricas, es muy útil señalar dos antiguas y significativas orientaciones hacia el conocimiento: la exogénica (centrada en el mundo) y la endogénica (centrada en la mente). En la educación, la tradición exogénica puede rastrearse hasta las filosofías empiristas del conocimiento (desde Locke hasta el positivismo lógico), mientras que la tradición endogénica debe en gran medida su inteligibilidad a la tradición racionalista (desde Descartes y Kant hasta Fodor y el movimiento de la Inteligencia Artificial)¹. Ambas orientaciones acogen un dualismo mente/mundo, en el cual la existencia de un mundo externo (típicamente una realidad material) se contrapone a la existencia de un mundo psicológico (cognitivo, subjetivo, simbólico). Desde el punto de vista exogénico, sin embargo, el conocimiento se obtiene cuando los estados internos del individuo reflejan o representan de manera precisa (o sirven como espejo de) los estados existentes del mundo exterior. Los pensadores exogénicos frecuentemente ponen un gran énfasis sobre la observación cuidadosa de la adquisición del conocimiento, y tienden a ver la emoción y los valores personales como riesgos potenciales para la atención neutral o “equitativamente distribuida” que se requiere para registrar de manera precisa el mundo tal como es. Más aún, el exogenista también tiende a enfatizar la importancia del conocimiento en la habilidad del individuo para adaptarse o tener éxito dentro de un ambiente complejo. Debemos tener un “mapa interno” de la naturaleza, se dice, si hemos de tener éxito para encontrar nuestro camino en el mundo. Para el exogenista, entonces, el mundo es primariamente dado, y la mente opera mejor cuando lo refleja de manera precisa.

La tradición endogénica es similar a la exogénica en sus fundamentos dualistas y su énfasis en la neutralidad valorativa. Sin embargo, mientras que la tradición exogénica trata la cuidadosa observación del mundo como si fuera la clave para adquirir conocimiento, el endogenista pone el énfasis principal en los poderes de la razón individual. Donde el educador exogénico tiende a centrarse en el arreglo de los *inputs* ambientales necesarios para construir una representación exacta, el educador endogénico pone el énfasis principal en las capacidades intrínsecas del ser humano para el desarrollo intuitivo, lógico o conceptual. En este sentido, el teórico exogénico tiende a ver el mundo externo o material como algo dado, y conjetura acerca de la manera en que la naturaleza llega a representarse de forma

1 Para una elaboración adicional de las concepciones de la mente endogénicas vs. exogénicas, véase Gergen (1985).

precisa en la mente, mientras que el pensador endogénico tiende a ver el mundo mental como algo evidente por sí mismo, y plantea preguntas sobre el modo en que opera la mente, para funcionar adecuadamente en la naturaleza. En los debates acerca de la influencia de la crianza *versus* la de la naturaleza (ambientalistas *vs.* innatistas), el exogénico favorecerá los efectos que la naturaleza tiene sobre el individuo; es posible realizar moldeamientos infinitos y continuos sobre la mente individual. Por el contrario, el endogenista centrará la atención sobre las capacidades inherentes o naturales y el desarrollo de la mente individual. Los límites del aprendizaje podrán rastrearse a las fases del desarrollo del sistema cognitivo.

Como se sugirió, cada una de estas orientaciones respecto al conocimiento también funciona para justificar o racionalizar ciertas formas de la práctica educativa. Por lo general, la orientación exogénica respecto al conocimiento está centrada en el currículo o la materia de estudio. Desde la perspectiva exogénica, el estudiante es visto como una tábula rasa sobre la cual el proceso educativo debe inscribir los rasgos esenciales del mundo. Más concretamente, la perspectiva favorece un énfasis sobre la observación directa del estudiante o el enriquecimiento experimental de la experiencia: la recolección de muestras o especímenes, la observación participante, los experimentos de laboratorio, las salidas de campo, etcétera. La perspectiva exogénica también favorece la exposición a libros y clases, ya que, a través de estos medios, el individuo puede adquirir grandes cantidades de información, que de otra manera no se encontrarían disponibles a través de la observación directa. La visión exogénica favorece los procedimientos de examen en los cuales el énfasis principal está puesto en la evaluación de los niveles del conocimiento individual. Instrumentos como las preguntas de respuesta con opción múltiple, pruebas estandarizadas y normalización estadística pueden revelar la medida en que la “pizarra ha sido llenada”.

Por contraste, la perspectiva endogénica está centrada en el niño o el estudiante. El currículo endogénico pone el énfasis primario en las capacidades racionales del individuo. Lo importante no es tanto la cantidad de información en la mente de uno sino la forma en que uno delibera acerca de ella. Así, se puede poner un fuerte énfasis en las matemáticas, la filosofía o los idiomas extranjeros, todas ellas materias que mejoran las propias capacidades para pensar. Se favorece la discusión en clase sobre las conferencias, puesto que a través de la participación activa se potencian más plenamente las habilidades cognitivas. Se prefieren los exámenes de ensayo y los artículos, en vez de las pruebas estandarizadas, puesto que el análisis racional no sólo se entrena mejor a través de estos medios sino que idealmente debe ser dirigido hacia la calidad más que hacia la cantidad.

Por cierto, han existido intentos por unir ambas tradiciones. La teoría de Piaget (1954) es ejemplar, ya que plantea dos procesos opuestos del desarrollo cognitivo, la *acomodación* cognitiva a los objetos del mundo real (tributo a la tradición exogénica) y la *asimilación* cognitiva del mundo a las estructuras cognitivas (sosteniendo la tradición endogénica). Tenemos más para decir acerca de tales integraciones en una discusión posterior sobre el socioconstructivismo.

EL DECESO DEL CONOCIMIENTO COMO POSESIÓN INDIVIDUAL

Pese a que actualmente las políticas educativas y pedagógicas resultan racionales, en gran medida debido a estas antiguas concepciones del conocimiento, parece que estas tradiciones rápidamente se están deshaciendo. En parte, esto ha sido provocado por el hecho de que las tradiciones siempre han existido sobre un suelo poco firme. Desde estas dos perspectivas, los filósofos jamás han podido resolver la pregunta fundamental de la epistemología: de qué manera adquiere la mente el conocimiento de un mundo externo a ella. De hecho, lo que dinamiza cada perspectiva se deriva en gran parte de las fallas inherentes a su modelo opuesto. Incapaces de resolver dichos problemas, los filósofos del presente siglo han abandonado en gran medida la metafísica dualista, en favor del análisis lógico de proposiciones. Y como lo argumentó Richard Rorty (1979), el problema del conocimiento como una relación entre la mente y el mundo no puede resolverse, debido a que está mal concebido desde el principio. Si comenzamos con una distinción entre lo que está *afuera* y *adentro* de la mente del individuo, creamos un problema inherentemente insoluble para determinar la manera en que la mente registra de forma precisa al mundo.

Tales conclusiones también han vuelto vulnerables las concepciones exogénica y endogénica del conocimiento respecto a una reciente descarga de críticas, llamada de manera variada postempirista, postfundacionalista, postilustrada, postestructural y posmoderna. Para recapitular estos argumentos, necesitaríamos explorar los ataques mordaces de los intelectuales de la década de 1960 a la vacuidad moral de tradiciones que veían al conocimiento como un valor neutral. Tendríamos que incluir aquí las críticas de feministas, asiáticos, negros e hispanos a aquellos que borran a las demás voces, en nombre de la objetividad trascendental (los exogenistas) o la racionalidad (los endogenistas). Deberíamos explorar también la obra de Foucault (1979, 1980) sobre las declaraciones del conocimiento como entidades completas en el disciplinamiento (desempoderamiento) del individuo. También sería esencial considerar las obras de historiadores de la ciencia (como Kuhn y Feyerabend) y de sociólogos del

conocimiento (por ejemplo, Latour, Knorr-Cetina y Barnes), que han ayudado a subrayar la importancia del contexto histórico y social para determinar lo que llega a ser aceptado como conocimiento válido. La obra de teóricos literarios (como Derrida y DeMean), de semióticos (Barthes, Eco) y retóricos (Simons, McClosky) también debería recibir atención, en su demostración de la medida en que las declaraciones del conocimiento obtienen su fuerza de la técnica literaria y no de la observación ni de la racionalidad; éste no es precisamente el lugar de un recuento completo de estas críticas; en otra parte se hallan recursos abundantes. Dentro de estos contextos intelectuales, las concepciones tanto exogénica como endogénica del conocimiento han perdido casi por completo su vigencia.

Sin embargo existe una discusión que surge de estos diálogos recientes, que requiere mayor atención. Tanto la tradición exogénica como la endogénica localizan al conocimiento dentro de las mentes de los individuos singulares. Es el individuo el que observa y piensa, y también a quien se reta para adquirir conocimiento. Es sólo en virtud de la posesión individual del conocimiento —se sostiene— que alguien puede sobrevivir o prosperar en un mundo complejo. Los suelos temblorosos de dichas creencias no son sino una razón para dudar. Tal vez más importante aún, ¿debemos investigar los efectos sobre la vida cultural para suponer que esto es así? Si declaramos que el conocimiento es esencial para la supervivencia, y que reside en las cabezas de los individuos separados, ¿qué formas de prácticas culturales estamos provocando?, ¿qué grupos están siendo privilegiados?, ¿qué tradiciones o potenciales están siendo suprimidos u obliterados?

Visto de esta forma, hay razones para oponer resistencia. Esencialmente, dicha concepción del conocimiento es una aliada de la ideología del individualismo *autocontenido* o *posesivo*. Ver el conocimiento como posesión de las mentes individuales resulta consistente con otras proposiciones que sostienen que los individuos son los dueños de sus propios motivos, emociones o esencias fundamentales. Dentro de esta tradición, se invita a las personas a verse como el centro de sus acciones —seleccionadores, buscadores, descubridores solitarios—, enfrentadas a los retos de la supervivencia y el éxito. Como lo argumentan los críticos, dichas creencias no sólo favorecen una disposición narcisista o de “primero yo” hacia la vida, sino que puede poner a los otros (junto con el ambiente físico) en un rol secundario o instrumental. Las personas y los ambientes son vistos primariamente en términos de lo que pueden hacer por uno. Más aún, dado el sentido fundamental de aislamiento (“yo solo”) generado por esta orientación, las relaciones humanas son vistas como artificiales, prácticamente puestas contra el estado natural de la independencia. Más importante aún, a medida que las personas

del mundo se vuelven crecientemente interdependientes, y que ganan la capacidad para la aniquilación mutua (ya sea a través de las armas o la contaminación), la ideología del individualismo autocontenido plantea una amenaza para el bienestar de la humanidad. Bajo estas condiciones, ya no resulta útil pensar en yo vs. tú, nosotros vs. ellos. No estamos, pues, hablando de filosofía abstracta y arcana, sino de un sistema de creencias que en ciertos aspectos puede ser desfavorable para el bienestar de la humanidad (véase también Gergen, 1999).

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL CONOCIMIENTO

A medida que estos problemas con las visiones tradicionales del conocimiento se han hecho evidentes, ha habido un creciente interés en los posibles proyectos sucesores. Es también precisamente en este punto que los diálogos socioconstruccionistas adquieren su significado contemporáneo. Muchas críticas posfundacionales se han centrado en devolver a la cultura aquello que se ha declarado natural, es decir, reemplazar el supuesto de la verdad verificada mediante la naturaleza por la verdad creada en comunidad. En términos de los argumentos anteriores, esto es ver al conocimiento no como producto de las mentes individuales sino de las relaciones comunitarias. O, más en general, *todas las proposiciones con sentido acerca de lo real y de lo bueno tienen sus orígenes en las relaciones*. Con esto se busca poner de relieve el sitio de la generación del conocimiento: el proceso continuo de coordinar la acción entre las personas. Lo cual es poner en primer plano el intercambio momento-a-momento, entre y en medio de interlocutores, y localizar el significado dentro de los patrones de interdependencia. Siguiendo a Wittgenstein (1953), no existe un lenguaje privado (un momento anterior a la relación en el cual el individuo formule un significado); en cambio, el lenguaje (y otras acciones) gana su inteligibilidad en su uso social, cuando se coordina con las acciones de los otros. Los individuos aislados no dejan de ser inteligibles, sin embargo, esto es rastrear la inteligibilidad de sus acciones privadas a una inmersión que antecede las relaciones. Los individuos pueden llevar a cabo acciones que tradicionalmente se categorizan como “pensamiento” o “sentimiento”; sin embargo, estas acciones pueden verse propiamente como formas relacionales llevadas a cabo en el sitio del individuo.

Como preparación para nuestra discusión última sobre la práctica educativa, se debe decir más acerca de la importancia de la relación. Una manera útil de plantear las cosas es decir que un actor nunca llega hasta el significado, excepto a través de las acciones complementarias del otro. Cualquier cosa que sea dicha o escrita no tiene un significado intrínseco; no porta un mensaje unívoco en

sí mismo. Ni tampoco el significado de una serie de palabras o acciones está determinado únicamente por el receptor (escucha o lector). Más bien, las acciones de un individuo (tanto lingüísticas como otras) operan como indicadores de posibles secuencias relacionales; provocan ciertas líneas de acción, por oposición a otras. Al responder con una u otra línea de acción, el receptor confiere a la acción inicial una forma potencial de significado, por oposición a muchas otras posibilidades. Por tanto, el comentario: “Chuck, pienso que encontrarás esto interesante” provoca o hace posible la reacción: “Bueno, le echaré una mirada”, que como reacción otorga al comentario el sentido de una invitación a compartir una información. Sin embargo, es igualmente posible la reacción: “Sí (volteando los ojos), *claro*”, que posiciona la declaración en una forma diferente, generando un sentido de su significado.

Por esta razón, las conferencias y los libros no tienen significado hasta que los estudiantes les dan ese privilegio. Más aún, ni las conferencias ni los libros pueden determinar el significado que les será asignado. Abren sólo una variedad de alternativas entre las que los estudiantes posiblemente seleccionarán diferencialmente. Por medio de retroalimentación y evaluación, el profesor puede estrechar el rango de alternativas, llevando a los estudiantes hacia las secuencias “aprobadas”. Sin embargo, la retroalimentación y la evaluación están en la misma posición que las conferencias y los libros: sujetas a una multiplicidad de complementos sobre los cuales no tienen ningún control determinativo². Habiendo mencionado estos supuestos orientadores, estamos en posición para explorar varios corolarios significativos.

Indeterminación

La inteligibilidad nunca está completa. Cualquier significado establecido está abierto a infinitas resignificaciones. No existe un punto en el que el proceso de generar inteligibilidad se consume. No existe una fijación de las palabras, de tal manera que pudiéramos garantizar lo que una conferencia o texto llegará a significar, incluso si el estudiante domina los complementos apropiados dentro de los escenarios locales de la escuela. A medida que el tiempo y las conversaciones continúan, la “verdad y belleza” de la clase de hoy pueden ser revisadas como “trilladas” o “sospechosas ideológicamente”, y lo que hoy es sujeto de desprecio

2 Un recuento más completo de esta perspectiva relacional del significado se puede encontrar en el capítulo 11 de Gergen (1994).

puede tornarse fascinante. Por cierto, frecuentemente tratamos la inteligibilidad como un *fait accompli*. “Ésa es la respuesta correcta”, “Te comprendo perfectamente” y “Su escritura es muy clara” son formas de señalar el completo logro del significado. Sin embargo, éstos sólo son momentos congelados en una conversación continua, cuyas comprensiones pueden ser rescindidas en cualquier momento (“Pensé que tenías la respuesta correcta hasta que continué leyéndote”), abiertas a futuras significaciones por parte del hablante y por parte de otros (“Dijiste que me habías entendido, pero lo dudo”).

Polivocalidad

A medida que los interlocutores entran en nuevas relaciones e intentan crear una inteligibilidad juntos, se apoyarán en las prácticas anteriores que dan sentido. Y, puesto que normalmente han sido parte de muchas relaciones, dispersas a través del tiempo y las circunstancias, traerán al presente un vocabulario sustancial de palabras y acciones. En efecto, entramos en cada relación como polivocales: cargamos con nosotros numerosas voces que hemos apropiado del pasado. Cualquier frase puede representar un *pastiche* de palabras pasadas, arregladas con coherencia y puestas a flote en un inexplorado mar sin destino fijo. Al mismo tiempo, por la fuerza de la tradición o de la historia circunscrita de intercambio, la creación de significado en una relación dada tenderá a reducir el rango de recursos utilizables. En los cursos del idioma francés, la dependencia que uno tenga del inglés se desvanecerá lentamente; los cursos en psicología invitarán a los estudiantes a renunciar a los discursos comunes (etnopsicología) de la mente.

Contextualización

La generación relacional de significado emplea mucho más que las palabras y acciones de los interlocutores. Su coordinación frecuentemente usará varios tipos de objetos y tendrá lugar dentro de condiciones materiales específicas. Por tanto, el discurso del béisbol no sólo será interdependiente de patrones de acciones, sino de objetos como los bates, los guantes y las bolas. Y estos patrones de coordinación se verán facilitados y determinados por un campo de juego. O, según Wittgenstein (1953), nuestros juegos de lenguaje tienen lugar dentro de *formas de vida*. En este sentido, cada forma de vida puede hacer una contribución a los recursos traídos por el individuo a cualquier relación nueva. Uno no entra meramente como polivocal, sino como polipotenciado, en términos de las capacidades de introducir objetos o dar lugar a contextos con los cuales construir significado en cualquier relación específica. Cuanto

más rico es el rango de las capacidades para la coordinación, más flexible y efectiva será la persona cuando entra al reto incesante de lo nuevo y novedoso. Metafóricamente, la vida se puede aproximar a una serie de conciertos de jazz en donde un arreglo continuo de nuevos compañeros y lugares requiere de una improvisación sin final.

Pragmática

La visión relacional desarrollada aquí no sólo contrasta con la visión tradicional del lenguaje como expresión externa de un estado interno, sino con el ampliamente aceptado supuesto de que el lenguaje sirve como “imagen” o “mapa” exacto de la realidad (“que puede decir la verdad”). En cambio, el lenguaje funciona principalmente como rasgo constitutivo de las relaciones. En la misma forma que los amantes pueden requerir de un vocabulario de las emociones para crear un escenario de amor romántico, un equipo de laboratorio en neuroendocrinología también requiere términos como hipotálamo y aminoácidos para coordinarse alrededor de los procedimientos experimentales. En ningún caso, ni en el amor ni en la neuroendocrinología, el lenguaje ni describe ni calca un mundo por fuera de sí mismo; más bien, el lenguaje funciona como un elemento esencial para el amor o la investigación de laboratorio (como las sonrisas y los abrazos, en el primer caso, y los ensayos y las revistas, en el segundo). Desde esta perspectiva, también podemos ver la importancia de evaluar las prácticas educativas en términos de sus implicaciones pragmáticas. ¿En qué medida varios discursos de la academia están inmersos dentro de (o son relevantes para) los patrones más amplios de acción cultural?, ¿cuáles son los potenciales pragmáticos de las formas de vida a las que están expuestos los estudiantes en sus escuelas? Sin embargo, antes de volver nuestra atención a estos asuntos específicos de la práctica, será útil examinar las diferencias entre caracterizaciones de construcción rivales.

Varietades de construcción

Las ideas construccionistas han tomado muchas formas a lo largo del tiempo y han sido usadas de varias maneras. Por ejemplo, en su trabajo clásico, Berger y Luckmann (1966) usan el construccionismo social para representar una forma particular de fenomenología social, ligada a la concepción estructural de la sociedad. Aunque su preocupación por las bases sociales de la estructura del conocimiento sigue firme en la presente versión del construccionismo, la base de supuestos ha sido radicalmente alterada. Ni la fenomenología ni las visiones estructurales sociales concuerdan. Similarmente, el término constructivismo

ha sido usado por un número diverso de teóricos, y el término figura en el constructivismo de George Kelly (1955) en formas no completamente consistentes con las de Von Glasersfeld (1987) o Piaget (1954). Puesto que las visiones de la construcción han tenido un rol importante en las deliberaciones más recientes de la pedagogía, será útil explorar las diferencias entre el construccionismo social como se lo delineó anteriormente y dos orientaciones alternativas: *constructivismo radical* y *socioconstructivismo*.

El constructivismo radical de Von Glasersfeld está fuertemente influenciado por la teoría piagetiana y tiene mucho en común con las orientaciones cognitivas de la educación en general. Sin embargo, a diferencia de los cognitivos (que irónicamente permanecen atados a una visión empirista de la ciencia), los constructivistas comparten con el socioconstruccionismo fuertes dudas respecto a la epistemología exogénica y su fuerte énfasis en el conocimiento como reflejo exacto del mundo. Cada uno cuestiona la visión del conocimiento como algo “construido” dentro de la mente a través de la observación astuta. Y, por tanto, cuestiona la autoridad que tradicionalmente se ha concedido a aquellos que reclaman tener una verdad más allá de los puntos de vista. Sin embargo, más allá de estas afinidades también existen diferencias sustanciales. Porque, como debe ser claro a partir de lo anterior, el constructivismo radical suscribe un dualismo mente/mundo y pone su interés en el proceso cognitivo (endogénico). En términos de Von Glasersfeld: (1987), “el conocimiento no se recibe pasivamente ni a través de los sentidos ni por medio de la comunicación, sino que es construido activamente por el sujeto cognoscente” (p. 83). El conocimiento no es, pues, un reflejo del mundo tal como es. En cambio, como Richards y Von Glasersfeld (1979) lo plantean: “Redefinimos al ‘conocimiento’ como refiriéndose a invariabilidades en la experiencia del organismo viviente más que a entidades, estructuras y eventos en un mundo que existe independientemente. Correspondientemente, redefinimos la ‘percepción’. No es la recepción o duplicación de la información que viene de afuera, sino la construcción de las invariabilidades por medio de las que el organismo puede asimilar y organizar la experiencia” (p. 40).

Esta versión del conocimiento está tan plenamente interiorizada que comienza a ofrecer al constructivista una manera de escapar de la carga del dualismo. Es decir, al jugarse toda la epistemología sobre un relato del interior, el “exterior” puede borrarse como preocupación y la teoría puede verse como monista. Sin embargo, para escapar del Escila del dualismo en esta forma, la teoría se enfrenta con un Caribdis igual de peligroso, aquel del contraproducente solipsismo. Puesto que si cada uno de nosotros simplemente está atrapado en su propia experiencia, para construir al mundo como podamos, entonces todo lo que aceptamos por

“mundo”, todo lo que creemos acerca de las “otras personas” son simplemente productos de nuestro propio diseño. Simplemente, me invento la idea de que existe un mundo, y que hay otros en él que poseen mentes. No existe una explicación, entonces, acerca de cómo logramos estar en el mundo, o, en efecto, si de hecho existe un mundo que reta nuestras capacidades adaptativas.

Se trata de un desafortunado callejón sin salida para un epistemólogo, y Von Glasersfeld no quiere ni mucho menos permanecer allí. Por tanto, para evitar el problema del solipsismo, añade una dimensión pragmática a la teoría. Según Von Glasersfeld (1987), “la función de la cognición es adaptativa y sirve a la organización que el sujeto tiene del mundo experiencial” (p. 83). O de nuevo, “sin vergüenza alguna el constructivismo radical es *instrumentalista*... El concepto de adaptación que se pretende aquí es el concepto biológico básico en la teoría de la evolución. Se refiere a la *adaptación* al ambiente...” (p. 87). Sin embargo, para sostener esta posición se requieren dos reconocimientos. El primero, que hay un mundo real separado de las experiencias que uno tenga de él, reiterando así la presunción dualista. Y el segundo, que una versión endogénica del conocimiento es insuficiente; debe complementarse con una preocupación exogénica por el mundo real al cual el individuo se adapta. Sin embargo, el último reconocimiento conduce la teoría nuevamente hacia la espiral de problemas anteriormente esbozados. Por ejemplo, ¿cómo puede uno determinar qué acciones son adaptativas si no es por la experiencia privada de construir?, ¿podría uno estar equivocado en sus evaluaciones de lo que es adaptativo?, ¿sobre qué fundamentos puede un constructivista radical defender su posición?

Estos problemas se exageran cuando el constructivista intenta dar cuenta de la comunicación. Como lo plantea Von Glasersfeld (1987): “el significado de las señales, los signos, los símbolos y el lenguaje no puede ser otra cosa que subjetivo” (p. 88). Sin embargo, si uno se enfrenta a un rango de la experiencia a partir del cual uno construye el significado de las acciones de otros, ¿cómo podría hacer uno para determinar, en primer lugar, que otros poseen subjetividades, que sus acciones, de hecho, estaban intentando comunicar estas subjetividades, que ciertas acciones comunicaban subjetividades mientras que otras no, o los vínculos entre las acciones específicas de los otros y una serie específica de estados subjetivos? En efecto, se podría dejar al individuo deambulando en su propio mundo privado y subjetivo, deseando que, de alguna manera, la comunicación ocurra. Von Glasersfeld reconoce las sombrías posibilidades de que ocurra cualquier cosa que se aproxime a una comunicación genuina. Tal como lo supone, “... en el mejor de los casos podemos llegar a la conclusión de que nuestra interpretación de sus palabras y oraciones parece compatible con el modelo que hemos construido de

sus formas de pensar y actuar en el curso de nuestras interacciones con ellos” (p. 90). Pensando en “lo mejor”, uno podría desear más que eso³.

En ciertos aspectos, el construccionismo social encuentra un aliado mucho más cercano en los trabajos que se pueden llamar *constructivismo social*. Mediante el constructivismo social intentamos delinear un cuerpo de trabajo en el que son centrales los procesos cognitivos y el entorno social. Las formulaciones vygotskianas y otras teorías de la acción son ejemplares (Holzman, 1997; Kozulin, 1998). El constructivismo social también estaría representado en el trabajo educativo de los psicólogos culturales (Colte, 1998; Seeger *et al.*, 1998; Wertsch y Toma, 1995), y está ejemplificado en muchos de los escritos contemporáneos de Jerome Bruner (1996). El construccionismo social es bastante compatible con estas indagaciones sobre la importancia dada a la esfera social. En cierto sentido, ambos miran al conocimiento o a la racionalidad humanos como un producto de lo social. En ambos casos, las relaciones anteceden al individuo. Y aunque el rol específico del profesor es diferente, ambos ven la relación entre el profesor y el estudiante como central para el proceso educativo.

Sin embargo, a pesar de estas convergencias, para los construccionistas la orientación del constructivismo social aún permanece atada a la epistemología dualista y a todos los problemas filosóficos que de ella hereda. Los enigmas epistemológicos acerca de cómo la realidad externa y la interna se conectan siguen estando allí. En este sentido, el constructivista social frecuentemente hará de los procesos mentales, por oposición a los sociales, el objeto principal de investigación. Un constructivista social encuentra de poco interés, si no confusa, una afirmación teórica como “El complejo encadenado (en el movimiento del niño hacia el dominio de los conceptos) se construye de acuerdo con el principio de una *unificación dinámica, temporal, de elementos aislados en una cadena unificada, y una transferencia de significado a través de los elementos de esta cadena*” (Vygotsky, 1978, p. 139). Por el contrario, los escritos socioconstruccionistas se centrarán en el discurso, el diálogo, la coordinación, la construcción conjunta de significado, el posicionamiento discursivo, y similares (Bruffee, 1993; Walkerdine, 1997; Wortham, 1994).

Finalmente, existe una fuerte tendencia en el constructivista social a permanecer atado a los principios empiristas de la neutralidad de valores. Las demostraciones empíricas típicamente son usadas para fundamentar conceptos

3 Para una discusión crítica adicional de las orientaciones constructivistas respecto al conocimiento y la educación, véanse Phillips (1997), Shotton (1995), Olssen (1996) y Osborne (1996).

centrales, pero sin el tipo de reflexividad política y ética que el construccionista favorece. Para el construccionista social, las implicaciones pragmáticas tanto de la interpretación teórica como de la implementación metodológica son consideraciones críticas. No obstante, en su interés por el carácter relacional del proceso de aprendizaje, los construccionistas y constructivistas sociales son completos aliados.

POLÍTICAS EDUCATIVAS Y LA PRÁCTICA PEDAGÓGICA

Hemos visto varios problemas inherentes a los conceptos tradicionales del conocimiento y hemos echado un vistazo a los rudimentos de una alternativa socioconstruccionista. El reto sigue siendo explorar las implicaciones de la alternativa construccionista para las políticas y prácticas educativas. Antes debo hacer tres advertencias. Primero, en lo que sigue no se intenta abandonar las antiguas tradiciones. Como se enfatizó en capítulos anteriores, el construccionismo no proclama ser una filosofía primera, un fundamento sobre el cual puede erigirse un nuevo mundo. No intenta reemplazar todas las tradiciones en nombre de la verdad, los principios éticos, las visiones políticas o cualquier otro criterio universal. En cambio, la esperanza es aumentar y expandir los recursos existentes en servicio del bienestar del planeta. Este punto está estrechamente relacionado con otro: no existen políticas ni pedagogías que no puedan entenderse a través del lente del construccionismo social. Todas las prácticas tradicionales —para bien o para mal y con variada eficacia— sirven para construir mundos de lo real y lo bueno. En efecto, todas realizan ciertas contribuciones al mar de inteligibilidad. La pregunta central es si las implicaciones de una conciencia específicamente construccionista pueden abrir nuevas avenidas de salida. A medida que exploramos las imágenes, metáforas y narraciones inmersas en los puntos de vista del construccionismo social acerca del conocimiento, ¿podemos enriquecer el espectro de posibilidades? En este sentido, también encontramos que muchas innovaciones existentes son compatibles con la inteligibilidad construccionista. Sin embargo, a medida que sus afinidades se articulan, también podemos localizar nuevos horizontes de inteligibilidad. Exploremos cinco dominios de particular relevancia.

DE LA JERARQUÍA A LA HETERARQUÍA

De modo consistente con las visiones tradicionales del conocimiento como acumulativo (exogénica) y universal (endogénica), las instituciones educativas están construidas sobre lo que Freire (1985) llama un modelo “nutricionista”. El

modelo es esencialmente jerárquico, en donde la autoridad última reside en las comunidades de producción del conocimiento. Típicamente, son expertos en el área, como los científicos y los académicos. Estos expertos descubren o revelan la verdad que, en últimas, se enseñará o dará de comer, en los términos de Friere, a los estudiantes. Los siguientes en la jerarquía son los expertos en educación, como los diseñadores de currículos, que empaacan el conocimiento en unidades educativas. Les siguen los administradores y burócratas, quienes realizan una selección entre estas unidades. Los profesores entran al final, en calidad de instrumentos para dar los nutrientes educativos a los estudiantes. Se espera que los estudiantes simplemente consuman el conocimiento.

A pesar de las generalizadas críticas, este modelo continúa describiendo perturbadoramente bien las prácticas educativas. Apple (1982) y otros han documentado los procesos jerárquicos a través de los cuales el contenido educativo se produce y entrega a los profesores. Mehan (1979) y otros han mostrado cómo los estudiantes generalmente permanecen pasivos y se espera de ellos que simplemente absorban el conocimiento que se les presenta. En varias formas significativas, el construccionismo social añade una dimensión a estas críticas. En principio, los construccionistas ven todas las aseveraciones sobre el conocimiento como inmersas dentro de comunidades particulares de creación de sentido. Como resultado, varios cuerpos de conocimiento inevitablemente favorecerán visiones particulares de lo bueno, por ejemplo, mejoras continuas en las condiciones (perfectibilidad), materialismo sobre espiritualización, “razón” sobre “emoción”, individualismo sobre colectivismo. En este sentido, una jerarquía de conocimiento se presta al totalitarismo. O, en términos de Foucault (1979, 1980), la diseminación del conocimiento expande las relaciones de poder en las que el usuario sirve, en últimas, como peón.

En un nivel más sutil, el construccionista encuentra el modelo jerárquico deficiente en su tendencia a suprimir las condiciones contextuales y pragmáticas que dan al lenguaje autorizado su relevancia. Desde el punto de vista construccionista, “las proposiciones informadas” ganan su significado dentro de contextos particulares de uso y funcionan como formas de coordinar la acción dentro de estos contextos. El conocimiento de la química, por ejemplo, sirve para unir a una comunidad, para definir y otorgar valor a proyectos e identidades particulares, y para ayudar en la generación de resultados de importancia para la comunidad. Sin embargo, en el modelo jerárquico, las proposiciones informadas están fuera de este contexto. Los educadores extraen cuerpos del discurso de las disciplinas profesionales y pasan estas extracciones a aquellos que están debajo en la jerarquía. La función pragmática de estos discursos dentro de las comunidades

mismas se pierde. Los discursos pierden su importancia y frecuentemente se deja a los estudiantes un pagaré de que *en alguna forma* sus estudios son útiles e importantes. Uno puede, entonces, aprender la tabla periódica de los elementos y llevar a cabo experimentos abstractos en el laboratorio. Pero la vitalidad del lenguaje, su importancia práctica y sus potenciales vivificadores en una comunidad relevante de acción, se oscurecen. El epíteto de la “irrelevancia” gana credibilidad creciente.

Más aún, puesto que los discursos autorizados reciben el trato de sacrosantos —los productos de “nuestras mejores mentes”—, tienden a desplazarse a través de la jerarquía en forma aislada. Es decir, no van de las comunidades de administradores a los profesores, a los estudiantes, como invitaciones para la complementación de la conversación. Los receptores pueden aclarar, ordenar y empaquetar, pero los discursos autorizados permanecen, con bastante frecuencia, intactos. Los estudiantes entran al dominio, se aproximan a sus formas y después salen. El resultado es que los discursos autorizados no son fácilmente apropiados para su uso en dominios externos de la vida. Uno no puede utilizar fácilmente el argot de la física, la economía, la psicología experimental o el álgebra en la vida cultural de modo general, porque sus significados están completamente ligados a dominios específicos de usos académicos. En este sentido, los discursos profesionales funcionan paramórficamente, no tanto a la manera de alterar formas existentes de conducta en el mundo, sino como coexistiendo en aislamiento relativo.

Además de los problemas de poder y descontextualización, el construccionista señala los problemas de los procesos monológicos vs. dialógicos de creación de sentido. Al receptor de un monólogo —como en el caso del conocimiento autorizado— se le niega una voz propia. El punto final a obtenerse mediante la educación monológica es un estudiante que ha absorbido completamente aquello que se le ha presentado, o, en efecto, se convierte en un simulacro de la autoridad. Cualquier talento, intuición o educación especializada que el individuo posea encuentra poca entrada en la conversación. Y con la negación de la expresión llega una obliteración de la identidad y una invitación al letargo. En este sentido, Wise (1979) ha descrito cómo los académicos y los gobiernos imponen currículos y métodos en las escuelas que, en gran medida, silencian al profesor. Apple (1993) elaboró este análisis al discutir cómo el currículo estandarizado impuesto sobre los profesores los inhabilita. Puesto que se trata a los profesores como técnicos, y sólo se les pide que implementen planes prefabricados, pierden su capacidad para reflexionar sobre los problemas educativos y desarrollar sus propias soluciones. Como lo reportan Aronowitz y Giroux (1991), “muchas de las

reformas educativas [contemporáneas] parecen reducir a los profesores al estatus de empleados de bajo nivel... cuya función principal es implementar las reformas decididas por los expertos en niveles superiores del Estado y las burocracias educativas” (p. 33).

Otros han argumentado similarmente que el modelo jerárquico “inhabilita” al estudiante. Jackson (1968) ha descrito cómo las relaciones jerárquicas en las escuelas desaniman la creatividad y la innovación entre los estudiantes. Wood (1988) y otros han extendido este análisis, argumentando que los estudiantes son moldeados para “tomar su lugar sin pensar en un mundo que opera más allá de su control y sin interés en sus necesidades” (p. 174). Una vez que atendemos los aspectos relacionales de la producción del conocimiento, también podemos ver que la inhabilitación no sucede de la misma manera en todos los grupos sociales. Más bien, puesto que el conocimiento profesional se genera en gran medida dentro de un segmento particular de la sociedad en general (predominantemente blancos, angloparlantes, hombres de clase media alta), sus discursos son más significativos (constructores de cohesión) dentro de este contexto que otros. Los estudiantes que confrontan estos discursos desde otros sectores de la sociedad pueden encontrarlos remotos e irrelevantes en sus funciones pragmáticas. Es en este sentido que podemos apreciar las críticas de Apple (1982), Freire (1985) Walkerdine (1998) y otros, quienes describen cómo ciertos grupos históricamente desfavorecidos—debido a su etnia, género o clase— sufren desproporcionadamente bajo el sistema educativo tradicional.

Dados los problemas inherentes del conocimiento basado en la autoridad, ¿qué alternativas sugiere el construccionismo? El presente análisis llama a una desacralización del conocimiento profesional. En vez de asumir que los creadores del conocimiento tradicional proveen la “mejor” o la “última” palabra, démonos cuenta de que todas las aseveraciones sobre el conocimiento crecen a partir de tradiciones histórica y culturalmente situadas. Con lo cual no se busca negar su valor, sino hacer ver que dichos valores también son contingentes. Por ejemplo, el conocimiento de cómo pintar supone, típicamente, el valor del estilo propio o de la estética; el conocimiento de la medicina presume el valor de curar lo que se considera enfermo. Todos estos valores están circunscritos y son negociables. Así, más que monólogos que deben dominarse, podemos pensar en las disciplinas como ofreciendo recursos que pueden o no ser valiosos, dependiendo de una condición de vida particular. Al situar el conocimiento de esta manera estamos invitando a un cambio del monólogo al diálogo, de la jerarquía a la heterarquía. Otros están invitados a deliberar acerca de la materia de estudio de la educación, su valor y relevancia.

John Dewey (1916) una vez sentó fuertes razones para ver la educación como un suelo de germinación para la democracia. Sin embargo, estas visiones fueron presentadas en un tiempo en el que generalmente se creía que el conocimiento real era objetivo y políticamente neutral. Desde una perspectiva construccionista, todo el conocimiento es perspectivo y está saturado de valores. Así, entrar en un dominio de conocimiento es intervenir en una forma particular de vida. Dicha entrada no es en sí misma un paso hacia la democracia; es adquirir una voz, posiblemente a expensas de otras. En este sentido, los argumentos presentes prestan un fuerte apoyo a los movimientos actuales hacia la plurivocalidad en la educación, los intentos de empoderar a aquellos que tradicionalmente han sido excluidos de la producción del conocimiento. Beyer y Apple (1988), por ejemplo, han argumentado que “debe ocurrir una reforma significativa del currículo dentro de aquellas instituciones, y de aquellas personas más estrechamente conectadas con las vidas de los estudiantes: los profesores, administradores, estudiantes y miembros de la comunidad” (p. 6). En vez de ver a los profesores únicamente como técnicos entrenados para administrar el conocimiento autorizado, muchos desean incrementar el rol de “los profesores como creadores del currículo”. Por ejemplo, los proyectos de “investigación acción” entrenan a los profesores para explorar sus propias intuiciones acerca de los procesos educativos (véase, por ejemplo, Hollingsworth y Sockett, 1994). En vez de aceptar las versiones de los expertos para enseñar y aprender, los profesores entrenados en investigación acción buscan sus propios datos y abordan las preguntas educativas por sí mismos. En muchos casos, esto conduce a una utilización del conocimiento más específica del contexto.

El proceso de la creación del currículo también incluye a los estudiantes, los padres y la comunidad. Con respecto a los estudiantes, la propuesta de Wood (1988) acerca de los currículos educativos es relevante: “En su contenido deberíamos brindar a los estudiantes las herramientas para vivir una vida democrática y las visiones de aquello que es posible en nuestro contexto social compartido. En términos de la forma, nuestro currículo debería involucrar a los estudiantes en la toma real de decisiones y en una comunidad compartida de equidad y justicia” (p. 184). La toma de decisiones en la escuela Sudbury Valley resulta ilustrativa: aquí, una reunión semanal de la escuela, conformada por todos los estudiantes y el *staff*, delibera acerca de las prácticas del día a día y las políticas de la escuela (Greenberg y Sadofsky, 1992). En otra iniciativa educativa, Claire Eiselen ha establecido un currículo complementario para los estudiantes virtuosos:

Cada año comienzan grupos pequeños con su profesor en un salón vacío. Aún no hay libros, no hay artículos, no hay currículo. Nada entra al salón, excepto las cosas que los estudiantes

traen. El significado de las cosas viene de la gente que las trae y usa. El valor de las ideas viene de la misma forma. Las ideas y los imaginarios emergen con los jóvenes, y algunos de éstos comienzan a unirse a proyectos. La vida juntos comienza a necesitar ciertas guías. Los grupos pequeños comienzan a construirlas; los grupos más grandes pueden criticarlas. Mientras tanto, los proyectos y las ideas comienzan a proliferar, y a partir de ellos emerge lentamente un todo cultural más amplio. Al final del año, los salones están llenos de los ítems diseñados por los estudiantes, que hablan conmovedoramente de la experiencia humana y que emergen de su cultura construida dentro de nuestra propia comunidad humana. El salón de clases se parece a muchas de las ediciones de la *Unesco Courier*, representadas en un lugar. (Mary Fox, 1993, comunicación personal)

En conclusión, podemos seguir la admonición de Lather (1991) de que abandonamos las pretensiones de un currículo general adecuado al conocimiento universal, y nos movemos hacia inteligibilidades contextuales específicas que incluyen las preocupaciones de todas las partes involucradas en la situación educativa específica.

MÁS ALLÁ DE LAS DISCIPLINAS DEL CONOCIMIENTO

Es tradicional ver los términos de nuestro lenguaje como ganando su significado por su conexión con los referentes del mundo real. Tenemos palabras como “león”, “conejo” o “elefante” porque queremos distinguir tres distintas especies de animales. Sin embargo, el construccionista abandona esta imagen del lenguaje, en favor de una concepción basada en el uso, en la cual el significado de las palabras se rastrea hasta las relaciones activas en las que cumplen un papel. Así, el significado del término “agresivo” no se deriva de un dato específico en el mundo, sino de los contextos lingüísticos en los que las personas lo usan para hacer cosas entre sí (por ejemplo, categorizar la acción, culpar, preparar una respuesta). Su significado cambiará de manera significativa, dependiendo de si uno está trabajando con otros para desplegar tropas, desarrollar una estrategia de negocios o combatir células cancerosas. En la misma forma, “león” puede significar cosas bastante diferentes, dependiendo de si uno está hablando de selvas, estrellas o representaciones teatrales de *El rey León*. Es este carácter polisémico de las palabras, su capacidad para ser usadas en múltiples contextos de las relaciones, el que inyecta flexibilidad al lenguaje y permite la matización sutil de la acción en cualquier escenario dado.

A lo largo del último siglo ha habido un intento concertado para delinear los campos del conocimiento: la química, la física, la historia, y similares. Los currículos de estudio normalmente se disponen de modo que los estudiantes queden

expuestos, por lo menos, a uno de ellos. Sin embargo, desde el punto de vista construccionista, las delineaciones del conocimiento son útiles primariamente para aquellos que se encuentran dentro de un dominio de estudio específico. Ellas permiten a las comunidades de creadores de conocimiento generar logros en términos de sus tradiciones. Aunque hay mucho que decir acerca de la educación en estas tradiciones, los procesos educativos circunscritos por la disciplinariedad resultan profundamente problemáticos.

En principio, la mayoría de asuntos de mayor relevancia para la cultura son tangenciales o completamente irrelevantes para las disciplinas de estudio existentes. Las agendas disciplinares rara vez se establecen de acuerdo con las agendas nacionales o locales; tienden a permanecer internas: honradas por los habitantes interiores. Por tanto, el público tiende a mirar con preocupación el trabajo de los intelectuales, y estos últimos ven con desdén el “nivel inferior” de la deliberación pública. Desafortunadamente, las tradiciones disciplinares sólo lenta y esporádicamente han hecho una contribución a los diálogos nacionales sobre el aborto, la justicia social, el deterioro ambiental, el crecimiento desenfrenado de la comunicación en internet, los conflictos sociales, los asuntos de las comunidades de homosexuales, las reformas de la salud y la seguridad social, y así sucesivamente. Cuando los académicos se expresan acerca de estos problemas, frecuentemente reciben críticas de sus colegas por “venderse”, “hacer propaganda” o “buscar atención”. Sin embargo, como Usher y Edwards (1994) lo han dicho: “las disciplinas como cuerpos sistemáticos de conocimiento también son regímenes regulatorios... a través de los cuales se ejerce poder” (p. 93).

En la medida en que la educación busca mejorar la calidad y eficacia de la deliberación y acción públicas, hay mucho que decir sobre la publicación de currículos desde las demandas de la disciplinariedad. En la educación preprofesional se puede hacer hincapié en liberar a los discursos y las prácticas de sus redes disciplinares. En un sentido contruccionista, el discurso disciplinario puede ser invitado en un día festivo. Los asuntos prácticos de interés público (o privado) pueden establecer las agendas para la educación; las disciplinas pueden ofrecer recursos relevantes. A medida que los estudiantes confrontan los mayores problemas de las diversas épocas no se verán restringidos por las pocas herramientas de una materia restringida de estudio. En cambio, serán libres de deambular a través de cualesquiera dominios que sean necesarios en términos de sus objetivos: escudriñar, pedir prestado, desenredar, anexas, combinar, reformular y amalgamar en cualquier forma necesaria para lograr el resultado más efectivo. Los estudiantes que trabajan en un problema local de contaminación del agua, por ejemplo, pueden encontrar que requieren de métodos estadísticos, de un

puñado de conceptos ecológicos, de fuentes históricas y de un poema de impacto retórico. A medida que la variedad de vocabularios relacionales se abre para una reconstitución continua, también nos vemos óptimamente posicionados para ser eficaces en condiciones rápidamente cambiantes.

Concretando esta visión, el Departamento de Educación en los estados de Connecticut y Maryland (véase Baron *et al.*, 1989) ha intentado transformar los medios para evaluar a los estudiantes en los grados 9-12. En particular, el objetivo ha sido cambiar el énfasis en la regurgitación de hechos acumulados (favorecidos por la “mente como pizarra de orientación”), y preparar una evaluación de los medios en que los estudiantes utilizan y combinan múltiples habilidades en contextos nuevos y retadores, y comunican sus conclusiones a otros. Así, los estudiantes pueden trabajar individualmente o en grupos para resolver problemas complejos y de pasos múltiples, recoger información, analizar, integrar, interpretar y reportar sus resultados a audiencias reales. Según los educadores, estas tareas permiten a los estudiantes “construir significado y estructurar investigaciones” para audiencias particulares. El énfasis de enseñanza cambia de preparar a los estudiantes para la mera repetición de discursos reglamentados y estandarizados, al desarrollo de habilidades para confrontar circunstancias complejas y siempre cambiantes, por fuera de la esfera educativa. Estos argumentos a favor de “una evaluación auténtica” —relacionados con las habilidades que, de hecho, se necesitan en el mundo de modo general— están estrechamente relacionados con un énfasis sobre el significado en la práctica.

HACIA EL SIGNIFICADO EN LA PRÁCTICA

Según las versiones tradicionales, la educación funciona para producir individuos informados, que, ya sea a fuerza de lo que saben y/o de sus habilidades racionales, están equipados para actuar efectivamente en cualquier situación que la vida tenga para ofrecer. Inscritos en sus pizarras mentales, se encuentran mapas de lo que hay, junto con los detalles de la historia, los modos apropiados de deducción, etcétera. La educación sirve a los propósitos del dominio y almacenamiento del conocimiento; la vida posterior ofrece las condiciones para su uso. Paulo Freire (1972) ha expresado una de las críticas más punzantes hacia el modo resultante de educación:

El profesor habla acerca de la realidad como si fuera inmóvil, estática, compartimentada y predecible. De lo contrario, habla de un tópico completamente ajeno a la experiencia existencial de los estudiantes. Su tarea es “llenar” a los estudiantes con los contenidos de su

narración, contenidos que están desligados de la realidad, desconectados de la totalidad que los engendró y que le podrían dar sentido. Las palabras son despojadas de su forma concreta y se convierten en una verbosidad hueca, alienada y alienadora. (p. 57)

Como se anticipó anteriormente, el lenguaje adquiere su valor social y su significado por la forma en que la gente lo usa en contextos específicos. El reto del proceso educativo no es, entonces, almacenar datos, teorías y heurística racional en las mentes de los individuos, sino generar contextos en los cuales el discurso y la práctica puedan unirse, contextos en los cuales los diálogos se puedan ligar a las continuas búsquedas prácticas de las personas, las comunidades o las naciones. En efecto, el construccionista favorecería una reducción sustancial del currículo canonizado que exige que los estudiantes tomen cursos porque son prerrequisitos de otros cursos o de un grado. Muy rara vez, el material del curso está ligado a un contexto de uso práctico o inmediato y muy frecuentemente el material del curso sólo es aplicable dentro de la enrarecida y delimitada atmósfera del sistema educativo. En cambio, el construccionista favorecería prácticas en las cuales el estudiante trabaje junto a los profesores y otros para decidir sobre asuntos de importancia, y sobre el tipo de actividades que mejor puedan dar lugar a una participación significativa. Por ejemplo, si los estudiantes están interesados en la ecología, la tensión racial, el aborto, las drogas, la industria de la música rock, las exigencias impuestas por la industria de la moda, las formas de estilo propio, etcétera, ¿es posible desarrollar proyectos que generen las habilidades requeridas?, ¿pueden interactuar con aquellos involucrados en estos dominios, recolectar materiales relevantes, leer libros y artículos relacionados, discutir entre sí, y, en últimas, formular visiones que llamen la atención de los padres, la policía, los líderes de negocios, los funcionarios gubernamentales, y similares? Para el construccionista, entonces, los diálogos educativos deberían estar estrechamente ligados, en lo posible, a las circunstancias de aplicación. Bruner (1996) ha adelantado la visión de “conocer como hacer”. Argumenta que, para este fin, “sobre la base de lo que hemos aprendido en años recientes acerca del aprendizaje humano [lo hacemos mejor] cuando es participativo, proactivo, comunal, colaborativo y dedicado a construir significado, más que cuando lo recibimos” (p. 84). Estamos completamente de acuerdo.

Pero, en otros términos, ¿por qué debería la educación prepararnos para una existencia comunitaria, en vez de que la existencia comunitaria determine los contornos de la educación adecuada? La lectura, la escritura, las matemáticas y la experimentación en el laboratorio no deberían constituir obstáculos que saltar, bajo amenaza de castigo. Ni tampoco los bloques de construcción de una buena vida en algún punto de un futuro distante. En cambio, óptimamente, deberían servir como recursos para los diálogos continuos y sus prácticas asociadas. Poseer libros

es casi como tener participantes adicionales en el diálogo. Las matemáticas, por ejemplo, no serían más la odiosa medicina que muchos se ven forzados a tragar, incluso cuando no pueden articular la enfermedad para la cual se dice que es la cura. En cambio, las técnicas matemáticas pueden convertirse en las herramientas necesarias para una causa avanzada: determinar las perturbaciones significativas de un fenómeno, evaluar costos y beneficios, leer las tablas demográficas o comunicar efectivamente a otros los resultados de los propios esfuerzos.

Para ilustrar las posibilidades, consideremos un programa de educación llevado a cabo en una escuela de medicina en Limburgo, Holanda. El entrenamiento médico tradicional se basa en una visión exogénica del conocimiento, que sostiene que la participación práctica debe esperar al “rellenamiento de la mente”. Por tanto, tres años de educación deben preceder a cualquier contacto significativo con los retos de la práctica médica. Sin embargo, en el experimento de Limburgo, el estudiante que ingresa es puesto inmediatamente a ser el aprendiz de un doctor profesional. A medida que se encararan problemas dentro del escenario práctico, se plantean preguntas que el estudiante no puede responder sin investigar recursos relevantes (libros, revistas, tablas estadísticas). Cuando estos recursos se buscan e incorporan, el estudiante gana una mayor eficacia como aprendiz, pero sólo para encontrar más preguntas de relevancia práctica que de nuevo lo enviarán de vuelta a los recursos necesarios. Cuando trabaja dando lo mejor, el estudiante está muy motivado para adquirir información, y esta adquisición está ligada a contextos de uso específico⁴. En este sentido, el construccionismo favorece tanto los programas de aprendizaje basados en la comunidad como los procesos de aprendizaje en la educación (Rogoff, 1990).

HACIA UNA DELIBERACIÓN REFLEXIVA

A medida que las comunidades profesionales se funden alrededor de visiones de lo real y lo bueno, tienden a aislarse de aquello que se encuentra por fuera de sus límites. No se trata simplemente de una cuestión de dos culturas —las ciencias y las humanidades—, sino del aislamiento entre las disciplinas dentro de las ciencias y las humanidades y de los subsectores de estas disciplinas (por ejemplo, la Sociedad Americana de Psicología ahora lista más de 50 subdivisiones, muchas de las cuales tienen sus propias revistas, encuentros profesionales, jerarquías de reputación, y así sucesivamente). Algo más importante para los propósitos presentes es que son

4 Hay excepciones a este énfasis, y los educadores vygotskianos ponen ahora un énfasis creciente en el proceso social. Véase, por ejemplo, Holzman (1997).

pocos los medios que existen dentro de una comunidad discursiva para cuestionar su propia legitimidad: sus fortalezas, debilidades, limitaciones y supresiones. En las ciencias, por ejemplo, fácilmente uno puede cuestionar la validez de una pieza investigativa dada, pero el valor de la investigación misma difícilmente es cuestión de debate. Más aún, existen pocos medios para reconocer las potencialidades de las visiones alternativas del mundo. Por ejemplo, una persona entrenada en investigación fisiológica tiene pocos medios para cuestionar la legitimidad de la fisiología como forma de verdad, o para reconocer los beneficios que se derivan de discursos alternativos por fuera de este dominio (por ejemplo, psicológico, espiritual o estético). En efecto, el discurso fisiológico (como todos los otros) es autorreferente y autoconfirmatorio, y en este sentido, no logra promover formas alternativas de articulación al diálogo.

De manera consistente con el anterior énfasis de moverse en el escenario educativo desde un monólogo con autoridad hacia un diálogo, se requieren medios para abrir los lenguajes con autoridad a la deliberación reflexiva. Es decir, los discursos con autoridad deben abrirse a evaluación desde puntos de vista alternativos, incluidos los respetados y los informales. Al exponer cualquier discurso profesional a las preocupaciones de sus pares —por ejemplo, al considerar los textos biológicos en términos de sus metáforas dominantes (literatura) o los textos literarios en términos de sus ideales políticos implícitos—, ganamos perspectiva sobre las fortalezas y debilidades del trabajo en cuestión y añadimos dimensiones a los diálogos subsiguientes. Al exponer los discursos con autoridad a los puntos de vista locales e informales de la comunidad, dichos discursos nuevamente son cuestionados y enriquecidos. En todos los casos, el analista también puede ganar una comprensión de las fortalezas y limitaciones del punto de vista que trae.

Este interés por la deliberación reflexiva adiciona una dimensión a las antiguas discusiones del “currículo oculto”, un término que se refiere a las creencias y valores que las escuelas enseñan implícitamente. Como lo sugiere el argumento del currículo oculto, todas las prácticas discursivas cargan consigo un rango de valores y prácticas asociados. Así, incorporar un discurso profesional (y los modos a través de los cuales se enseña) es también absorber indirectamente sus clasificaciones implícitas de la vida cultural. Por ejemplo, Bowles y Gintis (1976) han descrito la forma en que se anima a los estudiantes de la clase trabajadora, en particular, a ser obedientes, pasivos y sin originalidad. Apple (1982) ha discutido la forma en que la producción de libros de texto y otros materiales curriculares establece los valores y las creencias para ciertos grupos como conocimiento “oficial”. Aronowitz y Giroux (1991) argumentan que las expectativas de las

corrientes dominantes sistemáticamente excluyen a los miembros de grupos subordinados del éxito académico y refuerzan y justifican los valores de los grupos dominantes. Similarmente, Beyer y Apple (1988) argumentan que, en vez de producir ciudadanos capaces de articular sus propias visiones a nuestra vida colectiva, las escuelas producen trabajadores preparados para subordinarse a los juicios de otros.

La mayoría de quienes están preocupados con los efectos del currículo oculto ha puesto un fuerte énfasis en una pedagogía de la crítica. La reflexión crítica sirve a funciones emancipadoras. La crítica ciertamente es muy bienvenida; es a través de este medio que los grupos, de otro modo marginalizados, adquieren seguridad en sus propias posiciones. Sin embargo, son notables dos rasgos problemáticos de dicha reflexividad: primero, su énfasis exclusivo en la crítica, y segundo, su dedicación a los valores de la liberación. Al mismo tiempo que la reflexión crítica es imperativa, también es delimitante (véase Gergen, 2001). Normalmente, la crítica no da crédito a las comunidades discursivas en cuestión, con sensibilidad interna, que “construyen buen sentido para buenos propósitos” dentro de sus propios términos. Presumir la maldad del “currículo oculto” es suprimir las voces de aquellos que abrazan sus valores. Al usar sólo la crítica, las potencialidades de dichos discursos y prácticas se suprimen y se desanima la apropiación para los propósitos locales. Desde el punto de vista relacional desarrollado aquí, la crítica debe complementarse con modos apreciativos de indagación. El punto de la deliberación reflexiva no es ampliar el abismo existente entre los enclaves culturales, sino enriquecer las formas de vida cultural a través de procesos de entretejimiento.

Como también se ha indicado, la mayoría de análisis críticos también favorece una agenda alternativa emancipadora. Por ejemplo, McLaren enfatiza los “referentes guía de la libertad y la liberación” (1994: 201). Giroux (1992) argumenta que debemos desmitificar los currículos, el oficial y el oculto, revelando las opciones evaluadoras implícitas en ellos, y explorar alternativas a estas corrientes dominantes de creencias y valores. Aronowitz y Giroux (1991) argumentan que debemos “comprometernos firmemente con la diferencia cultural como central para el significado de la educación y la ciudadanía” (p. 12), y “educar a los estudiantes para el mantenimiento y la defensa de los principios y las tradiciones necesarios para una sociedad democrática” (p. 34).

Desde el punto de vista presente, aunque estos compromisos representan tradiciones valiosas dentro de la cultura, también circunscriben la conversación. También se derivan de comunidades de creadores de conocimiento con autoridad y, por tanto, tienden al aislamiento, la supresión y la autorracionalización. Por

ejemplo, ¿cómo ha de acomodarse el proceso educativo a aquellos que no creen en la igualdad de todas las voces: desde los hindúes o los católicos ortodoxos hasta aquellos que no “ahorran el castigo”? Y ¿qué concepción de igualdad debería guiar nuestras decisiones?: ¿la igualdad de oportunidades, en donde a cada quien se le da una buena oportunidad pero se echa de lado a los que fracasan; o una igualdad de resultado, en la cual a cada quien se le garantiza cierto grado de éxito? Encarando tal diversidad, un currículo de la liberación corre los mismos riesgos de jerarquización y supresión que aquellos bajo ataque.

Estas limitaciones no se desconocen. Aronowitz y Giroux (1991) nos recuerdan que no debemos imponer de forma paternalista visiones “alternativas” sobre los estudiantes y profesores. Como también lo muestra Lather (1991), “Muy frecuentemente, unidas a su versión de la verdad y de interpretación de la resistencia como ‘falsa conciencia’, las pedagogías liberadoras no logran probar el grado en que dicho ‘empoderamiento’ se convierte en algo hecho ‘por’ los pedagogos liberados ‘para’ los aún-no-liberados” (p. 105). Según el punto de vista presente, no existe manera de que una práctica pedagógica pueda escapar de la crítica de que favorece a una visión de lo bueno etnocéntricamente circunscrita. No existen tradiciones relacionales que escapen de ello. Sin embargo, puesto que dentro de las relaciones se generan las concepciones de lo bueno y verdadero, entonces la existencia de la diferencia invita al desarrollo de nuevas formas relacionales. Es decir, las formas de intercambio deben buscarse allí donde grupos dispares puedan forjar órdenes nuevos, y posiblemente más inclusivos, de lo bueno. Además de las pedagogías de la apreciación y la crítica, entonces, resulta esencial desarrollar nuevos modos de intercambio creativo, prácticas que permitan que las amalgamas creativas reemplacen al conflicto y la hostilidad.

HACIA RELACIONES GENERATIVAS

Las visiones tradicionales del conocimiento como estando “dentro de las mentes individuales” favorecen divisiones distintivas entre el profesor y el estudiante. El profesor “sabe” y los estudiantes son puestos en el lugar de objetos sobre los cuales se opera: mentes a ser llenadas con contenidos o racionalidades. Desde el punto de vista construccionista, el individuo no posee contenidos ni racionalidades, sino que participa en ellos. Las declaraciones informadas y racionales no son expresiones externas de la mente interna sino logros relacionales. Lo que aparece como razón, memoria, motivación, intención, y similares, es el resultado de una acción y negociación coordinada dentro de una comunidad (Billig, 1990; Edwards y Potter, 1992; Myerson, 1994). Para el educador construccionista,

el principal reto es contribuir a las relaciones generativas a partir de las cuales el estudiante emerge con un potencial ampliado para relacionarse efectivamente. El rol del estudiante deja de ser el de objeto, y pasa a ser un sujeto dentro de relaciones.

Actualmente, las exploraciones del proceso relacional en el salón de clases son sustanciales. Por ejemplo, Edwards y Mercer (1987) han explorado los significados compartidos dentro de un salón de clases y han retado a los profesores a explicitar las reglas de base ocultas o implícitas en aquello que se comparte. El trabajo de Grossen (1988) contiene un afinado análisis de los mundos construidos conjuntamente entre el estudiante y el profesor, especialmente dentro del contexto de la evaluación. Wortham (1994) muestra las formas en que las interacciones en el salón de clases pueden ser desatendidas, en función de las actividades en curso. Walkerdine (1997, 1998) explora la vida de los estudiantes como participantes en el régimen discursivo de la escuela y demuestra la capacidad del estudiante para posicionarse de múltiples maneras dentro del discurso. Otras investigaciones nos permiten ver el pensamiento racional como un proceso *distribuido* entre los participantes en un salón de clases (Salomon, 1996).

Más importante aún, sin embargo, es la pregunta sobre la forma en que enfocarse en las relaciones puede enriquecer el proceso pedagógico. En vez de una clase centrada en la materia de estudio o en el niño, ¿cómo se constituirían los procesos pedagógicos si las relaciones fueran lo primario? En este contexto, uno aprecia más plenamente las limitaciones de la conferencia o la presentación monológica del profesor. Desde el punto de vista construccionista, los conferencistas están demostrando, principalmente, sus propias habilidades para ocupar posiciones discursivas. Aunque existen ciertas ganancias a ser logradas cuando se brindan a los estudiantes modelos para que desempeñen el rol de la autoridad, la exposición a modelos resulta insuficiente para habilitarlos a que hagan lo mismo. Para encarar la cuestión más claramente, los mismos procesos que son necesarios para la producción pública de autoridad están ocultos a la visión del estudiante. Las horas de preparación —la relectura de los textos, la revisión de las notas, la exploración de nuevos recursos, la discusión con colegas, las presentaciones de ensayo y error en los contextos precedentes (todos los cuales pueden ser necesarios para consumir la clase)— esencialmente se han eliminado de la vista del estudiante. Tal eliminación es necesaria, por supuesto, para mantener el mito de la autoridad como posesión individual: “Mi conferencia demuestra la superioridad de *mi* mente”. Sin embargo, todas estas acciones preparatorias son inmersiones en diálogos continuos dentro del área, y lo que se dice en el podio simplemente es una manifestación localizada de estos diálogos. Oscurecer este

rango de participaciones preparatorias no sólo es sostener un mito problemático, sino negar el acceso al tipo de procesos en que los estudiantes deben involucrarse, si han de comunicarse ellos mismos con eficacia.

A medida que nos desplazamos desde el individuo hacia las relaciones como centro de atención, podemos apreciar nuevamente el trabajo de los constructivistas sociales acerca de los procesos de aprendizaje asistidos por profesores, los aprendizajes semióticos y las relaciones en la zona de desarrollo proximal (Becker y Varelas, 1995; Kozulin, 1998; Larochelle, Bednarz y Garrison, 1998; Wood, Cobb y Yackel, 1995). Todos localizan el sitio de aprendizaje dentro de la matriz relacional. Sin embargo, tal vez el resultado más visible del pensamiento construccionista hasta ahora es el surgimiento del aprendizaje cooperativo o colaborativo (Bleich, 1988; Sharan, 1990). Como lo ha dicho Kenneth Bruffee (1993), el aprendizaje colaborativo es un proceso en el cual el intercambio continuo entre estudiantes sirve como el medio educativo principal. Uno aprende involucrándose, incorporando y realizando exploraciones críticas, junto a otros. Idealmente, a través del intercambio social se desarrollan habilidades sociales de articulación y respuesta, y se abren nuevas posibilidades de construcción del mundo. El aprendizaje se convierte en un “cambio en nuestras relaciones, constituidas en el lenguaje con otros”. En una original exhibición de aprendizaje colaborativo, el autor Ken Kesey trabajó con sus 13 estudiantes de la clase de escritura creativa en la Universidad de Oregón para escribir y publicar una novela colectiva, *Caverns* (Penguin Books, 1989). En otros contextos, gran parte de esta misma lógica ha conducido a la elaboración de productos similares a libros (incluidos archivos de computador, videocasetes, películas, folletos), que en sí mismos pueden ser *inputs* para otros grupos (padres, gobierno local, miembros comunitarios) o clases. En el mismo tema, el grupo de clase trabaja unido para desarrollar posiciones en un debate, materiales para usar en la enseñanza de otros, o comunicados a estudiantes de mentalidad similar en otras partes del mundo.

Sin embargo, la investigación colaborativa sólo puede ser vista como el principio de la exploración en los enormes potenciales de la educación centrada en las relaciones. Así, nos vemos enriquecidos, por ejemplo, por la investigación en las formas y potencialidades del diálogo en el salón de clases (Barbules, 1993; Wells, 1999) y por las exploraciones sobre la importancia de la amistad en las relaciones profesor-estudiante (Rawlins, 2000). También se da la bienvenida a la expansión del concepto de relación para incluir más que las relaciones sociales dentro de la clase. Aquí, las innovaciones pedagógicas promovidas por los constructivistas sociales pueden desempeñar un rol particularmente importante. Inspirados por el trabajo de Vygostky, el concepto de relación se expande para

incluir varias herramientas y materiales encontrados en el proceso educativo. Sin embargo, en principio, no hay un límite para los perímetros de las relaciones. Ya hemos comentado sobre las relaciones entre la escuela y las agendas de la comunidad y nacionales. Sólo estamos comenzando a apreciar los horizontes de una educación plenamente relacional.

CONCLUSIÓN

A pesar de que frecuentemente resultan polémicos, no hay nada dentro de estos argumentos que favorezca de modo general el abandono de las prácticas educativas tradicionales. Todas las prácticas construyen al mundo en su propia forma, cargan con valores de cierto tipo y se prestan para ciertos futuros a expensas de otros. Lo que se propone es una alternativa a la epistemología tradicional, que abre posibilidades para la práctica educativa. Como se propuso aquí, una visión socioconstruccionista del conocimiento discute fuertemente a favor de una mayor democracia en la negociación de lo que cuenta en la práctica educativa, la fundamentación local de los currículos, la ruptura de los límites disciplinares, el lugar de los discursos disciplinarios en las prácticas socialmente relevantes, la práctica educativa en problemas sociales y un cambio en los modos educativos centrados en el sujeto y el niño, hacia una focalización en las relaciones. Muchos de estos énfasis no son nuevos para los diálogos sobre la educación. Y, en este sentido, el construccionismo social presta un fuerte apoyo a ciertas iniciativas existentes. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, aún tenemos que abrir la puerta a la plenitud de potencialidades de una epistemología construccionista.

REFERENCIAS

Apple, M. (1993), *Official knowledge, democratic education in a conservative age*. Nueva York: Routledge.

Apple, M. (1982), *Education and power*. Boston: Routledge and Kegan Paul.

Aronowitz, S. y H. A. Giroux (1991), *Postmodern education: Politics, culture and social criticism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Barbules, N. C. (1993), *Dialogue in teaching*. Nueva York: Teachers College Press.

Becker, J. y M. Varelas (1995), *Assisting construction: The role of the teacher in assisting the learner's construction of preexisting cultural knowledge*. En L. Steffe y J. Gale (Eds.), *Constructivism in education*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum.

Berger, P. y T. Luckmann (1966), *The social construction of reality*. Nueva York: Doubleday/Anchor.

Beyer, L. y M. Apple (1988), *The curriculum: Problems, politics and possibilities*. Albany: State University of New York Press.

Billig, M. (1990), *Collective memory, ideology and the British royal family*. En D. Middleton y D. Edwards (Eds.), *Collective remembering*. Londres: Sage.

Bleich, D. (1988), *The double perspective, language, literacy and social relations*. Oxford: Oxford University Press.

Bowles, S. y H. Gintis (1976), *Schooling in Capitalist America*. Nueva York: Basic Books.

Bruffee, K. A. (1993), *Collaborative learning*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Bruner, J. S. (1996), *The culture of education*. Cambridge: Harvard University Press.

Dewey, J. (1916), *Democracy and education: An introduction to the philosophy of education*. Nueva York: Free Press.

Edwards, D. y N. Mercer (1987), *Common knowledge, the development of understanding in the classroom*. Londres: Methuen.

Edwards, D. y J. Potter (1992), *Discursive psychology*. Londres: Sage.

Foucault, M. (1979), *Discipline and punish: The birth of the prison*. Nueva York: Random House.

Foucault, M. (1980), *Power/knowledge*. Nueva York: Pantheon.

Freire, P. (1972), *Pedagogy of the oppressed*. Nueva York: Herder and Herder.

Freire, P. (1985), *The politics of education*. South Hadley: Bergin and Garvey.

Gergen, K. J. (1999), *An invitation to social construction*. Londres: Sage.

Giroux, H. (1992), *Border crossings*. Nueva York: Routledge, Chapman and Hall.

Greenberg, D. y M. Sadofsky (1992), *The Sudbury Valley School experience*. Framingham: Sudbury Valley School Press.

Grossen, M. (1988), *L'interaction sociale en situation de test*. (Doctoral thesis, University of Neuchatel).

Hollingsworth, S. y H. Sockett (1994), Positioning teacher research in educational reform: Movement and momentum. En S. Hollingsworth y H. Sockett (Eds.), *Teacher research and educational reform*. Chicago: University of Chicago Press.

Holzman, L. (1997), *Schools for growth*. Mahwah: Erlbaum.

Horkheimer, M. (1974), *Eclipse of reason*. Nueva York: Seabury.

Jackson, P. (1968), *Life in classrooms*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Kelly, G. (1955), *The psychology of personal constructs*. Nueva York: W. W. Norton.

Kozulin, A. (1998), *Psychological tools, a sociocultural approach to education*. Cambridge: Harvard University Press.

Larochelle, M., N. Bednarz y J. Garrison (Eds.) (1998), *Constructivism and education*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lather, P. (1991), *Getting smart*. Nueva York: Routledge.

McLaren, P. (Ed.) (1994), *Post-modernism, post-colonialism, and pedagogy*. Albert Park: James Nicholas.

Mehan, H. (1979), *Learning lessons, social organization in the classroom*. Cambridge: Harvard University Press.

Myerson, G. (1994), *Rhetoric, reason and society*. Londres: Sage.

Olssen, M. (1996), Radical constructivism and its failings: anti-realism and individualism. *British Journal of Educational Studies*, 44, 275-296.

Osborne, J. F. (1996), Beyond constructivism. *Science and Education*, 80, 53-83.

Phillips, D. C. (1997), How, why, what, when and where: Perspectives on constructivism in psychology and education. *Issues in Education*. 3, 151-194.

Piaget, J. (1954), *The construction of reality in the child*. Nueva York: Basic Books.

Rawlins, W. K. (2000), Teaching as a mode of friendship. *Communication Theory*, 10, 5-26.

Rorty, R. (1979), *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton: Princeton University Press.

Salomon, G. (Ed.) (1996), *Distributed cognitions: Psychological and educational considerations*. Nueva York: Cambridge University Press.

Sharan, S. (1990), *Cooperative learning*. Nueva York: Praeger.

Shotter, J. (1995), In dialogue: Social constructionism and radical constructivism. En L. P. Steffe y J. Gale (Eds.), *Constructivism in Education*. Hillsdale: Erlbaum.

Von Glasersfeld, E. (1987), The control of perception and the construction of reality. *Dialectica*, 33, 37-50.

Vygotsky, L. S. (1978), *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Cambridge: Harvard University Press.

Walkerdine, V. (1997), *Ethnomathematics: Challenging eurocentrism in mathematics education*. Albany: State University of New York Press.

Walkerdine, V. (1998), *Counting girls out: Girls and mathematics*. Londres: Falmer.

Wise, A. (1979), *Legislated learning*. Berkeley: University of California Press.

Wittgenstein, L. (1953), *Philosophical investigations*. T. G. Anscombe. Nueva York: Macmillan.

Wood, G. H. (1988), Democracy and the curriculum. En L. E. Beyer y M. W. Apple (Eds.), *The curriculum, problems, politics and possibilities*. Albany: State University of New York Press.

Wood, T., P. Cobb y E. Yackel (1995), Reflections on learning and teaching mathematics in elementary school. En L. Steffe y J. Gale (Eds.), *Constructivism in education*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum.

Wortham, S. F. (1994) *Acting out participant examples in the classroom*. Amsterdam: John Benjamins.

INVESTIGACIÓN CUALITATIVA: TENSIONES Y TRANSFORMACIONES

El dominio de la investigación cualitativa ofrece algunas de las más ricas y recompensantes exploraciones que se encuentran disponibles en la ciencia social contemporánea. Esta abundancia es el resultado de una gran cantidad de convergencias históricas. El área ha acogido las críticas de los académicos que encuentran a sus tradiciones disciplinares estrechas y restrictivas. A pesar de las críticas potenciales de sus colegas, han entrado al mundo cualitativo llenos de energía. Otros han encontrado la forma de expresar sus compromisos o habilidades particulares; aquí existe un espacio para la crítica social y el activismo político, al igual que espacios para la expresión literaria, artística y dramática. Más aún, académicos de diversos ámbitos —investigadores del sida, analistas del mercado, etnógrafos, y demás— han llegado en búsqueda de formas de traer una nueva vitalidad a sus objetivos tradicionales. Tal vez resulta más significativo que el maremoto de debates teóricos y metateóricos que atraviesan el mundo intelectual —conocidos de manera variable como posfundacionales, posestructurales, posilustrados y posmodernos— haya llegado al puerto cualitativo. Aquí, estos turbulentos intercambios han producido profundos cuestionamientos a las formas en que se comprenden y practican las ciencias sociales.

Como resultado de estas convergencias, el área de la investigación cualitativa está repleta de entusiasmo, creatividad, fermento intelectual y acción. Como lo describe la investigadora Virginia Olesen, “No creo que anteriormente haya existido un momento tan excitante en términos de un pensamiento cuidadoso acerca de las epistemologías de los métodos, la relación con los participantes, los nuevos modos y la creciente fuerza de los métodos cualitativos en áreas sustanciales como la educación y la enfermería” (correo electrónico, 11/25/98). Existen fecundaciones cruzadas, diálogos catalizadores y un sentido predominante de participación en

una revolución viva. También se evidencian creencias opuestas, retos escépticos y resistencias. En el presente capítulo prestamos atención a algunas de estas rebeldes contracorrientes, para resaltar algunas de las diferencias más notorias y deliberar acerca de posibles futuros. No lo hacemos, sin embargo, con el propósito de resolver las disputas o de llevar al área hacia la coherencia o la univocidad. No consideramos que las dudas y los desacuerdos sean los dolores de parto de un nuevo fundamento metodológico sino, más bien, oportunidades para nuevas conversaciones y evoluciones en la práctica. Al acercarnos a estas cuestiones desde la perspectiva socioconstruccionista, vamos a tratar estos acalorados diálogos como si albergaran el potencial generativo a partir del cual la vitalidad del dominio cualitativo será llevada hacia el nuevo siglo.

No nos hemos embarcado solos en esta discusión. Para favorecer nuestras deliberaciones, encuestamos a algunos colaboradores de este volumen y a los miembros del *Handbook* del International Advisory Board. Les preguntamos hacia dónde se ven moviéndose en el dominio cualitativo durante los próximos cinco años, qué tipo de proyectos tienen en camino, qué giros particulares de la metodología les parecen especialmente atractivos y excitantes, y qué formas de investigación resultan más atractivas a sus estudiantes. Las respuestas fueron muy generosas e iluminadoras; queremos agradecer a todos los que aportaron su visión para el enriquecimiento de este capítulo.

En lo que sigue queremos atender específicamente tres lugares de controversia en la investigación cualitativa: la crisis de la validez; los derechos de representación y el lugar de lo político en las investigaciones cualitativas. Hemos de continuar esta discusión con varios incentivos para diálogos y desarrollos futuros.

LA CRISIS DE LA VALIDEZ

Una de las influencias más catalizadoras en el dominio cualitativo ha sido el animado diálogo sobre la naturaleza del lenguaje y, particularmente, la capacidad del lenguaje para calcar o dibujar el mundo al que se refiere. Los desarrollos en la semiótica posestructural, la teoría literaria y la teoría retórica cuestionan el supuesto fundamental según el cual las explicaciones científicas pueden representar al mundo tal como es, de manera precisa y objetiva. Como mínimo, este trabajo ha hecho clara la imposibilidad de la mimesis lingüística; no existen medios para privilegiar una explicación particular sobre la base de su correspondencia única con el mundo. La inteligibilidad de nuestras explicaciones del mundo no se deriva del mundo mismo, sino de nuestra inmersión en una tradición de prácticas culturales. Es decir, hemos heredado de generaciones anteriores formas de comunicarnos

acerca del mundo. Si nuestras explicaciones se ajustan a estas convenciones de inteligibilidad, entonces tendrán sentido; si violan estas tradiciones, dejamos de participar en la tradición. Así, nuestras construcciones del mundo se derivan de nuestras relaciones dentro de comunidades interpretativas.

DETERIORO DE LOS FUNDAMENTOS DE LA METODOLOGÍA

Esta visión del lenguaje conduce a un considerable escepticismo acerca de los fundamentos epistemológicos de las prácticas científicas. La búsqueda de leyes universales o generales; la capacidad de la ciencia para producir representaciones exactas de su materia de estudio; la posibilidad de un progreso científico hacia la verdad objetiva y el derecho a las afirmaciones de experticia científica quedan todos debilitados. Nos enfrentamos, entonces, a lo que Denzin y Lincoln (1994) han llamado una crisis de la validez. Si no existen medios para hacer corresponder de manera correcta la palabra con el mundo, entonces la garantía de la validez científica se pierde, y a los investigadores no les resta sino cuestionar el rol de la metodología y los criterios de evaluación. Como contundentemente lo preguntan Denzin y Lincoln, “¿Cómo han de evaluarse los estudios cualitativos en la época posestructural?” (1994, p. 11).

Dentro del ámbito cualitativo, estos desarrollos han estimulado un ardiente debate y una avalancha de energía creativa. Para muchos investigadores cualitativos, las críticas de la validez resuenan junto a otras dudas ya antiguas acerca de las metodologías nomotéticas, por su incapacidad para reflejar las complejidades de la experiencia y la acción humanas. En efecto, dichos investigadores se han vuelto hacia los métodos cualitativos, con la esperanza de generar explicaciones más ricas y finamente matizadas de la acción humana. Dentro de estos círculos, muchos argumentan que el énfasis empirista en el comportamiento cuantificable deja por fuera un ingrediente crucial de la comprensión humana, a saber, las experiencias privadas del agente. Estas dos perspectivas —que los métodos cualitativos son más fieles al mundo social que los cuantitativos y que las experiencias humanas individuales son importantes— siguen firmes en la comunidad cualitativa de la actualidad, con diversos defensores de la investigación de la teoría fundamentada (Strauss y Corbin, 1990, 1994), la fenomenología (Georgi, 1994; Moustakas, 1994), y las investigadoras del punto de vista feminista (Brown y Gilligan, 1992; Harding, 1986, 1991; Miller y Stiver, 1997), entre otros.

Sin embargo, como lo interpretan las críticas de la validez, muerden la mano del entusiasta cualitativo que las alimenta. Si se rechaza la idea del lenguaje como imagen o mapa de la realidad, entonces no existe racionalidad a través

de la cual los investigadores cualitativos pueden alegar que sus métodos son superiores a los cuantitativos en términos de su precisión o sensibilidad. Una descripción de mil palabras no es una “imagen de la persona” más válida que el puntaje de un test estandarizado. De la misma forma, las críticas de la validez cuestionan la presunción de que el lenguaje pueda calcar adecuadamente la experiencia individual (Bohan, 1993; Butler, 1990). Cuando una persona presenta un relato de su experiencia, ¿en qué sentido son las palabras un mapa o imagen del mundo interior? Los relatos de la “experiencia” parecen poder entenderse más adecuadamente como el resultado de una historia textual/cultural particular, en la que las personas aprenden a contar sus historias de vida a sí mismas y a los demás. Dichas narraciones se encuentran inmersas en procesos de creación de sentido de comunidades histórica y culturalmente situadas (Cfr. Bruner, 1986, 1990; M. Gergen, 1992, en prensa, Morawski, 1994, y Sarbin, 1986).

INNOVACIONES EMERGENTES EN LA METODOLOGÍA

A pesar de que algunas veces se le acusa de nihilismo sin salida, tal escepticismo ha tenido enormes efectos catalizadores en el ámbito cualitativo. Ha obtenido como resultado un rango deslumbrante de innovación metodológica. Cuatro de estas innovaciones —reflexividad, expresión de múltiples voces, estilo literario y *performance*— merecen especial atención. En parte, su importancia se deriva de la forma en que cuestionan la díada tradicional entre investigación y representación, es decir, entre los actos de observar o “recoger datos” y los reportes posteriores sobre este proceso. Existe el creciente reconocimiento de que, debido a que la observación está inevitablemente saturada de interpretación, y a que los reportes de investigación son, en esencia, ejercicios de interpretación, entonces la investigación y la representación están inextricablemente entrelazadas (Behar y Gordon, 1995; Gergen, Chrisler y LoCicero, 1999; Visweswaran, 1994). Explorémoslo.

Reflexividad. Entre las principales innovaciones están aquellas que enfatizan la reflexividad. Aquí los investigadores buscan formas de demostrar a sus audiencias su situación histórica y geográfica, sus inversiones personales en la investigación, los diversos sesgos que traen a su trabajo, sus sorpresas y “derrotas” en el proceso de la labor investigativa, las formas en que sus opciones de tropos literarios prestan fuerza retórica al reporte investigativo y/o las formas en que han evitado o suprimido ciertos puntos de vista (Cfr. Behar, 1996; Kiesinger, 1998). Rosanna Hertz elabora estas implicaciones para su trabajo: “Después de ahondar en los problemas de la expresión y la reflexividad, me encuentro a mí

misma más libre para pensar acerca de cómo incorporar mi propia voz en un trabajo en el cual no tengo ninguna experiencia personal. Quiero que el lector entienda que... traigo al tema mi propia historia y perspectiva. Aún creo que mi principal obligación como científica social es contar las historias de la gente que he estudiado. Pero también encuentro que los relatos que cuentan se han construido a través del diálogo que mis entrevistados han creado en conjunción conmigo” (correo electrónico 4/9/98).

Tales formas de autoexposición han llevado más recientemente al florecimiento de la autoetnografía (Ellis y Bochner, 1996). Aquí los investigadores exploran a profundidad las formas en que su historia personal satura la investigación etnográfica. Sin embargo, en vez de ofrecer al lector una pausa para que considere los sesgos, aquí la yuxtaposición entre el yo y la materia de estudio se usa para enriquecer el reporte etnográfico. El lector encuentra que la diada sujeto/objeto se encuentra deteriorada, y se le informa de los modos en que confrontar el mundo momento a momento implica también confrontar al yo. En todas estas movidas reflexivas, el investigador renuncia a la “visión del ojo de Dios” y revela su trabajo como histórica, cultural y personalmente situado. En el caso de la autoetnografía, la distinción entre la investigación y el reporte o representación también se cuestiona en su totalidad. Las inversiones personales en el acto observacional no sólo se reconocen, sino que también se convierten en materia de investigación. Aun cuando se trata de una adición valiosa al vocabulario de la investigación, las movidas reflexivas no han logrado socavar completamente el concepto de la validez. En últimas, el acto de reflexividad pide al lector que lo acepte como auténtico, es decir, como un esfuerzo consciente por “contar la verdad” acerca de la formación del relato. Nos colocamos así en el umbral de una regresión infinita de reflexiones sobre la reflexión.

Expresión de múltiples voces. Una segunda forma significativa de negar la validez es quitar la voz única de la omnisciencia y relativizarla mediante la inclusión de múltiples voces dentro del reporte investigativo. Existen muchas variaciones de este tema. Por ejemplo, se puede invitar a los sujetos o consultantes de la investigación a hablar por sí mismos: a describir, expresar o interpretar dentro del reporte mismo (Anderson, 1997; Lather y Smithies, 1997; Reinharz, 1992, en prensa). En otros casos, la investigación puede buscar entrevistados con perspectivas de amplio rango sobre un tema específico, e incluir la variedad de visiones sin tratar de forzarlas a tener coherencia (Fox, 1996). O los investigadores pueden localizar reflexivamente un rango de interpretaciones en conflicto que encuentren plausibles y, por tanto, evitar llegar a una sola conclusión integradora (Ellis, Kiesinger y Tillmann-Healy, 1997). Algunos

investigadores también trabajan colectivamente con sus sujetos, de modo que sus conclusiones no erradiquen la visión de las minorías. La expresión de múltiples voces resulta especialmente prometedora por su capacidad de reconocer los problemas de validez, al tiempo que brinda un repertorio potencialmente rico de interpretaciones o perspectivas (Hertz, 1997). La duda abre camino a los potenciales positivos de la multiplicidad.

Sin embargo, la expresión de múltiples voces no carece de complicaciones. Una de las preguntas más difíciles es de qué manera el autor/investigador ha de tratar su propia voz. ¿Debería simplemente ser una entre muchas?, o ¿debería tener privilegios especiales en virtud de su entrenamiento profesional? También existe el problema de identificar quiénes son en realidad el autor y los participantes; una vez que nos damos cuenta de la posibilidad de la expresión de múltiples voces, también se evidencia que cada individuo participante es polívoco. ¿Cuál de estas voces está hablando en la investigación y por qué?; al mismo tiempo, ¿qué se está suprimiendo? La forma en que Shulamit Reinharz formula la pregunta tiene implicaciones significativas para la deliberación sobre este asunto: “Usando las detalladas notas de campo de un proyecto que terminé hace mucho tiempo... he identificado la forma en que me refería a mí misma durante el curso del año, y vi la forma en que diferentes partes de mí misma cobraron relevancia con el tiempo. Discuto estos ‘yo’ como emergiendo a través del proceso de inmersión en el campo. Al principio, la ‘diferencia’ más obvia con los otros miembros del grupo es lo que allí me define a mí misma. Después de eso, se levantan más capas. A medida que se descubren estas diferentes capas, la gente llega a conocerme de diferentes maneras, lo cual lleva a que hagan diversos relatos acerca de mí. Esto, a su vez, me permite conocerlos de diversas maneras a lo largo del tiempo... Diferentes duraciones de tiempo en el campo producen diferentes tipos de conocimiento. A primera vista, esto parece evidente por sí mismo, dado que una visita de un solo día es distinta a una estadía de un año (por ejemplo). Pero esta diferencia no ha sido explicada ni demostrada. Creo que mis notas demuestran este proceso” (correo electrónico, 4/18/98). Finalmente, las movidas hacia la multiplicidad no siempre logran dar lo que se debe a cada quien. Normalmente, el investigador aparece como el autor último del trabajo (o el coordinador de las voces) y, por tanto, sirve como el árbitro último de inclusión, énfasis e integración. Estas artes de la interpretación literaria frecuentemente son invisibles para el lector.

Estilo literario. Una tercera reacción importante a la crítica de la validez es el uso de representación estilizada y, particularmente, el reemplazo del tradicional discurso realista por formas de escritura que presentan, en oposición a “contar la verdad”. Por ejemplo, las descripciones del investigador pueden tomar la forma de

la ficción, la poesía o la invención autobiográfica. El uso del estilo literario señala al lector que el relato no funciona como un mapa del mundo (y, en efecto, que la metáfora del mapa está viciada), sino como una actividad interpretativa dirigida a una comunidad de interlocutores. Para muchos investigadores cualitativos, dicha escritura resulta especialmente atractiva porque ofrece un amplio rango expresivo y una oportunidad de llegar a audiencias por fuera de la academia (Diversi, 1998; Jones, 1998; Richardson, 1997, 1998; Rinehart, 1998) y de llevar a cabo un significativo trabajo político (Behar y Gordon, 1995). Dicha escritura, al tiempo que genera aperturas significativas para la expresión creativa, es vulnerable a las críticas de la singularidad de voz. En solitario, el autor gobierna en gala retórica el campo discursivo. Sin embargo, nuevamente, las críticas abren paso a la innovación: el estilo literario puede combinarse con otras metodologías para compensar las críticas. Así, en su disertación sobre las relaciones entre afroamericanos después de la Marcha del millón de hombres, Deborah Austin coconstruyó un poema narrativo con uno de los participantes. Éste es un pequeño fragmento:

Los africanos somos los mismos
dondequiera que estemos, me dice ella
con total naturalidad
Yo la miro y sonrío
y pregunto
como debe hacerlo un buen investigador
¿Cómo es posible?
No lo puedo explicar, dice ella
con esa voz que suena
como el torrente de muchos ríos.
(Austin, 1996, pp. 207-208).

Muchas de las preguntas provocadas por la reflexividad y la expresión de múltiples voces también se pueden dirigir hacia las formas no tradicionales de escritura. Al tiempo que estas innovaciones evitan algunos riesgos propios de las formas literarias tradicionales, predominan los alegatos de que no son apropiadas para las representaciones científicas. Tales críticas son aún más pronunciadas en el caso del *performance*.

Performance. Finalmente, con el fin de acabar con la esclavitud de la objetividad mientras se sostiene la expresión, un número creciente de académicos se está moviendo hacia el *performance* como modo de investigación/representación. Esta movida se justifica por la noción según la cual si la distinción entre el hecho y la ficción es, en gran medida, una cuestión de tradición textual —como lo sugieren las críticas de la validez—, entonces, las formas de escritura científica no son la única forma de expresión que se puede emplear. Aun cuando también se han aceptado las ayudas visuales, como las películas y las fotografías, como medios para “captar la realidad”, generalmente se han visto como modos auxiliares dentro de las tradiciones escritas. Mas cuando nos damos cuenta de que el medio comunicativo en sí mismo tiene un efecto formativo sobre lo que tomamos por objeto de la investigación, la distinción entre la película como artefacto de grabación, por oposición al *performance* (por ejemplo, “una película para una audiencia”), se vuelve borrosa (Gergen y Gergen, 1991). Y con ello, los investigadores se ven invitados a considerar el rango completo de la expresión comunicativa en el mundo de las artes y el entretenimiento —artes gráficas, video, drama, danza, magia, multimedia, etcétera— como formas de investigación y presentación. Nuevamente, al moverse hacia el *performance*, el investigador evita las afirmaciones mistificantes sobre la verdad y, simultáneamente, expande el rango de comunidades en las que el trabajo puede estimular el diálogo.

Las contribuciones significativas a esta forma de investigación/representación en desarrollo incluyen la actuación de Carlson, *Performance: una introducción crítica* (1996), el volumen editado por Case, Brett y Foster (1995), *Cruising the performative*, al igual que las obras de Blumenfelt-Jones (1995), Case (1997), Jipson y Paley (en prensa), Mienczakowski (1996), Conquergood (en este volumen) y Morris (1995). De relevancia específica para el dominio cualitativo, Jim Scheurich, Gerardo López y Miguel López han desarrollado un *performance* que se ocupa de las vidas de los inmigrantes México-americanos. El *performance* incluye música, video, y diapositivas, todos operando simultáneamente. Además, hay un guión que requiere la participación de un elenco, junto con miembros de la audiencia. Como lo anota Scheurich, “Los creadores no tienen supuestos acerca de la naturaleza de estas experiencias o su relación con la vida de los inmigrantes México-americanos” (correo electrónico, 4/19/98). En efecto, el *performance* brinda a la audiencia posibilidades de involucrarse bastante con los problemas, pero le da libertad para interpretarlos como lo desee. En otro formato, Glenda Russell y Janis Bohan (1999) respondieron a la aprobación de la Segunda Enmienda de la Constitución del estado de Colorado (que quitó los recursos legales a aquellos que fueran discriminados sobre la base de su orientación sexual). Usando temas y afirmaciones tomadas de las transcripciones de las entrevistas

de quienes se opusieron a la legislación, los investigadores ayudaron a crear dos proyectos artísticos altamente sofisticados; un oratorio de cinco partes, *Fuego*, escrito por un compositor profesional y cantado por un coro de gran destreza en una competencia nacional; y el otro, un documental de televisión producido profesionalmente, que se llevó al aire en PBS. En su obra, uno siente la fusión de muchos límites entre el profesional y el principiante, los que están adentro y los que están afuera, investigador e investigados, actores y audiencia.

¿ENRIQUECIMIENTO O EROSIÓN?

A juzgar por la reacción de nuestros corresponsales, las inversiones en estas exploraciones pioneras posiblemente tenderán a crecer. Como dijo John Frow: “¿Y de aquí a dónde voy? Sospecho que a niveles cada vez mayores de sospecha sobre los protocolos del discurso intelectual, y a la exploración de los límites del género del conocimiento ‘académico’... el uso de estructuras textuales no lineales y recursivas me parece inevitable cuando trato de abrirme camino entre las restricciones y certezas de la discusión académica de rutina” (correo electrónico 4/5/98). Y como escribió Kathy Charmaz: “Una primera prioridad para mí es terminar un manual acerca de escritura investigativa. Mi postura combina métodos de análisis cualitativo con técnicas de escritura... que usan los escritores profesionales” (correo electrónico 5/30/98). Igualmente, como comentó Jim Scheurich: “He vuelto mi atención hacia el video en la búsqueda de un... medio más multidimensional. Me gusta adicionar imágenes y sonidos a las palabras escritas. También me gusta el aspecto historiado, pese a que no quiero contar historias convencionales. Veo este medio como un apoyo para más niveles de significado” (correo electrónico, 4/19/1998).

Sin embargo, a pesar del enérgico y creativo entusiasmo que acompaña a muchas de estas empresas, también existe un creciente descontento con el cambio de los estándares científicos convencionales. Pueden localizarse epítetos de excesos: narcisistas, demasiado personales, autocontemplativos, exhibicionistas. En este sentido, George Marcus sugiere que “el nuevo pensamiento... y hasta cierto punto la práctica discursiva de las cosas que escribimos acerca de la reflexividad, la subjetividad, el poder de la intersubjetividad, han corrido su curso, y las condiciones de investigación —especialmente del trabajo de campo— necesitan ahora de atención” (correo electrónico, 4/4/98). Marcus argumenta que los antropólogos deben continuar involucrándose en el tipo de trabajo duro y prolongado que se requiere para producir “descripciones compactas” y no dejar que otros objetivos intelectuales los distraigan de esa tarea (Marcus, 1998).

Patricia Clough (1997) toma una escritura autoetnográfica cargada de emociones para trabajar su relación simbiótica con el drama de televisión y para “mantener a distancia las intervenciones críticas que se motivan teóricamente” (p. 101). De manera similar, William Tierney (comunicación personal) se preocupa porque muy frecuentemente “los textos innovadores son algo poco más que experimentos con palabras. Quienes somos críticos nos sentimos cada vez más escépticos acerca de los artificios literarios con las palabras cuando no están interesados en el cambio”. Las palabras más severas entre aquellos que encuestamos vinieron de David Silverman, quien escribió: “Las últimas dos décadas han estado obsesionadas con modas que rápidamente serán olvidadas o integradas en otros modos de trabajo. Lo mejor del posmodernismo (Foucault, Latour) se incorporará a los estudios sobrios de las prácticas institucionales. La ‘diversión y los juegos’ (juegos de palabras, escritura experimental, etcétera) serán desechados. [Las] interminables entrevistas abiertas serán entendidas como evasiones del problema” (correo electrónico, 4/3/98).

RETOS EMERGENTES PARA LAS DECLARACIONES DE VALIDEZ

Uno podría ver tales críticas como de consecuencias entumecedoras, que posiblemente funcionan como una reacción debilitante, un retorno a lo convencional, y el fin de los experimentos metodológicos. También podrían fragmentar el área, puesto que los investigadores simplemente podrían terminar el diálogo e irse por caminos separados. Sin embargo, tales resultados serían tan desafortunados como carentes de justificación. En principio, resultaría intelectualmente irresponsable volver simplemente al trabajo de la manera usual, como si las críticas de la validez nunca hubieran ocurrido. Al mismo tiempo, aquellos comprometidos con las nuevas tareas difícilmente podrían declarar que dichas críticas están plenamente justificadas. Según ellos, no existen racionalidades fundamentadoras de las que se pueda derivar tal garantía. Más aún, casi nadie daría la bienvenida a un campo unificado de investigación —guiado por un marco coherente y conceptualmente rígido— en el que todos los métodos se prescribieran con anticipación. Así, más que un dominio de tribus monádicas, no comunicativas, propiamente podríamos reinvocar la metáfora de la tensión generativa. Al poner estas innovaciones y sus críticas en un diálogo apreciativo, ¿qué nuevas vías se estimulan?, ¿qué futuros podrían abrirse? Bebiendo de diálogos dispares, lo siguiente tendría prominencia:

Reenmarcar la validez. En los términos convencionales en los que se ha formulado, el debate sobre la validez ha llegado a un punto muerto. Por una parte, aquellos que ejercen su trabajo como si las descripciones y explicaciones fueran

reflejos transparentes de su materia de estudio carecen de una racionalidad para esta postura. Sin embargo, aquellos que encuentran faltas en esta posición no tienen, en últimas, medios para justificar sus críticas. En el mismísimo proceso de quitar privilegios, se están apoyando en los mismos supuestos del lenguaje como correspondiente con su objeto. Así, más que restablecer la tradición modernista de la verdad objetiva, se promueve la discusión hacia formas de reconceptualizar el problema. Como mínimo, tal vez podríamos revisitarse provechosamente el problema de la referencia lingüística. Si la investigación o crítica es “acerca” de algo, y esta relación no es de mimesis, ¿cómo puede visualizarse de otra manera? Incluso aquellos que utilizan géneros o representaciones de ficción no tratan su trabajo como puro entretenimiento; la suposición subyacente es que de algún modo contribuye a una comprensión. El comunicado de Frow ofrece un comienzo atractivo a la tarea de repensar la referencia: “El concepto de ‘texto’ o ‘discurso’ se refiere a una cuestión ontológicamente heterogénea: es decir que no es reducible al lenguaje o a una realidad externa a lo simbólico, pero que en cambio es una mezcla heterogénea de lenguaje y otras simbolizaciones (por ejemplo, icónicas), de relaciones sociales, de ambientes construidos, de estructuras institucionales consolidadas, de roles y jerarquías de autoridad, de cuerpos, etcétera. Sólo sobre esta base, creo yo, la metáfora de la textualidad o discursividad puede funcionar sin ser reduccionista, ya bien respecto al lenguaje o a las relaciones sociales” (correo electrónico, 4/5/98). Aquí comenzamos a considerar el logro de la referencia en términos mucho más ricos que hasta el momento. Si la referencia nace de tal heterogeneidad, entonces estamos en posición para reconsiderar los medios por los que se obtiene la validez, por quién, para quién y bajo qué condiciones.

Tal vez también abandonemos la preocupación por la validez, una opción favorecida por muchos, incluidos varios revisores de este capítulo, que nos previnieron para que evitáramos el término, dada su conflictiva historia y augurado fallecimiento. Sin embargo, nos pareció que reconceptualizar es una opción más prometedora. Aquí, el trabajo de Patti Lather (1991, 1993) sobre la validez resulta particularmente catalizador. Lather propone una “lista transgresiva” de formas en que la validez puede conceptualizarse: la validez irónica pone en primer plano las insuficiencias del lenguaje; la validez paralógica está interesada en los dilemas no resueltos, los límites, las paradojas, las discontinuidades y las complejidades; la validez rizomática, simbolizada por la metáfora de la raíz principal, expresa la forma en que los procedimientos convencionales están debilitados, y se generan nuevas normas de comprensión determinadas localmente; y la validez voluptuosa —“excesiva,” “resquebrajada,” “peligrosa” e “ilimitada”— reúne a la ética y a la epistemología. Robin McTaggart (1997) también ha planteado la interesante pregunta por la validez en relación con la investigación acción participativa. Él

sugiere que el concepto se puede reconceptualizar en términos de la eficacia de la investigación en el cambio de prácticas sociales relevantes. “Nuestro pensamiento acerca de la validez debe involucrar mucho más que meros alegatos sobre el conocimiento... [Debe ser] suficientemente comprensivo para reflejar aquello con lo cual los investigadores de la acción social están comprometidos, las críticas mordaces e hirientes de otras formas de investigación social más inertes y desapegadas” (pp. 17-18). Las conversaciones acerca de estos puntos de vista tienen un rico potencial.

Conocimiento situado. Las exploraciones sobre el conocimiento situado se encuentran estrechamente relacionadas con la revisión de la validez, pero formulan preguntas propias. Como lo ha sugerido Donna Haraway (1988) al igual que otros teóricos, normalmente el concepto sirve a una función de mejoría, que reconcilia el construccionismo con las posiciones realistas. Puesto que pocos tradicionalistas argumentarían que sus interpretaciones sólo están articuladas con la materia de estudio que buscan representar, y pocos construccionistas afirmarían que no existe “nada por fuera del texto”, se abre un espacio para la verdad situada, es decir, la “verdad” localizada dentro de comunidades particulares en tiempos particulares, y usada como un índice para representar su condición (Cfr. Landrine, 1995). En esta forma, podríamos hablar comúnmente como si el término “ocaso del Sol” calcara el ocultamiento del Sol en el cielo de la tarde, al tiempo que los astrónomos pueden estar de acuerdo en que “el Sol no se oculta”. Las descripciones y explicaciones pueden ser válidas en la medida en que uno no confunda las convenciones locales con la verdad universal. Es en este sentido que Jim Holstein escribió positivamente acerca de la investigación, que “intenta ser consciente acerca de lo construido, lo efímero, lo hiperreal, al tiempo que no renuncia a los análisis empíricos de la experiencia vivida en un mundo que a sus habitantes les parece bastante real y sólido (incluso si no parece tan sólido como alguna vez se lo sintió)” (correo electrónico, 4/23/98).

Así, a pesar de ser un comienzo útil, se necesitan diálogos más profundos sobre posibilidades conceptuales. Limitaríamos con lo banal si nuestra única postura es que todo puede ser válido para alguien, en algún momento, en algún lugar. Tal conclusión cierra el diálogo entre los diversos grupos y da como resultado que nadie pueda hablar acerca del otro. Un resultado como ése anunciaría el final de la investigación en las ciencias sociales. Se promueve un diálogo, pues, acerca de la forma en que se obtiene, mantiene y subvierte la validez situada. Más aún, a este respecto, ¿de qué manera funcionan los diversos métodos cualitativos, y para quién?, ¿a través de cuáles medios logran obtener, de variadas formas, un sentido de validez?

Una opción importante es que la comunidad cualitativa desarrolle métodos que lleven los conocimientos situados a relaciones productivas (por oposición a destructivas) entre ellos. Frecuentemente, muchos métodos de investigación apoyan (o “empoderan”) a grupos particulares. Este resultado contribuye al conocimiento situado del grupo, pero también tiende a disminuir realidades alternas. La pregunta, entonces, es: ¿de qué manera los métodos de investigación pueden usarse para generar intercambios productivos en “situaciones” de competencia o de choque? Existe una diversidad de opciones que considerar. Una opción la brinda Yen Espiritu: “Estoy tratando de pensar acerca de cómo los académicos de color pueden expandirse sobre la premisa de estudiar ‘lo nuestro’ al estudiar ‘lo de otros’. Por ejemplo, como lo dice una mujer nacida en Vietnam que estudia a los filipino-americanos: ‘Yo no llego al proyecto de investigación como una persona *objetiva* de fuera, sino como un compañero inmigrante de Asia que comparte algunas de las experiencias de vida de mis entrevistados. No presumo que estas luchas compartidas me otorguen el *estatus de un integrante* de la comunidad de los filipino-americanos. Pero sí considero que estas experiencias compartidas me permiten traer al trabajo una perspectiva comparativa implícita e intuitiva, que está informada por mi propia identidad y por mis posiciones’. Estos aspectos comparativos implícitos son importantes porque nos permiten resaltar las fuerzas funcionales, diferentes y diferenciadoras de la racialización” (correo electrónico, 4/12/98). En toda la disciplina se está prestando una considerable atención a las conversaciones transversales (Cfr. Cooperrider y Dutton, 1998).

Deliberación retórico-política. Finalmente, nuestros debates contemporáneos se verían enriquecidos si se extendiera el proceso de la deliberación retórico-política. Es decir, tal vez podamos poner entre paréntesis la pregunta por la validez, a favor de un rango de preguntas alternativas acerca de la forma en que varios métodos/representaciones funcionan dentro de la cultura. Dado el impacto de las búsquedas de las ciencias sociales en la vida cultural, ¿de qué manera podemos estimar el valor comparativo de varias formas metodológicas/representacionales? Existe ya una amplia crítica sociopolítica sobre los aspectos patriarcales, colonialistas, individualistas y hegemónicos del realismo/objetivismo (Braidotti, 1995; Hooks, 1990; Penley y Ross, 1985; Said, 1978; Smith, en prensa). Al tiempo que dicho trabajo representa una importante apertura, existen muy pocas exploraciones acerca de lo que muchos considerarían las funciones positivas de la orientación realista, tanto en términos políticos como de su potencial retórico. Por ejemplo, el lenguaje de la estadística sólo es una forma retórica; sin embargo, es un simbolismo que, para ciertas audiencias y en ciertas circunstancias, resulta más convincente y funcional que un estudio de caso, un poema o un reporte autoetnográfico. Más significativo aún, todavía tenemos que explorar la variedad de implicaciones

sociopolíticas y retóricas de los nuevos desarrollos discutidos anteriormente. Por ejemplo, las incursiones en la expresión de múltiples voces o el estilo literario ¿disminuyen o incrementan el interés o compromiso de la audiencia? Como lo declaró Jay Gubrium, después de expresar sus reservas acerca del trabajo: “La cuestión es fascinante, y para mí es suficientemente importante por derecho propio” (correo electrónico, 4/2/98). Sin embargo, en una sociedad en donde se exigen respuestas claras y con sentido a los problemas serios, tales ofrecimientos parecen poco prácticos, irrelevantes o poco serios. Como escribió Linda Smirchich: “Me encuentro en una escuela de negocios... y el modo dominante de pensar e investigar aún es positivista/cuantitativo/funcionalista y dirigido hacia los intereses gerenciales... rara vez me encuentro con un estudiante atrevido que rete las barreras de la tradición”. (correo electrónico, 4/23/98.) En cualquier caso, debemos continuar la investigación de las funciones y repercusiones sociales de los diversos modos de comunicación.

En una dimensión diferente, tal vez podamos preguntar si el reportaje de autorreflexividad y autoetnografía funciona de tal forma que se privilegia la experiencia individual sobre las interpretaciones sociales o comunales: ¿se pueden encontrar culpables de estas orientaciones por sus contribuciones a la ideología del individualismo autocontenido? En resumen, ¿se necesitan análisis comparativos de gran escala de las ventajas y desventajas retórico/políticas de las muchas metodologías emergentes? El análisis de Lincoln (1995) de los criterios de calidad brinda un importante comienzo a esta discusión (véase también Garratt y Hodkinson, 1998).

DERECHOS DE REPRESENTACIÓN

La reflexión crítica del programa empirista ha provocado una segunda agitación de las aguas cualitativas, en este caso, sobre asuntos de la representación, su control, responsabilidades y ramificaciones. Tal vez, las disquisiciones de Foucault (1980) sobre el poder/conocimiento han figurado de modo más central en estas críticas. Para Foucault, las disciplinas generadoras de conocimiento —incluidas las ciencias sociales— funcionan como fuentes de autoridad, y a medida que sus descripciones, explicaciones y diagnósticos se diseminan a través de la educación y otras prácticas, amplían el reino potencial de la subyugación. Por ejemplo, a medida que el concepto de los desórdenes mentales y las categorías diagnósticas de la profesión psiquiátrica son reconocidos por todos los profesionales, y que los no expertos se involucran en estos asuntos, la cultura capitula el poder disciplinante de la psiquiatría. Las implicaciones

de estos argumentos son aleccionadoras para la comunidad investigativa. Se confrontan preguntas crecientemente dolorosas: ¿hasta qué punto la investigación convierte el sentido común, las realidades no inspeccionadas de la cultura, al discurso disciplinar? ¿En qué formas la investigación empodera la disciplina, por oposición a aquellos a quienes se estudia? ¿Cuándo el investigador está explotando a sus sujetos con propósitos de prestigio personal o institucional? ¿Está la investigación sirviendo a agencias de vigilancia, incrementando su capacidad de control sobre el sujeto de estudio?

La confrontación de estos asuntos se ha intensificado por la creciente resistencia entre los sujetos a la investigación de la ciencia social. Las feministas se encuentran entre las primeras que pusieron quejas por las omisiones y las comisiones realizadas con respecto a la caracterización de la mujer en la literatura investigativa (Bohan, 1992). Los miembros de grupos minoritarios se han vuelto crecientemente conscientes de que las viejas críticas hacia los medios públicos por distorsionar o tergiversar sus vidas también se aplican a la investigación de las ciencias humanas. El establecimiento psiquiátrico fue el primer grupo profesional que se identificó, cuando se vio forzado por los activistas gay de la década de 1960 a sacar la homosexualidad de la nosología de las enfermedades mentales. También es el mensaje enviado por los afroamericanos irritados por la literatura de las ciencias sociales que los describen como poco inteligentes o criminales. Igualmente, los mayores de edad, las víctimas del sida, “sobrevivientes psiquiátricos”, y muchos otros, se han unido a la pregunta por el derecho de los científicos de representar (apropiar) su experiencia, acciones y/o tradiciones. Dados los problemas de la validez discutidos anteriormente, esta variedad de críticas tienen implicaciones perturbadoras para la investigación futura.

Sin embargo, dichas discusiones no carecen de limitaciones. Cuando se llevan al extremo, son tan problemáticas como aquellas que cuestionan. En respuesta a las críticas foucaultianas, la investigación de las ciencias humanas frecuentemente funciona en formas contrahegemónicas, que traen al centro de atención los organismos del gobierno, el control económico, las instituciones educativas, los medios de comunicación, etcétera. En este sentido, tal investigación puede funcionar como fuerza de resistencia y justicia social. Más aún, suspender todas las declaraciones del conocimiento prácticamente equivaldría a acabar con las tradiciones —étnicas, religiosas y de otro tipo— que dependen de su capacidad para “nombrar el mundo”. Además, también existen límites para las afirmaciones y las críticas de los grupos de interés. Por lo pronto, la reivindicación de los derechos de autorrepresentación existe junto a una variedad de afirmaciones en pugna hechas por los científicos de lo humano, incluidos los derechos a la

libertad de expresión, a hablar acerca de la verdad de acuerdo con la propia perspectiva, a contribuir a la ciencia y a buscar los propios fines morales. La autorrepresentación puede ser un bien, pero no es el único. Más aún, el concepto de autorrepresentación no carece de problemas. Si se lleva hasta sus últimas conclusiones, nadie tendría el derecho de hablar o describir a otras personas. Uno podría incluso cuestionar la posibilidad de que los individuos se representen a sí mismos, ya que para hacerlo se requeriría que se hubieran apropiado del lenguaje de otras personas. El individuo solitario no tendría una voz privada, un lenguaje de una experiencia privada. Si no se depende del lenguaje de los otros, no se podría alcanzar la inteligibilidad.

AMPLIACIÓN DE LOS PANORAMAS METODOLÓGICOS

Con estas contracorrientes de opinión en movimiento, nuevamente lo que se requiere es una orientación del proceso investigativo más tolerante y mutuamente reflexiva. De manera consistente con el tema central de este capítulo, vemos que esta variedad de tensiones tiene un potencial generativo. Ya ha logrado estimular un rango de desarrollos significativos, y en el presente establece las agendas para un futuro creativo. Ahora consideremos tres de los desarrollos cosechados en el dominio cualitativo:

Investigación empoderante. Tal vez la respuesta más obvia a las preocupaciones críticas por la representación, que se ha desarrollado bien dentro del dominio cualitativo, es la investigación empoderante. Aquí el investigador ofrece sus habilidades y recursos para asistir a los grupos en el desarrollo de proyectos de interés mutuo. La investigación acción participativa es el género de este tipo que más se ha desarrollado (Brydon-Miller, 1997; Lykes, 1996; McTaggart y Kemmis, en prensa; Reason, 1994; Smyth, 1991). En una de las variaciones del tema del empoderamiento, Elijah Anderson (1978, 1990) ha montado una investigación que busca promover las conexiones entre miembros de comunidades hostiles. Anderson, en esencia, ha estado allí durante muchos años, en los proyectos de vivienda pública y en las calles de Filadelfia, creando grupos focales y recolectando extensas narraciones de los grupos de gente que frecuentan las esquinas y otros espacios públicos. Su libro reciente, *Code of the Street* (1999), está diseñado para hablar a los sociólogos, como también a los planeadores de políticas públicas, grupos de barrios, educadores y otros involucrados con diversas poblaciones de consultantes. Al mismo tiempo que no abandona la meta explicativa que busca dar sentido al “código” de la calle y sus funciones, Anderson desarrolla un marco interpretativo que tiene sentido,

tanto para la sociedad de tipo medio como para la marginalizada y, por tanto, funciona como puente entre ambas. El intento es reducir el irrespeto mutuo y el sentido de una diferencia alienada que prevalece.

Representación conjunta. El uso de representaciones conjuntas para tratar los problemas de la validez, como se mencionó anteriormente, también tiene ramificaciones para los problemas de la representación. A medida que los investigadores se unen a los participantes en la investigación y la escritura, la línea entre el investigador y el sujeto se vuelve borrosa, y el control sobre la representación se comparte cada vez más. En los primeros intentos de este tipo se brindó a los participantes en la investigación un espacio más amplio para “contar sus propias historias”. Frecuentemente, sin embargo, sutil pero fuertemente, la mano del investigador daba forma a la voz a través de la edición y la interpretación. Para compensar, ahora algunos investigadores piden a los participantes que se unan a la escritura del relato investigativo mismo. Uno de los ejemplos más innovadores y de mayor alcance en el género es el volumen de Lather y Smithies, *Troubling with Angels* (1997). Allí los investigadores trabajaron en un grupo de apoyo conformado por mujeres con el virus del sida. El reporte incluyó los relatos de primera mano de las mujeres sobre sus vidas y de aquello que querían compartir con el mundo acerca de su condición. En vez de oscurecer sus propias posiciones, los investigadores dedicaron secciones especiales del libro a sus propias experiencias y comprensiones. Para compensar la forma como esta variedad de relatos se recortó de los discursos de la medicina, la economía y los medios de comunicación, los autores complementaron el volumen con materiales académicos más formales y científicos. Finalmente, la totalidad del volumen se sometió a los participantes para recibir sus comentarios.

La representación distribuida. Las críticas de la representación también se ven contrarrestadas por las exploraciones emergentes en la representación distribuida, es decir, los intentos del investigador por poner en movimiento una serie de voces diferentes en una relación dialógica. Un ejemplo fascinante es suministrado por Karen Fox (1996), quien combina sus propias visiones como investigadora con las experiencias de un sobreviviente de abuso sexual infantil, y las visiones, rara vez disponibles, del abusador mismo. El relato está basado en extensas entrevistas abiertas y una observación participante a la que Fox asistió en una sesión de terapia con el delincuente sexual convicto. La obra está organizada en tres columnas que representan las tres voces. El flujo del texto anima al lector a considerar las tres perspectivas, separadamente y en relación. Todas las palabras fueron las mismas usadas por los hablantes. A pesar de que la selección y el orden fueron de Fox, cada participante tuvo la oportunidad de

leer y comentar cada uno de los tres materiales. En últimas, el arreglo facilitó una completa expresión de emociones: ambivalencia, pesar, rabia y afecto. Fox también incluyó su propia historia de abuso dentro del marco, rompiendo así la tradición del aislamiento del autor.

Otra variación de la representación distribuida la ofrece un grupo de tres investigadores, que también son los objetos de su estudio mutuo (Ellis, Kiesinger y Tillmann-Healy, 1997). Durante cinco meses, el trío se reunió en varias configuraciones y diversos ambientes para discutir el tema de la bulimia. Dos de los investigadores habían tenido una historia larga de desórdenes alimenticios. La culminación de su investigación fue un relato escrito y editado conjuntamente, en el cual describieron una cena en un restaurante elegante. Este lugar era bastante provocativo, debido a su relación particular con la comida, y permitió que se trataran las relaciones complejas a medida que escribían sobre ordenar y consumir los alimentos entre personas que tienen conocimiento de los “problemas” de uno. El texto de sus esfuerzos combinados revela las reflexiones privadas y el compromiso activo de cada cual con una narración singular. A diferencia de la presentación de Fox presentada arriba, en donde las citas fueron separadas por espacios en blanco y las perspectivas individuales claramente delineadas, esta presentación es de una sola pieza. Uno encuentra “la visión del ojo de Dios” al descubrir casi simultáneamente las reacciones privadas de cada autor. Por ejemplo, el lector descubre la manera en que ordenar un postre adquiere un importancia trascendental para cada mujer, y cómo resuelven sus dilemas interpersonales con respecto a este reto. Dichos experimentos de representación abren panoramas nuevos y excitantes.

EL LUGAR DE LO POLÍTICO

Un tercer lugar de controversia está estrechamente relacionado con los problemas de la validez y la representación, pero plantea problemas de naturaleza diferente. El punto central en este caso atañe a las inversiones políticas o valorativas del investigador. Treinta años atrás era común argumentar que los métodos rigurosos de investigación se caracterizaban por ser neutrales política y valorativamente. Los intereses ideológicos pueden o no determinar el tema de investigación o las formas en que se usan los resultados, pero los métodos deben estar libres de ideologías. Sin embargo, a medida que las críticas posmodernas de la validez se han vuelto más sofisticadas, se ha hecho cada vez más claro que no existen medios simples para separar el método de la ideología. Por lo pronto, los métodos adquieren su significado y su importancia dentro de redes más amplias

de significado —metafísicas, epistemológicas, ontológicas— que están en sí mismas entrelazadas a tradiciones ideológicas y éticas. Así, cuando se realizan experimentos psicológicos sobre los individuos, se presume la centralidad del funcionamiento mental individual en la producción de los asuntos humanos. Gran parte de este mismo privilegio se otorga a los métodos cualitativos que intentan aprovechar la experiencia individual. En esta forma, ambos métodos apoyan implícitamente la ideología del individualismo. En la misma forma, los métodos que presumen una separación entre el investigador y el objeto de estudio (una díada sujeto/objeto) favorecen una actitud instrumentalista hacia el mundo y una condición fundamental de alienación entre el investigador y el investigado.

Esta concientización creciente de lo político ha tenido un impacto significativo sobre la postura de la investigación. Si la investigación es inevitablemente ideológica, el mayor reto es buscar que exprese de manera más profunda las propias inversiones políticas y valorativas. Parafraseando, “si la ciencia es política por otros medios, entonces debemos buscar la investigación que obtenga más efectivamente nuestros fines”. También está dentro del dominio cualitativo, con su falta de una metafísica, ontología o epistemología fijas, que lo invertido políticamente goza de mayor libertad para generar métodos ligados de manera única a sus compromisos políticos o valorativos (Crawford y Kimmel, 1999).

Esta concientización de los potenciales políticos de la metodología conduce ahora a una tensión significativa dentro de la esfera cualitativa. Nos enfrentamos a un rango de compromisos altamente partidarios pero bastante separados del feminismo, el marxismo, el activismo gay y de lesbianas, la creación de conciencia étnica, y anticolonialismo, entre otros. Cada grupo defiende una visión particular de lo bueno, y por implicación, aquellos que no participan en el esfuerzo no alcanzan a ser buenos y, posiblemente, son obstruccionistas. Muchos también desean ver la investigación cualitativa identificándose plenamente con una posición política particular. Por ejemplo, como lo proponen Denzin y Lincoln (1994), “Un proyecto de ciencia social posestructural no busca sus fundamentos externos en la ciencia... sino más bien en el compromiso con el posmarxismo y el feminismo... Un buen texto es aquel que invoca estos compromisos. Un buen texto expone la forma en que la raza, la clase y el género funcionan en las vidas concretas de los individuos que interactúan” (p. 579). Para otros, sin embargo, esta consolidación de la agenda política amenaza con sacarlos del diálogo. Son muchos para quienes las preocupaciones humanas se enfocan en otros grupos: los de la tercera edad, los abusados, los enfermos, los discapacitados, y similares, y aun otros que encuentran mucho para valorar en

las tradiciones de larga data y que usan su investigación para iluminar a los formuladores de políticas, líderes organizacionales, etcétera.

Es aquí, empero, donde la misma lógica que promueve compromisos ideológicos explícitos comienza a volverse reflexiva y crítica sobre estos mismos compromisos. Si el giro posmoderno debilita los alegatos de validez, simultáneamente abre espacio para inversiones políticas o valorativas; mas todos los planteamientos de la realidad que sirven a la investigación fundamentada basada ideológicamente se cuestionan. Si uno no puede declarar la verdad legítimamente a través del método observacional, entonces las explicaciones de la pobreza, la marginalidad, la opresión y similares son interpretadas como retóricas. Al quitar los fundamentos racionales y probatorios de la ciencia empírica, simultáneamente se los sacará de la esfera de la crítica de valores. Y, a medida que esta forma de crítica se ha articulado progresivamente, también ha producido un nuevo rango de tensiones. El partidario político ataca los argumentos posmodernos que una vez favorecieron sus causas, condenándolos de “relativistas”, “conservadores” e “irrelevantes” (véase, por ejemplo, Reason, 1994).

DEL PARTIDISMO A LA POLIVOCALIDAD

Dados estos conflictos sobre las cuestiones del partidismo político, nuevamente encontramos oportunidad para expandir el potencial de la metodología cualitativa. Tal vez el desarrollo más prometedor en este dominio está en las exploraciones conceptuales y metodológicas de la polivocalidad. Entre los académicos existe una tendencia dominante —por lo menos, en sus escritos públicos— de presumir la coherencia del yo. Instruidos por las concepciones ilustradas de la mente informada racional y moralmente, se ha dado mucha importancia a la coherencia, la integración y la claridad de los propósitos. El académico ideal debería saber en dónde se encuentra y ser responsable de sus concepciones de lo bueno. En este mismo sentido, uno puede realizar afirmaciones, sea el caso, de “ser un marxista”, o “un feminista”, o “una Pantera Gris”. Sin embargo, como la literatura posmoderna sobre “la muerte del yo”, el construccionismo social, el dialogismo, y similares, lo han hecho cada vez más claro, la concepción del yo singular o unificado resulta problemática tanto intelectual como políticamente. Hay mucho que ganar si se suspende tal orientación a favor de la polivocalidad. Específicamente, nos vemos animados, en este caso, a reconocer tanto dentro de nosotros mismos como académicos, como dentro de aquellos que se unen a nosotros como participantes de la investigación, la multiplicidad de valores, impulsos políticos o concepciones de lo bueno que compiten y que frecuentemente se contradicen (Banister, 1999).

Cada uno de nosotros puede tener impulsos hacia el marxismo, el liberalismo, el anarquismo, y así sucesivamente, junto con posibilidades de aquellas ideologías que le son más antagónicas.

Esta visión de sujetos polívocos ofrece medios significativos para ir más allá de las animosidades políticas que dominan el ámbito cualitativo. La teórica feminista Rosi Braidotti (1995) aprovecha este fin con su concepción de “subjetividad nómada”. Una conciencia nómada “supone una disolución total de la noción de un centro y, en consecuencia, de sitios originarios de identidades auténticas de cualquier tipo” (p. 5). La teórica política Chantal Mouffe (1993) sugiere que una concepción liberal socialista de ciudadanía “tiene en cuenta la multiplicidad de identidades que constituyen al individuo” (p. 84). Como vemos, la presunción de polivocalidad abre la puerta a nuevas formas de metodologías de investigación. Ya hemos tratado los métodos en que se da entrada a las múltiples voces en el ámbito interpretativo: las voces de los participantes en la investigación, la literatura científica, la visión privada de los investigadores, los medios de comunicación, etcétera. Sin embargo, el reto de la polivocalidad es más radical, en cuanto que nos sensibiliza respecto a la posibilidad de que todas las partes de la investigación pueden “contener multitudes”. La pregunta es si los investigadores permiten a las partes participantes (y a sí mismos) expresar su multiplicidad: en su complejidad plena y en el rango de las contradicciones típicas de la vida en la sociedad posindustrial. Existen movimientos en esta dirección (véanse, por ejemplo, Jacobs, Munor y Adams, 1995; Richardson, 1998; Travisano, 1998) pero difícilmente hemos cruzado el umbral. Dos obras que trabajan con este fin involucran la práctica de la sobreescritura, en la cual el autor permite que cada capa de la descripción borre, revise y cambie las identidades y actividades de todos los actores principales, incluyéndose a sí misma como estriptisera, bailarina, luchadora, investigadora y profesora (Ronai, 1998, 1999). Las obras del *performance* que diferencian las exposiciones del carácter de los comentarios reflexivos también sirven para debilitar las posiciones del sujeto unívoco (Gergen, en prensa).

LAS AGENDAS DEL NUEVO SIGLO

Hasta ahora la discusión ha estado estrechamente entretrejida a los debates que actualmente recorren la línea divisoria cualitativa, enfocada en las oportunidades propicias para mayores desarrollos. En esta sección final queremos explorar tres de los problemas que se están fermentando en los márgenes: diálogos, movimientos y sensibilidades que prometen moldear el futuro de la investigación cualitativa. Son

de interés central los problemas de las relaciones, la construcción de la persona y los panoramas tecnológicos de la investigación.

La investigación como relación

Como lo sugerimos, el campo cualitativo se ha vuelto una fuente primaria de innovación creadora en los modos de la representación. Los experimentos en la reflexividad, las formas literarias y la expresión de múltiples voces, por ejemplo, han inyectado una nueva vitalidad a la tarea investigativa. Sin embargo, existen buenas razones para intentar ir más allá en esta búsqueda. Anteriormente, enfatizamos la relación inextricable entre la investigación y la representación: cualquier forma de registrar o describir es simultáneamente una forma de representación. Y al mismo tiempo, sin embargo, la representación inevitablemente es “para una audiencia”; escribir es invitar a una audiencia a una forma particular de relación. Como mínimo, el acto de escribir sirve para posicionar tanto al yo como al lector, para darle a cada cual una identidad y un rol dentro de la relación. En este sentido, cada forma de representación —como un movimiento en una danza— favorece ciertas formas de relación, al tiempo que desanima otras. Así, los diversos géneros de escritura de la ciencia social —desde lo místico y lo democrático hasta lo lúdico— favorecen diferentes formas de relación (K. Gergen, 1997). En general, podemos decir que nuestras formas de representación en las ciencias sociales en sí mismas son invitaciones a formas particulares de la vida cultural.

En este contexto, estamos obligados a prestar atención crítica a nuestras formas existentes de representación y a considerar los desarrollos futuros de la metodología en términos del tipo de relaciones que favorecen. Por ejemplo, gran parte de la escritura tradicional tiende a mantener las estructuras de privilegios: escribimos desde la posición del “conocedor” a una audiencia posicionada como “no conocedora”. La forma tiende hacia lo monológico, en la medida en que la audiencia no tiene la oportunidad de participar, y la escogencia del vocabulario y de la estructura de las oraciones conduce a que el escrito no sea examinado por el público más amplio. También hemos visto el modo en que varios experimentos literarios dentro del campo cualitativo abren nuevas formas de relación. Así, el escritor puede abdicar su posición de autoridad, e invitar al lector a una relación más igualitaria. El reto significativo para el futuro es expandir las formas de representación como medio para la construcción relacional. Junto a Michelle Fine, podemos preguntar: “¿Qué elementos de la investigación cualitativa están conduciendo productivamente hacia prácticas democráticas/revolucionarias; hacia la organización de la comunidad; hacia políticas sociales progresivas; hacia

la democratización del compromiso público con la crítica social?” (comunicación personal). Más aún, si la investigación constituye un conjunto de relaciones entre investigadores, participantes y audiencia, ¿cómo se pueden forjar puentes de comprensión?, y ¿cómo lograr la generación de coordinaciones? Aquí existen retos importantes para el futuro.

LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA Y LA RECONSTRUCCIÓN DEL SUJETO

La mayor parte de las metodologías cualitativas está profundamente cargada con concepciones e ideologías individualistas. Enfocar la investigación, digamos, en la experiencia individual, el deseo, la identidad, el sufrimiento o la historia de vida es presumir la primacía del agente individual. Emplear una metodología que intenta iluminar al “otro” es favorecer una metafísica de la diferencia entre el yo y el otro. Igualmente, las formas de representación que favorecen la jerarquía y el monólogo tienden a reificar al “conocedor”. Incluso el reconocimiento de la autoría en los reportes de investigación construye un mundo de individuos separados y autocontenidos. Al mismo tiempo, con la llegada de las formulaciones posmodernas, construccionistas y dialógicas, nos hemos vuelto cada vez más conscientes de las limitaciones —tanto conceptuales como ideológicas— de la tradición individualista. Y como lo comienzan a sugerir muchas de las innovaciones cualitativas, existen alternativas para esta tradición. Desde nuestro punto de vista, la más importante de estas alternativas puede llamarse relacional. Es decir, en la medida en que el significado se crea dentro de las relaciones, la relación antecede lógicamente a las mentes individuales. Los yo individuales no son anteriores ni constitutivos de las relaciones, más bien, el proceso de lo relacional precede al concepto de las mentes individuales.

En este contexto, un reto primordial para el futuro es el desarrollo de métodos que generen una realidad relacional: no separación, aislamiento y competencia, sino una conexión integral. Una movida significativa en esta dirección está representada en la metodología dialógica, investigación en donde el resultado lo determina, no un solo individuo ni una plenaria de voces separadas, sino el proceso dialógico. En un grado importante, la primacía de la relación está implícita en la investigación acción participativa. Pero las posibilidades no tienen límites. Por ejemplo, Mary Gergen (en prensa) introdujo el tema de la menopausia en un grupo de discusión de ocho mujeres, como forma de contrarrestar el modelo médico y abrir nuevos espacios para la creación de significado. A través de un extenso diálogo, el grupo fue capaz de generar visiones más positivas de su desarrollo. De modo similar, Frieda Haug y sus estudiantes (1987; Crawford *et al.*, 1992)

organizaron situaciones en las que las mujeres compartieron las historias de su desarrollo emocional. A través del diálogo mutuo y las sesiones interpretativas, fueron capaces de reconstruir su pasado y de generar un sentido sobre la forma en que la cultura crea la feminidad. En estos casos, el diálogo estaba circunscrito al investigador y los participantes. Para extender el asunto precedente hacia la investigación como relación, uno puede ver las potencialidades de usar la investigación para generar un diálogo que se expanda a medida que se mueve hacia afuera de su sitio originario. La meta de la investigación comienza a ser la de incitar el diálogo, que puede sufrir un cambio continuo a medida que se mueve a través de una amplia red. Esta posibilidad gana sustancia a la luz de las nuevas tecnologías de la comunicación.

LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA

En su respuesta a nuestras preguntas sobre el futuro, William G. Tierney esencialmente habló por nosotros: “Continúo teniendo la sensación de que la forma en que llevaremos a cabo la investigación cualitativa cambiará increíblemente en la próxima generación, debido a la tecnología...” (correo electrónico, 4/10/98). La gran mayoría de la investigación cualitativa no está mediada por la tecnología, pero sí está circunscrita espacio-temporalmente: el investigador habla con los participantes en la investigación en un escenario cara a cara u obtiene la información de relaciones “en tiempo real” con los objetos de interés. Sin embargo, con la enorme expansión de tecnologías de la comunicación de bajo costo —especialmente, comunicación mediada por computador (CMC)—, los límites de las metodologías tradicionales rápidamente se vuelven evidentes a medida que enormes almacenes de información están a la mano en cuestión de minutos. La comunicación mediada por la tecnología puede ser altamente eficiente, ricamente matizada y altamente reveladora; y sus formas trascienden las barreras geográficas y temporales. Estas potencialidades abren nuevos panoramas excitantes para el investigador, y ya existen numerosos intentos de adaptar los métodos tradicionales al contexto emergente. Los investigadores se involucran en diversas actividades investigativas de regiones remotas del globo (Markham, 1998; Miller y Gergen, 1998; Jones, 1998).

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, estas adaptaciones sólo son el comienzo de lo que podría ser una gran transformación en la naturaleza de la investigación y, de hecho, en la concepción del conocimiento mismo. Estamos impresionados particularmente por la cambiante relación de la investigación con el cambio temporal. Las metodologías tradicionales de la investigación están

entretreídas a una concepción de una materia de estudio relativamente fija. Uno puede pasar varios años estudiando un tema dentro de una población o subcultura dada; pasados varios años, el trabajo puede ser publicado, con la esperanza de que aún resulte informativo para el futuro inmediato. La presunción subyacente es que el centro de la investigación permanece relativamente estable, y continuará siéndolo. Mas con la proliferación global de las tecnologías de la comunicación, los procesos de creación de significado también se aceleran. Los valores, las actitudes y las opiniones están todos sujetos a una rápida fluctuación y, con ello, cambian los patrones de acción. En efecto, la relevancia temporal de un estudio de investigación cada vez se delimita más, y la vida media de un análisis cultural es cada vez menor. La pregunta, entonces, es si los métodos tradicionales de investigación y representación lentamente se están volviendo irrelevantes para los problemas de la deliberación social. Más aún, ¿podemos comenzar a considerar la investigación no como una “búsqueda” de campo sino como una insinuación activa en la vida social? De acuerdo con nuestra discusión previa sobre la investigación como política, tal posibilidad parece atractiva, aunque precaria. En vez de reflexionar sobre los problemas desde un pasado cada vez más distante, ¿podemos emplear la investigación para crear diálogos sobre el futuro, repletos de nuevas asociaciones y alianzas, y aperturas innovadoras para la acción?

Para ilustrar las posibilidades, consideremos la investigación que explora realidades que aún no existen. Los investigadores se unen para generar mundos virtuales —por ejemplo, configuraciones de significado, estructuras relacionales o miniutopías— en donde la gente puede participar. A través de su participación, aprenden las potencialidades de dichos mundos, y tal conocimiento puede ser usado para reformar las instituciones existentes. Esta línea de razonamiento ha guiado la investigación del académico Paul Frissen, de la Administración Pública Holandesa, quien trabaja con un equipo de académicos y formuladores de políticas para explorar las implicaciones de las políticas gubernamentales de la CMC. Reconociendo las rápidas transformaciones que tienen lugar en el mundo de internet, Frissen y sus colegas han establecido una comunidad virtual que existe más allá de las leyes de cualquier nación particular. Sin ningún mandato público, esta comunidad genera sus propias “leyes” de comunicación en la red. Los funcionarios del gobierno son invitados a este mundo a hablar con sus participantes, probar los poderes de internet y explorar sus potencialidades a medida que se van desarrollando en ese preciso momento. A través de su inmersión en este mundo —virtual pero posiblemente palpable en sus consecuencias—, tanto los participantes como los observadores adquieren un sentido enriquecido de sus efectos potenciales. Los administradores aprenden acerca de los límites de la intervención del gobierno en el mundo de la CMC. En el futuro, imaginamos

un tiempo en el que los investigadores puedan construir espacios virtuales para cruzar las fronteras de la discusión, experimentar nuevas formaciones políticas o crear centros autoorganizados de aprendizaje. En este punto difícilmente podría uno imaginar los horizontes.

Mientras que los computadores son la invención tecnológica más significativa que atrae nuestra atención en los años recientes, los poderosos efectos del televisor también se han considerado. A medida que ver televisión se convierte en un telón de fondo de la vida cotidiana en la mayoría de las viviendas, también se vuelve un moldeador vital de las prácticas de escritura y representacionales y de las respuestas de la audiencia. Esta conexión ha llevado a Patricia Clough (1997), en su escrito acerca de los vínculos entre la autoetnografía de Carolyn Ellis, *Final Negotiations*, y el melodramático realismo emocional de los programas explícitos de entrevistas de la televisión, a especular cómo la sociología puede expandir y alterar su propio curso de estudio. “Los sociólogos deben apropiarse cada vez más de la relación de la sociología con la ampliación de las telecomunicaciones a finales del siglo XX. Los sociólogos deben tratar reflexivamente las formas en que los medios masivos de comunicación abordan y se presentan ante el público, para elaborar una comprensión de las vulnerabilidades de los lectores respecto a ellos... Esto significa... repensar las nociones de la memoria, el tiempo, el espacio, el cuerpo y los afectos, en relación con la metodología sociológica, especialmente en lo que compete al significado de la validez y la confiabilidad” (p. 108). Dados los múltiples efectos de entrometimiento de las diversas tecnologías que se inmiscuyen en nuestras vidas, como ciudadanos privados e investigadores, nuestras formas de vida están influenciadas radicalmente y bajo continua construcción.

CONCLUSIÓN

En su introducción a la edición de 1994 del *Handbook of Qualitative Research*, Denzin y Lincoln afirman: “Estamos en una nueva era, donde los textos desordenados, inciertos y multivocales, las críticas culturales y los nuevos trabajos experimentales se volverán más comunes” (p. 15). Al mismo tiempo, sugieren que “el campo de la investigación cualitativa está definido por una serie de tensiones, contradicciones y vacilaciones” (p. 15). Este análisis presta un fuerte apoyo a sus pronósticos. Junto a la crítica y la experimentación, las tensiones, contradicciones y vacilaciones que mencionan están presentes, pero, desde nuestra mirada, difícilmente son signos de deterioro. Más bien, es desde esta matriz de incertidumbre, donde incesantemente estamos cruzando las fronteras de los enclaves establecidos —apropiando, reflexionando, creando—, que

se extrae la vitalidad de la investigación cualitativa. Es aquí donde localizamos el poder innovador que transforma la apariencia de las ciencias sociales. Si podemos evitar los impulsos hacia la eliminación, la pasión por el orden y el deseo de unidad y singularidad, podremos anticipar un florecimiento continuo de las labores de la investigación cualitativa, llenas de incidentes afortunados y expansiones generativas. Con todos estos fuegos artificiales, es seguro que pronto habrá causas para celebrar.

REFERENCIAS

Anderson, Elijah (1978), *A place on the corner*, University of Chicago Press.

Anderson, Elijah (1990), *Streetwise: Race, class & change in an urban community*. University of Chicago Press.

Anderson, Elijah (1999), *Code of the street*. Nueva York: Norton Press.

Anderson, Harlene (1997), *Conversation, language, and possibilities: A postmodern approach to therapy*. Nueva York: Harper Collins.

Austin, Deborah (1996), Kaleidoscope: The same and different. En C. Ellis y A. Bochner (Eds.), *Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing* (pp. 206-230). Walnut Creek: AltaMira Press.

Banister, Elizabeth M. (1999), Evolving reflexivity: Negotiating meaning of women's midlife experience. *Qualitative Inquiry*, 5, 3-23.

Behar, Ruth (1996), *The vulnerable observer: Anthropology that breaks your heart*. Boston: Beacon Press.

Behar, Ruth y Gordon, Deborah (Eds.) (1995), *Women writing culture*. Berkeley: University of CA Press.

Belenky, Mary, Clinchy, Blythe Goldberger, Nancy y Tarule, Jill (1986), *Women's ways of knowing: The development of self, voice, and mind*. Nueva York: Basic Books.

Blumenfeld-Jones, Donald S. (1995), Dance as a mode of research representation. *Qualitative Inquiry*, 1, 391-401.

Bohan, Janet (Ed.) (1992), *Seldom seen, rarely heard: Women's place in psychology*. Boulder: Westview.

Bohan, Janet (1993), Regarding gender: Essentialism, constructionism, and feminist psychology. *Psychology of Women Quarterly*, 17, 5-21.

Braidotti, Rosi (1995), *Nomadic subjects: Embodiment and sexual difference in contemporary feminist theory*. NY: Columbia University Press.

Brown, Lyn Mikel y Gilligan, Carol (1992), *Meeting at the crossroads: Women's psychology and girls' development*. Cambridge: Harvard University Press.

Bruner, Jerome (1986), *Actual minds: Possible worlds*. Cambridge: Harvard University Press.

Bruner, Jerome (1990), *Acts of meaning*. Cambridge, Harvard University Press.

Butler, Judith (1990), *Gender trouble*. Nueva York: Routledge.

Carlson, Marvin (1996), *Performance, A critical introduction*. Nueva York: Routledge.

Case, Sue-Ellen (1997), *The domain-matrix; Performing lesbian at the end of print culture*. Bloomington: University of Indiana Press.

Case, Sue-Ellen, Brett, Philip y Foster, Susan Leigh (Eds.) (1995), *Cruising the performative: Interventions into the representation of ethnicity, nationality, and sexuality*. Bloomington: University of Indiana Press.

Clark, Cindy Dell (1996), Interviewing children in qualitative research: A show and tell. *Canadian Journal of Marketing Research*, 15, 74-78.

Clifford, James, y Marcus, George (Eds.) (1986), *Writing culture: The poetics and politics of ethnography*. Berkeley: University of CA Press.

Clough, Patricia T. (1997), Autotelecommunication and autoethnography: A reading of Carolyn Ellis's Final Negotiations. *The Sociological Quarterly*, 38, 95-110.

Cooperrider, David L. y Dutton, Jane (Eds.) (1998), *No limits to cooperation: The organization dimensions of global change*. Thousand Oaks: Sage.

Crawford, June, Kippax, Susan, Onyx, Jenny, Gault, Una y Benton, Pam (1992), *Emotion and gender: Constructing meaning from memory*. Londres: Sage.

Crawford, Mary, y Kimmel, Ellen (Eds.) (1999), Innovative methods in feminist psychology, special issue. *Psychology of Women Quarterly* 23.

Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna S. (Eds.) (1994), *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks y Londres: Sage.

Diversi, Marcelo (1998), Glimpses of street life: Representing lived experience through short stories. *Qualitative Inquiry*, 4, 131-147.

Donmoyer, Robert y Yennie-Donmoyer, June (1995), Data as drama: Reflections on the use of readers theater as a mode of qualitative data display. *Qualitative Inquiry*, 1, 402-428.

Ellis, Carolyn y Bochner, Arthur P. (Eds.) (1996), *Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing*. Thousand Oaks: AltaMira Press.

Ellis, Carolyn, Kiesinger, Christine y Tillmann-Healy, Lisa (1997), Interactive interviewing: Talking about emotional experience. En R. Hertz (Ed.), *Reflexivity and voice* (pp. 119-149). Thousand Oaks: Sage.

Fine, Michelle (1988), Sexuality, schooling, and adolescent females: The missing discourse of desire. *Harvard Educational Review*, 58, 29-53.

Fine, Michelle (1994), Working the hyphens: Reinventing self and other in qualitative research. En N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research*. (pp. 70-82). Thousand Oaks: Sage.

Finley, Susan y Knowles, J. Gary (1995), Researcher as artist/artist as researcher. *Qualitative Inquiry*, 1, 110-142.

Foster, Hal (Ed.) (1983), *The anti-aesthetic: Essays on postmodern culture*. Port Townsend: Bay Press.

Foucault, Michel (1979), *Discipline & punish*. Nueva York: Vintage Books.

Foucault, Michel (1980), *Power/knowledge*. Nueva York: Pantheon.

Fox, Karen V. (1996), Silent voices: A subversive reading of child sexual abuse. En C. Ellis y A. Bochner, (Eds.), *Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing* (pp. 330-356). Thousand Oaks: Alta Mira Press.

Franklin, Margery B. (1997), Making sense: Interviewing and narrative representation. En M. Gergen y S. N. Davis (1997), *Toward a new psychology of gender* (pp. 99-116). Nueva York: Routledge.

Game, Ann (1988), Research and writing: secretaries and bosses. *Journal of Pragmatics*, 13, 92-104.

Garratt, Dean y Hodkinson, Phil (1998), Can there be criteria for selecting research criteria?—a hermeneutical analysis of an inescapable dilemma. *Qualitative Inquiry*, 4, 515-539.

Geertz, Clifford (1988), *Works and lives: The anthropologist as author*. Stanford: Stanford University Press.

Georgi, Andy (1994), *Phenomenology and psychological research*. Pittsburgh: Duquesne University Press.

Gergen, Kenneth J. (1994), *Realities and relationships*. Cambridge: Harvard University Press.

Gergen, Kenneth J. (1997), Who speaks and who responds in the human sciences? *History of the Human Sciences*, 10, 151-173.

Gergen, Kenneth J. y Gergen, Mary M. (1991), From theory to reflexivity in research practice. En F. Steier (Ed.), *Method and reflexivity: Knowing as systemic social construction* (pp. 76-95). Londres: Sage.

Gergen, Mary M. (1990), Finished at forty: Women's development within the patriarchy. *Psychology of Women Quarterly*, 14, 451-470.

Gergen, Mary M. (1992), Life stories: Pieces of a dream. En G. Rosenwald y R. Ochberg (Eds.), *Storied Lives* (pp. 127-144). New Haven: Yale University Press.

Gergen, Mary M. (en prensa), *Impious Improvisations: Feminist Reconstructions in Psychology*. Thousand Oaks: Sage.

Gergen, Mary M., Chrisler, Joan C. y LoCicero, Alice (1999), Innovative methods: Resources for research, teaching and publishing. *Psychology of Women Quarterly*, 23.

Gherardi, Silvia (1994), *Gender, symbolism and organizational cultures*. Londres: Thousand Oaks: Sage.

Hammond, Sue A. (1996), *The thin book of appreciative inquiry*. Plano: CSS Publishing CO.

Haraway, Donna (1988), Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14, 575-599.

Harding, Sandra (1986), *The science question in feminism*. Ithaca: Cornell University Press.

Harding, Sandra (1991), *Whose science? Whose knowledge? Thinking from women's lives*. Ithaca: Cornell University Press.

Haug, Frieda *et al.* (1987), *Female sexualisation: A collective work of memory*. (Tr. Erica Carter). Londres: Verso.

Hertz, Rosanna (Ed.) (1997), *Reflexivity and voice*. Thousand Oaks: Sage.

Hooks, Bell (1990), *Yearning: Race, gender, and cultural politics*. Boston: South End Press.

Jacobs, Mary-Ellen, Munor, Petra y Adams, Natalie (1995), Palimpsest: (Re)Reading women's lives. *Qualitative Inquiry*, 1, 327-345.

Jipson, J. y Paley, N. (Eds.) (en prensa), *Daredevil research*. Nueva York: Peter Lang.

Jones, Stacy Holman (1998), Kaleidoscope notes: Writing women's music and organizational culture. *Qualitative Inquiry*, 4, 148-177.

Jones, Steven G. (Ed.), *Cybersociety 2.0*. Thousand Oaks: Sage.

Kiesinger, Christine E. (1998), From interview to story: Writing Abbie's life. *Qualitative Inquiry*, 4, 71-95.

Komesaroff, Paul, Rothfield, Philipa y Daly, Jeanne (1997), *Reinterpreting menopause: Cultural and philosophical issues*. Nueva York: Routledge.

Landrine, Hope (Ed.) (1995), *Bringing cultural diversity to feminist psychology: Theory, research, and practice*. Washington: American Psychological Association.

Lather, Patti (1991), *Getting smart: Feminist research and pedagogy with/in the postmodern*. Nueva York: Routledge.

Lather, Patti (1993), Fertile obsession: Validity after post-structuralism. *Sociological Quarterly*, 34, 673-693.

Lather, Patti y Smithies, Chris (1997), *Troubling with angels: Women living with HIV/AIDS*. Boulder: Westview Press.

Lincoln, Yvonne S. (1995), Emerging criteria for quality in qualitative and interpretive research. *Qualitative Inquiry*, 1, 275-289.

Lykes, M. Brinton (1996), Meaning making in a context of genocide and silencing. En M. B. Lykes, A. Banuazizi, R. Liem y M. Morris (Eds.), *Myths about the powerless: Contesting social inequalities* (pp. 159-178). Philadelphia: Temple University Press.

Marcus, George E. (1998), *Ethnography through thick and thin: A new research imaginary for anthropology's changing professional culture*. Princeton: Princeton University Press.

Markham, Annette (1998), *Life online, researching real experience in virtual space*. Thousand Oaks: Sage.

McKinley, William y Mone, Mark A. (1998), The re-construction of organization studies: Wrestling with incommensurability. *Organization*, 5, 169-190.

McTaggart, Robin (1997), *Participatory action research: International contexts and consequences*. Albany: State University of New York Press.

McTaggart, Robin y Kemmis (en prensa). Participatory inquiry. En N. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research*, segunda edición. Thousand Oaks: Sage.

Mienczakowski, Jim, (1996), An ethnographic act. The construction of consensual theater. En C. Ellis, y A. P. Bochner, (Eds.), *Composing ethnography; Alternative forms of qualitative writing* (pp. 244-266). Thousand Oaks: AltaMira Press.

Miller, Jean Baker y Stiver, Irene Pierce (1997), *The healing connection: How women form relationships in therapy and in life*. Boston: Beacon Press.

Morawski, Jill G. (1994), *Practicing feminisms, reconstructing psychology: Notes on a liminal science*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Morris, Rosalind C. (1995), All made up: Performance theory and the new anthropology of sex and gender. *Annual Review of Anthropology*, 24, 567-592.

Mouffe, Chantal (1993), Liberal socialism and pluralism: Which citizenship? En J. Squires (Ed.), *Principled positions: Postmodernism and the rediscovery of value*. Londres: Lawrence y Wishart.

Moustakas, Clark (1994), *Phenomenological research methods*. Thousand Oaks: Sage.

Penley, Constance y Ross, Andrew (1985), *Interview with Trinh T. Minh-ha, Camera Obscura*, Spring-Summer, 89, 93.

Reason, Peter, (1994), Three approaches to participative inquiry. En N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 324-339). Thousand Oaks: Sage.

Reinharz, Shulamit (1992), *Feminist methods in social research*. Nueva York: Oxford University Press.

Reinharz, Shulamit (en prensa), *Observing the observer*.

Richardson, Laurel, (1997), *Fields of Play: Constructing an academic life*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Richardson, Laurel (1998), Meta-jeopardy. *Qualitative Inquiry*, 4, 464-468.

Rinehart, Robert (1998), Fictional methods in ethnography: Believability, specks of glass, and Chekhov, *Qualitative Inquiry*, 4, 200-224.

Ronai, Carol Rambo (1998), Sketching with Derrida: An ethnography of a researcher/dancer. *Qualitative Inquiry*, 4, 405-420.

Ronai, Carol Rambo (1999), The next night sou rature: Wrestling with Derrida's mimesis. *Qualitative Inquiry*, 5, 114-129.

Russell, Glenda M. y Bohan, Janis S. (1999), Hearing voices: The use of research and the politics of change. *Psychology of Women Quarterly*, 23.

Said, Edward W. (1978), *Orientalism*. Nueva York: Pantheon Books.

Sarbin, Theodore, (Ed.) (1986), *Narrative psychology: The storied nature of human conduct*. Nueva York: Praeger.

Smyth, Ailbhe (1991), The floozie in the jacuzzi/The problematics of culture and identity for an Irish woman. *Feminist Studies*, 17, 7-28.

Smith, Linda Tuhiwai (en prensa), *De-colonizing methodology: Research and indigenous peoples*. Londres: ZED Books.

Strauss, Anselm y Corbin, Juliet (1990), *Basics of qualitative research: Grounded theory procedures and techniques*. Newbury Park: Sage.

Strauss, Anselm y Corbin, Juliet (1994), Grounded theory methodology: An overview. En N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 273-285). Thousand Oaks: Sage.

Tierney, William G. y Lincoln, Yvonne (Eds.) (1997), *Representation and the text: Re-framing the narrative voice*. Thousand Oaks: Sage.

Travisano, Richard V. (1998), On becoming Italian American: An autobiography of an ethnic identity. *Qualitative Inquiry*, 4, 540-563.

Visweswaran, Kamala (1994), *Fictions of Feminist ethnography*. Minneapolis: Univ. of MN Press.

LAS CONSECUENCIAS CULTURALES DEL DISCURSO DEL DÉFICIT

*... multiplicamos las distinciones, luego
consideramos que nuestros débiles límites son cosas
que percibimos, y no que hemos hecho.*

—William Wordsworth, *The Prelude*, Libro III

No podemos tener... psiquiatría sin nombres.

—Henry Brill, M. D., *Classification in Psychiatry and Psychopathology*

Como ya lo he enfatizado, el construccionismo social promueve un análisis reflexivo de la vida cultural. Deseo explorar aquí lo que veo como un problema de creciente importancia en la cultura contemporánea, que parece estar tanto acelerado en su magnitud como carente de perímetros evidentes. También es un problema al cual las prácticas discursivas de las profesiones de la salud mental —más notablemente, la psiquiatría y la psicología clínica— brindan una contribución sustancial. A juzgar por muchos colegas, estudiantes y amigos que están involucrados en las prácticas terapéuticas, creo que en general comparten un compromiso fuerte y genuino con una visión del mejoramiento humano. Además, pese a que las investigaciones sobre los efectos de la intervención terapéutica llevan a conclusiones de interminable ambigüedad, es claro que muchos entre quienes han buscado ayuda creen que la comunidad terapéutica desempeña un rol vital y humano en la sociedad contemporánea. Sin embargo, me preocuparé de las paradójicas consecuencias de la visión que predomina sobre el mejoramiento humano y la difundida esperanza de que estas profesiones podrán mejorar la calidad de la vida cultural. Existen razones para creer que en su esfuerzo por suministrar medios efectivos para aliviar el sufrimiento humano, los profesionales

de la salud mental simultáneamente generan una red de enredos cada vez mayores para la cultura en general. Dichos enredos no sólo están puestos al servicio de las profesiones, sino que también incrementan exponencialmente el sentido de la miseria humana.

EL DISCURSO PSICOLÓGICO: ¿PICTÓRICO O PRAGMÁTICO?

Con el fin de apreciar la naturaleza y magnitud del problema, permítasenos extender la discusión precedente de las funciones del lenguaje a las cuestiones del discurso mental. A partir de esta discusión podemos trazar una distinción entre dos formas de ver el vocabulario de la mente: la pictórica y la pragmática. La mayoría emplea comúnmente términos como “pensando”, “sintiendo”, “esperando”, “temiendo”, y similares, *pictóricamente*: es decir, de la misma forma en que damos diferentes nombres a personas individuales o a los objetos distinguibles en la naturaleza, también usamos términos mentales como si reflejaran condiciones distintivas dentro de la mente. La aseveración “estoy enfadado” tiene la intención, según la convención habitual, de describir un estado mental diferente de otros estados, como *la alegría*, *la vergüenza* o *el éxtasis*. La gran mayoría de especialistas en terapia también procede de manera similar. Escuchan a sus consultantes durante horas para establecer la cualidad y carácter de su “*vida interior*” —sus pensamientos, emociones, miedos no articulados, conflictos, represiones—, y más importante aún, “el mundo tal y como lo experimentan”. Comúnmente se asume que el lenguaje de los individuos proporciona un medio para el “*acceso al interior*”, revelando o exponiendo al profesional el carácter de lo que no es observado directamente. Y, como sigue el razonamiento, la revelación es esencial para el resultado terapéutico, ya sea proporcionando al terapeuta la información acerca de la condición mental del consultante, provocando autocomprensiones, incrementando el sentido de autonomía o autoestima del consultante, induciendo catarsis, reduciendo la culpa, y así sucesivamente.

Nuestro estudio sobre las funciones del lenguaje trae una variedad de críticas dirigidas a la teoría pictórica del lenguaje y su lugar dentro de la concepción tradicional del conocimiento. Hemos centrado particularmente nuestra atención en los problemas sociales, ideológicos y literarios inherentes en la visión tradicional. Sin embargo, si el lenguaje no puede servir como imagen o mapa del mundo externo, hay pocas razones para adherirse a esta posibilidad en el caso del discurso psicológico. En el lenguaje de la biología, la química, la crítica del arte, la política, el atletismo, y demás, se usa para construir lo que tomamos como “hechos de la

materia”, y existen pocas razones para presumir que el discurso psicológico es en alguna medida menos constitutivo de su campo referencial. Más significativo aún, en el caso del discurso mental, hay buenas razones para argumentar que no hay referentes locales a los que dicho lenguaje *pueda* ser vinculado. Como hemos visto, en el caso de la biología, la química y la crítica de arte, por ejemplo, es posible que las comunidades desarrollen acuerdos locales acerca de cómo deben ser llamados varios “eventos” y “objetos”. Las comunidades de biólogos pueden ponerse de acuerdo acerca de la forma en que términos como “neurona” y “sinapsis” indexan varios “estados de las cosas”. Sin embargo, en el caso del discurso psicológico, en principio, no pueden establecerse estos estándares locales de referencia ostensiva. Considérense algunos de los problemas concomitantes a la vinculación de términos psicológicos como “actitudes”, “ansiedad”, “intenciones”, “sentimientos”, y similares, con un estado interno de cosas¹.

- ¿Cuáles son las características de los estados mentales por medio de las cuales podemos identificarlos?, ¿por medio de cuáles criterios distinguimos, digamos, entre los estados de rabia, miedo y amor?, ¿cuál es su color, tamaño, forma o peso?, ¿cuál es la razón por la que ninguno de estos atributos parece aplicable a los estados mentales?, ¿es acaso porque nuestras observaciones de los estados nos demuestran que no lo son?
- ¿Podríamos identificar nuestros estados mentales a través de sus manifestaciones fisiológicas: presión sanguínea, frecuencia cardíaca, y demás? Si fuéramos suficientemente sensibles a los diferentes complejos fisiológicos, ¿cómo podríamos conocer a cuáles estados se refiere cada uno?, ¿acaso un pulso acelerado indica rabia y no amor, esperanza y no desesperación?
- ¿Cómo podemos estar seguros de que identificamos dichos estados correctamente?, ¿acaso no podrían otros procesos (por ejemplo, la represión o la defensa) impedir una autoapreciación adecuada? (Tal vez, después de todo, la rabia sea Eros).
- ¿Por medio de cuál criterio podríamos juzgar que lo que experimentamos como un “reconocimiento cierto” de un estado mental, sea, de hecho, un reconocimiento cierto? ¿Acaso esta expresión: “Estoy seguro de mi evaluación”, no requeriría de otra ronda de autoevaluación: “Estoy seguro de

1 Véase la cuidadosa crítica a los diagnósticos de la esquizofrenia de Mary Boyle (1991). Como lo muestra, dichos diagnósticos no están basados en evidencia sino que son altamente interpretativos y están cundidos de confusión conceptual. Véase también la crítica de Wiener (1991) al concepto de esquizofrenia.

que lo que estoy experimentando es una certeza”, cuyos resultados exigirían procesos adicionales de identificación interna, y así sucesivamente, en una regresión infinita?

- A pesar de que todos podamos estar de acuerdo en nuestro uso de los términos mentales (que experimentamos miedo, éxtasis o alegría, por ejemplo, en ocasiones particulares), ¿cómo podemos saber que nuestras propias experiencias subjetivas se asemejan a las de los otros?, ¿por medio de qué procesos podríamos determinar si mi “miedo” es equivalente al tuyo?, ¿cómo entonces puedo saber si lo que yo tengo es aquello que todos los demás llaman “miedo”?
- ¿Cómo hemos de dar razón de la desaparición en la cultura de muchos términos mentales populares en siglos anteriores, junto con las modas que pasan sobre la terminología mental en el siglo actual? ¿Qué sucedió con la *melancolía*, la *sublimidad*, la *neuralgia* y el *complejo de inferioridad*?, ¿acaso han desaparecido estas palabras porque dichos procesos ya no existen en las mentes de los mortales?
- ¿Cómo podemos dar cuenta de las variaciones sustanciales en el vocabulario psicológico de una cultura a otra?, ¿acaso alguna vez tuvimos los mismos eventos mentales que los hombres de una tribu primitiva, por ejemplo, la emoción del *fago* descrita por Lutz (1988) en sus estudios sobre los *ifaluk*? ¿Hemos perdido la capacidad de experimentar esta emoción?, ¿está oculta en algún lugar en el núcleo de nuestro ser, sepultada debajo de las capas de la sofisticación occidental?, ¿por medio de cuáles estándares podríamos optar por un medio u otro?

Estos problemas se han resistido durante mucho tiempo a encontrar una solución y han sugerido fuertemente que usar el lenguaje mental de modo referencial es un profundo equívoco. Más bien, podemos considerar como *reificante* el supuesto de que el lenguaje mental refleja, representa o refiere estados reales dentro del individuo. Dicha orientación trata como real (como existentes ontológicos) aquello a lo cual el lenguaje parece referir. O, en otros términos, al tratar al lenguaje como si indexara distintos estados mentales, uno cae en la *falacia de la concreción mal situada*. Uno trata como concreto al objeto aparente del significante, en lugar del significante mismo. Lo cual no lleva a concluir que “nada está sucediendo” dentro del individuo cuando está gritando de la rabia, cuando está atrapado en un abrazo u oye siniestros sonidos en la oscuridad. Sin embargo, no hay nada acerca de estas condiciones humanas que exija un distintivo vocabulario mental. “Interiores de experiencia” completamente distintos pueden

tener lugar mientras uno actúa el rol del rey Lear, por oposición a los de Otelo o Falstaff. Sin embargo, el actor no requiere de un lenguaje de estados mentales ni de una fisiología para explicar sus acciones, y hacerlas inteligibles a los demás. (Es suficiente saber, para la mayoría de los propósitos, que uno está “interpretando al rey Lear”, sin añadir una descripción de “apoyos” psicológicos o fisiológicos). En efecto, usar referencialmente al lenguaje mental es cargarlo de implicaciones injustificadas y confusas.

Contrastemos la orientación pictórica respecto al lenguaje mental con otra, que podemos llamar *pragmática*. Con este propósito, pongamos entre paréntesis el enfoque del lenguaje mental como indicador referencial de estados interiores y consideremos dicho lenguaje como un rasgo constituyente de las relaciones sociales. Es decir, nos podemos aventurar a decir que el lenguaje psicológico obtiene su significado e importancia de la forma en que es usado en las interacciones humanas. Por tanto, cuando digo: “Estoy descontento” acerca de un estado de cosas dado, el término “descontento” no se vuelve significativo o apropiado de acuerdo con su relación con el estado de mis neuronas o mi campo fenomenológico; más bien, cumple una función social significativa. Puede ser usado, por ejemplo, para poner fin a un conjunto de condiciones deteriorantes, para conseguir apoyo y/o aliento, o para provocar opiniones. Tanto las condiciones del reporte como las funciones a las que sirve son circunscritas por las convenciones sociales. Decir: “Estoy profundamente triste” puede ser satisfactoriamente expresado por la muerte de un familiar, pero no por la desaparición de una mariposa de primavera. La frase “Estoy deprimido” garantiza la preocupación y apoyo de otros, pero no funciona fácilmente como despedida, invitación a la risa o al elogio. En este sentido, el lenguaje mental funciona más como una sonrisa, un fruncimiento del ceño o una caricia, que como espejo del interior; se asemeja más al fuerte asimiento de los artistas trapecistas que a un mapa de las condiciones interiores. En efecto, la gente usa términos mentales para constituir sus relaciones².

EL LENGUAJE DEL DÉFICIT MENTAL EN EL CONTEXTO CULTURAL

La postura dominante respecto al discurso psicológico en la cultura occidental es decididamente pictórica. Generalmente, aceptamos como válidos los relatos

2 Esto no quiere decir que ciertos estados del cuerpo, junto con formas variadas del comportamiento, no sean relevantes para dar significado a los términos mentales, especialmente, al vocabulario de las emociones. Típicamente, el discurso psicológico sólo es un aspecto de un desempeño más plenamente corporalizado, y sin la representación completa (tal vez, involucrando lágrimas, gritos, aceleración cardíaca, y así sucesivamente), las palabras no serían inteligibles.

que las personas hacen de sus estados subjetivos (por lo menos para ellas). Si somos sofisticados, tal vez nos preguntemos si están completamente conscientes de sus sentimientos, o si se han extraviado en el intento de protegerse a sí mismas de lo que “realmente” hay allí. Y si tenemos inclinaciones científicas, podremos desear saber la distribución de varios estados mentales (como la soledad o la depresión) en la sociedad de modo general, las condiciones bajo las cuales ocurren (como el estrés o el agotamiento) y los medios que permiten alterarlos (la eficacia comparativa de distintas terapias). Sin embargo, difícilmente cuestionaríamos la existencia de la realidad a la cual se refieren dichos términos; y debido a que la ontología predominante de la vida mental permanece incontestable, rara vez nos preguntamos por la utilidad o deseabilidad de estos términos en la vida diaria. Si el lenguaje existe porque el estado mental existe, hay pocas razones para apreciar el lenguaje críticamente. Según estándares comunes, desaprobar al lenguaje de la mente equivale a estar en desacuerdo sobre la forma de la Tierra.

Sin embargo, si vemos al discurso psicológico desde una perspectiva pragmática, el lenguaje mental pierde su función como “portador de la verdad”. Uno no puede reclamar el derecho al uso del lenguaje sobre la base de que los términos existentes “nombran lo que hay”. Al mismo tiempo, nos enfrentamos a preguntas significativas acerca de las terminologías existentes, ya que las “formas en que hablamos” están íntimamente entrelazadas con los patrones de la vida cultural. Ellas mantienen y apoyan ciertas maneras de hacer las cosas e impiden que otras surjan. Desde la perspectiva pragmática, es de suprema importancia, entonces, indagar sobre los efectos, en las relaciones, de los vocabularios predominantes de la mente. Dadas nuestras metas para el mejoramiento humano, estos vocabularios ¿las facilitan o las obstruyen? Y más importante aún para nuestros propósitos, ¿qué tipo de patrones sociales facilita (o impide) el vocabulario existente del déficit psicológico?, ¿de qué manera los términos de las profesiones de la salud mental —como “neurosis”, “disfunción cognitiva”, “depresión”, “desorden de estrés postraumático”, “desorden del carácter”, “represión”, “narcisismo”, y demás— funcionan dentro de la cultura en general?, ¿conducen a formas deseables de relaciones humanas?, ¿debería ser expandido el vocabulario?, ¿existen alternativas más promisorias? No hay respuestas simples para dichas preguntas; ni tampoco hay una amplia discusión. Mi propósito aquí es menos el de desarrollar una respuesta final que el de generar un foro de diálogo retador.

Los cimientos para dicha discusión han sido expuestos en varios ámbitos relevantes. En un abanico de volúmenes altamente críticos, Szasz (1961; 1963; 1970) sostuvo que los conceptos de la enfermedad mental no son exigidos por la observación. Más bien los propone, y se usan (o se emplean mal, desde su perspectiva) en gran medida como medios de control. Sarbin y Mancuso (1980)

hacen eco a estos argumentos al centrar su atención en el concepto de esquizofrenia como construcción social. Similarmente, Ingelby (1980) ha demostrado las formas en que las categorías de enfermedad mental son negociadas, con el fin de servir a los valores o inversiones ideológicas de la profesión. Kovel (1980) propone que las profesiones de la salud mental son esencialmente formas de la industria que operan ampliamente al servicio de estructuras económicas. Pensadores feministas han explorado las formas en que las nosologías de la enfermedad, el diagnóstico y el tratamiento están sesgadas en contra de las mujeres y a favor de la continuación del patriarcado (Brodsky y Hare-Mustin, 1980; Hare-Mustin y Marecek, 1988). Y acompañando los análisis de Foucault (1978, 1979) sobre las relaciones entre conocimiento y poder, Rose (1985) y Schacht (1985) han examinado varias formas en que las evaluaciones mentales, y las realidades que crean, sirven a los intereses de control de la cultura. Todas estas críticas cuestionan la capacidad para transmitir la verdad del lenguaje mental y establecen algunas de las consecuencias opresivas del actual uso del lenguaje.

Hay mucho que decir acerca de la forma en que el lenguaje del déficit mental funciona dentro de la cultura, no siendo todo crítico. En el lado positivo, por ejemplo, el vocabulario de las profesiones de la salud mental sirve para volver familiar lo ajeno, y, por tanto, menos temible. En vez de ser visto como “obra del demonio” o como “miedosamente ajeno”, por ejemplo, las actividades no normativas reciben etiquetas estandarizadas, significando que, de hecho, son naturales, plenamente anticipadas y familiares para la ciencia desde hace mucho tiempo. Al mismo tiempo, este proceso de familiarización lo invita a uno a reemplazar la repugnancia y el miedo por reacciones más humanas y comprensivas, del tipo de las que son apropiadas para la enfermedad física. Podemos ser más cuidadosos y comprensivos con alguien que sufre una “enfermedad” que con alguien que parece intencionalmente obstructivo. Además, debido a que las profesiones de la salud mental están aliadas con la ciencia, y la ciencia está representada socialmente como una actividad progresista o que soluciona problemas, la clasificación científica también provoca una actitud de esperanza respecto al futuro. Uno no necesita ser agobiado con la creencia de que las enfermedades de hoy son eternas.

Para la mayoría de nosotros, las prácticas discursivas actuales representan mejoras distintivas sobre sus predecesores tempranos (véase Rosen, 1968). Sin embargo, con dificultad estas cuestiones son dignas de optimismo. Existe una “cara inactiva” respecto a las inteligibilidades existentes, y como pretendo demostrar, estos problemas son de magnitud continuamente creciente. Consideremos, en particular, las funciones del vocabulario del déficit mental que generan y facilitan las formas de lo que podría ser visto como una debilitamiento cultural.

LA JERARQUÍA SOCIAL

“¿De qué modos te puedo fallar? Déjame contar las formas: personalidad impulsiva, fingirme enfermo, depresión reactiva, anorexia, manía, desorden de déficit de atención, psicopatía, orientación de control externo, baja autoestima, narcisismo, bulimia, neurastenia, hipocondría, personalidad dependiente, frigidez, autoritarismo, personalidad antisocial, exhibicionismo, desorden afectivo de las estaciones, travestismo, agorafobia...”

A pesar de que intentan ocupar una posición de neutralidad científica, durante largo tiempo se ha reconocido que las profesiones de ayuda se basan en supuestos acerca del bien cultural (Hartmann, 1960; Masserman, 1960). Las visiones profesionales del “sano funcionamiento” están invadidas de ideas culturales de la personalidad (London, 1986; Margolis, 1966) y de ideologías políticas asociadas (Leifer, 1990). En este contexto, entonces, encontramos que los términos del déficit mental operan como instrumentos evaluadores, que demarcan la posición del individuo a lo largo de ejes culturales implícitos acerca de lo bueno y lo malo. Frecuentemente, podemos sentir un grado de simpatía por la persona que se queja de depresión incapacitante, de ansiedad, o de ser personalidad tipo A. Sin embargo, nuestras simpatías frecuentemente están teñidas con un sentido de autosatisfacción, puesto que la queja simultáneamente nos sitúa en una posición de superioridad. En cada caso, el otro queda señalado con algún tipo de falla: falta de optimismo, buen juicio, calma, control, y demás. Mientras que estos resultados parecen inevitables e incluso deseables como medios para sostener valores culturales, es vital reconocer que la existencia de dichos términos contribuye a la proliferación de jerarquías sutiles pero peligrosas, acompañadas como están de varias prácticas de distanciamiento y degradación (Goffman, 1961). En este sentido, la existencia de un vocabulario del déficit es análoga a la disponibilidad de armas —su misma presencia crea la posibilidad de que existan blancos—, y una vez que se han puesto en acción, los individuos que son “inferiores al ideal” son alentados a entrar a “programas de tratamiento”, ponerse bajo cuidado psicofarmacológico o separarse de la sociedad al entrar a instituciones. Cuanto mayor sea el número de criterios para el bienestar mental, mayor es también el número de formas en que puede uno ser inferior en comparación con otros. Y de igual importancia, las mismas acciones pueden ser indexadas en formas alternativas y con resultados bastante diferentes. A través de un uso hábil del lenguaje uno podría reconstruir la depresión como “incubación psíquica”; la ansiedad, como “alta sensibilidad”, y el tipo de personalidad A, como la “ética protestante del trabajo”, un uso del lenguaje que revertiría o borraría las jerarquías existentes.

EROSIÓN DE LA COMUNIDAD

Distintas terminologías promueven distintos cursos de acción. Ver la criminología adolescente como un problema de “deprivación económica” tiene diferentes implicaciones políticas que definirla como resultado de la “mentalidad de pandillas” o una “vida de hogar deteriorada”. Los términos del déficit mental, de la manera en que funcionan en la sociedad contemporánea, están envueltos en una mística médica. Nombran enfermedades o aflicciones, y en términos de la lógica médica, las enfermedades o aflicciones requieren de un diagnóstico y tratamiento profesional. Sin embargo, a medida que el “aflicto” entra a dichos programas, el “problema” es removido de su contexto normal de operación y reconstituido dentro de una esfera profesional. En efecto, las profesiones de la salud mental se apropian del proceso de realineación interpersonal que, de otro modo, podría ocurrir en un contexto no profesional. En consecuencia, las relaciones orgánicas con la comunidad se interrumpen, la comunicación se debilita y los patrones de interdependencia se destruyen. En pocas palabras, hay un deterioro de la vida comunitaria. Uno podría aventurarse a decir que los procesos de realineación natural frecuentemente son lentos, angustiosos, brutales o aturdidores y que la vida es demasiado corta para resistir “dedos que no se ajustan bien al guante”. Pero el resultado es que los problemas que de otra forma requerirían la participación de personas relacionadas comunitariamente son removidos de su nicho ecológico. Los integrantes de un matrimonio tienen una comunicación más íntima con su terapeuta que entre sí, e incluso guardan comprensiones significativas para revelarlas en el momento de la terapia. Los padres discuten los problemas de sus hijos con especialistas o envían a los niños problema a centros de tratamiento y, por tanto, reducen la posibilidad de una comunicación auténtica (no autoconsciente) con sus hijos o con los vecinos involucrados. Las organizaciones ponen a los ejecutivos alcohólicos en programas de tratamiento y, por tanto, reducen el tipo de conversaciones autorreflexivas que pueden elucidar su propia posible contribución al problema. Las parejas de “personas problema” son invitadas por aparte a “grupos de ayuda para la codependencia”, en donde discuten la ahora-objetivada pareja con extraños. En cada caso, los tejidos de interdependencia comunitaria se ven heridos o atrofiados.

Este punto es especialmente claro para mí cuando recuerdo mis experiencias de la niñez con Kibby, un hombre mayor que frecuentemente decía incoherencias, no tenía trabajo y algunas veces se unía a nosotros los niños para jugar. Frecuentemente, nos causaba gracia, algunas veces lo evitábamos, y a nuestro modo infantil, algunas veces incluso le jugábamos bromas. Mi mamá y yo hablábamos acerca de él de vez en cuando; ella decía que debíamos ser buenos con él, pero

que él era raro y que no era bueno que jugara a solas con él. Ella también habló con la mamá de Kibby acerca de posibles peligros y acerca del futuro de Kibby. La mamá de Kibby habló con la mayoría de los vecinos acerca de su hijo. En ese tiempo no teníamos ningún vocabulario para las “enfermedades mentales”, ningún estereotipo aterrador proveniente de las películas o la televisión, y ningún profesional para nombrar y tratar la “enfermedad”. Kibby simplemente era extraño, pero todos logramos llevarnos bien en el barrio. Sospecho que hoy Kibby sería sedado en frente del televisor, o encerrado en una institución apropiada, y no continuaría siendo un miembro partícipe de la vida comunitaria.

AUTODEBILITAMIENTO

Los términos del déficit mental también operan para esencializar la naturaleza de la persona que es descrita. Designan al individuo una característica que perdura a través del tiempo y las situaciones, la cual debe ser confrontada si las acciones de la persona han de ser apropiadamente comprendidas. Los términos del déficit mental informan así al receptor que el “problema” no se circunscribe ni limita en el tiempo ni el espacio, ni a un dominio particular de su vida, es completamente general. Carga con el déficit de una situación a otra, y como una marca de nacimiento o una huella digital, como dicen los libros, el déficit inevitablemente se manifestará. En efecto, una vez que las personas entienden sus acciones en términos de déficit mentales, se sensibilizan respecto al potencial problemático de todas sus actividades y la manera en que son contagiadas o disminuidas. El peso del “problema” ahora se expande en muchas direcciones; es tan ineludible como su propia sombra. A los diecisiete, Marcia Lovejoy, una mujer que ahora trabaja rehabilitando esquizofrénicos, fue diagnosticada como esquizofrénica. Los doctores le informaron en aquel momento que, debido a su enfermedad, ella nunca podría trabajar, finalizar la escuela o ser capaz de mantener relaciones satisfactorias con otros. La situación, decía ella, no tenía esperanzas. Lovejoy comparó este diagnóstico con haber sido informada que tenía cáncer: “¿Cómo sería si ninguna persona con cáncer se hubiera podido recuperar y las juzgaran por su enfermedad? Si la gente dijera: ‘¿Qué se puede hacer con estos cancerosos?’. Quizá no es muy malo. Enviemos a estos cancerosos al hospital, ya que no podemos curarlos” (Turkington, 1985, p. 52). Ser etiquetado por la terminología del déficit mental es encararse a una potencial desconfianza de sí mismo, de por vida.

Estos resultados —jerarquía social, fragmentación comunal y autodebilitamiento— no agotan los desafortunados resultados del lenguaje del déficit

mental. Los teóricos existencialistas también se han preocupado por la forma en que dicho lenguaje sostiene una visión determinista de la acción humana. Tener una enfermedad mental, de acuerdo con los estándares actuales, es estar conducido por fuerzas que se encuentran más allá del propio control, es ser una víctima o un títere. Por tanto, para el existencialista, las personas dejan de experimentar sus acciones como voluntarias (Bugental, 1965). Sienten que sus acciones se encuentran por fuera del dominio de las decisiones, inevitable y invariablemente, a menos que se pongan a sí mismas —dependientemente— en manos de profesionales. Muchos dentro de las profesiones de la salud mental también están preocupados porque el lenguaje del déficit individual desvía la atención del contexto social, esencial para la creación de dichos problemas. Inhibe la exploración de factores familiares, ocupacionales, y socioestructurales de posible relevancia. La persona es culpada, mientras que el sistema permanece sin examinar. Estas cuestiones deben permanecer en el foco de nuestra atención.

CRECIMIENTO PROFESIONAL Y LA ENFERMEDAD MENTAL

Consideremos al problema desde una perspectiva histórica, particularmente las tendencias hegemónicas del discurso psicológico, en general, y el lenguaje del déficit mental, en particular. Como ya lo he propuesto, los discursos de la psicología frecuentemente surgen de los lenguajes naturales o de la vida diaria en la cultura. En efecto, son herencias de lugares comunes en la cultura. Como resultado, la cualidad referencial o realista de dichos lenguajes es validada consensualmente. (Los procesos de “pensamiento” y “motivación” merecen la atención de los profesionales porque su presencia dentro de las personas ya se ha hecho transparente dentro del medio cultural). Sin embargo, una vez absorbidos por las profesiones psicológicas, dichos lenguajes sufren dos transformaciones principales. Primero, son *tecnologizados*, es decir, son despojados de gran parte de su riqueza connotativa y reubicados dentro de una serie de prácticas técnicas, que incluyen el análisis teórico, la medición y la experimentación. Un concepto como la racionalidad es removido de su contexto cotidiano, reemplazado por términos técnicos como “cognición” o “procesamiento de la información”, arrojado a las formalizaciones de la inteligencia artificial, medido por dispositivos de escucha dicotómica y sometido a investigación experimental. A medida que el lenguaje se tecnologiza, es apropiado por la profesión. El lenguaje de la cognición o del procesamiento de la información, por ejemplo, se vuelve propiedad de la profesión, y el profesional ahora reclama conocer aquello que alguna vez se encontró en el dominio común. El profesional se convierte en el árbitro de lo que es racional o irracional, inteligente o ignorante, natural o innatural. A medida que la profesión

tecnologiza, etiqueta y mide los problemas de la gente, las personas comunes son descalificadas como conocedoras. Como consecuencia, la sensación normal que uno tiene de ser un yo que posee conocimiento, comprensión y sensibilidad se ve socavada (Farber, 1990). En efecto, quienes están más íntimamente familiarizados con el “problema” deben dar paso a las voces desapasionadas y delimitadas de una autoridad ajena.

Esta apropiación de los lenguajes comunes y las resultantes declaraciones de un conocimiento superior son seguidas de un segundo proceso, el de *autojustificación*. La justificación de la superioridad en cuestiones psicológicas se deriva primariamente de la alianza entre las profesiones de la psicología y la tradición científica en general, y el más amplio legado filosófico a través del cual las ciencias se hacen inteligibles. Al reclamar una posición dentro de las ciencias (por oposición, por ejemplo, a la religión o al arte), el discurso tecnológico puede adquirir el peso retórico de disciplinas como la física o la química. (¿Cuántos ahora dudan de la existencia de la esquizofrenia?). Cualquier ganancia dentro de algún sector de las ciencias se vuelve una señal promisoría acerca de las potencialidades dentro de otros dominios “científicos”. Más aún, desde el pensamiento temprano de la Ilustración hasta el fundacionalismo empiricista del siglo XX, hemos sido bañados por la retórica de que la ciencia es racional y progresiva. En efecto, al declarar ellas mismas que son una ciencia, apoyadas, como están, por los equipos tecnológicos, las profesiones de la salud mental heredan una convincente base justificatoria³.

Para ilustrar los resultados simultáneos de la tecnologización y la autojustificación, consideremos términos comunes como “melancolía”, “aletargamiento”, “tristeza”, “sentimientos de inferioridad” y “desdicha”. Hay un razonable alto grado de similaridad entre estos términos, pero en la vida diaria cada uno tiene ciertas capacidades performativas o pragmáticas que no comparte con los otros. La “melancolía” tiene unos matices honoríficos, uno ha visto “como son las cosas”, “ha conocido la vida puesto que ha vivido”, “ha estado presente”. La frase exige un cierto grado de respeto. Dichos matices no se comparten con términos como “tristeza”, “inferioridad” o “desdicha”. Ser “desdichado”, por ejemplo, con frecuencia sugiere que hay un estado de contraste que es más normal y natural,

3 Las discusiones de Foucault (1978, 1979) sobre el desarrollo temprano de la racionalidad científica y el efecto de estos desarrollos sobre las relaciones de poder en la sociedad son oportunas. También es convincente la discusión de Murray Edelman (1974) sobre el “imperialismo profesional” de las profesiones de ayuda. Para un caso hecho sin rodeos en contra de la apropiación psiquiátrica del poder en el siglo actual, véase Gross (1978).

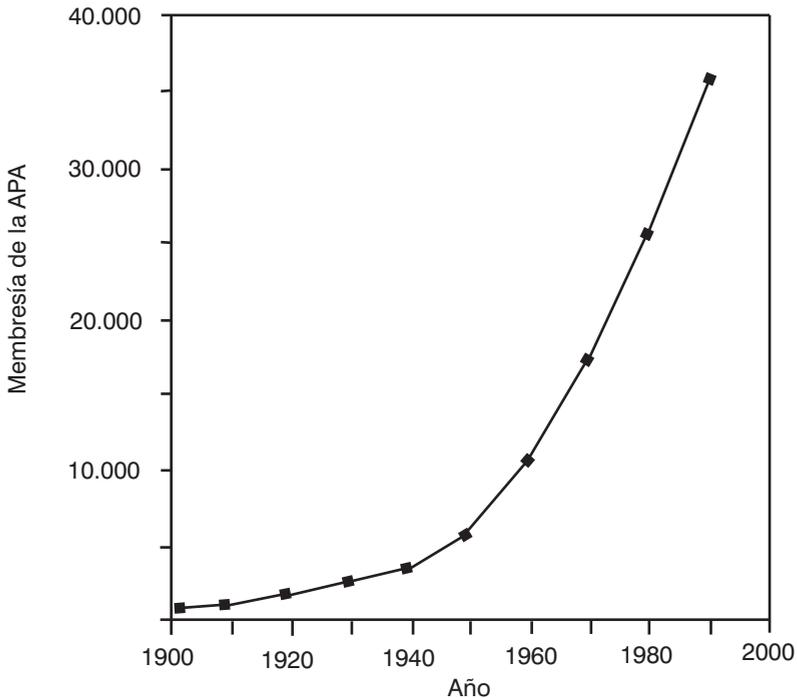
y un posible deseo o esperanza de que retorne. Sentirse “inferior” sugiere una posible condición física: una noche de insomnio o de juega. Cada término carga con un rango de implicaciones y ofrece posibilidades relacionales que no son plenamente sugeridas por sus alternativas. En efecto, la población domina su lenguaje, y este último tiene funciones altamente diversificadas en la vida diaria. Para el profesional de la salud mental, sin embargo, estos términos son considerados “ignorantes”, simples aproximaciones populares a algún proceso esencial que reside debajo. El término formal “depresión” se ofrece como reemplazo a las tentativas vagas e imprecisas de las masas. Se desarrollan definiciones técnicas de la depresión, se describen estudios de caso, se construyen escalas, se realizan investigaciones experimentales, se instituyen estrategias terapéuticas y se establecen centros de tratamiento, todo lo cual reconstituye a la depresión como un objeto del conocimiento profesional. Debido a que este trabajo técnico tiene lugar dentro de la “región científica” de la cultura, y debido a que la ciencia está preeminentemente justificada, el profesional de la salud mental se convierte en árbitro del conocimiento sobre estas materias. Al ciudadano común, ahora informado de que su lenguaje es “simplemente coloquial” y escasamente adecuado, se le recomienda callarse, y el lenguaje común pierde su potencial pragmático. A medida que es devaluado, deja de servir las funciones multicolores que surgen más orgánicamente de los retos de la vida diaria.

En otras palabras, las profesiones de la salud mental se aproximan a *agencias de transformación desapegada* de significado. Se alimentan de todos los sitios culturales en los que se habla de la mente. A medida que estos discursos son digeridos y reformados, se convierten en propiedad de la profesión, creando “objetos conversacionales” acerca de los cuales las profesiones son las expertas. Hasta el momento, no existen límites superiores para estos procesos. Debido a la orientación pictórica de la perspectiva científica, no hay medios a través de los cuales se puedan desafiar fácilmente las realidades creadas desde el interior de esta perspectiva. En efecto, el sistema opera internamente hacia la completa absorción del lenguaje común y no contiene medios inherentes para cuestionar sus propias premisas.

Para ampliar el argumento, consideremos el crecimiento de las profesiones mentales del siglo pasado, un desarrollo que puede ser considerado poco menos que fenomenal. Para ilustrar, la Asociación Americana de Psiquiatría (APA) fue fundada en 1844 por 13 médicos y administradores de hospitales. Al final del siglo había crecido a 377 miembros. Hoy en día hay más de 36.000 miembros, casi noventa y cinco veces el número que tenía al cambiar el siglo. Como se muestra en la figura 1, la mayor expansión tuvo lugar dentro de los últimos cuarenta años.

Durante cada década desde 1940, las afiliaciones han crecido entre 138 y 188 por ciento. No hay señal de una asíntota⁴.

Figura 1. Crecimiento de la Asociación Americana de Psiquiatría



El incremento en el número de psicólogos profesionales en Estados Unidos es similarmente significativo. Cuando la Asociación Americana de Psicólogos fue fundada en 1892, sólo había 31 miembros. Para 1906, el número había saltado a 181. Sin embargo, en los treinta y seis años que siguieron, las afiliaciones se expandieron casi doscientas veces, a más de 3.000. En los siguientes veinticuatro años (entre 1942 y 1966) la cifra se incrementó nuevamente veinte veces, para un total de más de 63.000. Por supuesto, no todos los miembros de la Asociación

4 Para una exposición más extensa sobre la expansión de la psiquiatría en Estados Unidos y la acompañante “psiquiatrización de la diferencia”, véase Castel, Castel y Lovell (1982).

están directamente involucrados con las búsquedas de la salud mental, pero incluso aquellos que no lo están prestan con frecuencia fuerza retórica a estas profesiones. Por tanto, como experimentalistas, evaluadores de la inteligencia, consultores organizacionales y similares actúan en formas que reifican el discurso mental, añaden peso al lenguaje del profesional. Consideremos entonces el número de personas dedicadas a la psicología, proveedoras de servicios de atención, por millón de habitantes, entre 1960 y 1983. Durante la primera década, el número de profesionales de la salud psicológica esencialmente se duplicó y después se triplicó entre 1972 y 1983. De nuevo, no existe señal de una nivelación de los números.

¿Cómo hemos de explicar esta expansión en las profesiones de la salud mental? Consideremos las explicaciones favorecidas por las dos orientaciones respecto al discurso mental que subrayé arriba. Para el realista mental, que usa el lenguaje referencialmente, el panorama es optimista. El incremento en el número de los profesionales representa una mayor respuesta a las necesidades de la cultura; los problemas existentes están recibiendo mayor atención. A medida que las profesiones maduran —uno se podría arriesgar a decir—, hay también una agudización incrementada en nuestra capacidad para distinguir entre la serie existente de estados y condiciones psicológicas. Sabemos cada vez más acerca del malestar psicológico y hemos agudizado las distinciones diagnósticas, de modo que podemos reconocer problemas para los cuales alguna vez fuimos insensibles.

Como también lo hemos visto, sin embargo, la posición del realista mental es profundamente defectuosa. La terminología del déficit mental no está ligada referencialmente a estados discriminantes de la psique. Hay pocas razones para apoyar el enfoque según el cual las profesiones han surgido como respuesta a los estados deficientes de la psique de las personas o que a lo largo del tiempo se han vuelto crecientemente sensibles a las fallas de la mente. Consideremos, entonces, una presentación pragmática de la trayectoria. Desde esta perspectiva, encontramos que el discurso del déficit mental opera para generar y sostener formas particulares de vida, y lo hace primero con respecto a la profesión de la salud mental. Las profesiones dependen en gran medida de las prácticas discursivas: comparten una ontología, un rango de valores, formas de justificación racional, y demás. Los compromisos profesionales dependen en gran medida de un conjunto de comprensiones compartidas acerca del mundo y la manera en que uno ha de proceder. Por tanto, el deseo de los profesionales de la salud mental es incrementar sus filas como respuesta, no al mundo como es, sino a un mundo que es construido. Al mismo tiempo, las profesiones escasamente podrían triunfar

en sus esfuerzos de “ayudar a la sociedad” sin una afinidad pública respecto a sus perspectivas. Suficientes segmentos de la cultura —incluidos consultantes en perspectiva, legisladores, la profesión médica y las compañías de seguros— deben llegar a compartir una ontología de la enfermedad mental y la creencia de que las profesiones pueden y deben proveer curas. Desde la perspectiva pragmática, no existe *ningún patrón de enfermedad* al que las profesiones estén respondiendo; más bien, el concepto de enfermedad funciona en formas que vinculan al profesional y la cultura en un arreglo de actividades que se prestan mutuo apoyo.

EL CICLO DE ENFERMIZACIÓN PROGRESIVA

Como hemos visto, los profesionales de la salud mental existen en una relación simbiótica con la cultura, sustentándose en las creencias culturales, alterándolas en formas sistemáticas, diseminando de vuelta estas visiones en la cultura y confiando en su incorporación en la cultura para continuo sustento. Sin embargo, los efectos de esta simbiosis parecen crecientemente sustanciales. En particular, un proceso cíclico parece estar operando, que, una vez activado, expande el dominio del déficit a un grado siempre creciente. En efecto, el proceso que subyace a la expansión de las profesiones es sistemático, el cual se nutre de sí mismo pare engendrar una enfermización que crece exponencialmente: jerarquías de discriminación, patrones desnaturalizados de interdependencia y un ámbito de autodesaprobación en expansión. El proceso histórico puede ser visto como “enfermización progresiva”.

Al explorar más completamente este ciclo, para los propósitos analíticos es útil distinguir entre cuatro fases separadas. En la práctica real, los eventos de cada una de estas fases se pueden confundir, rara vez el orden temporal es consistente y hay excepciones en cada caso. Para los propósitos presentes, el ciclo de la enfermización progresiva puede ser esbozado como sigue.

Fase 1: traducción del déficit

Comenzamos en una coyuntura a partir de la cual la cultura acepta tanto la posibilidad de la “enfermedad mental” como la de una profesión responsable de su diagnóstico y cura, una condición que prevalece crecientemente desde mediados del siglo XIX (Peteers, en prensa). Bajo estas condiciones, el profesional confronta consultantes cuyas vidas son manejadas en términos de un discurso común o cotidiano. Cuando el manejo de la vida parece imposible en términos de

las comprensiones comunes, el consultante busca ayuda profesional o, en efecto, formas más “avanzadas”, “objetivas” o “discernidoras” de comprensión. En este contexto, al profesional le incumbe primero proveer de un discurso alternativo (marco teórico o nosología) para comprender el problema, y después traducir el problema como se presenta en el lenguaje de la vida diaria al alternativo y poco común lenguaje de la profesión. Esto quiere decir que los problemas comprendidos en el lenguaje profano o de la cultura deben ser traducidos al lenguaje sagrado o profesional del déficit mental. Una persona cuyos hábitos de limpieza son excesivos, de acuerdo con los estándares comunes, puede ser etiquetada como “obsesivo compulsiva”; una que permanece en la cama durante toda la mañana se vuelve “depresiva”; una que siente que no gusta a los otros es redefinida como “paranoide”, y así sucesivamente. El consultante puede contribuir voluntariamente a estas reformulaciones, puesto que le aseguran no sólo que el profesional está realizando el trabajo adecuado, sino también que el problema es bien reconocido y comprendido dentro de la profesión. El resultado final —la traducción al vocabulario profesional o del déficit mental— es inevitable desde el principio.

Fase 2: diseminación cultural

Las profesiones de la salud mental, siguiendo un modo de análisis científico propio del siglo XIX, han puesto un gran énfasis en establecer categorías inclusivas para todo lo que existe dentro de un dominio dado (especies animales o vegetales, tablas de elementos químicos, y demás). Cuando esta inclinación hacia la categorización sistemática es aplicada al dominio de la enfermedad mental, encontramos que transformar toda actividad problemática en una serie sistemática de enfermedades mentales no sólo otorga a la enfermedad individual un estatus ontológico, sino que despoja a los significados de sus contextos culturales e históricos. Y debido a que hay *enfermedades* en juego, también hay amenazas públicas a las cuales enfrentarse. Se vuelve responsabilidad del profesional alertar al público de instancias no reconocidas o en las que no se cae en la cuenta. Las personas deben aprender a reconocer las señales de la enfermedad mental, de forma que puedan buscar tratamiento temprano, y deben ser informadas de posibles causas y probables curas.

Hasta cierto punto, el fuerte motivo que impulsa a clasificar e informar puede ser rastreado hasta el movimiento de la higiene mental a principios del siglo. Para millones de personas, el famoso volumen de Clifford Beers, *A Mind That Found Itself* (que pasó por trece ediciones durante los veinte años posteriores a su publicación, en 1908), sirvió primero para establecer la enfermedad como

un fenómeno, traer al ojo público las aterradoras condiciones de los hospitales mentales y, por implicación, alertar al público en general de la existente amenaza de dichas enfermedades. Coincidiendo con esta publicación, se fundó el Comité Nacional para la Higiene Mental, y para 1917, comenzó a publicar trimestralmente, para toda la nación, *Mental Hygiene*. Esta revista, junto con una colección de folletos con temas como “La niñez, el período dorado para la higiene mental”, “Nerviosismo, sus causas y prevención”, “El movimiento para una higiene mental de la industria” y “La responsabilidad de las universidades en la promoción de la higiene mental”, intentó acercar las cuestiones de la higiene mental al ojo público y alentar a las instituciones principales (escuelas, industrias y comunidades) para desarrollar programas de prevención. En la misma forma en que los signos de cáncer de seno, diabetes o enfermedades venéreas deben volverse de conocimiento común dentro de la cultura, se argumentó (y se argumenta) que se debe ayudar a los ciudadanos a reconocer los primeros síntomas del estrés, el alcoholismo, la depresión, y similares.

A pesar de que el movimiento de la higiene mental ha perdido su importancia, su lógica ha sido absorbida por la cultura. Hoy, las instituciones de gran escala proveen servicios para los perturbados mentalmente, ya sea en términos de servicios de salud, consejeros guía, trabajadores sociales clínicos o seguro de cobertura de terapia. Los currículos de las universidades presentan cursos sobre adaptación y anormalidad, las revistas y periódicos nacionales diseminan noticias sobre desórdenes mentales (como la depresión y su cura a través de la química), y los problemas mentales son popularizados a través de los dramas y las novelas en televisión. Al mismo tiempo, el público general ha absorbido suficientemente la mentalidad del higienista mental, al punto que los libros sobre la psicología de la autoayuda ahora son pilares en la industria editorial. El resultado es una insinuación continua del lenguaje profesional en la esfera de las relaciones diarias⁵.

Tan sensibilizada está la cultura respecto a los déficit que en ciertas dependencias ya no se requiere a los profesionales para el proceso de “iluminación”. Los movimientos de base dedicados a incrementar la conciencia de la comunidad sobre los déficit mentales, a identificar formas en que lo insospechado contribuya a dicho déficit y a desarrollar programas para aliviar los problemas han brotado en números significativamente crecientes. Recientemente, eché un vistazo a las

5 Véase también el análisis de Gordon (1990) acerca de la función de los medios en la generación de lo que hoy catalogamos como anorexia y bulimia.

páginas de un periódico comunitario de Santa Fe, Nuevo México, y encontré anuncios de más o menos catorce encuentros de grupos dedicados a superar varios déficit psicológicos. Uno podría encontrar ayuda no sólo para problemas obvios con el alcohol y otras drogas, sino para el exceso en la comida, las adicciones sexuales, ser codependiente de adictos sexuales, problemas de actitud, adicción al amor, compulsividad sexual gay y tendencia a las deudas. El mismo periódico listaba sólo tres encuentros para profesionales de negocios (como Rotarios o Kiwanis). Ahora hay más de cien formas de organizaciones de autoayuda de los doce pasos, tratando gente que sufre de cualquier cosa, desde lo emocional hasta las apuestas.

Fase 3: la construcción cultural de la enfermedad

A medida que las inteligibilidades del déficit se diseminan en la cultura, son absorbidas en el lenguaje común. Se vuelven parte de lo que “todo el mundo sabe” acerca del comportamiento humano. En este sentido, términos como “neurosis”, “estrés”, “alcoholismo” y “depresión” dejan de ser “propiedad profesional”. Han sido “entregados” o devueltos por la profesión al público. Términos como “personalidad dividida”, “crisis de identidad”, “síndrome premenstrual” y “crisis de la edad madura” también disfrutaron de un alto grado de popularidad. Y a medida que dichos términos se abren camino en la lengua vernácula cultural, se ponen a disposición para la construcción de la realidad cotidiana. Shirley no simplemente es “demasiado gorda”, ella tiene “hábitos de alimentación obesa”; Fred no sólo “odia a los gays”, él es “homofóbico”, y así sucesivamente. A medida que los términos del déficit se infiltran crecientemente en las inteligibilidades cotidianas, ese mundo se ve cada vez más enmarcado en un sentido del déficit. Los eventos que alguna vez fueron pasados por alto se convierten en candidatos para la interpretación; las acciones que alguna vez fueron vistas como “buenas y apropiadas” son reconceptualizadas como problemáticas. Cuando términos como “estrés” y “agotamiento laboral” entran en el lenguaje vernáculo del sentido común, se convierten en lentes a través de los cuales cualquier profesional puede reexaminar su vida y encontrar que deja mucho que desear. Lo que fue evaluado como “ambición activa” puede ahora ser reconstruido como “adicción al trabajo”, el “bien vestido” puede ser redefinido como “narcisista” y el “autónomo y autodirigido” se convierte en “a la defensiva de sus emociones”. Entrega al pueblo los martillos del déficit mental y el mundo social estará lleno de clavos.

Tampoco es simplemente el etiquetamiento del déficit lo que está en juego aquí, ya que mientras las formas de la “enfermedad” son representadas en los medios de comunicación, los programas educacionales, las conversaciones del

público, y similares, sus síntomas comienzan a servir de modelos culturales. En efecto, la cultura aprende a *cómo estar* mentalmente enferma. Consideremos la difusión de la “anorexia”, la “bulimia” cuando los “desórdenes de la alimentación” fueron reconocidos públicamente. Similarmente, la depresión se ha vuelto un lugar común cultural tan evidente que es casi la reacción a la que con frecuencia se recurre ante el fracaso, la frustración o la decepción. De hecho, si alguien fuera a responder a dichas situaciones con ecuanimidad o alegría, por oposición a depresión, sería visto con sospecha. En este sentido, Szasz (1961) ha argumentado que la histeria, la esquizofrenia y otros desórdenes mentales representan la “personificación” del estereotipo de la persona enferma por parte de aquellos que enfrentan los insolubles problemas de la vida normal. La enfermedad mental, en este sentido, es una forma desviada de juego de roles, que requiere una forma de conocimiento cultural para romper las reglas. Scheff (1966) ha dicho que muchos desórdenes sirven como formas de desafío social. Como Scheff lo propone, ante el comportamiento de romper las reglas, son de enorme importancia las reacciones de la otra gente a la hora de determinar si finalmente ha de ser clasificado como “enfermedad mental”.

A medida que las acciones de las personas son crecientemente definidas y configuradas en términos del lenguaje del déficit mental, la demanda de servicios de salud mental también crece. La consejería, los programas de enriquecimiento personal de los fines de semana y los regímenes de renovación personal representan una primera línea de dependencia; todos permiten a la gente escapar del incómodo sentido de que no son “todo lo que deberían ser”. Otros pueden buscar apoyo en grupos organizados por su “victimización incestuosa”, “codependencia” u “obsesión por las apuestas”. Y, por supuesto, muchos ingresan a programas organizados de terapia o son institucionalizados. Como resultado, la prevalencia de la “enfermedad mental” y los gastos asociados a la salud mental se han elevado considerablemente. Por ejemplo, en un período de veinte años, entre 1957 y 1977, el porcentaje de la población de Estados Unidos que usó los servicios de salud mental profesional se incrementó de 14% *a más de 25% de la población* (Kulka, Veroff y Douvan, 1979; las cursivas son mías). Cuando la Corporación Chrysler aseguró a sus empleados por los costos de salud mental, el uso anual de dichos servicios subió más de seis veces en cuatro años (“Califano Speaks”, 1984). A pesar de que los gastos de la salud mental fueron minúsculos durante los primeros 25 años del siglo, para 1980 la enfermedad mental era la tercera categoría más costosa de los desórdenes de la salud en Estados Unidos, sumando más de US\$20 mil millones anualmente (Mechanic, 1980). Para 1983, los costos de la enfermedad mental, exclusivos del alcoholismo y el abuso de drogas, se estimaron en casi US\$73 mil millones (Harwood, Napolitano y Kristiansen, 1983). Para

1981, el 23% de todos los hospitales diurnos en Estados Unidos era explicado por desórdenes mentales (Kiesler y Sibulkin, 1987)⁶.

Fase 4: la expansión del vocabulario

El escenario está ahora preparado para la revolución final en el ciclo de la enfermización progresiva: una mayor expansión del vocabulario del déficit. A medida que la gente construye crecientemente sus problemas en el lenguaje profesional y busca ayuda, y a medida que las filas profesionales se expanden en respuesta a la demanda pública, más individuos están disponibles para convertir el lenguaje cotidiano en un lenguaje profesional del déficit. No existe un requisito necesario para que dicha traducción se lleve a cabo en los términos de las categorías de enfermedad existentes y, ciertamente, existen distintas presiones sobre el profesional para que expanda el vocabulario. Estas presiones son generadas en parte dentro de la profesión. Explorar un nuevo desorden dentro de las ciencias de salud mental no se diferencia de descubrir una nueva estrella en la astronomía: el explorador puede adquirir notables honores. En este sentido, el “desorden de estrés postraumático”, la “crisis de identidad”, la “crisis de la edad madura”, por ejemplo, son productos significativos de la “gran narrativa” del progreso científico (Lyotard, 1984); es decir, los “descubrimientos” autoproclamados de la ciencia de la salud mental. Al mismo tiempo, nuevas formas del desorden pueden ser altamente lucrativas para el profesional, cosechando frecuentemente regalías editoriales, honorarios de talleres, contratos corporativos, y/o un conjunto más rico de consultantes. A este respecto, términos como “codependencia”, “estrés” y “desgaste ocupacional” han llegado a aproximarse a las industrias de pequeño crecimiento.

En un nivel más sutil, la población de consultantes ejerce una presión hacia la expansión del vocabulario profesional. A medida que la cultura absorbe el argot emergente de la profesión, el rol del profesional se ve al mismo tiempo fortalecido y amenazado. Si el consultante ya ha “identificado el problema” en el lenguaje profesional y se ha especializado en los procedimientos terapéuticos (como es cierto en muchos casos), entonces el estatus del profesional se ve puesto en peligro. El lenguaje sagrado se ha convertido en profano. (El peor escenario

6 No queda completamente representado por estas cifras el enorme crecimiento en los gastos destinados a psicofármacos. Consideremos el mayor antidepresivo, Prozac. De acuerdo con un reporte de *Newsweek* (26 de marzo de 1990), un año después de que la droga fue introducida al mercado, las ventas alcanzaron los US\$125 millones. Un año después (1989) las ventas se habían casi que triplicado, hasta US\$350 millones. Se espera que las ventas alcancen mil millones de dólares en 1995.

puede presentarse cuando la gente aprende a diagnosticarse y tratarse a sí misma dentro de la familia y los círculos de amigos, por tanto, convirtiendo al profesional en innecesario). En esta forma, el profesional está bajo constante presión para “hacer avanzar” la comprensión, producir una terminología “más sofisticada” y generar nuevas intuiciones y formas de terapia⁷. No es que se requiera un cambio en el énfasis del psicoanálisis clásico a los neoanálisis respecto a las relaciones objetales, por ejemplo, para incrementar la sensibilidad en la comprensión de las dinámicas mentales. De hecho, cada ola establece el escenario para su propia recesión y reemplazo; a medida que los vocabularios terapéuticos se convierten en sentido común, el terapeuta es impulsado hacia nuevos puntos de partida. El siempre cambiante mar de modas y novedades terapéuticas no es un mero defecto de la profesión. El rápido cambio es casi exigido por un público cuyo discurso crecientemente es “psicologizado”.

Cuando examinamos la expansión de las terminologías del déficit, encontramos una trayectoria sospechosamente similar a la que encontramos en el caso de los profesionales de la salud mental y los gastos de la salud mental. El concepto de neurosis no se originó hasta mediados del siglo XVIII. En 1769, William Cullen, un médico escocés, elucidó cuatro grandes clases del *morbi nervini*: el *comota* (movimientos voluntarios reducidos, junto con somnolencia o pérdida de conciencia), la *adynamiae* (movimientos involuntarios reducidos), *spasmi* (movimiento anormal de los músculos), y *vesaniae* (juicio alterado sin coma)⁸. Sin embargo, incluso, en el primer intento oficial en Estados Unidos de tabular los desórdenes mentales en 1840, la categorización estaba cruda. Ciertamente, para algunos propósitos fue satisfactorio usar una sola categoría para separar los enfermos —incluidos tanto idiotas como dementes— de los normales (Spitzer y Williams, 1985). En Alemania, tanto Kahlbaum como Kraepelin desarrollaron sistemas más extensos para clasificar la enfermedad mental, pero éstos estaban estrechamente ligados a una concepción de orígenes orgánicos.

Con el surgimiento de la profesión psiquiátrica durante las primeras décadas del siglo, la cuestión cambió considerablemente. En particular, se realizó un intento de distinguir entre las perturbaciones con una clara base orgánica, como la sífilis, y aquellas con orígenes psicogénicos. Por tanto, con la publicación en 1929 del libro de Israel Wechsler, *Las neurosis*, se identificó un grupo de aproximadamente doce desórdenes psicológicos. Para cuando el *Manual de psiquiatría e higiene mental* de Rosanoff fue publicado en 1938, alrededor de cuarenta perturbaciones

7 Véase también Kovel (1988), acerca de la psiquiatría como economía de mercado.

8 Véase la exposición más detallada de López-Pinero (1983).

psicogénicas habían sido reconocidas. Muchas de estas categorías nos continúan resultando familiares (histeria, demencia precoz, paranoia). Lo que es más interesante desde la perspectiva construccionista, sin embargo, es que muchos de estos términos han sido sacados del lenguaje común (histeria parestética, histeria autonómica), y muchos ahora parecen bastante prejuiciosos (deficiencia moral, vagabundería, misantropía, masturbación). En 1952, con la publicación de la Asociación Americana de Psiquiatras del primer *Manual diagnóstico y estadístico de desórdenes mentales*, se hizo posible identificar entre cincuenta a sesenta perturbaciones psicógenas. Para 1987, sólo treinta y cinco años después, el manual ha pasado por tres revisiones. Con la publicación del DSM-III-R, el límite entre las perturbaciones orgánicas y psicógenas se oscureció. Sin embargo, usando los estándares de las primeras décadas, en el período de treinta y cinco años posterior a la publicación del primer manual, el número de enfermedades reconocidas llegó *más que a triplicarse* (sosteniéndose entre 180 y 200, dependiendo de la opción elegida sobre las fronteras de definición). En el momento presente, uno podría ser clasificado como enfermo mental, en virtud de intoxicación con cocaína, intoxicación con cafeína, uso de alucinógenos, voyerismo, travestismo, aversión sexual, inhibición del orgasmo, apuestas, problemas académicos, comportamiento antisocial, dolor por la pérdida de un ser querido, no conformidad con un tratamiento médico. Numerosas añadiduras a la nomenclatura estandarizada continúan apareciendo en los escritos de la profesión para el público: por ejemplo, desorden afectivo de las estaciones, estrés, agotamiento, erotomanía, complejo de arlequín, y así sucesivamente, y de nuevo, no encontramos señales de un límite superior.

ENFERMIZACIÓN PROGRESIVA: ¿SIN SALIDA?

Tal como lo propongo, cuando se dota a la cultura de un lenguaje racionalizado profesionalmente del déficit mental, y crecientemente se comprende a la gente de acuerdo con este lenguaje, la población de “pacientes” se expande. Esta población, a su vez, obliga a la profesión a ampliar su vocabulario y, por tanto, el arreglo de los términos del déficit mental disponible para uso cultural. En esta forma, se construyen más problemas dentro de la cultura, se busca más ayuda y se infla nuevamente el discurso del déficit. Uno difícilmente puede ver este ciclo como algo suave y sin perturbaciones. Algunas escuelas de terapia continúan comprometidas con un vocabulario singular, otras tienen menos interés en diseminar su lenguaje, y algunos profesionales intentan hablar a sus consultantes únicamente en los términos del lenguaje común de la cultura. Además, muchos conceptos populares dentro de la cultura y la profesión dejan de circular a lo largo del tiempo (véase,

por ejemplo, Hutschemaekers, 1990). Estamos hablando aquí de una tendencia histórica general, aunque sin final obvio. Recientemente, recibí un anuncio para una conferencia sobre la última teoría e investigación sobre adicciones, que había sido denominada “Problema social y de salud número uno que encara nuestro país”. Entre las adicciones a discutir se encontraban el ejercicio, la religión, comer, trabajar, y el sexo. Si todas estas actividades, cuando son realizadas con intensidad y gusto, son definidas como enfermedades que requieren de una cura, parecería que es poco lo que puede resistirse a una traducción debilitadora.

De ninguna manera estoy tratando de localizar culpas por esta trayectoria; en su mayoría, es un subproducto necesario de los intentos serios y humanos de mejorar la calidad de vida de las personas. Con ciertas variaciones en la lógica del ciclo, no es diferente de las trayectorias producidas tanto por las profesiones médicas como por las legales: en el primer caso, hacia el incremento de las necesidades y gastos médicos, y en el otro, hacia la creciente litigación. Sin embargo, en la medida en que las profesiones de la salud mental estén interesadas en la calidad de la vida cultural, debería iniciarse una discusión sobre la progresiva enfermización. ¿Hay importantes limitaciones para los argumentos anteriores?, ¿hay señales de un efecto de nivelación?, ¿existen formas de reducir la proliferación del discurso del debilitamiento? Todas éstas son preguntas de gran relevancia.

Quisiera finalmente dirigir mi atención a la pregunta de la reducción. Hay muchas críticas existentes a las profesiones de la salud mental: de la inestabilidad científica de sus aseveraciones, del sexismo implícito en sus categorías, de los efectos deshumanizantes del tratamiento, de la miopía cultural de sus teorías predominantes, y más. Entre los críticos, hay muchos que simplemente desean ver la institución de la salud mental abandonada. Desde mi punto de vista, sin embargo, esta alternativa no es realista, debido a su entrelazamiento con las instituciones existentes, ni tampoco es deseable, puesto que las profesiones brindan mejores alternativas a reacciones más tempranas y barbáricas a la desviación cultural. Sin querer abandonarla, hay muchos que quieren ver los sesgos básicos corregidos: eliminar prejuicios, aseveraciones erróneas, y la resultante inhumanidad. Pero el impulso de corregir las prácticas existentes permanece alojado, en su mayor parte, en la visión realista de los eventos mentales y la creencia de que puede haber explicaciones objetivamente correctas del mundo interior (ya hemos considerado argumentos en contra de esta visión). Todavía hay otros que buscan desestigmatizar la enfermedad mental, redibujar las categorías nosológicas en formas que sean menos punitivas y deshumanizantes. A pesar de que ésta es una alternativa atractiva en muchas formas, no carece de problemas. La lógica de la desestigmatización depende del reconocimiento de que existen “personas mal categorizadas”. Sin dicho reconocimiento, no parece tener sentido optar por

la desestigmatización; sin embargo, el reconocimiento reinstala la identificación negativa y llama de nuevo la atención hacia el grupo problemático. Los individuos deben continuar siendo vistos como enfermos, con el fin de que la desestigmatización pueda ser inteligible.

No tengo a la mano ningún paliativo que sea profundamente persuasivo para poner fin a este ciclo. Sin duda, el paso más importante es romper el vínculo entre el lenguaje del déficit y la institucionalización de los pagos de los seguros médicos. Mientras que la cobertura del seguro dependa de diagnósticos estandarizados modelados en el sistema médico, la categorización del déficit continuará expandiéndose. La movilización antidiagnóstica es de la mayor prioridad. Sin embargo, mucha indagación académica también está garantizada y la misma lógica que está en la base del presente análisis sugiere posibles aperturas al cambio. Como lo he propuesto, la enfermización progresiva es favorecida cuando se reifica el lenguaje mental. El ciclo comienza cuando creemos que las palabras del déficit mental se encuentran en relación pictórica con procesos o mecanismos en la cabeza. Cuando creemos que, de hecho, las personas poseen procesos mentales como la depresión o la obsesión, por ejemplo, cómodamente podemos caracterizarlas como “enfermas” y ponerlas bajo tratamiento⁹. En principio, entonces, se hace un llamado a formas de reeducación generalizada sobre las funciones del lenguaje.

Por supuesto, es arrogante suponer que tanto los procesos de educación formal como informal pueden alterar significativamente la teoría pictórica del lenguaje y el supuesto que la acompaña acerca del dualismo mente-cuerpo, siendo ambos tan centrales para la tradición occidental. Más prometedor resulta el desarrollo de vocabularios alternativos dentro de la profesión de la salud mental, vocabularios que no rastreen el comportamiento problemático hasta fuentes psicológicas dentro de los individuos, que eventualmente operen para borrar el concepto de “comportamiento problema”. En la actualidad, nuestra historia cultural nos brinda innumerables términos para caracterizar a las personas singularmente. Cuando confrontamos acciones inaceptables, rápida y seguramente acudimos a este vocabulario. Difícilmente podríamos evitar caracterizar estas acciones como signos exteriores de estados interiores, como la felicidad, el miedo, la ansiedad, y así sucesivamente; la forma individualizada de dar razón de sí mismo está lista a la mano. Al mismo tiempo, existen alternativas para el lenguaje individualizante.

9 En cuanto a esto, podemos celebrar el movimiento de liberación de los pacientes mentales (Chamberlin, 1990), un intento por parte de ex pacientes mentales de unirse para reclamar el poder de la autodefinición.

Como lo he sugerido, un reto significativo se origina en las inteligibilidades relacionales, modos de construcción que localizan los actos individuales dentro de unidades más extensas de interdependencia. Con suficiente diálogo —tanto dentro como fuera de las profesiones—, deberíamos ser capaces de desarrollar un vocabulario relacional con el poder retórico para rivalizar con el lenguaje individualizante.

Con el desarrollo de las inteligibilidades relacionales, finalmente, podría llegar el fallecimiento mismo de la categoría “comportamiento disfuncional”¹⁰. A medida que comenzamos a ver que las acciones humanas están implantadas dentro de unidades más amplias, son partes de totalidades, estas acciones dejarán de ser “eventos en sí mismos”. No hay comportamientos disfuncionales independientes de los arreglos de interdependencia social. Al mismo tiempo, debemos ser cuidadosos, evitando crear una nueva forma de discurso del déficit que se derive de la concepción de “relaciones problemáticas” o “disfuncionales”. No necesitamos requerir de un diagnóstico de las relaciones, que simplemente desplace la culpa del individuo hacia el grupo. Los conceptos de la terapia de familia como “familia disfuncional” o “triángulo perverso” alistan el escenario para un nuevo ciclo de perjuicios, ahora dirigido hacia las familias, en vez de los individuos. Desde la perspectiva relacional, el lenguaje de los “problemas”, la “evaluación” y la “culpa” también es un producto del intercambio social. Este lenguaje sirve para coordinar las actividades de los individuos alrededor de fines que consideran valiosos. Etiquetar acciones como “disfuncionales” es, pues, en sí mismo, un resultado de procesos relacionales. En esta forma, vemos que no hay “bienes” o metas esenciales o intrínsecas por las que los individuos o grupos deban esforzarse. Sólo hay bienes y metas (y las fallas concomitantes) dentro de sistemas particulares de comprensión. El profesional no necesita estar preocupado, entonces, por el “mejoramiento” como un reto generalizado o del mundo real. (Lo que llamamos depresión, por ejemplo, no es necesariamente problemático y, desde otro punto de vista, puede servir para mantener el bienestar de un grupo o familia). Como lo elaboro en otras partes, estoy abogando porque desplacemos nuestra atención al más amplio sistema de interdependencias en el que las evaluaciones se generan, y reconsideremos el lugar del terapeuta en esta red. Puesto que si la espiral del déficit es en sí misma un resultado de las relaciones entre la profesión y la cultura, entonces su reducción puede apropiadamente surgir de la misma matriz.

10 También es relevante el argumento de Sarbin y Mancuso (1980) por la “transvaloración de la identidad social”, un intento de reconocer el conjunto más amplio de relaciones en las que los juicios de normalidad y anormalidad se encuentran incrustados.

REFERENCIAS

- Boyle, M. (1991), *Schizophrenia: A scientific delusion*. Londres: Routledge.
- Brodsky, A. M. y R. T. Hare-Mustin (1980), *Women and psychotherapy: An assessment of research and practice*. Nueva York: Guilford.
- Bugental, J. F. T. (1965), *The search for authenticity*. Nueva York: Halt, Rinchart and Winston.
- Califano speaks on health care costs at Grace Square celebration (1984), *Psychiatric News*, 14.
- Castell, R. F., F. Castell y A. Lovell (1982), *The psychiatric society*. Nueva York: Columbia University Press.
- Chamberlin, J. (1990), The ex-patient's movement: Where we've been and where we're going. *Journal of Mind and Behavior*, 11: 223-226.
- Farber, S. (1990), Institutional mental health and social control: The ravages of epistemological hubris. *Journal of Mind and Behavior*, 11: 285-300.
- Foucault, M. (1978), *The history of sexuality*. Vol. 1, An introduction. Nueva York: Random House.
- Foucault, M. (1979), *Discipline and punish: The birth of prison*. Nueva York: Random House.
- Goffman, E. (1961), *Asylum: Essays on the social situation of mental patients and other inmates*. Garden City: Doubleday.

- Gordon, R. (1990), *Anorexia and bulimia*. Cambridge: Basil Blackwell.
- Gross, M. L. (1978), *The psychological society*. Nueva York: Random House.
- Hare-Mustin, R. y J. Marecek (1988), The meaning of difference: Gender theory, postmodernism, and psychology. *American Psychologist*, 43: 455-464.
- Hartmann, H. (1960), *Psychoanalysis and moral values*. Nueva York: International University Press.
- Harwood, H. J., D. M. Napolitano y P. L. Kristiansen (1983), *Economic costs to society of alcohol and drug abuse and mental illness*. Research Triangle: Research Triangle Institute.
- Hutschemaekers, G. (1990), *Neurosen in Nederland*. Nijmegen: Sun.
- Ingelby, D. (1980), Understanding mental illness. En D. Ingelby (Ed.), *Critical psychiatry: The politics of mental health*, pp. 23-71. Nueva York: Pantheon.
- Kiesler, C. A. y A. Sibulkin (1987), *Mental hospitalization: Myths and facts about a national crisis*. Newbury Park: Sage.
- Kovel, J. (1980), The American mental health industry. En D. Ingelby (Ed.), *Critical psychiatry: The politics of mental health*, pp. 72-101. Nueva York: Pantheon.
- Kulka, R., J. Veroff y E. Douvan (1979), Social class and the use of professional help for personal problems: 1957-1976. *Journal of Health and Social Behavior*, 26: 2-17.
- Leifer, R. (1990), The medical model as the ideology of the therapeutic state. *Journal of Mind and Behavior*, 11: 247-258.
- London, P. (1986), *The modes and morals of psychotherapy*. Nueva York: Hemisphere Publishing.
- López-Pinero, J. M. (1983), *Historical origins of the concept of neurosis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lutz, C. (1988), *Unnatural emotions*. Chicago: University of Chicago Press

Liotard, J. F. (1984), *The post-modern condition: A report on knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Mancuso, J. C. y T. R. Sarbin (1983), *The self-narrative in the enactment roles*. En T. R. Sarbin y K. E. Scheibe (Eds.), *Studies in social identity*. Nueva York: Praeger.

Margolis, J. (1966), *Psychotherapy and morality*. Nueva York: Random House.

Masserman, J. (1960), *Psychoanalysis and human values*. Nueva York: Grune and Stratton

Mechanic, D. (1980), *Mental health and social policy*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

Peeters, H. (en prensa), *The historical vicissitudes of mental diseases, the character and treatment*. En C. Grauman y K. Gergen (Ed.), *The historical context of psychological discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.

Rose, N. (1985), *The psychological complex*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

Rosen, G. (1968), *Madness in society*. Chicago: Chicago University Press.

Sarbin, T. R. y J. C. Mancuso (1980), *Schizophrenia: Medical diagnosis or verdict?* Elmsford, Nueva York: Pergamon.

Schacht, T. E. (1985), DSM-III and the politics of truth. *American Psychologist*, 40: 513-521.

Scheff, T. J. (1966), *Being mentally ill*. Chicago: Aldine.

Spitzer, R. L. y J. B. Williams (1985), *Classification of mental health disorders*. En H. L. Kaplan y B. J. Sadock (Eds.), *Comprehensive textbook of psychiatry*, pp. 580-602. Baltimore: Williams and Wilkins.

Szasz, T. S. (1961), *The myth of mental illness: Foundations of a theory of personal conduct*. Nueva York: Hoeber-Harper.

Szasz, T. S. (1963), *Law, liberty and psychiatry: An inquiry into the social uses of mental health practices*. Nueva York: Macmillan.

Szasz, T. S. (1970), *The manufacture of madness: A comparative study of the inquisition and the mental health movement*. Nueva York: Harper and Row.

Turkington, C. (1985), Support helps schizophrenics meet needs. *American Psychological Association Monitor*, octubre: 52.

CUANDO LAS RELACIONES GENERAN REALIDADES: RECONSIDERACIÓN DE LA COMUNICACIÓN TERAPÉUTICA

La terapia efectiva frecuentemente parece mágica. Un problema devastador de la vida es descrito a puerta cerrada en un cuarto silencioso, bastante alejado del lugar de la agitación. Preguntas y respuestas, historias de lo bueno y lo malo, arranques emocionales, un poco de silencio, y tal vez algunas lágrimas pueden estar presentes. Y después, casi por intervención milagrosa, hay un cambio. El problema se transforma, parece menos severo o posiblemente se disuelve. Sin embargo, nos preguntamos: ¿cómo se logró ese resultado?, ¿qué, en esta configuración particular de eventos, es lo que produce el cambio? Un candidato central para responder a esta “pregunta milagrosa” es la comunicación terapéutica. Existe algo acerca de la naturaleza del intercambio comunicativo que engendra cambio. Sin embargo, responder de esta forma no resulta suficiente. ¿Qué exactamente sucede en tal comunicación que precipita la transformación?, ¿qué formas de comunicación se provocan?, ¿cuáles se proscriben?, ¿cómo podríamos ser más efectivos?

Quisiera tratar este rango de preguntas en el presente artículo. Estos problemas no son nuevos. Han sido centrales desde la época en que Freud expuso la lógica de la interpretación del inconsciente, hasta el innovador trabajo de Watzlawick, Beavin y Jackson (1967). El reto planteado por estas cuestiones tampoco se trata simplemente de sutilezas teóricas: un ejercicio académico para generar una claridad arbitraria y engañosa en un mundo que inevitablemente seguirá siendo complejo, ambiguo y caótico. Más bien, las concepciones de la comunicación terapéutica se encuentran en algún lugar cercano al centro de la práctica. Ya sean rudimentarias y preanalíticas o conceptualmente ricas y completamente matizadas, informan y se introducen en las acciones más sutiles. Consideremos al consultante que se queja de

su falta de deseo sexual. Si usted es un consejero de parejas, probablemente tratará estas palabras como si fueran representaciones exactas de la realidad y, por tanto, diseñará un programa de mejoría. Por el contrario, si usted es un psicoanalista, probablemente no prestará atención a la capacidad representativa de las palabras, y las explorará como manifestaciones de un mundo fuera del escenario, a saber, el dominio del inconsciente. Para el terapeuta constructivista, las mismas palabras no son descriptores del mundo real ni tampoco manifestaciones de los deseos reprimidos, sino indicadores del mundo desde la perspectiva del consultante. El terapeuta emprende entonces una investigación de la lógica de esta perspectiva, sus posibles distorsiones, y similares. Y para el terapeuta estructuralista de familia, las palabras del consultante se pueden entender, no en estas formas, sino como indicadores de la configuración de las relaciones de la familia. En este caso, las preguntas se pueden dirigir hacia las formas en que esta expresión de falta de deseo se relaciona con las acciones de otros miembros de la familia. Cada presunción acerca de la naturaleza del lenguaje y el proceso de comunicación produce una postura terapéutica diferente.

En lo que sigue, quisiera considerar varios supuestos importantes que subyacen a la mayoría de las prácticas terapéuticas desarrolladas hasta la fecha. A pesar de que hay mucho que decir acerca de estos supuestos, en cada caso quisiera señalar los principales defectos. Aunque nuestra herencia conceptual está ricamente elaborada, nuestros supuestos tradicionales acerca de la comunicación terapéutica construyen muros detrás de los cuales no somos capaces de ver; erigen barreras más allá de las cuales nuestras prácticas no pueden avanzar. Después he de tratar los desarrollos más recientes en la teoría y el desarrollo terapéutico, a saber, aquellos que considero socioconstruccionistas. Si examinamos cuidadosamente las implicaciones de este trabajo, encontramos una dramática disyunción con el pasado. Enfrentamos refiguraciones significativas de nuestros supuestos acerca de la comunicación. Finalmente, después de exponer brevemente algunos de los rudimentos de esta visión refigurada, consideraré la nueva agenda de preguntas que ésta presenta. Con las transformaciones en la comprensión enfrentamos retos nuevos y significativos en la labor terapéutica.

TRADICIONES EN PROBLEMAS

La comunidad terapéutica ha heredado una estimable tradición de pensamiento en lo que concierne a la naturaleza de la comunicación. Al mismo tiempo, se ha encontrado que esta tradición resulta cada vez más problemática, tanto para los terapeutas que han intentado ponerla en práctica como para los académicos que

exploran su estructura conceptual. Consideremos brevemente varios supuestos tradicionales y los problemas críticos que crean:

El supuesto realista. Una de las visiones más ampliamente compartidas acerca del lenguaje se basa en el supuesto de que las palabras son (o pueden ser) reflejos de lo real. Es decir, el lenguaje puede (y debe) operar para explicar con precisión de lo que se trata el caso. Ésta es la visión que la mayoría de las ciencias heredaron, en tanto que intentan reemplazar las creencias engañosas, falaces o supersticiosas por explicaciones precisas y verdaderas sobre el mundo. En el mundo terapéutico, esta visión también subyace al movimiento de los diagnósticos, el intento por desarrollar categorías diagnósticas que clasifiquen de manera precisa las formas de enfermedad existentes. Y en la vida diaria es una visión que presta apoyo a nuestra exigencia de que la gente “diga la verdad”.

Hay mucho que decir acerca de la importancia de esta tradición, tanto para la vida científica como para la cultural, y las razones de ello parecen obvias. Sin embargo, también se ha hecho cada vez más evidente a lo largo de los años que, en su forma no instruida, el supuesto resulta ingenuo y problemático. Para muchos académicos, las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein brindan una de las principales fuentes de crítica. A través de una serie de demostraciones lingüísticas, los problemas de la correspondencia entre las palabras y el mundo se ilustraron dramáticamente. El trabajo posterior de Quine, *Palabra y objeto*, añadió peso conceptual a estas demostraciones y condujo a la conclusión de que las descripciones científicas estaban “radicalmente subdeterminadas” por la naturaleza de los hechos. Los teóricos semióticos, simultáneamente, estaban mostrando que la relación entre lenguaje y mundo, en últimas, es arbitraria, y que las palabras no funcionan en ningún caso como espejo o mapa de una realidad independiente.

Dentro de los círculos terapéuticos, Gregory Bateson ha expresado dudas similares en su declaración de que “el mapa no es el territorio”. Posteriormente, los constructivistas argumentaron que cada uno vive en un mundo de experiencias privadas, y que las palabras que usamos son, en este sentido, expresiones de mundos distintos de experiencia. Más recientemente, los construccionistas sociales han señalado la función del lenguaje en la creación del sentido que le damos al mundo. Según esta última versión, no escuchamos al lenguaje para descubrir lo que es el caso, sino para saber cómo se da significado al mundo dentro de tradiciones, comunidades o relaciones particulares. Como lo sugerimos, el supuesto realista en su forma tradicional no logra comprender la comunicación terapéutica.

El supuesto subjetivista. Existe un segundo supuesto de vieja data, que frecuentemente viene emparejado con la tradición realista (pero que no necesariamente es exigido por ella). Como típicamente se dice, cada quien existe en su propio mundo privado de la experiencia, una mente distinta de la naturaleza, un estado de subjetividad que refleja de manera variada las condiciones del mundo objetivo. Debido a esto, las palabras que decimos se toman como expresiones externas del mundo interno, la subjetividad manifiesta. Esta visión ha desempeñado un rol principal en la ciencia, cuando tomamos las palabras del científico como reflejos de su propia experiencia del mundo y procedemos a replicar la investigación para asegurar un acuerdo entre las subjetividades (casi la única forma de asegurar que se ha obtenido la “objetividad”). El supuesto resulta crítico para la mayoría de las terapias de este siglo, a excepción quizás de los métodos conductistas radicales de las décadas de 1950 y 1960. En casi todos los casos, escuchamos el lenguaje del consultante como una expresión externa de su experiencia privada (o, como en el caso freudiano, de aquello que reside debajo de la experiencia consciente, para darle forma). Y el supuesto es un rasgo común en las relaciones diarias, cuando hablamos de las dificultades que tenemos para conocer lo que otros quieren decir con sus palabras, o por el contrario, la manera en que podemos “sentirnos con otro”, conocer exactamente lo que se siente estar en el pellejo del otro. La intimidad, se cree, es un reflejo de la cercanía de dos personas que, de no ser así, tienen subjetividades independientes.

Nuevamente, sólo puedo hacer escasa referencia a los mayores problemas inherentes al supuesto subjetivista¹: por ahora, permítanme tratar sólo dos de estas dificultades, la primera conceptual y la segunda ideológica. En el nivel conceptual consideremos el estado de dos disciplinas cuya preocupación se centra en la comprensión humana, en la manera en que quien escucha o lee logra tener acceso a la subjetividad del que habla o escribe. Durante más de tres siglos, los teóricos hermenéuticos se han preocupado acerca del problema del “acceso interno”, debido a que su primera preocupación tenía que ver con la forma como podemos entender las intenciones que se encuentran detrás de las palabras de los primeros escritos sagrados o bíblicos. Nunca ha estado disponible una respuesta satisfactoria a esta pregunta. En el trabajo central de Hans Georg Gadamer (1960), el énfasis principal cambia al “horizonte de comprensión” que el lector inevitablemente lleva al texto. Como Gadamer lo argumenta, todas las lecturas necesariamente deben extraer de esta primera estructura de comprensión lo que el lector presume acerca del

1 Para una versión más detallada de los problemas en el realismo y la intersubjetividad, véase mi libro *Realidades y relaciones*.

mundo, el escrito, el autor, etcétera. Y la lectura inevitablemente tiene lugar desde este horizonte. A una conclusión similar ha llegado una gran cantidad de teóricos en los estudios literarios. Como lo ha expuesto Stanley Fish (1980), cada lector es un miembro de una comunidad interpretativa, una red de personas que entienden al mundo de cierta manera. Y cualquier interpretación que se haga del texto debe remitirse a estas comprensiones. En efecto, el lector nunca se conecta de manera auténtica con la subjetividad del escritor, no hay escape del punto de vista que uno lleva a la interpretación.

La funesta conclusión de esta línea crítica es que nunca logramos acceder a la subjetividad del otro; el pasaje está obstruido por siempre por los mismos recursos disponibles para la interpretación; hemos de volver a este problema en breve. Sin embargo, existe una segunda línea de ataque sobre el supuesto de la subjetividad, en este caso, de variedad más política o ética. Aquí se argumenta que la valorización de la subjetividad individual se encuentra en el centro de la ideología individualista, y esta ideología va en detrimento de nuestro futuro cultural. Al sostener la subjetividad individual como el ingrediente esencial de la humanidad, simultáneamente estamos construyendo un mundo de individuos aislados, cada uno encerrado en su propio mundo privado. En últimas, sólo contamos con nosotros mismos. Los otros son extraños por naturaleza, y debido a que el egoísmo es la opción obvia bajo tales condiciones, los otros pueden ser vistos como enemigos potenciales. Todas las formas de relación —el matrimonio, la amistad, la familia, la comunidad, y con la humanidad de modo general— son necesariamente artificiales y cumplen un rol secundario cuando la calidad de la subjetividad individual es lo primordial²; si esta forma de ideología retiene su extendido control sobre la vida cultural, el futuro parece desalentador. En efecto, esta orientación hacia la comunicación terapéutica tiene desafortunadas ramificaciones políticas y sociales.

El supuesto estratégico. Existe un tercer supuesto problemático concerniente a la comunicación, mantenido con frecuencia por los terapeutas en particular, y frecuentemente acerca de sí mismos y de sus consultantes. Se sostiene que la comunicación opera como el medio principal por medio del cual los individuos influyen las acciones de los otros. Más específicamente, se piensa que cada uno de nosotros posee ciertas metas, motivos, deseos o similares, y dentro del reino de los asuntos sociales, el lenguaje es el principal medio a través del

2 Para una versión más extensa de estos problemas, véase, por ejemplo, Bellah *et al.* (1985), Lasch (1979).

cual alcanzamos nuestras metas, satisfacemos nuestros deseos, etcétera. Sin embargo, ningún lenguaje en ningún momento es suficiente, por lo cual debemos considerar racionalmente lo que podemos decir, cuándo, dónde y a quién. El lenguaje típicamente funciona, entonces, como un implemento estratégico por medio del cual las personas obtienen satisfacción las unas de las otras. Es en este sentido, también, que el terapeuta que desea inducir un cambio debe seleccionar cuidadosamente sus palabras, insertarlas dentro de la conversación en la coyuntura apropiada y asegurarse de que su contenido se comprenda y absorba.

A la luz de la discusión precedente, los problemas del supuesto estratégico requieren brevemente de nuestra atención. La posición se apoya bastante en la tradición subjetivista (y típicamente es una aliada de la orientación realista). En este sentido, sufre de los mismos enigmas conceptuales y defectos ideológicos anteriormente discutidos. De hecho, las implicaciones ideológicas de la visión estratégica representan, tal vez, una versión extrema de los males del individualismo, puesto que nos debemos preguntar: ¿qué retrato pintan de la acción individual, las relaciones humanas y la sociedad en general? Si tomamos seriamente esta concepción, ¿qué tipo de actividades están siendo sutilmente aprobadas? Aquí encontramos razones para retroceder. ¿Deseamos ver la acción humana primariamente como manipuladora, inauténtica e interesada? Si adoptáramos esta postura, ¿parecerían ingenuos los actos de confianza; el compromiso, un signo de debilidad, y la búsqueda de los derechos humanos, una estratagema política? Incluso el terapeuta socava su propia credibilidad, ya que la motivación detrás de toda la comunicación se vuelve sospechosa (junto a los intentos del terapeuta por explicar lo que realmente está haciendo). Si tenemos múltiples teorías disponibles sobre la comunicación, la visión estratégica se encuentra dentro de las opciones más pobres.

EL SURGIMIENTO DE LA COMUNICACIÓN RELACIONAL

Como se evidencia en el presente volumen, una transformación significativa tiene lugar en muchos sectores de la comunidad terapéutica. Existe un amplio malestar con las tradiciones que presumen la existencia de un inconsciente, de la enfermedad mental, de problemas individuales específicos o del valor neutral del conocimiento profesional, y son muchos los que están consternados por la instigación de las técnicas terapéuticas estandarizadas, los manuales diagnósticos, los modelos mecanicistas del funcionamiento familiar o individual. Estos terapeutas están dispuestos a abandonar las orientaciones realista y estratégica de la comunicación, y tienen dudas sobre el supuesto subjetivista. Dentro de este grupo

existe un interés constante por la importancia de la creación común de sentido, la naturaleza construida de la realidad, los procesos coconstructivos en la terapia y el carácter cultural y político de la práctica terapéutica. Los problemas sobre la narración, la metáfora, la definición y disolución de problemas, y las realidades múltiples, son temas de animada discusión. A pesar de que existen muchas formas de caracterizar esta transformación, con el fin de subrayar su alianza con los dramáticos cambios en otras partes de las humanidades y las ciencias, yo la vería como socioconstruccionista³.

La pregunta que se debe hacer ahora es si dentro de este movimiento existe o está implícita una concepción alternativa de la comunicación humana. Más aún: ¿evitaría esta concepción replicar los problemas inherentes a las tradiciones antiguas? Mi creencia es que esta nueva visión de la comunicación humana, de hecho, puede extraerse de los diálogos construccionistas, no sólo porque tienen lugar dentro de los círculos terapéuticos, sino porque se han desarrollado en los dominios vecinos de la etnometodología (Garfinkel, 1967), la historia de la ciencia (Kuhn, 1962), la sociología del conocimiento (Latour, 1987), el análisis del discurso (Edwards y Potter, 1992), la teoría literaria (Fish, 1980) y la teoría de la comunicación (Shotter, 1993). En cada uno de estos casos existe una fuerte tendencia (aunque no exclusiva) a poner el *locus* del significado dentro de los procesos de la interacción misma. Es decir, se abandona la subjetividad individual como el sitio principal en el que se origina el significado o en el que la comprensión tiene lugar; y la atención se desplaza desde lo que se encuentra adentro hasta lo que hay en el medio.

A pesar de que el reconocimiento del carácter de construcción conjunta del significado se ha vuelto crecientemente evidente, aún no existe una explicación comprensiva de cómo ocurre dicho proceso. Si aceptamos tal orientación, ¿cuáles son las implicaciones?, ¿qué nuevos recursos conceptuales se pueden movilizar?, ¿qué nuevas preguntas se pueden plantear? Con el interés de profundizar el diálogo, en lo que sigue, quiero hacer una incursión preliminar en estos dominios. Ofrezco, entonces, una serie de proposiciones rudimentarias y explicaciones sobre el carácter relacional de la comunicación⁴.

En primer lugar, quisiera proponer que la declaración o emisión sola de un individuo, en sí misma, no tiene significado. Esto resulta más obvio en el

3 Ejemplares de este trabajo en terapia son los volúmenes de White y Epston (1990), McNamee y Gergen (1992), Andersen (1991) y Hoyt (1993).

4 Para una versión más detallada, véase Gergen (1994).

caso de la emisión de cualquier morfema dado (por ejemplo, la, por, ed). Por sí solo, el morfema no es nada sino él mismo; es ininteligible e indeterminado. Uno puede generar una variedad de excepciones aparentes a esta suposición inicial, por ejemplo, un grito de “ayuda” en una noche oscura o secuencias de palabras más extensas, como “Come en Joe’s”. Sin embargo, el valor comunicativo de tales excepciones inevitablemente demostrará su dependencia de una historia anterior de relaciones, en las que, por ejemplo, los gritos cumplen un rol en la coordinación de los asuntos humanos.

El potencial del significado se realiza a través de la acción complementaria. Las declaraciones solas comienzan a adquirir significado cuando otro u otros se coordinan a sí mismos con su emisión, es decir, cuando adicionan alguna forma de acción complementaria (ya sea lingüística o de otro tipo). El complemento puede ser una simple afirmación (por ejemplo, “sí”, “claro”) de que, de hecho, la emisión inicial se ha logrado comunicar. Puede tomar la forma de una acción, digamos, cambiar la forma de mirar oyendo la palabra, “¡mira!”. O puede extender la emisión en alguna forma, como cuando “lo” emitido por un interlocutor es seguido de un “¡fin!” emitido por un segundo interlocutor.

Así, encontramos que un individuo solo nunca puede “significar”; se requiere de otro para complementar la acción, y así darle una función dentro de la relación. Comunicarse es obtener de otros el privilegio del significado. Si los otros no tratan las propias emisiones como comunicación, si no logran coordinarse a sí mismos alrededor de la propuesta, las propias emisiones quedan reducidas al sinsentido. Los complementos actúan tanto para crear como para restringir el significado.

La acción inicial (emisión, gesto, etcétera) del individuo no exige una forma particular de complemento en el espacio hipotético desarrollado hasta ahora. Por sí misma, no posee implicación alguna en lo que ha de seguir. El acto de complementación opera, así, postfigurativamente en dos formas opuestas. Primero, le otorga un potencial específico al significado de la emisión. Lo trata como significando esto y no aquello, como promoviendo una forma de acción, por oposición a otra, como teniendo una implicación particular, por oposición a otra. Así, si me preguntas: “¿Tienes un fósforo?”, yo puedo reaccionar mirándote con desconcierto (negando así lo que has dicho como una acción con sentido). O, a la inversa, puedo reaccionar en una variedad de formas, cada una de las cuales confiere un significado distinto a la emisión. Por ejemplo, puedo buscar en mis bolsillos y decir: “No”; puedo contestar: “sí”, y caminar hacia otro lado; puedo

decirte: “No estoy sirviendo cerveza”, puedo preguntarte qué es lo que realmente quieres, e incluso puedo gritar y agacharme en posición fetal.

Al mismo tiempo, cuando yo creo tu significado en una de estas formas, simultáneamente restrinjo su potencial en muchas otras; puesto que lo he creado como significando esto, no puede significar aquello. En este sentido, al tiempo que te invito a ser, también actúo para negar tu potencial. De un enorme rango de posibilidades, creo una dirección y temporalmente restrinjo las posibilidades de tu identidad como agente con sentido.

Pero esta restricción no debe ser vista como unidireccional, con el complemento creando y delimitando aquello que ha precedido. En el estado general de la vida cultural ordinaria, las coordinaciones acción-complemento ya existen. Las acciones, ya estando inmersas dentro de relaciones, tienen una función prefigurativa, provocan o sugieren ciertos complementos, por oposición a otros, puesto que sólo estos complementos se consideran razonables o con sentido. Así, mientras que caer en posición fetal es posible en principio, corre el riesgo de derogar las posibilidades mismas del significado dentro de la relación. En esta forma, la relación acción-complemento es vista más apropiadamente como recíproca: los complementos funcionan para determinar el significado de las acciones, al tiempo que las acciones crean y restringen las posibilidades de la complementación.

Los significados están sujetos a una reconstitución continua, por medio de la creciente cantidad de complementos. A la luz de las consideraciones anteriores, encontramos que así ocurra la comunicación significativa, aquello que es comunicado entre las personas es inherentemente dudoso. Es decir, “el hecho del significado” se erige como un logro temporal, sujeto a adiciones y alteraciones continuas a través de significaciones complementarias. Todo lo que en un momento dado está fijo y estable, puede ser ambiguo o quedar deshecho en el momento siguiente. Sara y Steve pueden encontrarse frecuentemente riendo juntos, hasta que Steve anuncia que la risa de Sara “No es natural, sino forzada”, es sólo su intento de presentarse a sí misma como una “persona sin complicaciones” (caso en el cual la definición anterior se vería alterada). O Sara anuncia: “Eres tan superficial, Steve, que realmente no nos comunicamos” (negando así completamente el intercambio como una forma de actividad significativa). Al mismo tiempo, estos últimos movimientos dentro de la secuencia están sujetos a negación (“Steve, ésa es una afirmación loca”) y alteración (“Sara, sólo estás diciendo eso porque encuentras a Bill muy atractivo”). Tales instancias de negación y alteración pueden eliminarse temporalmente del intercambio mismo —considérese, por ejemplo, una pareja

de divorciados que retrospectivamente redefine la totalidad de su trayectoria de casados—, y están sujetas a cambios continuos a través de la interacción con otros (amigos, parientes, terapeutas, medios de comunicación, etcétera).

En este punto, sin embargo, encontramos que el enfoque exclusivo en las relaciones cara a cara resulta muy estrecho, puesto que el que “yo tenga sentido” no está bajo mi control, ni está determinado por alguien, ni por el proceso diádico en el que el significado lucha para su realización. En principio, derivamos en gran medida nuestro potencial para significar de la diada de nuestra inmersión previa en un rango de otras relaciones. Llegamos a la relación como extensiones de patrones previos de creación de significado, y a medida que nos movemos fuera de nuestra relación para comunicarnos con otros, ellos también nos sirven como complementos de nuestro patrón relacional, alterando así los significados que hemos generado. Y el significado de estos intercambios aún puede verse complementado y transformado por otros. En efecto, la comunicación significativa en cualquier intercambio dado depende, en últimas, de un rango prolongado de relaciones, no sólo “aquí mismo, ahora mismo”, sino en la forma en que ustedes y yo nos relacionamos con una variedad de personas, y aun ellas con otras más, y en últimas, uno podría decir, con las condiciones relacionales de la sociedad como un todo. En esta forma, todos estamos interconectados interdependientemente: sin la capacidad para significar algo, poseer un “yo” —después de todo, una posición dentro de una relación—, excepto para la existencia de un mundo potencialmente consensual de relaciones, el cual puede funcionar simultáneamente tomando de ambos el significado completo.

Si estas suposiciones brindan una inteligibilidad preliminar, existe un derivado con profundas implicaciones. En vez de ver al lenguaje en los términos tradicionales —donde sus capacidades para reflejar la realidad, expresar subjetividad o servir a estrategias personales resultan centrales—, encontramos que el lenguaje es constitutivo de las relaciones. Es decir, forma parte integral de la relación misma, en la misma forma que las sonrisas, las fruncidas de ceño, los abrazos, las caricias, los regalos de cumpleaños o el cheque de pago al final de mes. Por cierto, tratamos al lenguaje como si describiera la realidad, pero dicho trato es un desempeño relacional, un “juego” en el que estamos de acuerdo (explícita o implícitamente) para usar ciertas formas de hablar en ciertas ocasiones. De acuerdo con esta concepción del significado basada en el uso, el enfoque central cambia hacia las ramificaciones sociales del uso del lenguaje. ¿Qué sigue en una relación cuando el yo o el mundo se enmarcan en esta forma?, ¿a qué danzas estamos siendo invitados cuando usamos estas frases por oposición a otras? Nos interesamos, entonces, en las consecuencias del lenguaje como forma de acción,

pero no vemos estas consecuencias como estando bajo el control del actor o del receptor.

COMUNICACIÓN TERAPÉUTICA: HACIA UNA NUEVA AGENDA

Tenemos aquí los comienzos de una nueva visión de la comunicación humana; por sus propios estándares, sólo emergerán sus contornos plenos con un intercambio más profundo, y su finalización ha de posponerse por siempre. Sin embargo, a medida que se ponen en movimiento las implicaciones de esta visión, encontramos que muchas de las preguntas difíciles con las que la comunidad terapéutica ha luchado por mucho tiempo, se transforman. Los enigmas cambian de forma, las viejas preguntas se abandonan y otras nuevas toman su lugar. En aspectos importantes se requiere de una revisión; para muchos, las conversaciones ya están en camino. En las páginas que restan, quiero señalar cuatro áreas en las que se invita a deliberar de manera especial.

LA PSIQUE: DE LO REIFICADO A LO RELACIONAL

Las teorías tradicionales de la comunicación, con su fuerte énfasis en la subjetividad humana, han sido aliadas íntimas de una orientación individualista más general respecto a la terapia misma. Es decir, por lo general, los terapeutas han puesto su mayor interés en los estados o condiciones de las mentes individuales. A medida que nos desplazamos desde la teoría freudiana de la represión, las versiones neoanalíticas de las relaciones objetales, la preocupación rogeriana por el cuidado de sí mismo, y hasta las disquisiciones actuales sobre los esquemas cognitivos, el interés central por la psique individual permanece invariable. Incluso dentro de la teoría de sistemas familiares, las condiciones mentales individuales han mantenido una existencia robusta (consideremos el constructivismo radical). Sin embargo, a medida que cambiamos nuestra concepción de la comunicación humana hacia lo que está en el medio, se cuestiona esta antigua tradición. Pronto llama nuestra atención el hecho de que la enorme riqueza del lenguaje que tenemos para describir estados interiores no es un producto de dichos estados, sino de la coordinación relacional. El lenguaje no “describe” tanto como construye aquello que tomamos por el carácter de la subjetividad. El discurso contemporáneo sobre los estados mentales —el vocabulario que se toma por dado sobre la razón, la emoción, la intención, las motivaciones, y similares— constituye una etnopsicología, un conjunto de formas de hablar, escribir y actuar, situado cultural e históricamente. En principio, dicho lenguaje es prescindible.

Tales conclusiones traen consecuencias sustanciales para el proceso de la terapia. En principio, socavan la antigua práctica de la exploración mental, al menos en las formas que heredamos. ¿Cuál es el propósito de explorar el inconsciente si no existe tal dominio?, ¿deben liberarse las emociones reprimidas, aun cuando la idea misma de emoción reprimida sea un mito cultural?, ¿debemos preocuparnos por explorar las construcciones o cogniciones privadas del individuo acerca del mundo, pese a que la presunción de un origen interior del lenguaje es políticamente pernicioso? En efecto, toda la racionalidad para explorar la subjetividad del consultante se debilita. Pero, ¿significa esto que la visión relacional de la comunicación implica la muerte del lenguaje psicológico?, ¿debemos considerar abandonar tales formas de explicación y descripción, y evitar hablar de los “sentimientos”, “pensamientos” o “deseos” del consultante?

Desde mi punto de vista, tal conclusión no tiene justificación intelectual ni práctica. El argumento del carácter construido del lenguaje psicológico no conduce a la funesta conclusión de que debe abandonarse tal lenguaje. Del mismo modo, no deberíamos desear abandonar nuestras concepciones de lo bueno y lo malo simplemente porque reconocimos que son cultural e históricamente contingentes. Estar informado de los propios significados culturales no es salirse de la cultura. Por tanto, no existe razón para que los terapeutas abandonen las reflexiones sobre las condiciones mentales del consultante. Por el contrario, el profesional ilustrado verá en el construccionismo una razón para expandir los discursos de la comunidad terapéutica que se prefieren en el presente. Las escuelas terapéuticas que restringen el rango del discurso —centrándose exclusivamente, por ejemplo, en las motivaciones inconscientes, la autoaceptación o las cogniciones— imponen límites arbitrarios sobre las conversaciones terapéuticas. Más aún, tal vez podamos abrir la puerta a muchos discursos comunes dentro de la sociedad, que frecuentemente son rechazados por los terapeutas por su falta de bases científicas. Aquí estoy pensando en un rango de discursos marginalizados: de la vida espiritual, las deidades y lo místico y misterioso.

Con esto no me encuentro abogando por la reificación última de estos discursos, psicológicos o de otro tipo. Todas las conversaciones terapéuticas necesariamente buscan objetivizar su materia de estudio durante el momento interactivo; tales efectos temporales difícilmente se pueden evitar. Sin embargo, propongo que al expandir el rango de lo que cuenta como real en la terapia, también aumenta el rango de las movidas inteligibles y potencialmente útiles. Cada nueva forma de “decir” es simultáneamente una nueva forma de relacionarse, con consecuencias potencialmente diferentes.

Todavía queda un reto adicional para el área. Pocos en la tradición occidental desearían abandonar el lenguaje del yo, los estados y las condiciones subjetivas. Sin embargo, ¿cómo hemos de reconciliar esta inversión con los argumentos intelectuales e ideológicos que abogan por lo contrario? Una solución de este dilema es refigurar al lenguaje. Es decir, podemos reconstruir nuestras concepciones del yo de modo que la terminología mental pierda sus amarres en la ideología del individuo autocontenido y adquiera un carácter social o sistémico más pleno. En este sentido, tal vez podamos llegar a usar al lenguaje en diferentes formas y para diferentes propósitos. Ya está en marcha un movimiento hacia dicha reconceptualización. Apoyándose en el trabajo temprano de Vygotsky y Bakhtin, muchos teóricos del desarrollo han comenzado a reconceptualizar al pensamiento como lenguaje interiorizado. Según esto, los procesos cognitivos no son posesión de los individuos singulares sino de sus relaciones, que hablan a través de ellos (véase, por ejemplo, Wertsch, 1991). Como también he tratado de demostrar (Gergen, 1994), podemos conceptualizar las emociones como elementos dentro de escenarios relacionales, acciones que ganan su inteligibilidad y necesidad de los patrones de intercambio. Aquí es posible ver la rabia o la depresión, no como eventos personales, sino como constituyentes de una danza relacional particular. Las formas en que estos conceptos revisados del yo pueden aprovecharse en la práctica terapéutica han sido bien demostradas por Penn y Frankfurt (1994).

EFFECTOS TERAPÉUTICOS: EL PROBLEMA DE LA TRANSPORTABILIDAD

¿Qué es lo que realmente cambia con la terapia? De manera consistente con esta base individualista, esta pregunta típicamente se contesta en términos de la psique individual. Como varios han pensado, es a través de la represión, el proceso de catarsis, la ganancia de una intuición, el incremento de la autoaceptación o la alteración en los esquemas cognitivos que se efectúa el cambio a largo plazo. Más importante para los propósitos presentes, el terapeuta presume un efecto automático de transportabilidad. Es decir, una vez que la psique individual ha sido alterada en el encuentro terapéutico, los efectos se transportan al mundo. O, usando la metáfora mecanicista común, una vez que la máquina ha sido reparada (por el mecánico maestro), está lista para usarse por fuera del taller. Sin embargo, si desreificamos la psique, como se argumentó anteriormente, está lógica tradicional deja de ser atractiva.

Si no podemos recurrir al supuesto de que “un cambio de mentalidad” produce cambios de mayor alcance en la conducta individual, ¿cómo hemos de

entender la eficacia terapéutica? ¿De qué manera se transportan los efectos de la conversación terapéutica a la vida del mundo exterior?

No se trata de una pregunta pequeña, y aquí no puedo hacer sino prestar apoyo a una conversación esencial para las prácticas futuras. Si seguimos la lógica construccionista, la terapia representa una conversación en la que los participantes toman mucho de sus relaciones por fuera, pero también representa una relación que se pone en camino hacia una realidad única (patrones de discurso compartidos distintivamente por los participantes mismos). Bajo estas condiciones, tal vez es posible para el terapeuta y el consultante localizar un modo relacional maravillosamente funcional, usando discursos que generan un sentido de armonía y realización dentro del encuentro. Sin embargo, este mismo conjunto de discursos también puede estar completamente contenido dentro de la relación. Es decir, tal vez tenga poco o ningún “valor de reventa”, una poca transportabilidad a otras relaciones. Dada la visión de la comunicación basada en el uso que se generó anteriormente, la pregunta principal es si el consultante puede “caminar la charla”, si las metáforas, las narraciones, las deconstrucciones, los reencuadres, los múltiples yo, las habilidades expresivas, etcétera, que se desarrollan dentro del encuentro terapéutico pueden llevarse a otras relaciones en una forma tal que estas relaciones se transformen útilmente.

En un primer nivel, tengo pocas dudas de que dichos efectos puedan ocurrir. Sin embargo, resultarían muy útiles demostraciones más efectivas sobre las formas como las conversaciones terapéuticas o los discursos se introducen en las vidas de los consultantes. Más aún, se necesita una atención más concertada acerca de cómo los dos contextos —la terapia y la vida del mundo— pueden llegar a converger. El medio más obvio, y el más compatible con el movimiento de la terapia de familia, es trabajar con relaciones más que con individuos singulares. De este modo, se ponen directamente en movimiento nuevas formas y prácticas discursivas. Sin embargo, esto no resuelve completamente el problema, en cuanto que la realidad de grupo de la hora terapéutica puede no ser transportable; los miembros del grupo también se encuentran inmersos dentro de múltiples relaciones. En este punto me veo llevado hacia una variedad de prácticas que varios terapeutas han desarrollado para llevar las prácticas a los escenarios de la vida. Estoy impactado por el uso hecho de la escritura de cartas, tanto para los consultantes como por parte de ellos, en el trabajo de White y Epston (1990) y Penn y Frankfurt (1994). En Buenos Aires, Christina Ravazolla ha desarrollado medios para que las familias de los consultantes vean videos relevantes juntos. Otros terapeutas han enviado videos de terapias a la casa con sus consultantes, para discutirlos en el hogar. Dentro de la comunidad terapéutica ahora se invita a un intercambio mayor y más concertado de ideas y prácticas.

POLÍTICAS DE LA TERAPIA

¿Cómo hemos de contemplar la relación entre los valores (ética, ideales políticos) y el proceso terapéutico? O más específicamente, ¿en qué formas deberían los valores propios del terapeuta influir en el proceso y moldear los resultados? Han existido dos fases principales en el pensamiento de este problema a través de las décadas. En la primera fase, regida ampliamente por las concepciones tradicionales de la ciencia libre de valores, y la terapia como una ciencia aplicada, los asuntos de valores políticos e ideológicos simplemente fueron declarados irrelevantes. Como se razonó, la tarea de la terapia no es legislar sobre los valores o la política, sino simplemente “curar” a los individuos (o las familias) de la enfermedad manifiesta. Desde las críticas acérrimas del movimiento antipsiquiátrico de la década de 1960 hasta las críticas feministas del presente sobre las bases androcéntricas de la terapia tradicional, esta visión ha sido socavada sustancialmente. Incluso, a una postura de no compromiso se la ve como ética y política en sus consecuencias. Ya sea consciente o no, el trabajo terapéutico necesariamente es una forma de activismo social, para bien o para mal.

Con esta toma de conciencia emergente, comienza una segunda fase. En este caso, muchos terapeutas han comenzado a explorar las implicaciones de la terapia comprometida ética y políticamente. En vez de evitar las consideraciones de valor, ella forma una *raison d'être*. Tenemos, entonces, el desarrollo de terapias comprometidas específicamente, por ejemplo, con políticas gay o feministas, o en las cuales los asuntos étnicos son centrales. Con la rápida expansión de políticas de la identidad, existen muchas razones para anticipar una expansión en tales inversiones.

En cierto sentido, las concepciones construccionistas de la terapia son bastante compatibles con estas inversiones, y de hecho, en su deconstrucción de las justificaciones tradicionales del *statu quo*, frecuentemente son usadas como apoyo al trabajo investido de valor. Sin embargo, con el compromiso valorativo ahora en la agenda, ¿podemos descansar seguros? No lo creo. Me encuentro particularmente preocupado por la posibilidad de una fragmentación angustiada: el desarrollo de múltiples enclaves terapéuticos, cada uno reclamando una alta base moral, cada uno aislado e indignado con justificación, en virtud de sus propias declaraciones. No sólo se negarían los frutos de una conversación globalmente más compartida, sino que nos aproximaríamos a un estado belicoso en el mundo terapéutico, de todos contra todos. Desde mi punto de vista, deberíamos ser capaces de ver, dentro de la visión relacional de la comunicación, el potencial para movernos más allá de nuestra condición presente.

Creo que dichas posibilidades son inherentes a la versión relacional. En principio, encontramos que no hay fundamentos —justificaciones finales— para ninguna declaración ética o política. Es decir, los mismos esfuerzos deconstructivos que previamente se usaron para socavar la autoridad de la ciencia también pueden voltearse reflexivamente sobre los que quieren reemplazar (o aumentar) la ciencia por un sistema particular de valores. Esto no quiere decir que debemos evitar las posiciones de valores; igual que antes, difícilmente podríamos salirnos de la cultura. Sin embargo, el construccionismo elimina la autoridad última de dichas afirmaciones, precisamente el tipo de autoridad que, desde mi punto de vista, más frecuentemente se usa para silenciar u obliterar a aquellos cuyas voces difieren de la propia. Adicionalmente, en su énfasis sobre la interdependencia última de todo significado, la versión relacional de la comunicación también sugiere un rol nuevo y diferente para los terapeutas. En vez de evitar u ocupar posiciones políticas específicas, podemos explorar productivamente las posibilidades de coordinar grupos dispares, volver lenguajes ajenos más permeables, habilitar a las personas para hablar desde múltiples voces, reduciendo el potencial de la acción letal.

El “Proyecto de conversaciones públicas” en el Instituto de la Familia de Cambridge suministra excelentes ejemplos de este tipo de trabajo. Aquí los terapeutas operan con diversos grupos políticos y de trabajo en conflicto, para generar diálogos orientados al cambio. Por ejemplo, los defensores Pro-Opción y Pro-Vida, analistas de defensa y activistas pacíficos, y delegados de naciones en conflicto son congregados en talleres o conversaciones facilitadas. Bajo condiciones monitoreadas de cerca, tales intercambios demuestran ser enormemente productivos en términos de la generación de una comprensión mutua y una reducción de la hostilidad (véase, por ejemplo, Chasin y Herzig, 1994; Roth, 1993). A medida que los terapeutas se mueven hacia el trabajo de la mediación y la asesoría organizacional, veo expandirse este potencial para trabajar en los límites del significado de manera intensiva. Y en un mundo donde las diferencias de grupo se acentúan crecientemente, la necesidad de dicho trabajo sólo se incrementará.

TRASCENDER LA NARRATIVA: HACIA LO SUBLIME RELACIONAL

El concepto de narrativa cumple dos roles significativos en el pensamiento contemporáneo acerca de la terapia. El primero se ha heredado del pasado y concierne a la autocomprensión del terapeuta. Ésta es la narrativa del progreso, en la cual se mueve el consultante, con la ayuda del terapeuta, hacia un creciente estado de bienestar. En el segundo rol, la narrativa llega a desempeñarse como

medio para comprender al consultante. Aquí las narraciones de vida del consultante típicamente son vistas como formas de significado que, en sí mismas, constituyen el problema manifiesto o contribuyen a él. Al mantener la narrativa de progreso, el reto terapéutico es alterar (disolver, deconstruir, reencuadrar, enriquecer o multiplicar) la narrativa del consultante como se ha presentado. La esperanza es que con el desarrollo de una narrativa alterada, el individuo se empodere. Ya hemos discutido el reto de la transportabilidad narrativa. Sin embargo, a la luz de la orientación relacional de la comunicación, existe un problema más sutil que debemos enfrentar ahora. Me encuentro particularmente interesado en las aproximaciones narrativas a la terapia en el contexto de una renegociación continua del significado.

Son varias mis preocupaciones. La primera es por la tendencia a ver la narrativa recién desarrollada como una posesión personal del consultante. Como se razonó anteriormente, el significado se negocia conjuntamente. Por tanto, aunque el consultante puede transportar la nueva narrativa a la vida diaria, no controla su significado. Dicho significado y sus implicaciones están abiertos a una continua reformación a medida que las relaciones prosiguen. Segundo, estoy preocupado por la capacidad de la nueva narrativa creada para seguir siendo efectiva a lo largo de un amplio rango de relaciones. Como se argumentó en otro lugar (Gergen, 1994), no resulta claro que una visión fija de uno mismo o de las propias condiciones pueda permanecer funcional a lo largo de un amplio rango de relaciones siempre emergentes.

Finalmente, me encuentro preocupado por la presunción de la narración progresiva de la terapia misma. A medida que nuevas narraciones se ponen en acción, tienen el potencial para alterar el carácter de las relaciones. De hecho, gran parte de la esperanza de la terapia construccionista depende de esta visión. Sin embargo, cuando cualquier relación cambia, también cambian otras relaciones en las que los participantes están involucrados. Como se propone, el significado local siempre depende de un espectro amplio; a medida que los significados locales cambian, también repercuten en algún otro lugar del mundo cultural. El resultado final de este proceso es que donde un resultado terapéutico positivo (progreso) puede ser discernible inmediatamente en la esfera local de una relación, no existen razones para sospechar que los efectos serán de larga duración, o que serán positivos para todos los afectados. Con la repercusión de los significados, otras relaciones pueden trastornarse, y este trastorno, subsecuentemente, puede impactar las relaciones locales. (Consideremos a la esposa asediada que desarrolla en la terapia una nueva narración de fortaleza e independencia; ella opta por el divorcio, y pronto se ve acosada por hijos, familiares y amigos de la pareja, el clero y los abogados del divorcio).

Tales preocupaciones sugieren que, en últimas, nos debemos mover más allá de la narrativa como centro de nuestro interés en la matriz relacional a partir de la cual emergen las comprensiones narrativas. Tal vez deseemos construir estos procesos en una variedad de formas, y con distintos resultados posibles. Seguramente, esto será un esfuerzo útil. Sin embargo, deseo terminar este aparte de una manera más especulativa. ¿Podemos imaginar, una condición relacional pura, una condición en la que —como el océano— todas las olas individuales tomen su forma unas de otras, y debemos reconocer sobrecogidos el potencial de un movimiento singular de la totalidad? Llamaré a esta condición “lo sublime relacional”. No podemos articular el carácter de lo sublime, porque nuestros lenguajes sólo son manifestaciones locales del todo, no pueden dar cuenta de orígenes que los sustituyan en profundidad. Sin embargo, con conciencia de lo sublime relacional tal vez podamos movernos más cómodamente en el mundo, con menos angustia y más tolerancia. En vez de trazar un curso singular para nuestro viaje a través del mar de la vida —sintiéndonos abatidos por las olas, frustrados por nuestra incapacidad para avanzar, irritados por las turbulencias que nos lanzan atropelladamente—, tal vez podamos, con conciencia de lo sublime relacional, vernos más apropiadamente como uno con nuestro entorno, nuestros cuerpos moviéndose en múltiples direcciones a medida que nos armonizamos con las ondulaciones de una fuerza grandiosa; el término sagrado. Cuando nuestro ser se une a lo sublime relacional, tal vez sean estos los momentos en que más plenamente nos podemos aproximar a lo sagrado.

REFERENCIAS

Andersen, T. (1991), *The reflecting team: Dialogues and dialogues about the dialogues*. Nueva York: Norton.

Bellah, R. N. *et al.* (1985), *Habits of the heart*. Berkeley: University of California.

Chasin, R. y M. Herzig, (1994), Creating systemic interventions for the sociopolitical arena. En B. Gould y D. Demuth (Eds.), *The global family therapist*. Boston: Allyn and Bacon.

Edwards, D. y N. Mercer (1987), *Common knowledge: The development of understanding in the classroom*. Londres: Methuen.

Edwards, D. y J. Potter (1992), *Discursive psychology*. Londres: Sage.

Fish, S. (1980), *Is there a text in this class? The authority of interpretive communities*. Cambridge: Harvard University Press.

Gadamer, H. G. (1960), *Truth and method*. Nueva York: Seabury.

Garfinkel, H. (1967), *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Gergen, K. J. (1994), *Realities and relationships*. Cambridge: Harvard University Press.

Hoyt, M. (Ed.) (1993), *Constructive therapies*. Nueva York: Guilford Press.

Kuhn, T. S. (1962), *The structure of scientific revolution*. Chicago: University of Chicago Press.

Lasch, C. (1979), *The culture of narcissism*. Nueva York: Norton.

Latour, B. (1987), *Science in action*. Cambridge: Harvard University Press.

McNamee, S. y K. Gergen (1992), *Therapy as social construction*. Londres: Sage.

Middleton, D. y Edwards, D. (1990), Conversational remembering: A social psychological approach. En D. Middleton y D. Edwards (Eds.), *Collective remembering*. Londres: Sage.

Penn P. y M. Frankfurt (1994), Creating a participant text: Writing, multiple voices, narrative multiplicity. *Family Process*, 33, 217-232.

Quine, W. V. O. (1960), *Word and object*. Cambridge: MIT Press.

Roth, S. (1993), Speaking the unspoken: a work-group consultation to reopen dialogue. En E. Imber-Black (Ed.), *Secrets in families and family therapy*. Nueva York: Norton.

Shotter, J. (1993), *Conversational realities*. Londres: Sage.

Watzlawick, P., J. Beavin y D. Jackson (1967), *Pragmatics of human communication*. Nueva York: Norton.

Wertsch, J. V. (1991), *Voices of the mind*. Harvard University Press.

White, M. y D. Epston (1990), *Narrative means to therapeutic ends*. Nueva York: Norton.

HACIA UN VOCABULARIO PARA EL DIÁLOGO TRANSFORMATIVO

*“Tú lo ves a tu manera,
yo lo veo a mi manera...
lo podemos solucionar,
lo podemos solucionar...”.*

Los Beatles

La mayoría de nosotros nos sentimos más cómodos en unos grupos que en otros, y de hecho, sencillamente nos parece que cierta gente es mala o se encuentra mal enfocada: tal vez los neonazis, el KKK, la mafia, los grupos terroristas. Este sentido de *alteridad* —distancia o separación de otros seres particulares— prácticamente es un resultado inevitable de la vida social. A medida que generamos realidades y moralidades dentro de grupos específicos —familias, amistades, en el trabajo, el escenario religioso—, nuestros interlocutores se convierten en recursos invaluableles. Con su apoyo —bien sea explícito o implícito— ganamos el sentido de lo que somos, lo real y lo bueno. Al mismo tiempo, las construcciones del mundo y sus formas asociadas de vida relacional crean un exterior devaluado, una región que *no es nuestra*, no es lo que creemos, no es verdadera, no es buena. En gran medida, esta devaluación se deriva de la estructura del lenguaje, a partir de la cual construimos nuestras realidades. El lenguaje es, en esencia, un medio diferenciador, en donde cada palabra separa aquello que se nombra o indica, de aquello que *no lo es* (ausente, contrario). Por tanto, cada vez que declaramos lo que es pertinente o lo que es bueno, usamos palabras que privilegian ciertas existencias, al tiempo que empujan hacia los márgenes lo ausente y lo contrario. Un énfasis en el

fundamento material de la realidad suprime o devalúa lo espiritual; un énfasis en el mundo tal como es observado socava sutilmente las creencias en lo no visto e intuitivo, etcétera. En efecto, por cada realidad, hay alteridad. Todas estas propuestas concuerdan con la visión de la realidad como construida socialmente (véase Gergen, 1994).

El problema de la diferencia se ve intensificado en varias tendencias auxiliares. Primero, hay una *tendencia a evitar* a quienes son diferentes, particularmente cuando parecen ser antagonistas respecto al propio estilo de vida. Evitamos encuentros, conversaciones y reuniones sociales. Habiendo menos oportunidades para el intercambio, hay en segundo lugar una *tendencia a simplificar las explicaciones sobre los otros*. Son muy pocos los cuestionamientos que existen a las descripciones y explicaciones de uno; y son aún menos las excepciones hechas. Tercero, con la frecuente tendencia a explicar las acciones de los otros en formas negativas, hay un movimiento *hacia los extremos*. Mientras continuamos localizando “lo malo” en las acciones de otros, hay una acumulación; lentamente, el otro toma la forma del inferior, el estúpido o el villano. Los psicólogos sociales frecuentemente hablan en este contexto de “estereotipos negativos”, es decir, concepciones rígidas y simplificadas del otro. Todas estas tendencias conducen a la atomización social, con los mismos procesos que separan clanes y pandillas en la adolescencia, reflejados organizacionalmente como tensiones entre directivos y trabajadores, o personas exitosas y personas a su servicio; en la sociedad, como conflictos entre la derecha y la izquierda políticas, fundamentalistas vs. liberales, defensores de los derechos homosexuales vs. antihomosexuales, y pro-opción vs. pro-vida. En un nivel más global, encontramos tendencias similares que separan a los judíos de los palestinos; a los católicos irlandeses vs. los protestantes; los musulmanes vs. los cristianos, y así sucesivamente.

De acuerdo con este razonamiento, las tendencias hacia la división y el conflicto son resultados comunes del intercambio social. El prejuicio no es, entonces, una manifestación de flaquezas en el carácter: rigideces interiores, cognición descompuesta, sesgos emocionales, ni similares. Al contrario, mientras continuemos con el proceso normal de crear consensos alrededor de lo que es real y bueno, se producirán categorías de lo indeseable. En dondequiera que haya tendencias hacia la unidad, la cohesión, la hermandad, el compromiso, la solidaridad o la comunidad, se sembrarán las semillas de la alteridad y el conflicto. En la condición actual, casi ninguno de nosotros se escapa de ser indeseable al menos para uno (y probablemente muchos) de los otros grupos. El mayor reto que nos confronta, entonces, no es el de generar comunidades cálidas y acogedoras, sociedades libres de conflicto, o un armonioso orden mundial. En cambio, dado

el carácter endémico del conflicto, ¿cómo podemos proceder en una forma tal que el siempre emergente antagonismo no conduzca a la agresión, la opresión o el genocidio: en efecto, al fin completo del significado? Este reto es bastante desalentador en un mundo en que las tecnologías de comunicación permiten a números crecientes de grupos organizarse, moldear identidades comunes, establecer agendas y tomar acciones¹. Tal vez el mayor reto para el siglo XXI es cómo hemos de lograr *vivir juntos* en el globo.

¿Qué recursos tenemos disponibles para confrontar este reto? La postura socioconstruccionista que enmarca el razonamiento anterior sugiere al menos una posibilidad importante: si a través del diálogo emergen las bases del conflicto, entonces el diálogo puede ser nuestra mejor opción para tratar realidades en disputa. Sin embargo, a pesar del amplio significado que acompaña al término “diálogo”, es poco lo que se gana invocando su poder. Más formalmente, el diálogo simplemente es “una conversación entre dos o más personas”. En últimas, ciertamente es imposible distinguir entre el diálogo y su otro, el monólogo. Porque incluso el monólogo va dirigido a alguien, ya sea que esté presente o implicado. E incluso cuando el receptor guarda silencio, las respuestas se dan, privadamente, al propio interlocutor, o más públicamente, a los interesados. Por tanto, para avanzar resulta esencial distinguir entre formas específicas de diálogo. No todos los procesos dialógicos pueden ser útiles para reducir el potencial de la hostilidad, el conflicto y la agresión. Ciertamente, las conversaciones dominadas por intercambios críticos, ruidos de sable y exigencias contenciosas únicamente pueden llegar a exacerbar el conflicto. En este contexto, desearía presentar el concepto y la práctica del *diálogo transformativo*. El diálogo transformativo puede ser visto como cualquier forma de intercambio que tenga éxito para transformar la relación entre quienes se encuentran comprometidos con realidades separadas y antagónicas (y sus prácticas relacionadas), en otra en la que se comiencen a construir realidades comunes y solidificantes.

PASOS HACIA EL DIÁLOGO TRANSFORMATIVO

Sería conveniente que existiera un conjunto de principios y prácticas para el diálogo transformativo, derivados de la explicación socioconstruccionista del conocimiento o las relaciones. Sin embargo, desafortunadamente, las explicaciones

1 Para mayor información sobre dichas tendencias, véase J. D. Hunter (1994) *The culture wars*. Nueva York: Basic Books; y K. J. Gergen (1991), *The saturated self*; Nueva York, Basic Books.

abstractas del significado no dictan ni necesitan en sí mismas ningún curso de acción. Ni tampoco es intención del construccionismo abandonar y reemplazar las orientaciones existentes. Por el contrario, desde el punto de vista construccionista, todas las formas del discurso y la práctica pueden ser inteligibles y funcionales dentro de unas circunstancias sociohistóricas particulares. Y si reconocemos las condiciones del mundo en las que múltiples realidades y racionalidades están siempre articulándose y diseminándose crecientemente, también nos podremos volver sensibles a los límites de cualquier tradición particular.

Con estas consideraciones a la mano, propongo aquí lo siguiente: en vez de trabajar “de arriba hacia abajo” —con altos niveles de autoridad o sistemas abstractos que establecen las reglas, normas éticas y prácticas para todos—, procedamos “de abajo hacia arriba”. Es decir, movámonos al mundo de la acción, y específicamente, a los casos en los que la gente parece estar luchando exitosamente contra problemas de realidades múltiples y en conflicto, y hagámoslo sin ningún compromiso fuerte con premisas racionalistas o realistas. Al examinar estos casos, tal vez seremos capaces de localizar acciones o condiciones conversacionales que tengan un amplio potencial transformativo. Más aún, podemos considerar estas acciones y condiciones en términos teóricos construccionistas. Esto no sólo nos permitirá echar un vistazo a las posibles razones de su eficacia, sino visualizar otras formas de acción que podrían funcionar de manera similar, u otros contextos a los que estas prácticas podrían ser adaptadas. En efecto, no estamos a la búsqueda de un conjunto de reglas abarcadoras, ni tampoco de procedimientos necesarios para el diálogo transformativo. Por el contrario, la esperanza es promover un *vocabulario de acción relevante*, junto con *una forma de deliberación* sobre sus funciones y traducción a otras prácticas. En una ocasión dada, uno puede: 1) tomar este vocabulario como algo útil ante las condiciones a la mano, o 2) emplear los recursos teóricos con propósitos generativos. De ninguna manera se quiere grabar este vocabulario particular en una piedra, puesto que los significados son transformados a través del tiempo, y mientras más voces se añadan a la conversación, el vocabulario mismo se verá alterado y aumentado. No hay reglas universales para el diálogo transformativo, porque el diálogo mismo alterará el carácter de la utilidad transformativa.

Un recurso fundamental: el proyecto de conversaciones públicas

Para comenzar, consideremos un caso exitoso. Después podremos volver atrás para examinar algunas de sus características y ponderar sus implicaciones. En 1989, Laura y Richard Chasin, Sallyann Roth y sus colegas, en el “Proyecto de

conversaciones públicas” en Watertown, Massachusetts, comenzaron a aplicar las habilidades que desarrollaron en el contexto de la terapia de familia a controversias públicas estancadas (véase Chasin y Herzig, 1992). Su práctica ha evolucionado a lo largo de los años, con resultados impresionantes. Aquí nos enfocaremos en su intento de reunir activistas comprometidos en lados opuestos del conflicto sobre el aborto. En general, éste es un caso de debate público que no ha llevado a ningún lugar, en gran medida porque los opositores construyen la realidad y moralidad en formas completamente distintas. Son altas las apuestas, hay enorme animosidad y las consecuencias son letales.

En el caso presente, los activistas que estaban dispuestos a discutir los problemas con sus oponentes fueron reunidos en grupos pequeños. El proyecto garantizó que no tendrían que participar en ninguna actividad con la que se sintieran incómodos. El encuentro comenzó con una comida *buffet*, en la que se les pidió a los participantes compartir varios aspectos de sus vidas, distintos a su postura frente al problema del aborto. Después de la comida, el facilitador invitó a los participantes a comenzar “un tipo de conversación diferente”. Se pidió a los asistentes que hablaran como individuos únicos —expresando sus propias ideas y experiencias—, por oposición a actuar como representantes de una posición; compartir sus pensamientos y sentimientos, y realizar preguntas sobre lo que despertara su curiosidad. Cuando la sesión comenzó, se pidió a los participantes que respondieran —cada uno en su turno y sin interrupción— tres preguntas importantes:

1. ¿Cómo llegaste a involucrarte con este problema? ¿Cuál es tu relación personal, o historia personal con éste?
2. Ahora nos gustaría oír un poco más acerca de tus creencias y perspectivas particulares acerca de los problemas que rodean al aborto: ¿qué se encuentra en el núcleo de la cuestión para ti?
3. Muchas personas con las que hemos hablado nos han dicho que dentro de su aproximación a este tema hay algunas áreas grises, algunos dilemas acerca de sus propias creencias, e incluso algunos conflictos... ¿Experimentas algunos momentos de incertidumbre o menos certeza, alguna preocupación, conflicto de valores o sentimientos mezclados que de pronto desearías compartir?

Las respuestas a las dos primeras preguntas típicamente arrojaron una gran cantidad de experiencias personales, frecuentemente historias de las vidas de los participantes o de sus seres amados. Los participantes también revelaron muchas

dudas, y se encontraron sorprendidos de aprender que la gente en el otro lado de la controversia tiene incertidumbres.

Después de contestar las tres preguntas, los participantes tuvieron la oportunidad de hacerse preguntas unos a otros. Se les pidió que no realizaran preguntas que “fueran retos camuflados”, sino “acerca de las cosas por las que sientan genuina curiosidad... nos gustaría aprender acerca de sus propias experiencias personales y creencias individuales...”. Después de discutir un amplio rango de asuntos importantes para los participantes, hubo una discusión final acerca de lo que los participantes habían hecho para “lograr que la conversación siguiera el rumbo que ha tenido”. Las llamadas de seguimiento llevadas a cabo unas pocas semanas después de la sesión revelaron efectos positivos significativos. Los participantes sintieron que tenían una comprensión más compleja del problema y una visión rehumanizada del “otro”. No, no cambiaron sus visiones fundamentales, pero dejaron de ver la cuestión en términos de blanco y negro, y a las personas en desacuerdo como demonios.

HACIA UN VOCABULARIO DE DIÁLOGO TRANSFORMATIVO

El trabajo del “Proyecto de conversaciones públicas” es ciertamente impresionante y ha conducido a muchos intentos y variantes adicionales. Sin embargo, la cuestión que debemos confrontar es: ¿qué características particulares hacen a este tipo de diálogo tan efectivo?, ¿cómo podemos conceptualizar estos componentes de forma que puedan ser generalizados a otros contextos? No podemos usar con precisión estas prácticas en todas las situaciones de conflicto o de diferencias, pero si podemos abstraer algo de ellas, tendremos los medios para deliberar acerca de cómo proceder en otras ocasiones. Y también, debemos ser sensibles a carencias en la práctica: ¿qué se podría sugerir desde el punto de vista constructorista para aumentarla? Enfoquémonos entonces hacia cinco componentes prominentes de especial relevancia para el diálogo transformativo:

De la culpabilización a la responsabilidad relacional

Sólo tenemos una persona para culpar, y es el uno al otro.

Barry Beck, jugador de jockey del New York Ranger, después de una trifulca en el *campeonato* de desempate.

Muchas barreras significativas para el diálogo transformativo residen en nuestras tradiciones de intercambio, por ejemplo, presunciones acerca de una verdad

única, una lógica universal, y ganar y perder. Existe otro problema desalentador que crece a partir de la visión individualista de las personas como agentes de sus propias acciones; tenemos una tendencia cultural muy diseminada a pensar en las personas como responsables morales de sus acciones. Construimos a las personas como fuentes originales de sus propias acciones (agentes morales) y, por tanto, responsables de sus malas acciones. Son muchas las cosas de la tradición sobre la responsabilidad individual que la mayoría de nosotros valoramos en gran medida. Debido al discurso de culpa individual, somos capaces de atribuir responsabilidad a las personas por su robo, violación, asesinato, y demás. En la misma medida, somos capaces de apreciar a los individuos por sus logros singulares, actos heroicos, humanitarios, etcétera. ¿Lo podríamos hacer de otra manera?

Sin embargo, como lo hemos esbozado en otra parte (McNamee y Gergen, 1998), este mismo discurso de responsabilidad individual es divisivo. Al encontrarnos faltas el uno al otro, comenzamos a levantar un muro entre los dos. Al culparte me pongo en la posición del que lo sabe todo y todo lo hace bien, y te pongo a ti en la de un ser imperfecto que está sujeto a mi juicio. Tú eres construido como un objeto de desprecio, sujeto a corrección, al tiempo que yo permanezco valioso y poderoso. En esta forma te alieno; y en la tradición occidental, la hostilidad es la respuesta más común. El problema se intensifica en el caso de los grupos antagonistas, porque cada uno tiene al otro como responsable: el pobre culpará al rico por la explotación, al tiempo que el rico tomará al pobre como responsable por su indolencia; el conservador culpará al homosexual por corromper a la sociedad, mientras que el homosexual culpará al conservador por su intolerancia, y así sucesivamente. Por tanto, cada uno encuentra que el otro culpable no sólo niega su responsabilidad, sino que sin ninguna justificación intenta revertir la culpa. Los antagonismos se polarizan y la tradición de la culpa individual sabotea el proceso de diálogo transformativo.

Es en este contexto que podemos apreciar las potencialidades de la responsabilidad relacional. Si todo lo que tomamos por cierto y bueno tiene su origen en las relaciones, y específicamente, en el proceso de construir conjuntamente el significado, entonces existen razones para que todos honremos —seamos responsables de— las relaciones de significado que se hacen. La búsqueda, pues, es por los medios que sostienen los procesos de comunicación en los que el significado nunca se congela ni se termina, sino en donde permanece en continuo estado de cambio. Obviamente, la culpabilización mutua es un impedimento para la *responsabilidad relacional*. ¿Cómo, entonces, se puede obtener responsabilidad relacional en la práctica y, particularmente, en los casos de culpabilización mutua? En el caso del Proyecto de conversaciones públicas, la

tendencia hacia la culpabilización simplemente fue definida como fuera de los límites. La tarea conversacional no permitía el habla culpabilizante, ni siquiera camuflada en preguntas. Bajo circunstancias normales, sin embargo, tenemos escaso control sobre las reglas de la conversación. ¿Cómo puede uno desplazarse desde un lenguaje de culpa individual hasta uno más responsable relacionalmente en la vida diaria? A pesar de que no hay respuestas definitivas a dicha pregunta, nuevamente podemos localizar en las prácticas de la cultura muchos medios para llevar la conversación lejos de la culpa individual. Considérese lo siguiente:

Los otros internos. Si yo hablo mucho y demasiado duro, y eres sacado de la conversación, entonces tienes razones suficientes para culparme. Ahora, si me atacas directamente, nuestra relación se puede enfriar. Una opción es localizar otra voz en mi interior que “me está hablando” en la situación. Si dices, por ejemplo: “Por la forma en que estás hablando, me pregunto si tu padre no está presente hoy contigo”, o “Realmente estás sonando de manera similar a ese profesor tuyo...”. En efecto, comunicas tu desagrado, pero yo estoy en posición para evaluar mis acciones como otro diferente de “mí mismo”. Lo que tomamos como el núcleo del yo no está localizado en la defensa.

Relaciones conjuntas. Si al calor de una discusión me insultas, me puedo sentir justificado para culparte por tu abuso, y nuestra relación sufrirá. Mas también puedo ser capaz de localizar formas en las que no eres tú, en particular, al que hay que culpar, sino al patrón particular con el que nos relacionamos. No eres tú vs. yo, sino nosotros, los que hemos creado la acción en cuestión. Afirmaciones como: “Mira lo que estamos haciendo el uno con el otro...”, “Cómo llegamos a ponernos en esta situación...” o “Nos estamos matando yendo como vamos; por qué no comenzamos desde el principio en un modo diferente de conversación...”, tienen todas el efecto de reemplazar la culpa de los individuos por un sentido de relación interdependiente.

Realidades de grupo. Alicia encuentra a Ted muy irritante, él es desordenado, nunca arregla sus cosas, sólo piensa en sus necesidades, rara vez la escucha; Ted escasamente puede tolerar el orden de Alicia, su desinterés por el trabajo de él y su manera de andar chachareando. Están furiosos por las culpas del otro. Sin embargo, existe otro vocabulario de posibilidad aquí, uno que tal vez podría cambiar la forma y dirección de la conversación. Específicamente, hay una manera de vernos no como individuos aislados, sino como representantes de grupos, tradiciones, familias, etcétera. Podemos evitar el hábito de las faltas individuales en el contexto de las diferencias de grupo. Así, si Ted y Alicia pueden hablar acerca de sus diferencias de género y rastrear sus inclinaciones hacia un origen

en las diferentes tradiciones de género, tal vez se puedan mover a un espacio de conversación más compatible. Si cambiamos la discusión para centrarnos en las diferencias de grupo, se reduce la importancia de la culpa individual.

La corriente sistémica. Cuando Timothy McVeigh fue encontrado culpable por hacer volar el edificio municipal de la ciudad de Oklahoma y por acabar con decenas de vidas, fue sentenciado a muerte. Hubo un sentido de alivio colectivo; se hizo justicia; de vuelta al trabajo. Sin embargo, consideremos nuevamente la lógica del Movimiento Milicia del cual McVeigh formaba parte: el gobierno nacional, desde su perspectiva, está destruyendo la tradición estadounidense, pisoteando sus derechos y forzándolos a la pobreza. Se hará justicia cuando ellos destruyan su fuerza malévola. En efecto, la misma lógica que sustenta el crimen de McVeigh también sustenta nuestras reacciones hacia él. O para decirlo de otra forma, hay un sentido importante en el cual el crimen de McVeigh fue una extensión de la misma tradición que la mayoría de nosotros apoyamos y sostenemos. Con esto no se busca perdonar el crimen. Sin embargo, se quiere mostrar que la voz de culpa individual es insuficiente. Se puede añadir otra voz útilmente a la conversación, con la cual ampliemos nuestras preocupaciones acerca de las formas en que, como sociedad, participamos en la creación de las condiciones que la mayor parte de nosotros quiere desvalorizar. Se necesita más que una aldea para crear una violación, un crimen por odio o un robo.

La importancia de la expresión de un estilo propio

Si podemos evitar exitosamente la culpabilización, ¿cómo podemos mover al diálogo en la dirección del cambio? El trabajo de las conversaciones públicas sugiere que el estilo propio puede ser fundamental. En sus conversaciones, se le dio a cada participante una oportunidad amplia para que compartiera las visiones que le resultaban valiosas. En parte, la importancia del estilo propio puede rastrearse hasta la tradición occidental del individualismo. Como participantes de esta tradición, creemos que poseemos pensamientos y sentimientos internos, y que éstos son esenciales para lo que somos; prácticamente, ellos nos definen. Por tanto, si el diálogo ha de proceder exitosamente, resulta fundamental que la voz de uno sea oída. Para parafrasear la lógica, “si mi posición —lo que yo pienso y siento en verdad— no es oída, no hay diálogo”.

Sin embargo, las expresiones de sí mismo alentadas por el Proyecto de conversaciones públicas son de un tipo muy particular. Se pidió a los participantes hablar de modo personal, por oposición al uso de argumentos abstractos; contar

las historias de su propio involucramiento en el asunto del aborto. Existen al menos tres razones por las cuales dichas expresiones son deseables para el diálogo transformativo. Primero, y simplemente, son *fácilmente comprensibles*; desde nuestros años más tempranos estamos expuestos a la historia o formas narrativas, y estamos más plenamente preparados para entenderlas, que en el caso de los argumentos abstractos. Más aún, las historias pueden promover un *mayor involucramiento de la audiencia*, que con las ideas abstractas. Al escuchar historias generamos imágenes, crece el drama, sufrimos y celebramos con el hablante. Finalmente, la historia personal tiende a *generar aceptación*, por oposición a resistencia. Si es “tu historia, tu experiencia”, entonces yo difícilmente podría decir “estás equivocado”. En cambio, si me confrontas con un principio abstracto, nuestras tradiciones comunes de argumentación me preparan para la resistencia. Al azotarme con un principio, te nos presentas como un minidiós que envía mandamientos desde arriba. Mi resentimiento disparará una descarga de aseveraciones abstractas que encontrarás igualmente ajenas: “¿quién eres tú para decirme que un óvulo fertilizado, detectado sólo con microscopio, tiene derecho a la vida?”, y “¿quién eres tú para decirme que una mujer tiene el derecho a matar un niño que se está formando?”. En esta coyuntura, la conversación se termina efectivamente.

Afirmar al otro

Una cosa es relatar los propios sentimientos y experiencias de vida; otra muy distinta es lograr un sentido de afirmación del otro. Debido a que el significado nace en las relaciones, la expresión de un individuo no adquiere completo significado hasta que no encuentra un complemento. Si fallas en apreciar lo que estoy diciendo o si piensas que estoy tergiversando mi historia, entonces no he expresado verdaderamente algo. Afirmar es localizar algo dentro de la expresión del otro a lo cual le podemos prestar nuestro acuerdo y apoyo. Dicha afirmación es importante, en parte, por razones que se derivan de la tradición individual y del presupuesto según el cual los pensamientos y los sentimientos son posesiones individuales. Tal como lo decimos: “Yo experimento el mundo en estas formas”, o “Éstas son *mis* creencias”. Si retas o amenazas estas expresiones, *pones a mi ser en duda*; en contraste, afirmar es otorgar valor, honrar la validez de mi subjetividad. Segundo, a medida que las realidades de uno son despreciadas o desacreditadas, también lo son las relaciones de las que se derivan. Si como lector descartas al construccionismo social como absurdo, y argumentas que yo debería desistir, me estás pidiendo que me separe de un enorme rango de relaciones. Adoptar una idea es adoptar nuevas relaciones, y abandonar una es socavar la comunidad propia.

Sin embargo, ¿cómo se puede obtener afirmación cuando la gente vive en realidades opuestas?, ¿cómo se pueden afirmar el uno al otro cuando no están de acuerdo? El Proyecto de conversaciones públicas resulta informativo aquí. Las conversaciones fueron encuadradas efectivamente, de modo que promovieran formas de apreciación. Se promovió la curiosidad, y la apreciación del oyente se facilitó a través de los relatos de las historias de los otros, muchos de los cuales fueron bastante conmovedores. Ser “conmoverido” es una forma alta de afirmación. La atención compasiva puede ser un paso significativo hacia la afirmación. Similarmente, en su libro *Conversation, Language, and Possibilities*, Harlene Anderson habla para muchos agentes de cambio al proponer que la terapia se convierte en transformativa cuando “el terapeuta entra en el dominio de la terapia con posturas y maneras genuinas, caracterizadas por una apertura hacia la base ideológica de otra persona: su realidad, sus creencias y sus experiencias. Esta postura y maneras de escucha involucran mostrar respeto, humildad, y creer que lo que el consultante tiene para decir vale la pena escucharlo” (p. 153). Por supuesto, las posibilidades de transformación pueden ser mejoradas cuando la afirmación se desplaza desde la atención concertada hasta el acuerdo de hecho. En este caso, no es necesario que uno esté de acuerdo con todo lo que se ha dicho; el deleite o apoyo hacia algún aspecto de la expresión del otro puede ser suficiente. Si elogias mis intenciones pero encuentras mis argumentos mal enfocados, nuestra conversación va a proceder mucho más productivamente que si simplemente condenas la totalidad de mi expresión.

Coordinación de la acción: invitación a la improvisación

Desde nuestro punto de vista, una de las contribuciones más importantes al éxito del Proyecto de conversaciones públicas se deriva del hecho de que el encuentro comenzó con una comida compartida. Al principio, los participantes intercambiaron saludos, sonrisas, apretón de manos. Comenzaron a conversar en una forma espontánea y no programada acerca de muchas cosas: niños, trabajos, gustos, etcétera. Desarrollaron ritmos de conversación, contacto visual, y comieron, plataforma para las conversaciones que siguieron. Desde nuestro punto de vista, el diálogo transformativo puede hacer avanzar estos esfuerzos hacia la coordinación mutua. Primariamente, porque la construcción de significado es una forma de acción coordinada. Por tanto, si hemos de generar significados juntos, hemos de desarrollar patrones uniformes y reiterativos de intercambio: una danza en la que nos movemos armónicamente juntos.

Sin embargo, coordinar acciones no resulta suficiente en sí mismo. No todos los patrones de acción mutua son favorables para el diálogo transformativo, y se

requieren distinciones. Consideremos, en primer lugar, dos formas de coordinación que no lo son: primero, existe la que llamamos coordinación *tanatónica* (terminal), es decir, la coordinación que conduce a la muerte del significado. Por ejemplo, los argumentos hostiles y la guerra armada son acciones bien coordinadas, pero tales interdependencias conducen a la división y aniquilación mutua. De la misma forma, cuando quienes discuten en un diálogo destrazan las ideas de los otros, encontrando faltas, demostrando la superioridad de su propia posición, están actuando tanatómicamente. Cuando dichas formas de coordinación se extienden hasta su conclusión lógica, se erradica al otro; o, en efecto, no hay nadie más con quién generar significado: por tanto, todo significado y todas las articulaciones de lo real y lo bueno llegan a su final.

También resulta problemática una segunda forma de coordinación que podemos llamar *sedimentada*. Aquí los participantes no se mueven en forma tal que la voz del otro llegue a ser finalmente eliminada. En cambio, los patrones de reiteración nacen de intercambios de larga duración; son firmes y seguros. El resultado, sin embargo, es la congelación del significado. Hay muy pocas posibilidades para la desviación o la transformación. Muchos rituales públicos ejemplifican dicha coordinación sedimentada, como las relaciones tradicionales entre pacientes y doctores, vendedores y compradores, cobradores del peaje y conductores. En cada caso, los patrones de interdependencia están tan profundamente arraigados que el espacio para la negociación es pequeño.

Para los propósitos presentes, la forma más importante de coordinación puede ser llamada *coconstitutiva*. Aquí los movimientos de una persona en la conversación validarán, afirmarán o reflejarán los movimientos del otro. Las acciones o expresiones de uno ayudarán a constituir las acciones del otro en sus términos propios, y al hacerlo, también lo reconstituyen. Lo cual no significa duplicar o entrar en completo acuerdo con aquello que el otro ha hecho o dicho. Más bien, las acciones de uno serán reverberaciones parciales, provisionales y ambiguas del otro, que reflejan al otro dentro de uno mismo. En efecto, el otro es alineado más plenamente con uno mismo. Tal vez la forma más frecuente de coordinación coconstitutiva toma la forma de la *reflexión metonímica*. La metonimia refiere al uso de un fragmento que representa el todo con el cual se relaciona. Por tanto, “los arcos dorados” son usados para significar los restaurantes McDonald’s, o la bandera británica, para representar al Reino Unido. En el caso presente, la reflexión metonímica ocurre cuando las acciones de uno contienen algún fragmento de las acciones del otro, una parte representa al todo. Si te expreso dudas acerca del amor de mis padres hacia mí, y respondes preguntándome: “¿Cuál es el reporte del clima para mañana?”, has fallado en incluir mi ser en

tu réplica. Si tu respuesta incluye el sentido de lo que te dije, posiblemente una preocupación sobre lo que dije, entonces mi ser está en ti; localizo a “mi yo” que acaba de hablar. Al mismo tiempo, debido a que eres tú el que ha generado esta expresión, no es exactamente mía. Tú nos has acercado, y al hacerlo, he sido invitado a responderte metonímicamente. El diálogo transformativo depende en gran medida de que nos localicemos dentro de cada uno. Consideremos una forma adicional de coordinación coconstitutiva:

Coordinación de discursos. Si construimos el mundo en términos completamente diferentes, es difícil que encontremos suelo para cocrear significado. Sin embargo, hay medios para movernos hacia la mutualidad en el lenguaje, incluido el uso de frases, cadencias y tono de voz similares. Una de las rutas más interesantes hacia la mutualidad del discurso es la que podemos llamar *matiz semiótico*, el cual es la sustitución de una palabra (o frase) por un equivalente cercano, por ejemplo, “atracción” por “amor”, “irritación” por “rabia”, “tensión” por “antagonismo”. Las potencialidades del matiz semiótico son enormes, puesto que cada sustitución de términos trae consigo un arreglo de asociaciones diferentes, nuevos rangos de significado y nuevas aperturas conversacionales. Decir que “hay tensión entre nosotros” (por oposición a “antagonismo”) es reducir el grado implícito de hostilidad y reemplazarlo por el sentido de que uno se encuentra en un estado que uno desea reducir. Casi no hay otros límites que los prácticos, para las posibilidades del matiz semiótico. En extremo, cualquier término puede tener posibilidades infinitas de significado, incluso al punto de significar su opuesto. Por ejemplo, si “amor” puede ser “atracción intensa”, “atracción intensa” puede ser una “obsesión” y una “obsesión” puede ser una “enfermedad”, siendo el otro “la fuente de mi enfermedad”. Por supuesto, la fuente de la propia enfermedad es “indeseable”, y algo “indeseable” no es “querido” sino “odiado”. Por tanto, cuando sus implicaciones son completamente extendidas, amar es odiar.

A la luz de esto, consideremos nuevamente el reto de la coordinación coconstitutiva. Si todas las aseveraciones son *anulables*, es decir, no están sujetas en sí mismas a su significado, entonces están abiertas a matices semióticos que las pueden transformar en algo más. En efecto, las declaraciones opuestas son tales sólo por virtud de la postura particular adoptada dentro de una conversación. Todo lo que se dice podría ser de otra manera, y con un matiz apropiado, acercarse a un estado que asemeje mejor lo que de otra forma se esquivo. En un nivel más práctico, con un matiz apropiado, los argumentos más antagónicos pueden ser remodelados, a tal punto que permitan la exploración de intereses mutuos. Tal vez te puedas oponer a alguien que favorezca la pena de muerte para los asesinos a sangre fría. Sin embargo, si “favorecer la pena de muerte” también puede

significar, por ejemplo, una “medida radical en contra de crímenes atroces”, la posibilidad es que puedas estar de acuerdo en que las “medidas radicales” a veces son necesarias. En dicho acuerdo tú localizas un terreno común.

En resumen, la coordinación coconstitutiva no es un intento de restringir aquello que precisamente se ha querido significar, fijarlo en su puesto sino, en cambio, sostener un intercambio de apoyo mutuo que no tiene un término necesario. En la coordinación coconstitutiva localizamos la posibilidad de que la conversación se mueva desde lo sedimentado hasta lo sinérgico, desde lo convencional hasta lo catalítico, desde lo naciente hasta lo novedoso.

Autorreflexividad: la promesa de la polivocalidad

Si las realidades básicas de uno son escuchadas y afirmadas, y la conversación se coordina crecientemente, queda montado el escenario para otra contribución significativa al diálogo transformativo: la autorreflexividad. Un aspecto desafortunado de la conversación tradicional es que estamos posicionados como *egos unificados*. Es decir, nos hemos construido como sí mismos, singulares y coherentes. La incoherencia lógica está sujeta al ridículo, la incoherencia moral, al desprecio. Por tanto, a medida que encontramos personas cuyas posiciones difieren de las nuestras, tendemos a representarnos a nosotros mismos como unidimensionales, asegurando que todas nuestras declaraciones formen una red de una sola pieza, unificada. Por tanto, cuando entramos a una relación que está definida por nuestras diferencias, el compromiso con la unidad mantendrá nuestra distancia. Y si la integridad o la validez de la fachada coherente es amenazada por el otro, tal vez nos moveremos hacia un combate polarizado.

El reto transformativo aquí es desplazar la conversación en la dirección de la autorreflexividad, o el cuestionamiento de la persona —de otra manera— coherente. Al deliberar desde nuestra posición, necesariamente debemos adoptar una voz diferente. No podemos cuestionar nuestra declaración de que “X es verdadero” o “Y es bueno”, diciendo la misma cosa. Por tanto, en el autocuestionamiento, nosotros abandonamos la postura “rápida y firme” de conflicto; y abrimos posibilidades para que otras conversaciones tengan lugar. En los términos de Baxter y Montgomery (1996), nosotros mostramos una de las habilidades dialógicas más importantes, a saber, la “habilidad de reconocer sistemas prominentes múltiples y simultáneos” (p. 199). Dicha autorreflexión se hace posible por el hecho de que rara vez sólo participamos en un único núcleo de construcción de realidad. Participamos en múltiples relaciones —en la comunidad, en el trabajo, en el ocio, vicariamente con las figuras de televisión—

y cargamos con nosotros miríadas de rasgos de estas relaciones. En un sentido bakhtiniano, somos *polívocos*; podemos hablar con muchas voces. Por ejemplo, realizando cierto esfuerzo, normalmente podemos localizar razones para dudar casi de cualquier proposición, que de otra forma tomaríamos por verdadera, y ver limitaciones en cualquier valor que consideramos central en nuestras vidas. En el momento en que “expreso mi mente” o “digo lo que creo”, suprimo el coro interno de los que dicen no. Si estas voces suprimidas pueden ser localizadas y traídas a la conversación de las diferencias, entonces nos movemos hacia la transformación.

En el caso del Proyecto de conversaciones públicas, la autorreflexividad fue construida como un requisito conversacional. Después de brindar la oportunidad de que contaran sus historias, se preguntó a los participantes acerca de posibles “áreas grises” en sus creencias, vacíos de incertidumbre o sentimientos mezclados. Mientras los participantes hablaron de sus dudas, las animosidades parecieron suavizarse. Las reflexiones de uno de ellos parecieron alentar respuestas similares en los otros. Se abrieron posibilidades para que otras conversaciones, distintas a la defensa de las diferencias, tuvieran lugar. Hablando más ampliamente, la autorreflexividad tal vez sólo sea uno de los miembros de una familia de movimientos que podrá inyectar polivocalidad al diálogo. Por ejemplo, en su obra sobre el conflicto, Pearce y Littlejohn (1997) frecuentemente emplean “la escucha en calidad de tercera persona”, en donde se puede pedir a un miembro del grupo antagonista que salga de la conversación y observe el intercambio. Al moverse desde la posición de primera persona, en la que uno está representando una posición, hasta la de la tercera persona, uno puede observar el conflicto con otros criterios a la mano (por ejemplo, ¿es ésta una forma productiva de interacción?, ¿qué mejoras se pueden hacer?). En otro trabajo sobre el conflicto, los participantes encontraron útil resaltar las opiniones o creencias de grupos que difieren de las partes antagonistas. Así, por ejemplo, un conflicto entre dos grupos religiosos (por ejemplo, cristianos vs. musulmanes) toma un carácter completamente distinto cuando muchas religiones alternativas sobresalen (por ejemplo, judaísmo, hinduismo, budismo).

La cocreación de nuevos mundos

El Proyecto de conversaciones públicas es una fuente generativa, tanto para ilustrar como para ponderar la naturaleza del diálogo transformativo. Sin embargo, hay una vía significativa por la que no nos lleva lo suficientemente lejos. Como se mencionó anteriormente, el diálogo transformativo busca facilitar la construcción colaborativa de nuevas realidades. A pesar de que el proyecto

hace bastante para suavizar los antagonismos entre las partes en conflicto, realiza mucho menos énfasis en la construcción colaborativa de alternativas. Ninguno de los componentes discutidos hasta el momento promueve activamente la construcción conjunta de lo real o lo bueno. En el diálogo son necesarios los que podrían llamarse *momentos imaginarios*, en que los participantes se unen para desarrollar nuevas visiones de la realidad. Estos momentos imaginarios no sólo siembran las semillas para la coconstrucción, sino que también cambian la postura de los participantes de una de confrontación a una de cooperación. A medida que los participantes se mueven hacia un propósito común, también redefinen al otro, y establecen la base para la concepción del “nosotros”.

Tal vez la forma más simple de desplazarnos hacia una realidad conjunta es localizar lo que los especialistas en conflictos llaman *metas de rango superior*. Es decir, los antagonistas suspenden temporalmente sus diferencias para unirse en un esfuerzo que ambos apoyan. Por ejemplo, unos esposos en conflicto pueden al mismo tiempo volverse en contra de un filántropo intruso, o feministas radicales y tradicionalistas conservadores se pueden unir en una cruzada contra la pornografía. O más ampliamente, nada hay más unificador para un país que ser amenazado por una invasión. En términos de la práctica, gran parte de la literatura sobre negociación y mediación pone un fuerte énfasis en la localización de opciones mutuamente aceptables: soluciones que permitan a cada participante obtener (por lo menos parcialmente) ciertos fines deseados. Sin embargo, desde una perspectiva constructora, “los fines deseados” no son tendencias fijas a las que se deban acomodar los procesos de diálogo, sino construcciones inmersas en comunidades discursivas, incluida la comunidad creada por el diálogo mismo. Por lo que el reto no es tanto considerar el futuro en términos de puntos de partida fijos (digamos, “mis necesidades”, “mis deseos”), sino construir, a través del diálogo, un futuro viable juntos. Lo cual no busca ignorar las inversiones con las que uno entra en el intercambio, sino enfocarse en las potencialidades del diálogo, con el fin de revelar nuevas amalgamas unificadoras de perspectivas.

Una de las prácticas más impresionantes de las realidades conjuntas —llamada *indagación apreciativa*— ha sido desarrollada por los especialistas organizacionales David Cooperrider y sus colegas en Case Western Reserve University. El énfasis en la apreciación surgió de la concepción del “ojo apreciativo” en el arte, en la que se dice que en cada obra de arte uno puede localizar lo bello. ¿Es posible, pregunta Cooperrider, que dentro de cada organización —no importa qué tan emproblemada— pueda uno localizar la belleza? Y si la belleza puede ser encontrada, ¿puede ser usada por los miembros de la organización como base para imaginar un nuevo futuro?

Los medios específicos para promover la apreciación se toman del énfasis constructorista en la narración. Las personas cargan consigo muchas historias y, típicamente, dentro de este repertorio se pueden localizar historias de valor, admiración y dicha. Dentro de la organización, estas historias son recursos valiosos, casi como dinero en el banco. Sacarlas, ponerlas en movimiento, propone Cooperrider, es también sembrar semillas de visiones alternativas del futuro. Y al escuchar estas historias se estimula la confianza de que, ciertamente, se puede realizar esta visión. En efecto, liberan los poderes del cambio creativo.

Un solo ejemplo puede transmitir el potencial de la indagación apreciativa. Acme Farm Equipment, como hemos de llamarla, sufrió conflictos de género. Las mujeres en la compañía se sentían maltratadas por los hombres, rara vez reconocidas, muchas veces acosadas, mal pagadas y con excesivo trabajo. Al mismo tiempo, sus contrapartes masculinas se sentían injustamente responsabilizadas, y culpaban a las mujeres empleadas por ser innecesariamente quisquillosas y hostiles. La falta de confianza era rampante, se había hablado de litigios, y la compañía comenzó a tambalear.

Los ejecutivos de Acme llamaron a Cooperrider y sus asociados pidiendo ayuda. En particular, los ejecutivos sentían que debería haber un código de buena conducta, un conjunto de reglas que especificara la conducta apropiada para todas las partes, junto con las sanciones por mala conducta. Sin embargo, para Cooperrider, esta orientación simplemente objetivaba “el problema”, y dicha “solución” todavía dejaría un fuerte residuo de desconfianza. Entonces se llevó a cabo una indagación apreciativa en grupos pequeños en los que se reunieron hombres y mujeres; su reto específico era recordar algunas buenas experiencias compartidas dentro de la compañía. ¿Ha habido casos en los que hombres y mujeres hayan trabajado muy bien juntos, en que hayan sido efectivos y mutuamente considerados?; ¿ha habido momentos en los que hombres y mujeres se hayan beneficiado específicamente de las contribuciones de los unos a los otros?; ¿cómo fueron estas experiencias y qué les significaron como empleados? Los empleados respondieron con entusiasmo al reto y recordaron numerosas historias acerca de éxitos pasados. Entonces, los grupos compartieron y compararon sus historias. A medida que lo fueron haciendo, un cambio discernible comenzó a tener lugar: las animosidades comenzaron a disiparse; hubo risas, elogios y afectos mutuos. En este clima positivo, Cooperrider retó a los empleados para que imaginaran un futuro para la compañía. ¿Cómo podrían crear juntos el tipo de compañía en la que las experiencias que ellos más valoran fueran centrales?, ¿cómo podrían hacer de la compañía el tipo de lugar que pudiera traerles este tipo de alegría? A medida que los miembros de la organización empezaron a tener su discusión acerca del

futuro, también comenzaron a pensar en nuevas prácticas: políticas, comités, planeación social, y demás. Prevalcieron el optimismo y un gran sentido de la moral. “El problema” se hundió en la oscuridad.

La práctica de la indagación apreciativa provee un medio excelente a través del cual la gente puede moverse hacia la generación de nuevas realidades. Al compartir historias valiosas, se localizan cosas en común. Y usando un sentido de valor común, se promueven visiones. El diálogo es empleado entonces para llenar el paisaje de la visión, para crear el sentimiento de una nueva realidad que, a su vez, establece la base para formas alternativas de acción. Al mismo tiempo, los participantes se desplazan desde la orientación divisiva “nosotros” vs. “ellos” hacia una concepción del “nosotros”. En efecto, construyen simultáneamente una nueva unidad en la que existen juntos.

CONCLUSIÓN

Las presentes consideraciones intentan conectar la teoría a la práctica, de tal forma que se le preste vitalidad a la primera e inteligibilidad a la segunda. Usando la orientación teórica del construccionismo social y un rango de prácticas compatibles, nuestro concepto de diálogo transformativo ha puesto un énfasis especial en la responsabilidad relacional, la autoexpresión, la afirmación, la coordinación, la reflexividad y la cocreación de nuevas realidades. Las movidas conversacionales que logran estos propósitos son altamente promisorias, sin que se esté realizando aquí ningún intento de legislar o de sacar conclusiones finales. Como se señaló, las formas culturales son muchas y muy variadas, y están sometidas a continuos cambios. Por tanto, el presente esfuerzo quiere generar un vocabulario potencialmente útil, por oposición a un conjunto de órdenes de movilización. El recuento debería estar sujeto a enmendaduras y alteraciones continuas a lo largo del tiempo.

REFERENCIAS

Anderson, H. (1997), *Conversation, language, and possibilities*. Nueva York: Basic Books.

Baxter, L. A. y B. M. Montgomery (1996), *Relating, dialogues and dialectics*, Nueva York: Guilford.

Chasin, R. y Herzig, M. (1992), Creating systemic interventions for the sociopolitical arena. En Berger-Could, B. y D. H. DeMuth (Eds.), *The global family therapist: Integrating the personal, professional and political*. Needham: Allyn and Bacon.

Gergen, K. J. (1994), *Realities and relationships*. Cambridge: Harvard University Press.

Hunter, J. D. (1995), *Culture wars*. Nueva York: Basic Books.

McNamee, S. y K. J. Gergen (1998), *Relational responsibility*. Thousand Oaks: Sage.

Pearce, W. B. y S. W. Littlejohn (1997), *Moral conflict*. Thousand Oaks: Sage.

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2007,
en la planta industrial de Legis S.A.
Av. Calle 26 N. 82-70 Teléfono: 4 25 52 55
Apartado Aéreo 98888
Bogotá, D.C. - Colombia

